LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

En este número:

LA MAQUINA DE ASESINAR

famosa novela de misterio, de GASTON LEROUX.

LOS AMOTINADOS DE LA "BOUNTY"

un drama del mar, narrado por JULIO VERNE.



LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - Nº 285
4 septiembre 1946

CORREO ARGENTINO "Central B" — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 218.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

LA MAQUINA DE ASESINAR famosa novela de misterio, de GASTON LEROUX 50

LOS AMOTINADOS DE LA "BOUNTY" relato de JULIO VERNE, sobre un hecho verídico de la historia del mar 4

Literarias

IRUPE, un cuento de Fausto Burgos. 8
LA ULTIMA CALAVERADA, un cuento de Pedro Antonio de Alarcón. 12
EL MAESTRO DE POSTAS, un cuento de Alejandro Puchkin 18
EL HOMBRE SIN PATRIA, un cuento de Edward Everett Hale 28
SEDA DE CHINA, cuento, por Bautista de Beraza 36
MUSICA DE OLAS, cuento, por Sara Poggi 94

Notas y artículos

AYER ORO Y HOY ESTAÑO, nota, la riqueza mineral de la puna jujeña, por Julio Bernal 10
EL ARTE DE JUAN DE ARANOA, a través de un reportaje hecho al pintor español por Juan González Olmedilla 16
GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES, por Fernández Moreno .. 22
LA MUERTE BLANCA EN LA PATAGONIA, un dramático relato de Luis Van Trossero 24
CALDERON DE LA BARCA, JUZGADO POR VOLTAIRE, un artículo de Niceto Alcalá Zamora 26
CABALGATA DE BELLEZAS, vistosa nota gráfica 32
EL MUNDO QUIERE VOLVER A REIR, nota de cine, por Alfonso S. Betancourt 34
ALEKHIN PIERDE CONTRA LA VIDA..., los últimos tiempos del gran maestro del ajedrez, narrados por Francisco Lupi 38

Secciones

CINE, por Amelia Monti 20
ACTUALIDADES GRAFICAS .. 40
LA GRANJA, temas de campo, por Emilio Pérez 112
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "LEOPLÁN" 114

RISA Y SONRISA

Un nuevo "POR EL ESTILO DE...", esta vez de "LOS CUENTISTAS RUSOS", de Conrado Nalé Roxlo, pone su nota de fino humor en la sección consagrada a la risa. 41

ILUSTRACIONES DE:

BERNABO - LISA - FAIRHURST - RAUL VALENCIA - GUBELLINI - ARTECHE - MARIANO ALFONSO.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

VALENCIA - VILLAFAÑE - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO - CHRISTIE - JAN KIEL - ANDRINO - RODRIGUEZ - MARTINEZ -

En el próximo número:

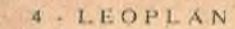
EL PRINCIPE IDIOTA

una obra maestra de la literatura rusa, de **FEDOR DOSTOIEWSKI**

LA PARDA BALCARCE,

novela corta histórica, de **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

LEOPLÁN aparece el 18 del actual • **40 cts. en todo el país.**



Los amotinados de

(MOTIN A BORDO)

Un relato de ***JULIO VERNE***

FOTOS DE LA VERSIÓN CINEMATOGRÁFICA
CEDIDAS POR LA METRO GOLDWYN MAYER

FUE UNA PAGINA SOMBRIA EN LA HISTORIA DEL MAR; LA POSTERIDAD LA HA INTERPRETADO DE DIVERSAS FORMAS, ATRIBUYENDO CAPRICHOSAMENTE A UNOS O A OTROS LAS CULPAS DE LO QUE FUE UNA TRAGEDIA Y TAMBIEN EL NACIMIENTO DE UN PUEBLO EN LAS SOLEDADES DEL OCEANO

CHARLES LAUGHTON INTERPRETO A BLIGH, CONTRA QUIEN SE AMOTINO LA TRIPULACION. ARRIBA: GRABADO CONTEMPORANEO DE LOS SUCESOS

la "Bounty"

REINA una calma absoluta. El mar presenta su superficie infinita sin una arruga que trunque su tersura de espejo. Ni una nube en el horizonte, ni la más leve brisa se deja sentir. Destácanse con admirable pureza las magníficas constelaciones del hemisferio austral. La *Bounty*, con sus velas colgadas a lo largo de los palos, permanece inmóvil a la luz de la luna, que, disipándose ante la aurora del sol que se levanta, esparce en derredor una claridad indefinible.

La *Bounty*, buque inglés de 215 toneladas, con una tripulación compuesta de cuarenta y seis hombres, partió de Spithead el 23 de diciembre de 1787 llevando como capitán a Guillermo Bligh, de genio un tanto violento, pero marino experto; había tomado parte en el último viaje de exploración del capitán Cook.

El objeto primordial del viaje de la *Bounty* era trasladar a las Antillas el árbol del pan que tan profusamente crece en el archipiélago de Taiti. Luego de haber permanecido seis meses en la bahía de Matavai, y con un millar de estos árboles en las bodegas, zarpó con destino a las Indias Occidentales, haciendo una breve recalada en las islas de los Amigos.

El carácter brusco y colérico del capitán Bligh había provocado más de una situación violenta entre él y algunos de sus oficiales; pero a pesar de ello nada hacía sospechar en la madrugada del 28 de abril de 1789 los graves acontecimientos que se estaban gestando.

Efectivamente, una calma completa reinaba en el buque, cuando de improviso cundió una animación inusitada. Marineros que cuchicheaban con aire receloso, como si temiesen ser vistos u oídos, y que desaparecían prestamente. ¿Era el relevo de la guardia de la mañana, o había sucedido algo anormal a bordo?

—Vuelvo a decirles que no hay que hacer ruido, amigos míos —advirtió Fletcher-Cristian, el segundo de la *Bounty*—. Prepare usted su pistola, Bob; pero ya sabe, no hay que disparar si no lo ordeno. Usted, Churchill, agarre esa hacha y haga saltar la cerradura de la cámara del capitán. No olvide que no quiero hacerle daño.

Cristian, con unos diez marinos armados, se corrió hacia el entrepuente y luego de dejar dos centinelas frente a la cámara de Stewart y de Pedro Heywood, oficial mayor y guardia marina respectivamente de la *Bounty*, se situó ante la puerta del capitán.

—Abajo la puerta, muchachos —dijo.

Esta no tardó en ceder al empuje de los marineros que se precipitaron en la cámara.

Desconcertados primero por la oscuridad y pensando tal vez en la gravedad de su conducta, permanecieron un instante indecisos.

—¡Hola! ¿Quién va? ¿Quién se atreve?... —exclamó el capitán incorporándose en su cama.

—Cállate, Bligh —respondió Churchill—; cállate y no hagas resistencia si no quieres que tome otras medidas.

—¿Para qué te vistes? —añadió Bob—. De cualquier manera harás buena figura colgado del palo de mesana.

Después de indicar a Churchill que le atase las manos a la espalda, Cristian ordenó a los marineros que subieran al capitán a cubierta.

Así lo hicieron, pero sin cuidarse ya de que los vieran o no los demás tripulantes, que em-

EL GRAN ACTOR DEL CINEMATOGRAFO EN LA MAGISTRAL PERSONIFICACION DE BLIGH, Y UN RETRATO DEL CAPITAN INGLES



ESCENA DE LA PELICULA "MOTIN A BORDO", EN LA QUE SE VE AL CAPITAN BLIGH Y SUS FIELES ABANDONADOS EN EL MAR

◆

GRABADO DE LA EPOCA QUE ILUSTRA EL MOMENTO EN QUE LOS TRIPULANTES SUBLEVADOS ARROJAN DE LA "BOUNTY" A SU SEVERO CAPITAN

pezaban a darse cuenta de que algo grave pasaba.

Una vez en cubierta fué definiéndose la situación. Todos los oficiales, a excepción de un guardia marina, Young, seguían fieles a su verdadero capitán; en cuanto a los marineros, los irresolutos tuvieron que ceder por el momento, y los demás, desarmados y sin nadie que los dirigiera, se conformaron con asistir impasibles al drama que se avecinaba.

Silenciosamente formados sobre cubierta, observaban la fisonomía del capitán que, a medio vestir, avanzó con ademán resuelto por entre aquellos hombres acostumbrados á obedecerle sin réplica.

—Bligh —dijo duramente Cristian—, queda destituído de su mando.

—¿Con qué derecho puede hacerlo? —contestó el capitán.

—Dejemos esas inútiles protestas a un lado —le interrumpió Cristian—. En este momento represento a toda la tripulación. Aun no habíamos partido de Inglaterra y ya teníamos todos que lamentar sus inhumanos procedimientos; y al decir *todos* me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. No sólo nos negaba la consideración debida, sino que despreciaba nuestras justas reclamaciones. No somos perros para que se nos trate de ese modo. Usted nos injuriaba a cada momento: bandidos, pillos, canallas, tales los términos con que nos apostrofaba. No había expresión grosera que no nos dirigiese. Hacía falta no tener hombría para aguantar tal existencia. Yo, que conozco a su familia, que soy de su misma nacionalidad, que he viajado ya dos veces a sus órdenes, ¿no he sido tratado tan desconsideradamente como los demás? ¿No me increpó ayer mismo acusándome de robarle unas míseras frutas? ¿Y los marineros? Por una nimiedad ordenaba usted encadenarlos, azotarlos. Pero algún día tenía que pagarlo; usted fué muy pródigo con nosotros en cuanto a castigos. Ahora nos desquitaremos. Todas las ofensas físicas y morales que nos infirió las va a expiar con creces. Capitán, aquellos a quienes usted trató tan duramente por espacio de un año y medio, convertidos hoy en sus jueces, lo acaban de juzgar y condenar. ¿No es así, compañeros?

—¡Sí, sí, que muera! —exclamó la mayor parte de la tripulación, amenazándolo.

—Respecto a la pena, capitán Bligh —dijo Cristian—, hay opiniones diversas; unos quieren verlo balancear de algún palo del buque; otros prefieren acariciarle las espaldas con el gato de nueve colas hasta verlo morir; pero yo tengo una mejor. Además, existen otros culpables. Aquellos que nunca vacilaron en ejecutar sus órdenes, por crueles que fuesen, no los quiero conmigo; lo acompañarán a usted a donde lo lleve el viento. Que echen la chalupa al agua.

Un murmullo de descontento acogió estas palabras de Cristian, que no hizo caso alguno. El capitán Bligh, que no había perdido su entereza, aprovechó aquel silencio para decir con voz firme:

—Oficiales y marineros: en mi calidad de capitán de la *Bounty* y como jefe de la marina real protesto del trato que se me da. Podéis hacer que juzgue un consejo de guerra mi conducta, si la creéis arbitraria; pero es indudable que no habéis meditado la gravedad del hecho que estáis por consumar. Atentar contra el capitán es rebelarse contra la ley, imposibilitar vuestro regreso a la patria, ser considerados piratas y acosados como alimañas hasta que os apliquen la infamante pena de los traidores y rebeldes. Invocando el honor y la subordinación que me debéis os intimo a que depongáis vuestra actitud.

—No ignoramos los riesgos que nos esperan — respondió Churchill.

—Basta de discursos — gritó la tripulación con impaciencia.

—Pues bien — dijo Bligh —, si queréis a alguien en quien descargar vuestra ira aquí es-

soy yo; los demás no hicieron nada más que acatar mis órdenes.

Estas palabras del capitán fueron ahogadas por un concierto de denuestos que le hicieron renunciar a la idea de conmover a aquellos desalmados.

Mientras tanto se había dispuesto lo necesario para llevar a cabo lo ordenado por Cristian.

Algunos de los amotinados querían abandonarlos en la chalupa a merced de las olas, sin herramientas, víveres ni armas de ninguna especie.

Otros, entre los que se contaba Churchill, opinaban que había que deshacerse de los que no apoyaron decididamente la revuelta y vigilar bien a los demás. Churchill, que aun conservaba la espalda dolorida de resultas de unos latigazos que le hiciera aplicar Bligh por desertar en Taití, decía que el mejor remedio para él sería que le entregaran al capitán...

—¡Hayward! ¡Hallet! ¡A la chalupa! —ordenó Cristian, dirigiéndose a dos oficiales, sin atender a Churchill que le hacía algunas observaciones.

—¿Por qué me envía a la muerte, Cristian, qué mal le hice? —dijo Hayward.

—Obedezca y déjese de recriminaciones...; usted, Fryer, embárquese también.

En lugar de ir hacia la chalupa, estos oficiales se acercaron al capitán Bligh disimuladamente y Fryer, más audaz que los otros, díjole al oído:

—Comandante, hay que tratar de recobrar el navío. Aunque desarmados, tenemos a nuestro favor la sorpresa. Vale la pena intentarlo, manos a la obra, pues.

Cuando se disponían a arrojarse contra los marineros que estaban arriando la chalupa, Churchill, que había seguido todos sus movimientos, los rodeó rápidamente con varios hombres bien armados, obligándoles a embarcarse.

—Milward, Murpratt y ustedes —dijo Cristian a unos cuantos marineros que no habían secundado la rebelión—, vayan al entrepuente y elíjanse lo mejor que tengan. Van a hacerle compañía al capitán; Birket, también. Vigílalos, Morrison. A usted, Purcell, le permito que se lleve sus herramientas de carpintero.

Todo lo que les dejaron llevar en la chalupa fueron dos mástiles con sus velas, la mitad de una pieza de lona para velas, unos cuantos clavos, una sierra, cuatro recipientes conteniendo 125 litros de agua, unas 150 libras de galleta, 32 de tocino salado, seis botellas de ron y los licores del capitán. Ningún arma de fuego les permitieron, y sólo les arrojaron a la embarcación varios sables viejos.

—¿También me traicionaron Steward y Heywood? —dijo Bligh al no verlos en la chalupa—. ¿Dónde están?

No lo habían traicionado, y si no estaban junto a él era debido a que Cristian lo impidió.

Tuvo entonces un instante de decaimiento el capitán, pero se repuso pronto.

—Cristian —dijo—, si desiste de su reprobable proyecto le pro-

(CONTINUA EN LA PAGINA 96)

LA PELICULA GLOSA UN EPISODIO HISTORICO: CUANDO LOS FIELES AL CAPITAN, ANTES DE QUE SE REVELE SU INOCENCIA, SON CONDUCIDOS A INGLATERRA CARGADOS DE CADENAS





—¿CONOCE usted a las pirañas, señor Mario? — le había preguntado el pescador de Iparaí, aquella vez.

—No; no las he visto — le había contestado.

—Son de cuerpo redondo, chato; tienen la boca fea y los dientes fieros; en la cola llevan un hueso serrucho...

No le dió importancia a tal noticia Mario; el pescador siguió fumando a ganosas chupadas su cigarro poguazú, gordo en la parte encendida, fino en la opuesta.

—Tigres... en el agua..., tigres hambrientos; bajo el agua, pronto devoran el cuerpo de una persona.

—Los yacarés serán más bravos...

—No.

—Tal vez.

Aquella vez, Mario y su esposa vivían solos; no los acompañaba aún Isabel, la chiquilla de tez blanca, de claros y bellos ojos, de labios bien modelados y finos; Isabelita aun no les había sido regalada.

❦ ❦ ❦

Tomaron el tranvía número 5 de Asunción y fueron a Puerto Sajonia. Se apearon; Mario sentíase contento; Delia, feliz; e Isabelita, alegre. En cuanto estuvo en la calle, la niña fué a robarle azahares a una cidra que crecía cerca. Cantaba una tórtola en el árbol aromoso; un pitohué se golpeteaba el cuerpo con las alas anunciando visita amable.

—El Paraguá-í, el río de la tierra querida e inolvidada, corría a pocos metros, enrulando sus aguas ni claras ni bermejas, medio tibias. El pescador nacido en Caacupé fumaba su poguazú, sentado en su canoa. Los vió llegar. Mario pensó: "¿Cómo? ¿Nos está esperando?" Le hizo una seña; subió a zancadas el pescador por el declive pastoso de la barranca gastada. ¡Ah!..., hacía siete años — la edad de Isabelita — que no se veían. Eran amigos; pobre él, un trabajador vulgar; ellos, adinerados. Afectuosos saludos, recuerdos queridos de paseos largos, gratos, en la misma canoa que aguardaba cerca. El pescador remaba, remaba, remaba, en aquel entonces; ellos, Mario y dama Delia, se embelesaban contemplando las aguas mansas del gran río o se divertían en el grato huelgo de la pesca. El pescador se acordaba de los nombres que en tono de broma repetía el señor Mario, mientras avanzaba la canoa: "Patí, manguruyú, mandí-ií, surubí..."

—¿Y qué te parece este regalo que nos hizo Dios? — preguntó Mario señalando a la rubia Isabelita, de cutis blanco y de conquistadora sonrisa.

En guaraní contestó el trabajador.

—¿Qué nombre le hubieses puesto si hubiera sido tu hija? Se llama Isabel.

—Irupé — contestó el pescador.

—Bueno; pues la llamaremos desde hoy en adelante con ese bonito nombre de la hermosa flor que crece en el agua...

❦ ❦ ❦

Apenas se acomodaron en la canoa, antes de empuñar los remos, el pescador bebió, casi a hurto de sus patrones, un trago de caña de su país, como para marchitar una repentina zozobra que había experimentado al contemplar la cara bonita de la pequeñuela. Pensó: "Isabelita. Irupé..." ¡Oh!..., lo que acababa de ocurrírsele era espantoso; no se lo diría a ellos; no. Quiso alejar la idea mortificante, llevando por otro cauce su pensamiento: "¿Habrían recogido la chiquilla en alguna casa en donde se cuida a criaturas de padres desconocidos?... Pero..., ¿y qué?... Ahora la querían como a hija".

❦ ❦ ❦

Hacía siete años que Mario y dama Delia no venían a Asunción; siete años, la edad de Isabelita. ¡Qué felices sentíanse ahora!...

❦ ❦ ❦

Sacó un surubí grande, no del tamaño de los que veían pasar por la calle del hotel, transportados a lomo de burro, arrastrando la cola en un fresco barrido mañanero. Era un surubí que deseaba morir peleando. Una presa para familia completa. En un santiamén soltó los remos el pescador y le cercenó la cabeza con un machete mangorrero, en sus buenos tiempos desherbador y cortador de caña dulce.

A ver si atrapaba ahora un mandí-í...

Pescaba por pescar, por gusto; en un hotel, o en casa de algún amigo, regalaba ganosamente las piezas; reservaba para sí una. Placíale el

Un cuento de

FAUSTO BURGOS

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE LISA

pescado, el patí, el surubí, el mandí-í, preparados a la guisa peruana: cocidos, casi al frío, en jugo de limón; gustábale también el sábalo asado, envuelto en papel de estraza, untado en aceite, con relleno oloroso. Sin querer, cuando se acordaba de la parrilla, de las brasas, del papel que poníase lentamente del color del tabaco, se le aguaba la boca...

—Ya te estoy viendo la cara; sé lo que piensas... —decíale dama Delia—; ya sé, ya sé; serás complacido.

—No pienso en nada.

—Sí... Estás pensando en la parrilla y en el dorado envuelto...

—No, no; ¡pienso en otra cosa!

—A ver.

—Se me ocurre que un manguruyú de ochenta kilos se agarró en uno de mis anzuelos...

—¡Oh!... ¡Es mucho pedir!

Sonrió el marinero.

—Y que el animalote bárbaro tira y tira, deseoso de llevarnos y de hundir la canoa.

—¡Eh!...

—¿Hay tan grandes?

—Y de más de ochenta kilos — contestó el pescador.

* * *

La luna se había puesto triste; también lo estaba el cielo después de la despedida larga del sol. En el cielo, esa luna parecía una luna escuálida, una canoa vieja de madera débil. A veces, la compañera luna —amiga y consoladora de los tristes— no debiera salir; apareciendo, aumentaba la congoja.

Irupé contempló esa luna y sonrió:

—¡Qué luna, mamita! ¡Qué luna, papá!...

Y tornó a sonreir. El sueño, un personaje fantástico, vestido de negro, que llega sin hacer ruido, le acarició blandamente las mejillas y le cerró los ojos. Soñó, soñó con otro mundo, un mundo raro, de pájaros y flores solamente.

Y soñando, sin querer alejarse para siempre de quienes la mimaban como a niña de los ojos, abrió los brazos y se hundió en las aguas.

La luna estaba triste; como el cielo estaba triste la débil y vieja canoa hecha luna...

* * *

Las pirañas acudieron en furioso tropel. ¡Cuánto habían aguardado con la cruel impaciencia del hambre!

Irupé...

* * *

La canoa, en la noche, era un fantasma.

* * *

Mentan los pescadores, que en pocos minutos sólo dejaron los huesos las pirañas...

* * *

Cuando Mario llegó a la orilla, desesperado, se tiró al suelo y quedó, como dicen en el Paraguay, *obapijbó* (boca abajo) con su pena.



AYER ORO Y HOY ESTAÑO

HAY en el límite de la Argentina con Bolivia una población casi sin vida, en torno a las ruinas de un templo y un convento: es Rosario de Collaguaima, un tiempo villa de febril actividad, creada por los primeros buscadores de oro de la Conquista, que allí lo encontraron en gran abundancia. Ella nos habla, en la Puna jujeña, dominada por las cumbres ingentes del Galán, del Granadas, el Cabalonga y otras muchas, de un pasado esplendoroso, al que cuadra exactamente el adjetivo de áureo.

La Puna jujeña dió su contribución de oro, primero a los Incas, luego a los españoles. Se extendían hacia ella las maravillosas riquezas de los Andes bolivianos — el alto Perú de ayer —, que tenían su centro, podríamos decir que su corazón, en el famoso cerro de Potosí. Por eso, cuando quedaron exhaustas las cinco mil bocaminas abiertas en él, por las que fluyó la plata durante varios siglos, se cerraron también las otras bocaminas que se extendían por toda aquella región. Sus fabulosas riquezas, que habían sido factor principalísimo en la historia del mundo, dejaron de existir, dejaron de contar...

Fué el momento en que la historia del mundo dió un gran vuelco, en uno de esos virajes en la marcha de la humanidad, que se manifiestan por guerras y revoluciones, generadoras de los grandes cambios. Al oro de América, sucedió la libertad de América, como final de un período iniciado con la independencia de los Estados Unidos y que culminó en la Revolución Francesa.

Nacía la era industrial, y un nuevo factor empezaba a influir de modo de-

MOLINO Y LAVADERO PARA EL MINERAL

LOS MINEROS USAN CARETA.

EN LA FASE FINAL DEL LAVADO PASA LA MEZCLA

OTRA VEZ LA PUNA JUJEÑA ANIMASE CON EL PRODIGIO DE SUS MINAS, GUARDIANAS DE TESOROS INCALCULABLES PARA EL HOMBRE

Por
Julio Bernal
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

LA YARETA SE USA COMO COMBUSTIBLE

finitivo en los destinos de la humanidad: la máquina. Y si en la paz la máquina adquirió tan enorme preponderancia, acabaría por tenerla aún mayor en la guerra. Ya el dinero no sería lo más importante en ellas, sino los metales. Y entre éstos, acaso el más importante, porque entra en la fabricación de casi todas las máquinas, el estaño, considerado, por lo mismo, como metal estratégico: el estaño, que los españoles dejaron de lado en su búsqueda del oro y de la plata, y que se hallaba en cantidades fantásticas en aquella misma zona andina.

Otra vez en las tierras altas de los Andes bolivianos, la riqueza fabulosa, cifrada en las vetas de casiterita, que los buscadores de oro y plata desdeñaron, sin sospechar que llegaría un día en que este metal sería más valioso que la plata y el oro.

Y, del mismo modo que en la Puna jujeña se prolongaba la explotación del oro y de la plata en los días de la Conquista, vuelve a ocurrir ahora lo mismo con el estaño, que tiene en Bolivia su cetro de mayor produción, como otrora la plata y el oro.

Allí, donde el paisaje es idéntico, las características de su suelo son también idénticas. Nada tiene, pues, de particular, que en el mismo tronco de la cordillera boliviana que se interna en Jujuy se hallaran ricas vetas de casiterita, el mineral del que se obtiene el estaño, hoy en plena explotación en la mina de Pirquitas, entre la quebrada de Pircas, de donde toma su nombre, y el cerro Galán.

El descubrimiento del estaño en la Puna jujeña data sólo de hace quince años. Los mineros de la región dejaron hasta entonces de lado las *piedras pesadas*, como ellos llamaban a aquellas donde se encuentra la casiterita, creyéndolas cosa inservible, sin sospechar que guardaban la riqueza del estaño, ofuscados por la sugestión del oro, por aquel esplendoroso ayer del que hoy sólo quedan ruinas como las de Rosario de Collaguaima.

Nuevas poblaciones se levantan ahora junto a las minas de estaño. Otra vez la Puna jujeña, como en los días afiebrados de la Conquista, se anima con el prodigio de sus minas, cuya riqueza interior es el anverso de su aparente esterilidad de piedra. Y allí, donde el paisaje semeja un trozo de planeta muerto, bulle la vida de las poblaciones mineras, dando a Jujuy el primer puesto entre las zonas productoras de minerales metalíferos de la República. ◈



DE MINERAL Y AGUA POR ESTA MAQUINA



La última

I

—Tengo la seguridad — dijo el marqués, encendiendo otro cigarro — de que, si se examinara la vida de todos los grandes calaveras arrepentidos, se encontraría que *perdieron su última batalla;* quiero decir, que su última calaverada fué un chasco, una derrota, en Waterloo.

—¡Qué reaccionario es este marqués! ¡Miren ustedes con qué arte, en el símil de que se ha valido, la virtud hace el papel de la Santa Alianza, restauradora de Luis XVIII y del antiguo régimen!

—También se podría decir — replicó el preopinante — que, en mi símil, la virtud hace el papel de la árida roca de Santa Elena, dado que ése fué el camino que tomó Napoleón después de su derrota...

—¡Pero no lo tomó sino a la fuerza, señor marqués, e intentó muchas veces escaparse!

—Pues entonces, duque, prescindimos del símil. En cambio estoy más decidido que nunca a sostener mi tesis: "Nadie ha dejado de ser calavera al día siguiente de un triunfo. Todos los Lovelaces se han abrazado a la virtud al día siguiente de un descalabro".

—Marqués... — exclamó el general X, que hasta entonces había callado —: ¡mucho insiste usted en esa idea; lo cual me hace presumir si hablará usted por experiencia propia! ¡Usted fué muy calavera en su juventud!

—¡Nada más que lo puramente necesario!

—Y luego, de pronto, se convirtió usted en hombre de bien cuando aun podía aspirar a nuevas glorias...

—¡Ya lo creo! Todavía no contaba treinta años cuando me retiré del mundo y me casé con Eloísa... ¡No esperé, como Carlos V, a estar lleno de reumas para abandonar los campos de batalla!...

—Pues vamos a ver: compruébenos la tesis contándonos la derrota que precedió a su retirada de usted a Yuste.

—Sí, sí... ¡que la cuente!

—¡Con muchísimo gusto, señores! ¿A qué viejo no le agrada recordar sus campañas amorosas, aun aquellas en que fué afortunado? ¡Perfectísimamente me acuerdo del *hecho* que determinó mi *abdicación!*

—¿Y fué, en efecto, un descalabro?

—¡Horrible! ¡Providencial, por mejor decir! Porque os advierto que no me derrotó ningún hombre más agradable que yo a la beldad de que se trataba; ni menos me derrotó el desdén de ésta; ni tampoco me derroté yo mismo...

calaverada

Un cuento de
PEDRO ANTONIO DE ALARCON
ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

—¡Bravo, marqués! ¡Esta última frase es digna de la Corte de Luis XVI!

—No; no quedó por mí en manera alguna... — prosiguió el marqués, mordiscando el cigarro —. ¡Me derrotó la Providencia!

—¡Veamos, veamos! ¡Basta ya de prólogos! Nuestro interés no puede estar más excitado.

—Muchísimas gracias, duque. Pues, señor, el caso fué el siguiente:

II

—Empezaré por deciros que mi arrepentimiento, o sea el descalabro que voy a contaros, no data, como suponéis, de la época de mi enlace con Eloísa.

—¡Nada de eso! Fué posterior. Yo me curé en falso al casarme; esto es, yo era todavía un calavera impenitente cuando conduje al altar a Eloísa; y, si me casé con ella, fué por miedo de no encontrar más adelante otra mujer de sus virtudes, digna del depósito de mi honor y de ser madre de mis hijos. Pero aun podía decir: *Latet angis in herba!* ¡Aun no estaba arrepentido! ¡Aun no había formado propósito de enmendarme! ¡Aun no había pasado por la susodicha derrota!

El marqués chupeteó detenidamente el cigarro hasta reavivar su lumbre; dió un suspiro, y continuó:

—Llevaba yo ya tres años de casado con esa adorable marquesa que todos conocéis, y a cuyo talento y bondad hacéis cumplida justicia...

—¡Oh, la marquesa es un ángel!

—Pues añadid que entonces era también jóven y hermosa...

—Hermosa... ¡lo será siempre! — exclamó el duque —. Eloísa es la mujer que más me gusta hoy en Madrid.

—Y joven... ¡lo es todavía! — agregó cierto pollo muy elegante.

—¡Eso se figura ella! — replicó el marqués, muy orgulloso y contento —. Pero aquí, entre nosotros, debo deciros que tiene cuarenta y cinco años. A lo menos, yo le llevaba diez cuando la conocí y tengo cincuenta y cuatro cumplidos... ¡Si me oyera! En fin, vuelvo a mi historia.

Estaba yo en aquel tiempo (como sigo estándolo hoy) verdaderamente prendado de mi mujer: reconocía todas sus bellas cualidades; considerábame feliz en haber ligado mi vida a la suya; proclamaba que el matrimonio tenía indudablemente muchas ventajas... *Pero*...

—*Pero*... ¡había usted sido calavera!...

—¡Justamente! ¡Había yo sido calavera!... ¡Lo había sido, y aun me quedaba en el corazón algo de aquella satánica codicia del bien ajeno, que constituye el carácter de todos los conquistadores de pueblos y de mujeres!

—¡Soberbio! ¡Edificante! Está usted hablando como un libro, señor marqués...

—¡Y era... — prosiguió éste, contemplando de un modo melancólico la ceniza de su cigarro —, era que yo no había entrado en la virtud por las puertas del desencanto, de la humildad y de la penitencia! ¡Era que mi casamiento había sido un triunfo, una fortuna, una conquista más!... ¡Era que Dios no me había hecho caer del caballo, como a San Pablo!

—¡Sublime, marqués, sublime!

—¡Parece que me explico! — exclamó el relatante, riéndose, y derribando con el meñique la mencionada ceniza —. ¡No me llamará usted hoy epicúreo, señor duque!

—No decimos nada. Continúe usted.

—Pues señor: a los tres años de matrimonio — ¡recuerdo que un día de canícula! — principié a sentir que retoñaba en mi corazón el calaverismo. El fantasma de la *otra*, de la mujer ajena, de la mujer *nueva*, del fruto vedado, comenzó a hacerme guiños en el sereno horizonte de mi paz doméstica. "¡Yo quisiera desamortizarme! — empecé a decir para mi capote —. ¡Yo quisiera reivindicarme, recuperarme, resucitar; probarme a mí mismo que soy todavía un hombre peligroso, capaz de inspirar una *pasión en activo servicio*, y demostrar al diablo que, si hasta aquí he resultado un modelo de maridos fieles, ha sido por mi gusto, no por necesidad ni decadencia; que no me morí al casarme; que soy libre de hecho; que aun vive Pelayo; que puedo escalar las murallas de mi cárcel cuando me acomode, y que si habito en ella no es como forzado de la virtud, sino como voluntario de mi mujer!"

Al poco tiempo de ocurrírseme todas estas atrocidades, hijas de mi impunidad, parecióme que la suerte, que el destino, que el hado, que el numen en que creen los jugadores y cuantos no se atreven a hacer a Dios cómplice de sus proyectos, se había puesto de mi parte y me proporcionaba la ocasión de realizar el acto de independencia por que suspiraba todo mi ser...

¡Redoblad ahora vuestra atención, que va a salir la heroína del drama!

III

Vivía yo con Eloísa en el campo, en las cercanías de Bayona, en uno de aquellos *chalets* que tanto abundan allí y que se alquilan por la temporada de verano. Hallábase situado el nuestro en la carretera que conduce a Pau. Todavía no había ferrocarriles en el Mediodía de Francia.

Precisamente había sido en aquella especie de quinta donde había yo concebido (*a priori* y en abstracto) la pícara idea de *faltarle* solamente a mi cara mitad; de tener una aventura en toda forma, previa la correspondiente conquista; de aumentar un nuevo laurel a los de mi borrascosa juventud. ¡La soledad, el espectáculo de la pagana naturaleza y la rápida visión de las hechicerías *veraneadoras* y bañistas que pasaban por delante de nuestra solitaria vivienda, en soberbios carruajes, dirigiéndose a otros puntos del Pirineo, contribuyeron sin duda a sacarme de mis casillas!

¡El campo... y, sobre todo, el campo de Francia, tan poblado de divinidades mitológicas con medias y corsé, es el más terrible enemigo del matrimonio! La seda, en el silencio de los bosques, cruje de un modo que causa vértigo...

En tal situación, pues, supe que una antigua novia mía, gaditana, con quien estuve para casarme, y cuya mano no llegué al fin a pedir, sólo porque me permitió besársela varias veces cuando la llevaba del brazo, escoltada por una tía suya, viuda, y por un antiguo amigo de ésta, desde cierta tertulia inolvidable hasta la casa en que vivía; casa cuya pícara llave no pude adquirir nunca, no por falta de voluntad de la niña, me parece a mí, sino por sobra de vigilancia de la vieja...

—¡Escupa usted, marqués, que se ahoga!

—¡Descuidad, que no os diré el verdadero nombre de la interesada! Pero para entendernos, bueno será que la llamemos Antonia, Josefa, Dolores..., en fin, como queráis.

—Preferimos Antonia. Es muy bonito nombre...

—Y nombre romano, clásico de estatuas semidesnudas...

—Pues bien: repito que *Antonia* habría llegado tal vez a convertirse de mi *futura* en mi *pretérita*, si yo le hubiese dedicado más tiempo, o si la tía nos hubiera dejado más espacio; y que un hombre de mis circunstancias no debía, ni pudo, o, por mejor decir, *no quiso* llamar esposa suya a mujer que le merecía tal concepto.

Porque habéis de saber que el verdadero calavera no se casa nunca con sus víctimas, ni con las que han estado abocadas a merecer semejante dictado. El calavera se casa con una santa como mi marquesa, o baja solterón hasta los profundos infiernos. Esos Te-



norios vulgares que acaban por pagar en la Vicaría todo lo que deben al sexo contrario, poniéndose en manos de una equívoca hija de Eva que vengue a todas sus predecesoras, son unos calaveras apócrifos, unos impostores, unos falsos profetas del amor. ¡A ver! Déme usted lumbre, pollo. Y ustedes, ¡perdónenme estos entusiasmos de ultratumba!... El hombre bien nacido no pierde nunca su amor platónico al *arte*. A más que la teoría que mantengo puede servir de advertencia a las *incautas*.

Iba diciendo que por entonces supe que aquella mi antigua novia (casada ya a la sazón con un pobre amigo mío, de la especie predestinada, que, o no probó a besarle la mano a Antonia antes de pedírsela, o era menos receloso y precavido que yo) habitaba en otro *chalet* solitario, situado en aquella misma carretera y a una legua corta del nuestro.

No bien me enteré del caso, procuré hacerme el encontradizo con su marido y con ella.

Alegráronse ambos mucho de aquel encuentro y de aquella vecindad; llevé a mi mujer a misa a la misma aldea en que solían oírla ellos; hubo las presentaciones consiguientes; mediaron dos largas visitas... —es decir, nosotros almorzamos un día en casa de Antonia, y Antonia y su marido almorzaron otro día en la nuestra—, y, con esto, fuimos ya los cuatro mejores amigos del mundo.

Mi pobre marquesa no sospechaba nada, y, sin embargo, la cosa no podía marchar más de prisa. La legüecilla que separaba los *chalets* andábase en media hora, bien en el *tílbury* que tenían nuestros vecinos, bien en los caballos de silla que teníamos mi mujer y yo; y en cuanto al camino del adulterio, puede decirse que Antonia y yo lo andábamos a paso doble, de tal manera, que ya estábamos tocando al término de tan criminoso viaje.

Desde mi primer encuentro con ella conocí que recordaba aquellos besillos que en otro tiempo deposité yo en sus manos; y, a mayor abundamiento, aproveché todos los descuidos de su esposo y de mi mujer para aumentar el catálogo de los antiguos y reverentes ósculos con media docena que pude plantarle en el carrillo izquierdo, otra media docena en el derecho y uno de padre y muy señor mío en mitad de su perjura boca: todo esto dando vueltas por nuestro jardín o por el suyo, mientras que su marido y mi mujer —¡con remordimiento lo digo! — hablaban de floricultura, o se contaban lo muy felices que, respectivamente, los hacíamos Antonia y yo... Lo que no podían conseguir nunca los infelices era pasearse por las mismas calles de árboles que nosotros... ¡Tal afán — aparente — poníamos nosotros en perseguir vilanos, a falta de primaverales mariposas!

Porque estas escenas ocurrían a mediados de septiembre.

"—El domingo se marcha mi marido a Pau, donde estará tres días. El lunes, después que oscurezca — a fin de que no llames la atención de los transeúntes —, puedes montar a caballo e ir a verme a mi *chalet*. Yo estaré en el jardín, en el pabellón grande, que, según recordarás, se halla, lo mismo que éste, al extremo de la verja y lindando con el invernadero. Procuraré, además, que la verja no esté cerrada, sino entornada, y que el portero haya ido a la aldea a algún recado que lo entretenga mucho tiempo. Por consiguiente, podremos disponer de dos o tres horas de absoluta libertad y sin riesgo de que se entere nadie.

Así me dijo Antonia la mañana que almorzó en nuestro *chalet* con su marido.

Yo no pude menos de admirar —y de sentir— la consumada sabiduría que revelaba aquel plan de batalla.

—Es veterana —me dije—. ¡Alguien ha madrugado más que yo!

Pero, de cualquier modo, Antonia era todavía muy digna de personificar mis pecaminosas ilusiones. Veinticuatro años; blanca y pelinegra; estéril aun; rica de formas y gallarda de movimientos; risueña, impávida, terrible; con boca de niño y ojos de mujer muy mujer..., que ha dicho Perico Alarcón...: tales eran las *señas particulares* de aquella beldad a los veinte meses de matrimonio.

"¡Con ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!"

¡Parecía la estatua viva del pecado!

IV

El lunes por la tarde recibí una comunicación *—que yo mismo me había escrito*, disfrazando perfectamente la letra— en la cual el alcalde del pueblecillo a que pertenecía nuestro *chalet* me prevenía que compareciera aquella noche, a las siete, ante su autoridad, a fin de enterarme de un gravísimo asunto que me importaba personalmente, encargándome mucho el secreto y *advirtiéndome que fuera solo*.

El pueblecillo distaría cosa de una legua.

"*—Ha sido un error; me han confundido con otra persona*", tenía yo pensado decirle a mi mujer... a la vuelta.

Pero, por de pronto, fingí gran alarma, mucho miedo y extraordinaria curiosidad..., con lo que partí en el acto, dejando a mi pobre mujer muy afligida...; ¡tan afligida, que hubo un momento en que temí se desmayase!..., por lo cual no me marché hasta que su corazón se desahogó a fuerza de llanto...

Ya veis que no escatimo ninguna circunstancia agraviante de mi iniquidad. Falsificador, embustero, verdugo..., ¡todo lo fuí a un mismo tiempo, con tal de ser, por añadidura, traidor a una fe jurada en los altares y ladrón de la honra de un confiado amigo! Total: cinco infamias.

El auditorio se iba poniendo serio.

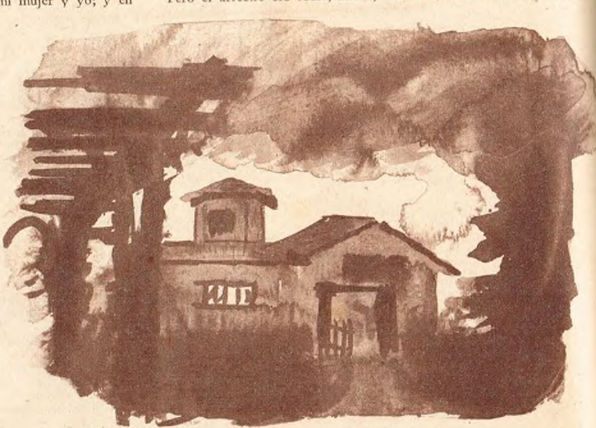
El marqués hizo una pausa, y luego continuó en tono más alegre:

V

Era una de aquellas noches de nieblas tan frecuentes en los Pirineos durante ocho meses del año.

No se veía nada, absolutamente nada. ¡Ni tan siquiera divisaba yo mi propio bulto!

Pero el arrecife era recto, ancho, llanísimo; tenía árboles y cunetas a los lados, y mi caballo, inteligente por todo extremo, y que había ido varias veces de nuestro *chalet* al de Antonia, no podía extraviarse.



Consideré, pues, más ventajosa que inconveniente aquella espesísima niebla, imperturbable de todo punto, a causa de la oscuridad de la noche... ¡Ni nadie me vería en el camino ni nadie podría conocerme en el momento de entrar en la casa ajena!

—¡Hay un Dios que protege a los enamorados! — me dije alborozadamente.

¡Y cómo me latía el corazón! Mis antiguos amores con Antonia; aquellas tímidas, embozadas y simbólicas conversaciones propias del noviazgo con una señorita; aquellos rápidos e insuficientes besos que estampé en sus manos de soltera; aquellos otros más audaces, pero no menos ligeros, que había estampado ya en sus mejillas de casada y en su aleccionada y agradecida boca; sus lánguidas miradas en nuestras recientes entrevistas, sobre todo en la última; todo esto constituía, para mi amorosa esperanza, un mundo de ilusiones, de promesas, de indefectibles venturas...

¡Qué larga deuda iba a cobrar! ¡Una deuda de cinco años! ¡Y a qué poca costa! ¡Cómo me alegraba de no haberme casado con Antoñita, sino con mi santa mujer! ¡Qué suerte tan grande la mía! ¡Tener un ángel por mujer propia, y no ser ángel la mujer ajena! ¡Qué distinta habría sido mi situación, si me hubiera casado con la ingrata que iba a escarnecer en mis brazos la fe conyugal, y me hubiese enamorado luego de la dulce prenda incapaz de pecado que tenía por esposa! ¡Oh, doble desventura! ¡Ni la una ni la otra me hubieran amado entonces! ¡La una por mala y la otra por buena, me habrían maltratado igualmente! Y de aquel otro modo, era mío el corazón de las dos: las dos se esmeraban en hacerme venturoso marido y ven-

turoso amante. ¡Seguía siendo el hijo mimado del Amor y el nieto favorito de su madre Venus!

Por aquí iba en mis erróneas y detestables reflexiones, cuando tropezó el caballo y caí.

VI

—¡La caída de Saulo de que hablaba usted antes!

—¡Justamente! ¡La caída de San Pablo! —replicó el antiguo calavera, lanzando una gran bocanada de humo y siguiendo con la vista sus azuladas espirales, que fueron a ennegrecer el techo del gran salón del *Casino del Príncipe* de esta villa —entonces Corte—, donde pasaba la presente conversación en tiempos del último ministerio Istúriz.

—Según eso... —observó uno—, se rompió usted...

—¡No me rompí nada, mi general!

—Pues entonces...

—Déjeme concluir.

Me levanté ileso —milagrosamente ileso, si se considera que la caída fué por las orejas del caballo—; busqué el sombrero, que me costó gran trabajo encontrar en medio de tinieblas tan absolutas; cepilléme con ambas manos, como Dios me dió a entender, y volví a colocarme sobre la silla, no arrepentido todavía —pues yo era más contumaz que el Apóstol de los gentiles—, sino, antes bien, lleno de mayor impaciencia que nunca por estrechar entre mis brazos a aquella pecadora, cuyas viles promesas me habían hecho dejar a mi bendita mujer llena de tribulación y angustia en la soledad de una casa de campo, en una noche tan triste, en tierra extranjera, contando los segundos y temiendo a cada instante por mi libertad y por mi vida.

Pero esto lo pienso ahora; pues lo que es entonces... sólo pensaba en los aguerridos ojos de Antoñita; en su incitante boca; en su sedoso pelo; en sus brazos, que habían engordado desde que yo le daba el mío al salir de las tertulias de marras; en su talle, no menos redondo que cuando yo bailaba con ella, diciéndole al oído cosas equívocas, cuyo sentido parafraseaban sus ojos y su aliento; en sus pies, por último, que yo pisé tantas veces cuando íbamos en coche, acompañados de la sombra de Nino de su ya destronada tía, a Carabanchel, o a la Alameda de Osuna...

Metí, pues, de nuevo espuelas al caballo, y, al cabo de un cuarto de hora, sus desperezos y relinchos me denotaron que estaba cerca del paraíso de mis sueños.

En cuanto al noble animal, regocijábase sin duda de aquel modo porque había olfateado la vecindad del hospitalario paraje en que ya había sido muy bien tratado dos o tres veces.

—¡Gracias, buen servidor! —le dije acariciándolo—. ¡Tú también amas esta mansión de venturas!

El caballo me contestó con una parada en firme, como diciendo:

—Hemos llegado.

Y, en efecto, a través de la niebla vi dudosamente un punto de claridad, que comprendí era la iluminada ventana del pabellón en que me aguardaba Antoñita.

Me apeé del caballo; avancé a la orilla del camino, y topé con la verja.

Mi corazón brincó de gozo... Pero en seguida me asaltó un miedo muy natural.

—¿Si estará cerrada? ¿Si se habrá arrepentido Antonia? —me pregunté, con el recelo propio del que acude a primera cita de tal clase.

Até el caballo a un hierro de la verja, y luego fuí empujando los demás, hasta que al fin cedió uno...

¡Era la puerta que se abría!

"¡Bendita sea!", pensé lleno de agradecimiento ante aquella *formalidad* de mi adorada y ante aquella facilidad de la *cancela*... que me anunciaba tantas otras facilidades.

Al mismo tiempo, un fantasma blanco se delineó entre la bruma, y una voz baja, trémula, ronca de emoción y sobresalto, pero llena también de infinita dulzura, murmuró en medio de las tinieblas:

—Juan, ¿eres tú?

—¡Yo soy, mi vida! —le contesté alargando los brazos...

Y palpé unos suaves y tibios brazos, y oí un gemido de placer, y una ardorosa cara, bañada en llanto, se apoyó en la mía; y la misma dulce voz, más amante aun que al principio, pero menos velada ya por la inquietud, me dijo entre cariñosos besos:

—¡Ay, Juan! ¡Creí que no volverías nunca!

Era mi mujer.

VII

—¡Sí, era mi mujer!

¡Hallábame en mi casa, en mi propia casa, en el jardín de mi *chalet* semejante en un todo al de Antonia y al de todos los *chalets* del mundo!

Cuando me caí del caballo...

—¡Comprendido! ¡Comprendido! —interrumpió el duque—. El animal se volvió, como hacen siempre todos en tal caso, en sentido contrario a la marcha que había seguido hasta entonces...

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



JESUS LLEGA AL PRETORIO BAJO LA MANO BRUTAL DEL LEGIONARIO

FIGURAS DRAMATICAS BAJO LA AUREA LUZ SOBRENATURAL



JUAN DE ARANOA

EL ARTE DE JUAN

CATORCE LIENZOS DEL "VIA CRUCIS" HA PINTADO PARA LA IGLESIA DE EL SALVADOR EL ARTISTA QUE SE HALLA ENTRE NOSOTROS,

Por Juan González Olmedilla

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Buenos Aires se ha enriquecido este año con una obra de arte que ha de ser, sin duda, nuevo motivo de orgullo para cuantos aman el esplendor de la metrópoli sudamericana: los catorce lienzos del *Via Crucis* pintado por Juan de Aranoa para la iglesia de El Salvador.

Una opinión ex cathedra

—Ante este *Via Crucis*, del más sublime espiritualismo y el realismo más patético, se hace oración: nada se tiene que adivinar, todo entra en el alma, llenándola de luz y emoción, por las ventanas de los

TODO LE ARREBATAN A EL, QUE VINO AL MUNDO PARA DARLO TODO

AQUI EL ARTE PATETICO DE ARANOA MUESTRASE EN SU PLENITUD

DE ARANOA

ojos, porque a su unción religiosa y a su fuerza de expresión únese una gracia actual, tan comunicativa, que ilumina la mente y mueve el corazón de las gentes de hoy a amar a Jesucristo y agradecerle lo que padeció por nosotros en su Pasión y Muerte, como si le hubieran visto sacrificarse en nuestros días por la redención del género humano.

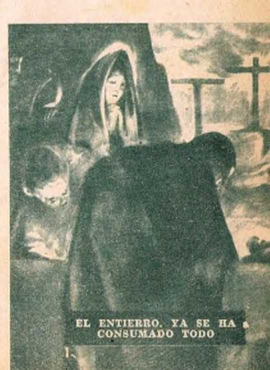
"Todo lo más puro y elevado de la pintura sacra está aquí expuesto con una sencillez y una valentía insuperables. Parece que lo más vigoroso y recio del Españoleto, lo más espiritual del Greco, lo más genial y valiente de Morales y de Zurbarán, de Velázquez y de Goya, se han dado cita en el pincel manejado por el autor de este *Via Crucis.*"

Quien así nos habla sobre la obra en que culmina la plenitud de un pintor que entronca, por ella, con la tradición más auténtica de la escuela española, no es un crítico de arte, aunque bien pudiera, sino un orador sagrado, el reverendo padre Laburu, y con las mismas palabras que pronunció desde la cátedra de aquel templo porteño en la solemnidad de ofrecerse en sus muros a la devoción de los fieles, y la admiración del tiempo, los catorce lienzos de Aranoa.

Tribulaciones entre las escuelas de arte

Al margen de ese secreto suasorio de la pintura

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 93)



EL ENTIERRO. YA SE HA CONSUMADO TODO

El maestro de postas

I

¿QUIÉN no ha tenido que maldecir a los maestros de postas y que pelearse con ellos? ¿Quién no le ha pedido, en un momento de cólera, el libro de reclamaciones para estampar en él su inútil queja acerca de sus artimañas y sus incorregibles groserías? ¿Quién no ha mirado como una especie de residuo del género humano a estos émulos de los difuntos empleados de las cancillerías, o, cuando menos, de los bandidos de Murom?

Seamos justos, sin embargo, tratemos de ponernos en su puesto y tal vez les juzguemos entonces con alguna mayor indulgencia. ¿Qué es un maestro de postas? Un verdadero mártir de la clase 14 — sabido es que los funcionarios rusos se dividen en 14 clases distintas —, a quien su categoría no siempre protege contra todos los golpes (apelo a la conciencia del lector). ¿Cuáles son las funciones de este "dictador", como humorísticamente le llama el príncipe Viazemski?

¿No vive en una verdadera galera?

No descansa ni de día ni de noche. Los viajeros descargan sobre el maestro de postas todo el mal humor acumulado durante un viaje molesto. Si el tiempo está descompuesto, o el camino intransitable, o los caballos no tiran, o el postillón es testarudo, culpa es del maestro de postas. Al entrar en su pobre alojamiento, el viajero le mira como a un enemigo. Dichoso él si logra desembarazarse en seguida del intruso; pero si no hay caballos, ¡oh, Dios!, ¡qué injurias, que amenazas llueven sobre su pobre cabeza! Llueva o nieve, tienen que salir al patio; durante las tempestades y los hielos de la Epifanía, permanecen en el vestíbulo, sin encontrar apenas un momento para descansar de los gritos y los golpes de los enfurecidos viajeros.

Si llega un general, el maestro de postas le entrega, tembloroso, los dos últimos tiros de tres caballos, incluso el del correo, y el general se marcha sin darle ni siquiera las gracias. Cinco minutos después, se oye una campanilla... Y el correo de gabinete le arroja sobre la mesa su pasaporte...

Pesemos bien todo esto, y, lejos de indignarnos, experimentará nuestro espíritu una compasión sincera.

Alguna palabra más. He recorrido Rusia en todas direcciones durante veinte años consecutivos; conozco casi todas las rutas postales y he experimentado muchas generaciones de postillones. Hay muy pocos maestros de postas a quienes no conozca personalmente y no haya tenido con ellos algunas relaciones. Pienso publicar pronto mis notas de viajes, que son bien curiosas por cierto. Entretanto, diré que el cuerpo de maestros de postas suele presentarse al público bajo un punto de vista bien falso. Estos tan desacreditados funcionarios son, por lo general, personas tranquilas, de carácter servicial, sociables, sin pretensiones, modestos y no rapaces. En su conversación, que tan sin motivo desprecian los viajeros, escúchanse muchas cosas en extremo interesantes e instructivas. Por lo que a mí respecta, confieso que la prefiero a la de un *tchnovnik* de 6ª clase agregado a la corte.

Se adivina fácilmente que cuento con amigos en la honorable corporación de los maestros de postas. En efecto, el recuerdo de uno de ellos me ha seguido siendo grato. Las circunstancias nos pusieron en relación en cierta época, y desearía entretener a mis lectores haciéndoles un relato detallado de ellas.

Durante el mes de mayo de 1816 tuve que atravesar el gobierno de **, por un camino que en la actualidad ya no existe. Ocupaba a la sazón un grado inferior y viajaba en diligencia, pagando la tasa correspondiente a dos caballos. Por eso los maestros de postas no tenían muchos miramientos conmigo, y tenía, con frecuencia, que apoderarme por fuerza de lo que, a mi entender, me correspondía de derecho. Joven y arrebatado, indignábame contra la bajeza y cobardía del maestro de postas, cuando éste enganchaba a la carretela de algún encopetado señor el tiro para mí preparado. También me exasperó por espacio de mucho tiempo el ver que un criado ceñudo se olvidase de atenderme mientras servía la comida a algún gobernador.

En la actualidad, ambas cosas me parecen lo más natural del mundo. ¿Qué sucedería, en efecto, si la regla general hoy en uso: "el grado hace honor al grado", fuese substituída por ésta, por ejemplo: "el talento hace honor al talento?" ¡Qué de discusiones oiríamos! Y los mozos, ¿a quién servirían primero? Pero me vuelvo a mi cuento.

El día era caluroso. A tres verstas de la parada de ** empezaron a caer algunas gotas, y pronto una lluvia terrible calóme hasta los huesos. Al llegar a la parada, mi primer cuidado fué cambiar de vestidos, y, el segundo, pedir té.

—¡Eh, Dunia! —gritó el maestro de postas—, prepara el samovar, y ve a buscar la crema.

A estas palabras, una joven de unos quince años de edad salió de detrás de una mampa-



Un cuento de **ALEJANDRO PUCHKIN** ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

ra de madera y dirigióse presurosa al vestíbulo, llamándome la atención su peregrina belleza.

—¿Es tu hija? — pregunté al maestro de postas.

—Mi hija, señor — respondió él, lleno de legítimo orgullo —. Es tan juiciosa, tan viva...; el retrato viviente de su difunta madre.

Y se puso a registrar mi pasaporte, mientras yo examinaba las pequeñas imágenes que decoraban su modesta vivienda, las cuales representaban la historia del Hijo Pródigo. En la primera, un honrado anciano con gorro de noche y traje de casa dejaba partir al inquieto adolescente, dándole su bendición y una bolsa llena de oro. La segunda lámina nos pinta, con rasgos vivos, la mala conducta del joven: vésele sentado delante de una mesa, rodeado de falsos amigos y de mujeres descocadas. Más tarde, el adolescente, arruinado, todo cubierto de harapos, apacienta una piara de cerdos y come lo mismo que ellos; en su rostro se retrata la aflicción y el arrepentimiento. Viene, por último, la vuelta al hogar paterno: el bondadoso anciano, con el mismo gorro de noche y la misma ropa de casa, sale presuroso a su encuentro; el hijo pródigo encuéntrase arrodillado; en el fondo, el cocinero sacrifica una gruesa vaca, y el hermano mayor explica a la servidumbre la causa de tan gran regocijo. Debajo de cada lámina, se lee su explicación en versos alemanes. Todo esto se ha conservado hasta hoy grabado en mi memoria con tanta claridad y viveza como las macetas de balsamina, el lecho de

(CONTINUA EN LA PAGINA 108)



DE GRECIA A HOLLYWOOD

Esta arrebatadora ninfa se llama Virginia Hunter. Virginia aparece así, tan bonitamente trajeada y con la elegante lira sobre el hombro, en un ballet griego con ritmo de "swing". La revista de fantasía musical tiene actualmente gran éxito en los Estados Unidos. Cuando miss Hunter danza a la manera helena, con arreglos "made in Hollywood", ya se podrán imaginar, amigos lectores, que los espectadores la aplauden a rabiar y salen de la sala diciéndose filosóficamente que el siglo XX es un simpático siglo después de todo...



ANGULOS Y ENFOQUES



Se encuentra muy adelantada la filmación de "Madame Bovary", que aun piensa estrenar este año Estudios San Miguel. Mecha Ortiz tiene a su cargo el papel femenino principal y asegura que es uno de los personajes más interesantes que le ha tocado interpretar.



María Duval comenzará dentro de poco su próximo film. Aun no se ha pensado en quién la acompañará en primer plano, ya que se requiere una figura femenina de responsabilidad para uno de los papeles de más compromiso.

Amelia Bence ha reanudado su trabajo en "Lauracha". No muy conforme. Hubiera sido, tal vez, su gusto no intervenir más en ese film. Pero los compromisos mandan. Se filma en la Río de la Plata, bajo la dirección de Ber Ciani. No se puede aventurar nada sobre este film, que ha estado pasando por tantos inconvenientes y tantas manos...

Francisco Petrone está impaciente por filmar. No le gusta la inactividad. Tiene prisa, mucha prisa de verse cuanto antes frente a las cámaras. Se le ha preparado un argumento con una recia figura de protagonista. Está contento que sea así y de que Mirtha Legrand lo acompañe.



Espera turno para ser estrenada "Soy un infeliz", primera producción de A. T. I. C. A., con Augusto Codecá y Elina Colomer al frente del reparto. Es posible que sea este mes.



MONUMENTAL SALON DE BAILE

Veloz y Yolanda, la famosa pareja de baile, tienen el proyecto de construir un monumental salón de baile en Hollywood, tan pronto como dispongan de los materiales necesarios.

El matrimonio posee tres hijitos en la actualidad. Veloz y Yolanda han



tomado parte, últimamente, en la película "Thrill of Brazil", en uno de sus bailables excepcionales. Figuran al frente del reparto de dicha producción Ann Miller, Evelyn Keyes, Keenan Wynn y Tito Guizar.

GRETA GARBO RIE ALGUNA VEZ

Dicen en Hollywood que Félix Bressart ha sido el único hombre que ha logrado hacer reír a Greta Garbo.

Cuando se filmaba "Ninoska", Bressart, entonces recién llegado a la colonia cinematográfica, interpretaba en esa película el papel de un comisario ruso, y lo hizo tan bien, que Greta, en los ensayos y durante la filmación, no perdía oportunidad de estar presente, riéndose de buena gana de las gracias del actor. Los que recuerden "Ninoska" estarán de acuerdo en que Greta tenía motivos para divertirse. Antes de dedicarse al cine, Bressart fué uno de los actores cómicos más celebrados y más populares de la Europa de preguerra. En 1938 decidió trasladarse a los Estados Unidos y solicitar la ciudadanía norteamericana. El hecho de haber sido el único hombre capaz de haber hecho reír a la gran estrella, le valió mucho.



BECQUER EN LA PANTALLA



Alberto de Zavalía está cumpliendo una de las más difíciles labores de realizador. Pronto llegará a feliz término el rodaje de "El gran amor de Bécquer".

El papel central de esta película lo encarna Delia Garcés, acompañada por Esteban Serrador, en primer término, y secundados ambos por un cuadro de cartel como: Josefina Díaz, Susana Freire, Pedro Codina, Andrés Mejuto, Domingo Márquez, Vicente Ariño, Juan Serrador, y otras figuras más. El maestro Julián Bautista ha tenido a su cargo la ilustración y ejecución musical de este extraordinario film que encara un tema poético nunca abordado hasta ahora.

ENTRE ASTERISCOS



Claudette Colbert pocas veces cambia de empresa. Dice que no le gusta mucho eso de ser "prestada". Pero se ha comprometido a filmar para Metro una película con Walter Pidgeon, provisionalmente titulada "Corazón secreto". Es éste el primer trabajo de la estrella para Metro desde 1940, en que apareció junto a Clark Gable, Hedy Lamar y Spencer Tracy en "Fruto dorado".



Tan impresionado quedó Burgess Meredith por el libreto de "Magnificent Doll", que filmará con Ginger Rogers, que ha postergado su visita a París y Londres para rodar cuanto antes este film, en el que encarnará al presidente Madison, bajo la dirección de Frank Borzage.



Katherine Hepburn tuvo vocación por la medicina. No es nada de extrañar esto por cuanto es hija de un destacado cirujano, del que heredó ese afán.



Edward Arnold le debe su carrera en el cine a su risa. Se destacó primero en el teatro. Pero le gustaba el cine.

Su carcajada estridente llamó la atención a un director y así comenzó su carrera cinematográfica.



Louis Hayward, que fué el protagonista de la película "The Son of Montecristo", antes de alistarse en el Cuerpo de Marina hace más de tres años, volverá de nuevo a traer a la pantalla el famoso personaje de Alejandro Dumas, en la película "The Return of Montecristo".

EL ARBOL DE LA FELICIDAD

Viendo a esas preciosas criaturas trepadas en el árbol, cualquiera se siente Tarzán. "Ellas" son Shirley Patterson y Alma Carroll, muchachas hollywoodenses que tan fácilmente como subieron a la copa del árbol aludido ascenderán asimismo a la fama... Porque son chicas que no se andan por las ramas, aunque parezca lo contrario.

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES



Por Fernández Moreno

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJOS DE GUBELLINI



Películas y públicos

POR tres veces he visto aparecer en la pantalla un molinillo de café. Y las tres con el mismo resultado: el público se moría de risa.

La primera, una de esas noches absurdas en que uno, harto de andar, se deja caer como en un pozo en cualquier cine que le salga al paso. La casualidad me deparó una hermosa película de cuyo nombre y actores no me acuerdo. Lo cierto es que llovía a torrentes en una vieja ciudad europea de tercer orden. Una pobre muchacha había sido llevada por una amiga a una reunión sospechosa. En una mesa vecina había un tipógrafo melancólico delante de un vaso. El tipógrafo y la muchacha salen a la calle y caminan juntos. Los inclinados aleros dejan caer cortinas de agua; los canalones les cierran el paso con gruesos chorros curvos. Así llegan hasta la casa de él, que es tímido y dulce. Los dos están empapados. El la invita a subir y ella acepta, pero antes deja caer en el lodo la última rosa de la fiesta. A la mañana siguiente, ella duerme en un sofá cubierta con un abrigo y con un rayo de sol en el pelo derramado. El operario, que lo ha hecho en la habitación contigua, se ha levantado aína y ha ido hasta la cocinilla. Ahora entreabre la puerta y avanza con una sonrisa. Lleva debajo del brazo un molinillo de café. A la primera vuelta de la manivela, al primer ruidito seco que se produce, estalla una carcajada inmensa, inexplicable. La escena es deliciosa y sin embargo la concurrencia se dobla de risa como mies sacudida por el viento. El episodio acabó con una rechifla general, y repito que todo ello era justo, contenido, poético.

❦ ❦ ❦

La segunda, lo mismo. En cuanto salió el dichoso artefacto, el público se estremeció: sobrenadó un cuchicheo en la oscuridad, como el cabrilleo de la luna sobre un mar nocturno y, por último, las risotadas consabidas.

❦ ❦ ❦

Por tercera vez he visto aparecer un molinillo de café en una producción disparatada en que el director ha amontonado quince psicologías distintas y las adurme al son lánguido de una canción mejicana, bajo las estrellas. Hay una extraordinaria señora enferma que va perdiendo sus fuerzas lentamente: las sombras que la rodean la van dejando como de marfil. Y ahora surge de nuevo el molinillo de café entre el brazo y el pecho de un bandido, duro como una piedra del Oeste, que quiere entonar y levantar a la postrada. Lo ha depositado sobre una mesa y se dispone a moler y ya avanza la mano, callosa de la culata del revólver, y yo a esperar, no hay dos sin tres, la hilaridad de la gente. Pero esta vez la platea no tuvo tiempo de reír. La bala predestinada (la 40L) zumba a lo largo de la tela y perfora el corazón del bandido un momento antes de hacer girar la manivela.



El suburbio

El hombre y las cabritas

El hombre leía atentamente sentado en una silla baja delante de su puerta. De vez en cuando levantaba los ojos del diario para contemplar, a través de la calle de tierra, el prado de alfalfa que se extendía delante de él: el prado, que ya le habia dado un primer corte, y ahora, en brotes ternísimos, le prometía un segundo. Y he aquí que tres cabritas juguetonas y golosas de aquel verde reciente se metieron por entre los alambres flojos y se pusieron a triscar y a morder los tallos claros. Verlas, y correr a espantarlas, fué todo uno. Se le cayeron los anteojos, volósele el diario, derribó el asiento y, furioso, tomó dos o tres pedazos de ladrillo, saltó el cerco y se puso a perseguir a los graciosos rumiantes, que, en sus giros y saltos, semejaban burlarse. Exasperado, ciego de cólera, consiguió acorralarlas en un rincón contra un seto de cinacina. Ahora sí, mis pobres cabritas, ahora sí que no os escaparéis, pensaba yo. Dos de ellas, sin embargo, rojizas, de miel, consiguieron huir a la calle. Pero la tercera, que era blanca y negra, no corría tan de prisa, cargada, sin duda, con el peso de sus colores. El, segurísimo, se aproximó cuanto pudo, levantó el brazo vigoroso, y descargó contra ella, como una catapulta, el irregular proyectil. Y ocurrió, parecía imposible, que éste fué a chocar contra un alambre tenso y brillante en el preciso momento en que la intrusa pasaba debajo. La blanquinegra dió un respingo nervioso, alegre; yo esbocé una sonrisa y el hombre soltó una blasfemia.

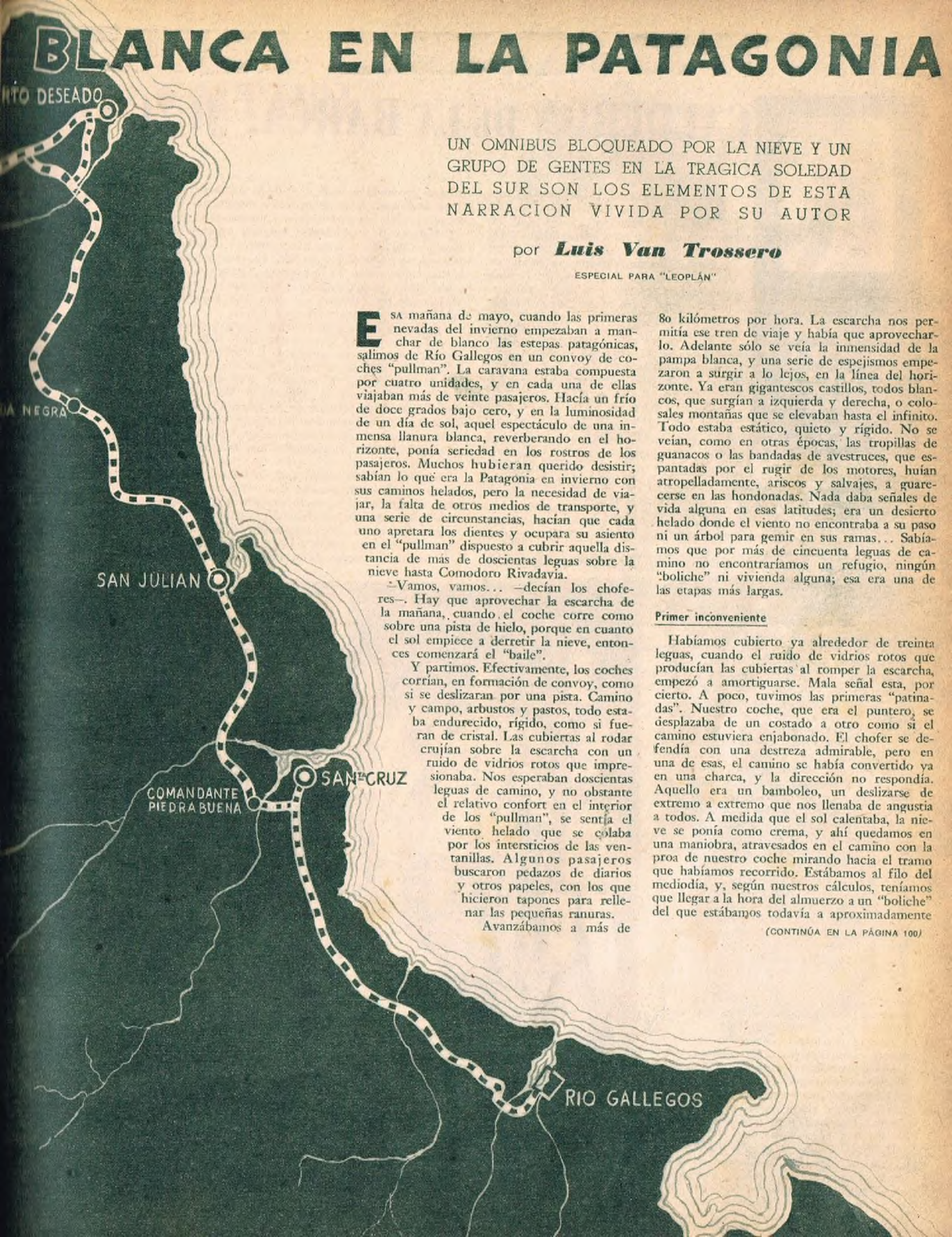
Un hilo casi invisible bajo el sol del mediodía habia detenido la ira de aquel propietario celoso, de aquel lector interrumpido, y un poeta, y un animalito de Dios, se reían de él. Me propuse, desde entonces, no espantar a nadie de mis vergeles, así me los dejaran más pelados que un sendero endurecido. ◈


CONTRIBUYA A FORMAR
EL MUNDO DEL FUTURO
ESTUDIE
UNA DE ESTAS 5 CARRERAS
DE GRAN EXITO!
RADIO - TELEVISION - CINE SONORO
Receptores - Diseño, Construcción y Reparación; Sistemas de Amplificación; Radio - Difusión; Radio - Comunicación en sus variados aspectos; Novísimas Aplicaciones Electronicas etc. etc.
FUERZA MOTRIZ DIESEL
Motores de gasolina, Diesel y Semi-Diesel; Lubricación; Enfriamiento; Trasmisión de fuerza; Maquinaria Agrícola e Industrial - su instalación, cuidado y reparación; Taller mecánico, etc. etc.
AVIACION
Aerodinámica; Pilotaje, Meteorología; Instrumentos de vuelo; Construcción de Aviones; Motores; Comunicaciones por Radio; Radiofaros, etc. etc.
ELECTROTECNIA - REFRIGERACION
Acondicionamiento de Aire o Clima Artificial; Motores y Generadores; Embobinado de Armaduras; Centrales Eléctricas y Subestaciones; Tableros de Control; Alternadores; Soldadura, etc. etc.
IDIOMA INGLES
Enseñanza objetiva y fonética al alcance de todos, con audiciones fonográficas que dan la pronunciación correcta. De aplicación al Comercio, Industria, etc.
ENVIAMOS GRATIS CUALQUIERA DE LOS LIBROS DESCRIPTIVOS DE ESTAS ENSEÑANZAS
Fundada en Los Angeles, California en 1905
Cuenta con SUCURSALES en todo el Continente
NATIONAL SCHOOLS
Sucursal: VICTORIA 1556
BUENOS AIRES, ARGENTINA
ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON
Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Depto. Núm. GK9-380
Mándeme su libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", así: ☒
Escoja sólo una
NOMBRE
EDAD
DIRECCION
LOCALIDAD
PROVINCIA
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTRO-TECNIA ☐
INGLES ☐

LA MUERTE



BLANCA EN LA PATAGONIA



UN OMNIBUS BLOQUEADO POR LA NIEVE Y UN GRUPO DE GENTES EN LA TRAGICA SOLEDAD DEL SUR SON LOS ELEMENTOS DE ESTA NARRACION VIVIDA POR SU AUTOR

por ***Luis Van Trossero***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ESA mañana de mayo, cuando las primeras nevadas del invierno empezaban a manchar de blanco las estepas patagónicas, salimos de Río Gallegos en un convoy de coches "pullman". La caravana estaba compuesta por cuatro unidades, y en cada una de ellas viajaban más de veinte pasajeros. Hacía un frío de doce grados bajo cero, y en la luminosidad de un día de sol, aquel espectáculo de una inmensa llanura blanca, reverberando en el horizonte, ponía seriedad en los rostros de los pasajeros. Muchos hubieran querido desistir; sabían lo que era la Patagonia en invierno con sus caminos helados, pero la necesidad de viajar, la falta de otros medios de transporte, y una serie de circunstancias, hacían que cada uno apretara los dientes y ocupara su asiento en el "pullman" dispuesto a cubrir aquella distancia de más de doscientas leguas sobre la nieve hasta Comodoro Rivadavia.

—Vamos, vamos... —decían los choferes—. Hay que aprovechar la escarcha de la mañana, cuando el coche corre como sobre una pista de hielo, porque en cuanto el sol empiece a derretir la nieve, entonces comenzará el "baile".

Y partimos. Efectivamente, los coches corrían, en formación de convoy, como si se deslizaran por una pista. Camino y campo, arbustos y pastos, todo estaba endurecido, rígido, como si fueran de cristal. Las cubiertas al rodar crujían sobre la escarcha con un ruido de vidrios rotos que impresionaba. Nos esperaban doscientas leguas de camino, y no obstante el relativo confort en el interior de los "pullman", se sentía el viento helado que se colaba por los intersticios de las ventanillas. Algunos pasajeros buscaron pedazos de diarios y otros papeles, con los que hicieron tapones para rellenar las pequeñas ranuras.

Avanzábamos a más de 80 kilómetros por hora. La escarcha nos permitía ese tren de viaje y había que aprovecharlo. Adelante sólo se veía la inmensidad de la pampa blanca, y una serie de espejismos empezaron a surgir a lo lejos, en la línea del horizonte. Ya eran gigantescos castillos, todos blancos, que surgían a izquierda y derecha, o colosales montañas que se elevaban hasta el infinito. Todo estaba estático, quieto y rígido. No se veían, como en otras épocas, las tropillas de guanacos o las bandadas de avestruces, que espantadas por el rugir de los motores, huían atropelladamente, ariscos y salvajes, a guarecerse en las hondonadas. Nada daba señales de vida alguna en esas latitudes; era un desierto helado donde el viento no encontraba a su paso ni un árbol para gemir en sus ramas... Sabíamos que por más de cincuenta leguas de camino no encontraríamos un refugio, ningún "boliche" ni vivienda alguna; esa era una de las etapas más largas.

Primer inconveniente

Habíamos cubierto ya alrededor de treinta leguas, cuando el ruido de vidrios rotos que producían las cubiertas al romper la escarcha, empezó a amortiguarse. Mala señal esta, por cierto. A poco, tuvimos las primeras "patinadas". Nuestro coche, que era el puntero, se desplazaba de un costado a otro como si el camino estuviera enjabonado. El chofer se defendía con una destreza admirable, pero en una de esas, el camino se había convertido ya en una charca, y la dirección no respondía. Aquello era un bamboleo, un deslizarse de extremo a extremo que nos llenaba de angustia a todos. A medida que el sol calentaba, la nieve se ponía como crema, y ahí quedamos en una maniobra, atravesados en el camino con la proa de nuestro coche mirando hacia el tramo que habíamos recorrido. Estábamos al filo del mediodía, y, según nuestros cálculos, teníamos que llegar a la hora del almuerzo a un "boliche" del que estábamos todavía a aproximadamente

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 100)

CALDERON DE LA BARCA, JUZGADO

Por
NICETO ALCALA ZAMORA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El pleito teatral, promovido en torno al plagio cometido en la tragedia "Heraclius", y del cual me he ocupado en otro número de LEOPLAN, dió lugar, según ya advertí, a un curioso fallo de Voltaire, juzgando en el caso concreto y en conjunto la obra de Pedro Calderón y la de Pierre Corneille. Hubo pues en ese singular juicio una conjunción de tres astros de primera magnitud literaria, y prodújose un eclipse en la imparcialidad quebradiza de Voltaire, cuya agudeza crítica perdía la serenidad, al comparar lo francés, que lo atraía con tanto motivo, y lo español, que sin razón le resultaba poco simpático.

Con la base del explicable silencio, guardado por Corneille, y del fantástico viaje de Calderón a París en busca premeditada de un plagio, se desató la imaginación nacionalista francesa, hasta que Voltaire llamó a su jurisdicción el pleito para sentencia definitiva, que por ser en la parte congruente del fallo favorable a Calderón, aunque no ha podido impugnarse, menos revisarse, no ha desterrado del todo insistencias reticentes, encaminadas a no reconocerla como ejecutoria indiscutida en cuanto a haber sido Corneille el plagiario.

Tal sentencia literaria de Voltaire es de lo más curioso e incongruente que pueda verse en crítica teatral. Absuelve plenamente a Calderón de la acción reivindicatoria francesa, contra la que aquél no se había defendido, y todavía más, estima por reconvención, que el nuestro no formulara nunca, su indiscutible derecho de prioridad original. Tan rotundos y justos reconocimientos de derechos claros, indudables, no se avienen con la serie impertinente de pronunciamientos adversos contra Calderón, quien ganando por completo la litis planteada, sale condenado en las costas del proceso, y en cuanto no era materia litigiosa. Tamaña anomalía sólo se explica porque el espíritu de Voltaire, aun preciándose de libre y emancipado respecto de todo prejuicio, no pudo substraerse al de nacionalismo exagerado, tan típicamente francés; y descargó sobre el genial autor español toda la ira consiguiente a haber tenido que darle la razón.

Como en casi todas las sentencias de altos tribunales, el interés general está aquí ante todo en la doctrina, y por ello en los fundamentos. Debieron limitarse éstos al reconocimiento de que dudosa la aparición de la obra calderoniana entre 1637 y 1640, pero siempre anterior a 1644, en que era ya popular y andaba divulgada en algún romance, no cabía por ello duda acerca de la prioridad considerable y bastante para el plagio por Corneille, cuya tragedia lleva la fecha de 1647.

Aun se explicaría que, como un argumento complementario, no elogioso, pero tampoco abrumador agravio, se adujera el desconocimiento por Calderón de la lengua francesa, que hasta entonces, y salvo usos de corte tradicionales en Inglaterra, no había alcanzado la universal difusión de los tres siglos posteriores.

Todavía, dando al orgullo nacional lo legítimo y algo más, cabía que sin venir muy a cuento sacase a relucir Voltaire la superioridad de mérito en favor de Corneille, tanto en los Heraclios cuanto en el conjunto de la producción. Nosotros habríamos sostenido lo contrario en cuanto a la producción total, que es lo decisivo, y es probable que se hubiese desdeñado la empequeñecida disputa acerca de lo que pudiera llamarse ejercicio de oposición o concurso con tema común y fijo.

Lo excesivo y arbitrario empieza cuando los elogios hiperbólicos españoles en cuanto a no haber imitado Calderón a nadie, se convierten de don de originalidad excelsa en incapacidad mental de imitar por bárbara ignorancia. Ya la primera afirmación, la de loa, era insostenible, y ahí estaba, para desmentirla y probar la ligereza del juicio volteriano, "El alcalde de Zalamea", la obra más popular y duradera del teatro calderoniano, inspirada en el de Lope.

Cegado por su apasionamiento, Voltaire considera a Calderón talento natural potente, pero inculto, que puede llegar a lo sublime a veces, pero siempre en espantoso desorden; y recargando la nota de ignorancia la extiende a todo conocimiento y estudio, comenzando por el latín y la historia. En el afán de presentar la ignorancia calderoniana como grosera, la grosería está en el juicio de Voltaire, que contrapone por dos veces el oro de la producción de Pierre Corneille al *estercolero* de la de Calderón. Si el ingenio y el buen gusto literarios del autor de "Candide" tenían empeño en atraer las miradas y el olfato del lector hacia el panorama del "fumier", pudieron al menos situarlo lejos de la gloria calderoniana.

Dejemos atrás lo violento de la injuria, que como todas las destempladas no alcanzan, rebotan y se vuelven contra su origen. Lo interesante es apreciar el reproche de total ignorancia, que coloca a Calderón en tal aspecto muy por bajo de la personalidad tan misteriosa de Shakespeare, también muy censurado en la crítica volteriana, la cual lo reputa un bárbaro como a Lope de Vega.

Se siente el impulso de aceptar la injusticia, como inmenso, insupera-



CALDERON DE LA BARCA, EL CREADOR DE "LA VIDA ES SUEÑO", UNA DE CUYAS ESCENAS VEMOS AQUI, FUE MENOSPRECIADO POR VOLTAIRE

POR VOLTAIRE

ble, aunque involuntario homenaje al genio de Calderón, que aparecería así único, más asombroso todavía llegando solamente por el despejo imaginativo a las cumbres que alcanza. Pero es lo cierto que las enfoca, las escala, las pisa y las domina con tan segura maestría, que todo ello fuera imposible, no ya milagroso, sin una dilatada y honda cultura extendida a ciencias, artes, materias o disciplinas de cuyo saber, y con razón, releva al autor dramático la preceptiva del mismo Corneille, aun reforzando las más exigentes de las antiguas.

Indudable es que las facultades naturales, sin las que no surge el genio, se daban pujantes y excelsas en Calderón de la Barca; cierto también que tales dotes por sí solas pueden alcanzar la sublimidad; pero jamás, y menos con primacía, la perfección, y ésta, pasmosa, impecable, se muestra en las creaciones calderonianas.

Nadie negará que haya en las obras de Calderón, como en las de todos nuestros clásicos..., y en los ajenos también, descuidos, desigualdades, yerros y anacronismos; éstos sobre todo frecuentes y confesados por el propio Pierre Corneille, acotados respecto de éste severamente por Voltaire mismo, y pasados en silencio, pero garrafales, al tratarse de España, ya en "El Cid", ya en "Don Sancho de Aragón". Si una crítica implacable se obstinara en acentuar la acusación de desorden respecto de los grandes autores nuestros, habría de tener presente la extraordinaria fecundidad de éstos, las caídas, inevitable compensación de la facundia, y el vuelo libre de su inspiración no encadenada al yugo, pero tampoco protegida por la guía del clasicismo greco-romano.

Nadie exigió al autor dramático que alcanzara las cimas del pensamiento filosófico, ni penetrara en las profundidades del misterio teológico; y sin embargo, el tan maltratado autor de "La vida es sueño", de "El mágico prodigioso" y de los también prodigiosos autos sacramentales, llega en lo elevado y en lo hondo a las máximas distancias conseguidas en el teatro.

Más en su lógica, ya que no en su derecho, habría estado Voltaire acusando, siempre fuera de ocasión y lugar, a nuestro autor de todo lo contrario; o sea de haber llevado a la escena, al par del deleite emotivo y a veces en reemplazo triunfante de éste, lo que pudiera llamarse, por la densidad de la idea envuelta en la magnificencia versificada, el espléndido colofón poético y teatral de la gigantesca aportación española a la obra cultural que se ha llamado la contra-reforma.

Exento también está el poeta dramático de poseer cultura jurídica; y sin embargo en Calderón, sacerdote y no abogado, hay más, mucho más, incomparablemente más sobre esos simples atisbos en que el buen sentido, orientado por la equidad, puede discurrir en materias tales.

La opinión de los eruditos más autorizados reconoce que el teatro de Calderón, como el de los otros clásicos, es fuente de estudio indispensable para conocer a fondo la vida íntima de nuestras instituciones jurídicas. Indiscutida la imagen feliz del Derecho Público, que aparece entre otras obras en "El alcalde de Zalamea", no puede pasarse en silencio el dominio de técnica procesal, que campea en todo el acto tercero, en la lucha entre aquella regularidad y la pasión dramática, o sea en las escenas donde Pedro Crespo discute con el capitán, con don Lope y aun con el rey.

En "El médico de su honra", cuando la esposa fiel, acusada por fatales y engañosas apariencias de adulterio, se defiende contra los reproches celosos, llama a éstos "presunciones no de ley". En ese octosílabo la concisión de la rima ha refundido muchas lecciones del Derecho y de su historia. Ahí está, sabiamente deslindada, toda la secular y básica diferenciación legal y probatoria entre las presunciones, que equivalen a una ejecutoria prejuzgada, y los que se acercan a simples y deleznables indicios. Pero ahí está a su vez la formación cauta, mantenida por la jurisprudencia durante los siglos modernos, del concepto penal del adulterio, tan difícil de comprobar en su material consumación, tan exigente por ello de figuras delictivas, ni temerarias con deshonor, ni ingenuas con impunidad, convincentes en su significado, revelables en la prueba, decorosas en la expresión judicial.

¿Pero a qué seguir? ¿Habrá necesidad de defender a Calderón, aunque lo atacara Voltaire? Al acudir éste con preferencia al teatro, para producción de su genio, se expuso a compararse; y en eso nadie dudará, ni habrá dudado, en contra del nuestro. Venció sin comparación posible en los fallos, que siguen a los estrenos; ha vencido con la misma inmensa distancia de ventaja en la prueba del tiempo. Por eso puede alegar sin miedo en su causa un viejo abogado, que ya no lucha en el foro, y que al rechazar la injusticia contra Calderón no la comete con Corneille, al cual debemos por genial, admiración; por noble, simpatía; y por hispanófilo, gratitud. ◈





El hombre sin patria

Un cuento de

EDWARD EVERETT HALE

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

SUPONGO que pocos lectores del *New York Herald* del 13 de agosto de 1863 observarían por casualidad en una humilde esquina, entre las defunciones, el anuncio siguiente:

NOLAN: Fallecido el 11 de mayo, a bordo de la corbeta *Levant* de los Estados Unidos. Lat., 2º 11' S. Long., 131º O., PHILIP NOLAN.

Por mi parte lo advertí, debido a la circunstancia de encontrarme desamparado en la antigua casa de la misión en Mackinac, aguardando un vaporcito del lago Superior que nunca se decidía a llegar; y devoraba, por consiguiente, cuanta lectura podía acaparar, hasta las defunciones y matrimonios anunciados en el *Herald*. Tengo buena memoria para nombres y personas, y el lector echará de ver conforme avance que tenía razones suficientes para recordar a Philip Nolan. Muchas personas, en cambio, se habrían interesado en este anuncio, si el oficial del *Levant*, que lo redactó, hubiéralo hecho en esta forma: "Falleció, mayo 11, *El hombre sin patria*". Pues bajo el nombre de "El hombre sin patria" había sido generalmente conocido este pobre Philip Nolan por todos los oficiales de marina que le



tenían bajo custodia hacía cosa de cincuenta años y, a la verdad, por todos los marineros de la armada. Hasta podría decir que muchos de los hombres que acostumbraban beber con él un vaso de vino una vez a la quincena durante viajes de tres años, nunca supieron que su nombre era Nolan, y ni siquiera si el infeliz tenía nombre alguno.

No hay ningún mal en referir la historia de este ser infortunado.

Y ya que ha muerto la desgraciada criatura, paréceme interesante referir un poquillo de su historia, siquiera sea para enseñar a los jóvenes americanos del día lo que significa ser *un hombre sin patria.*

Philip Nolan era un joven oficial de los más distinguidos en la "Legión del Oeste", como se llamaba entonces la división de nuestro ejército originaria del Oeste. Cuando Aarón Burr realizó su primera y arrojada expedición a Nueva Orleáns en 1805, encontró en el fuerte de Massac o en algún otro punto de la ribera, como cosa dispuesta por el diablo, a aquel alegre, intrépido y brillante joven, en alguna cena, imagino. Burr le observó, conversó con él, paseó con él, llevóle uno o dos días a navegar en su barco y le fascinó, en una palabra. Al año siguiente la vida de cuartel era demasiado insípida para el pobre Nolan. Hizo uso del permiso de escribirle que le había concedido el gran hombre. El pobre mozo escribió una tras otra largas, floridas y pomposas cartas, y volvió a escribir, y envió las copias, sin que jamás viniera una línea de respuesta del fastuoso impostor. Los demás jóvenes de la guarnición se burlaban de él porque, en su afección mal recompensada por un político, había sacrificado en escribirle el tiempo que ellos dedicaban al *monongahela*[1], al *sledge* y



al *high-low-jack*[1]. El *bourbon*[2], el *euchre* y el *poker*[4], eran aún desconocidos. Pero un día Nolan tuvo su desquite. Aquella vez descendió Burr el río, no como abogado en busca de lugar adecuado para establecer sus reales, sino como conquistador disfrazado. Había derrotado a no sé cuántos procuradores, había asistido a no sé cuántos banquetes públicos; su nombre había salido en letras de molde en no sé cuántas revistas semanales; y se rumoreaba que tenía un ejército a sus espaldas y un imperio delante de él. El día de su llegada fué un gran día para el pobre Nolan. No haría una hora que se encontraba Burr en el fuerte cuando ya había enviado a buscarle. Aquella noche pidió a Nolan que le acompañara en su esquife para mostrarle un cañaveral o un árbol de algodón, según decía; en realidad, para seducirle; y cuando arriaron la vela, Nolan estaba ya alistado en cuerpo y alma. Desde entonces, aun cuando él todavía lo ignoraba, se convirtió en *un hombre sin patria*.

Lo que Burr proyectaba lo sé tanto como tú, querido lector. No nos interesa, de otro lado. Solamente, cuando estalló la gran catástrofe, y Jefferson y los partidarios de la casa de Virginia[5] de aquel entonces se propusieron enrodar a todos los Clarence posibles de la Casa de York[6] con motivo del juicio de alta traición en Richmond, algunos de los acalorados de segundo orden en aquel distante valle del Misisipí, más alejado entonces de nosotros de lo que hoy se encuentra la sonda de Púget, introdujeron la novedad en su escenario provincial; y para disipar la monotonía del verano en el fuerte de Adams, se dieron como espectáculo una serie de juicios militares de los oficiales. Varios coroneles y mayores fueron enjuiciados, y para completar la lista entró también Nolan, contra quien existían indicios más que suficientes, Dios lo sabe: que estaba aburrido del servicio, que había querido abandonarlo, que habría obedecido gustoso la orden de marchar a cualquier lado con todo el que quisiera seguirle, siempre que la orden apareciera firmada: "Por mandato de Su Excelencia, A. Burr". La corte marcial proseguía sus tareas. Pero los pájaros gordos volaban, a lo que yo me sé. La culpabilidad de Nolan quedó suficientemente establecida, como decía; sin embargo, ni tú, lector, ni yo hubiéramos sabido nunca de él, si no fuera porque al preguntarle el presidente del tribunal, momentos antes de terminar, si deseaba decir algo para probar su lealtad constante a los Estados Unidos, en un frenesí de rabia gritó:

"¡Al diablo los Estados Unidos! ¡No quisiera oír hablar jamás de los Estados Unidos!"

Supongo que Nolan no imaginó hasta qué punto iban a herir sus palabras al viejo coronel Morgan, que presidía la corte marcial. La mitad, por lo menos, de los oficiales presentes había servido bajo la revolución, arriesgando la vida, por no decir el cuello, en obsequio a los ideales que él zahería tan desdeñosamente en su locura. Philip Nolan, por su parte, había crecido en el Oeste[7] de aquellos días, en medio de la "conspiración española", y la "conspiración de Orleáns", y todo lo demás. Habíase educado en una colonia cuya mejor sociedad estaba formada por uno que otro oficial español o algún mercader francés de Orleáns. Su educación, tal como era en la actualidad, se había perfeccionado en sus expediciones industriales a Veracruz, y creo que me dijo alguna vez que su padre tomó a un inglés como ayo suyo durante un invierno en la colonia. Había pasado la mitad de su juventud con un hermano mayor persiguiendo caballos salvajes en Tejas; en una palabra, los "Estados Unidos" apenas pasaban de una idea vaga para él. Sin embargo, había vivido a costa de los "Estados Unidos" todo el tiempo que estuvo en el ejército. Había jurado, por su fe de cristiano, ser leal a los "Estados Unidos". Los "Estados Unidos" le habían dado el uniforme que vestía y la espada que llevaba al costado. Nada, mi pobre Nolan; solamente porque los

[1] Una especie de *whisky*.
[2] Juegos de naipes.
[3] Especie de *whisky*.
[4] Juego de naipes.
[5] El presidente Jefferson era de aquel Estado, y sus partidarios constituían lo que el autor, adoptando la fraseología de Shakespeare, llama la "Casa de Virginia".
[6] La "casa de York" se refiere al partido federal.
[7] En la América del Norte existe una supuesta línea divisoria de los estados según su posición geográfica, y se alude frecuentemente al oeste, este, norte o sur para indicar los estados comprendidos en aquella zona.

"Estados Unidos" lo habían aceptado entre los primeros como uno de sus leales hombres de honor, aquel "A. Burr" se preocupaba de ti un pelo más que de los hombres de su chata que izaban la vela de la embarcación.

No excuso a Nolan; explico simplemente al lector por qué enviaba al diablo a su patria y deseaba no volver a oír hablar de ella jamás.

Sólo volvió a oír el nombre de su patria una vez después de aquellas palabras. Desde aquel instante, el 23 de septiembre de 1807, hasta el día en que murió, 11 de mayo de 1863, jamás oyó nombrar de nuevo a los Estados Unidos. Durante este largo medio siglo fué un hombre sin patria.

El viejo Morgan, como he dicho, sintióse terriblemente ofendido. Si Nolan hubiera comparado a George Washington con Benedict Arnold, o gritado "¡Dios guarde al rey Jorge!" no habría quedado Morgan más dolorosamente impresionado. Trasladó la corte marcial a sus habitaciones particulares, y volvió al cabo de quince minutos con el rostro más blanco que un sudario, para decir:

"¡Prisionero, escuchad la sentencia del tribunal! El tribunal decide, sujeto a la aprobación del presidente, que jamás volváis a oír el nombre de los Estados Unidos."

Nolan soltó una carcajada. Pero nadie le imitó. El tono del viejo Morgan había sido demasiado solemne, y todo el cuarto quedó en silencio mortal durante un minuto. Aun Nolan perdió su fanfarronería pasado un momento. Entonces Morgan añadió: "Señor mariscal, llevad al prisionero a Orleáns en un buque de guerra y entregadlo allí al jefe naval".

El preboste dió sus órdenes, y sacaron al prisionero de la sala del tribunal.

"Señor preboste, continuó el viejo Morgan, cuidad de que nadie mencione los Estados Unidos en presencia del prisionero. Señor preboste, ofreced mis respetos al teniente Mitchel en Orleáns, y pedidle que nadie nombre a los Estados Unidos mientras el prisionero se encuentre a bordo del buque. Recibiréis órdenes escritas del oficial de servicio esta noche. La corte se suspende sin día determinado."

Siempre he creído que el coronel Morgan llevó a Wáshington los procedimientos de la corte marcial, explicando a Jefferson lo que había pasado. Lo cierto es que el presidente aprobó la resolución; es decir, de creer a las personas que aseguran haber visto su firma. Antes de que el *Nautilus* diera la vuelta de Nueva Orleáns por la costa septentrional del Atlántico llevando a su bordo al prisionero, la sentencia quedaba aprobada y él era un hombre sin patria.

El plan adoptado fué más o menos el mismo que se siguió siempre. Quizá nació de la necesidad de enviarle por agua desde el fuerte de Adams y de Orleáns. Se solicitó del secretario de marina —probablemente el primer Crowninshield, aun cuando no estoy seguro de la persona—, que pusiera a Nolan a bordo de algún buque del gobierno aparejado para larga travesía, ordenando que se le confinara de tal suerte que jamás volviese a oír hablar de su patria ni volverla a ver. Pocas travesías largas se realizaban en aquel tiempo, y la marina no gozaba de gran favor; de manera que, siendo casi todo tradición en esta historia, como ya lo he explicado, no podría decir con certidumbre cuál fué su primer viaje. Pero el capitán a quien fué entregado Nolan —probablemente Tingey o Shaw, aunque también pudo ser alguno de los jóvenes de aquel tiempo que, como yo, son viejos en la actualidad— el capitán, decía, reguló la forma y las precauciones necesarias para el caso, las mismas que, de acuerdo con aquel programa, se llevaron a cabo hasta la muerte del prisionero.

Treinta años después, cuando era yo oficial segundo del *Intrepid*, vi el pliego original que contenía las instrucciones. Siempre he lamentado no haber sacado entonces copia exacta de este papel. Decía, sin embargo, más o menos lo siguiente:

"*Wáshington* (y la fecha, que debe haber sido a fines del 1807). — Señor: El teniente Neale os entregará la persona de Philip Nolan, ex teniente en el ejército de los Estados Unidos.

En el transcurso de su juicio por la corte marcial manifestó dicha persona, acompañado de un voto, el deseo de *no volver a oír hablar jamás de los Estados Unidos.*

La sentencia del tribunal fué que este deseo quedara satisfecho.

Por ahora ha confiado el presidente la ejecución de la sentencia a este departamento.

Tomaréis al prisionero a bordo de vuestro buque y le guardaréis con toda clase de precauciones para impedir su fuga.

Le procuraréis alojamiento, mesa y vestidos en relación con el grado de oficial que había alcanzado en el ejército, como si fuera a bordo un pasajero por asuntos del gobierno.

Los caballeros pueden hacer a bordo cualquier arreglo que juzguen conveniente con respecto a su sociedad. No debe exponérsele a ninguna falta de cortesía ni es necesario recordarle que se encuentra prisionero.

Pero bajo ningún concepto oirá hablar de su patria ni leerá la menor noticia concerniente a los Estados Unidos; y recomendaréis especialmente a los oficiales a vuestras órdenes que, en las diversas concesiones que dicha persona pueda obtener, cuiden de que se mantenga esta regla que envuelve su expiación.

La intención del gobierno es que jamás vuelva a ver el país de que ha renegado. Antes de la terminación de vuestro viaje recibiréis ór-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 103)



Cabalgata

En el Lejano Oeste de las famosas hazañas de *Buffalo Bill;* en la tierra de la aventura, de los cactos y de las dulces melodías; en esa región medio cinematográfica y medio real, con la que soñamos alguna vez, cuando de niños leíamos ávidamente las fantásticas luchas entre bravos cowboys y feroces pieles rojas; en ese mismo teatro de las proezas de Tom Mix, el hombre de la cámara trotamundos encontró a un grupo de lindas muchachas que iban de cabalgata. Y es claro, el reportero no perdió la oportunidad de sacar varias instantáneas a las simpáticas caballistas.

Indudablemente, después de contemplar las fotos de esta pintoresca excursión, seguiremos soñando con el legendario y remoto Far West...

PARECE QUE LA EXCURSION HA DESPERTADO EL APETITO AL CABALLO

ESTA CABALLISTA REALIZA UNA ARDUA PRUEBA, DE PIE SOBRE LA CABALGADURA.

de bellezas



OTRA DE LAS BELLAS AMAZONAS DEMUESTRA SUS HABILIDADES Y SALUDA CON EL SOMBRERO.

¿QUIEN NO SE DEJA APRESAR POR UNA "COW-GIRL" TAN BONITA?

EL MUNDO QUIERE

EDDIE CANTOR, EL FAMOSO BUFO DEL CINE NORTEAMERICANO, REGRESA NUEVAMENTE A LA PANTALLA PARA DIVERTIRNOS CON SUS INOLVIDABLES CREACIONES

por **Alfonso S. Betancourt**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Este pequeño y simpático Eddie Cantor es algo así como una suerte de gnomo de la gracia picaresca que hace su aparición en el instante preciso, para quitarnos penas y desvelos en un abrir y cerrar de ojos —de sus enormes ojos también—, en un batir de palmas... Enemigo terrible de la tristeza, no hay quien se le resista cuando salta al ruedo del buen humor, ya en traje de luces, ya ataviado de mejicano, ya vestido de esclavo romano. El movedizo hombrecito que canta, baila y hace el amor tímidamente, hechiza a todo el mundo, grandes y chicos, con su maravilloso arte.

Muchos personajes divertidos hay en Hollywood. La Meca del cine nos los brinda generosamente. Ahí están los muy desopilantes Harold Lloyd,



EL SIMPATICO ACTOR EN UNA DE SUS CELEBRES INTERPRETACIONES

UNA ESCENA DE "LLUVIA DE MILLONES", LA EXCELENTE PELICULA CUYA REPOSICION ANUNCIA LA GUARANTEED PICTURES

VOLVER A REIR...

el de las gafas sin cristales; Buster Keaton, el de la cara sin expresión; Carlitos Chaplin, con galera y con bastón y sin un cobre en el bolsillo; Stan Laurel y Oliver Hardy, Jimmy Durante y tantos otros maestros de la risa. Pero Eddie Cantor es único. Eddie Cantor es inimitable, es elegante y es grotesco a un tiempo; es tímido y es audaz, es candoroso y es pillo.

Por eso, sin temor a la hipérbole, podemos afirmar que el pequeño gran Eddie es maestro de maestros en el difícil arte de hacer reír. Porque en él vemos reunidas todas las virtudes de los grandes bufos. Así es que sus películas resultan siempre jóvenes, frescas. Ni el retruécano de *vaudevil*, ni la canción maliciosa, ni la pirueta, se nos antojan fuera de época en las cintas "cantorianas" antiguas.

No nos extrañe, pues, que uno tras otro, los soberbios films cómicos de hace unos años vuelvan a constituir éxitos rotundos al igual que en los días de su estreno. ¡Festivales de Chaplin, de Laurel y Hardy, de Cantor!... Auténticos festivales de gracia, de optimismo, de filosofía. Sí, de filosofía. No se tenga la menor duda acerca de esto. Esos carreteles de celuloide que regresan triunfalmente, son mensajes de alegría, pero lo son asimismo de sabiduría, sabiduría para tomar la vida con inteligencia, para torear el bravo toro de los sinsabores cuando hay que torearlo a la fuerza.
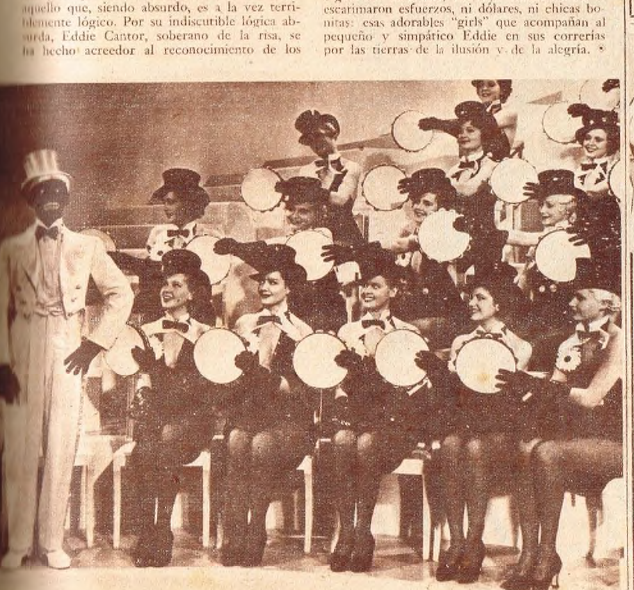
Teófilo Gautier dijo que lo realmente cómico, lo que provoca risa abierta y sana, es aquello que, siendo absurdo, es a la vez terriblemente lógico. Por su indiscutible lógica absurda, Eddie Cantor, soberano de la risa, se ha hecho acreedor al reconocimiento de los



EDDIE CANTOR CON UNA "VAMPIRESA"

que vivimos en este valle de lágrimas que es la tierra.

Ahora, una vez más, el gracioso héroe se planta en nuestra ciudad, para ofrecernos lo mejor de su arte, como nos lo brindara en "Escándalos romanos", en "Torero a la fuerza", en "Parque de ensueños" y en tantas obras famosas. Guaranteed Pictures es el sello que saca a la luz nuevamente cintas que como éstas y como "Lluvia de millones" (Kid millions) —cuya próxima reposición ha llenado de contento a los admiradores de Cantor— son prodigios del celuloide, en cuya filmación no se escatimaron esfuerzos, ni dólares, ni chicas bonitas: esas adorables "girls" que acompañan al pequeño y simpático Eddie en sus correrías por las tierras de la ilusión y de la alegría. •



JUNTO A UN GRUPO DE BELLAS "GIRLS", EN OTRO PASAJE DE LA INOLVIDABLE CINTA "LLUVIA DE MILLONES"



Seda de China

Cuento, por **Bautista de Beraza**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ★ ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

MARCELO Gorlier se despertó de golpe y se sentó en la cama. Miró a su alrededor con la expresión atemorizada de los niños que han tenido un mal sueño, pero al verse en su cuarto desaliñado y triste, en el que alternaban las sillas llenas de ropa, la mesa de pino con la pava y el mate, y el descascarado espejo del armario, suspiró.

¿Y si todo hubiera sido un sueño?... Siempre había tenido pesadillas...

Cuando era chico soñaba que se le caían los dientes, o que se encontraba en un campo lleno de serpientes, de donde trataba de escapar corriendo, pero una traba invisible le dificultaba los movimientos, y le impedía moverse...

Y una vez... —no podía recordarlo sin estremecerse— soñó que se encontraba solo en una árida llanura, sobre la que se extendía un firmamento cuajado de soles, cuando de pronto dos de ellos se echaron el uno sobre el otro y a su vez sobre él, que los veía llegar, inmóvil de terror, hasta que despertaba cuando ya los tenía encima, chocando uno contra el otro y devorándolo con su fuego...

Era horroroso... Lo más horrible que soñara nunca, más horrible aun que...

Pero, de pronto, tuvo la certeza de que lo de la noche anterior era peor aun, porque era verdad.

Era verdad... Cerrando los ojos podía ver claramente la cara congestionada del viejo, con la boca abierta y babeante, y sentía de nuevo en sus manos el contacto suave y acariciador, como el de la seda...

Se echó fuera de la cama de un salto, se puso los pantalones y las zapatillas y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación.

Después de un rato de pasearse, se sentó ante la mesa y encendió un cigarrillo. Lo fumó ávidamente, consumiéndolo en pocos minutos, pero no consiguió tranquilizarse.

Se levantó de nuevo y se puso a pasear otra vez.

¿Iría a casa del viejo?

Casi era lo mejor... Si no lo hacía, su ausencia llamaría la atención... Podía leer primero los comentarios de los diarios, y después decir que se había enterado así.

Todo habría sido descubierto la misma noche. Alguno de los vecinos, extrañado al ver luz en la ventana a horas desacostumbradas, habríase acercado para ver si le sucedía algo al viejo Teodoro. Al descubrirlo, apelaría a la policía, el médico diagnosticaría muerte por asfixia... No era posible esperar otra cosa... Nadie ignoraba que el viejo Teodoro Gorlier padecía un asma grave.

El diario diríalo así, y era lo más natural, entonces, que él, al enterarse de la muerte de Teodoro, acudiera a conocer la noticia. Era el único pariente del muerto.

Estaba seguro de que nadie lo había visto la noche anterior, y si lo vieron no pudieron reconocerlo con el ala del sombrero bajada sobre la cara, y el cuello del sobretodo levantado hasta las orejas.

En el peor de los casos, y según se presentaran las cosas, argüiría que tras visitarlo, lo dejó solo en momentos en que el viejo se empezó a sentir mal de su asma...

Cuando resolvió lo que debía hacer, empezó a arreglarse para salir. Volcó el agua de la jarra en la palangana y se lavó cuidadosamente.

El frío del agua le hizo circular la sangre más aprisa, y al terminar, después de secarse bien con la toalla, se sintió más tranquilo.

Se peinó, se terminó de vestir, y se dispuso a salir; pero en el momento de abrir la puerta sintió ruidos de pasos en el patio, e, instintivamente, retiró la mano del picaporte, aguardando.

Eran hombres, extraños a esa hora en el patio, que pasaron frente a su puerta, y se

detuvieron un poco más allá, frente a la habitación de la encargada.
Marcelo, acercando el oído a la puerta, trató de escuchar lo que decían, pero sólo pudo percibir el rumor de las voces.

Hablaron poco, después callaron un momento y Marcelo tuvo la desagradable impresión de que miraban en dirección de su puerta.

De nuevo volvieron a oirse las voces y después el ruido de pasos desandando el camino hasta el zaguán, alejándose cada vez más hasta perderse, confundidos con el ruido de la calle.

Cuando comprendió que habían partido, retrocedió unos pasos y se dejó caer pesadamente en la cama, con el corazón palpitándole desesperadamente.

Estuvo un momento vencido por el miedo, pero después hizo un esfuerzo y trató de serenarse. Encendió su último cigarrillo y pensó con más calma.

¿Ya lo sabrían?

¿Simplemente lo habrían venido a buscar a causa de su parentesco con el muerto?

...Estaba seguro de no haber dejado ningún rastro... Recordaba perfectamente la habitación, toda en orden, la mesa llena de papeles y el viejo caído atrás, en su butaca, con los ojos vueltos, la boca entreabierta y la barba blanca y suave como la seda, desplegada sobre el pecho...

...En realidad, él no lo había querido... No sabía bien cómo pudo haber sucedido, pero el caso era que el viejo estaba muerto... Cuando se le echó encima, lo hizo llevado por un impulso irrefrenable, pero no albergaba la idea de matar...

Y eso que Teodoro se lo merecía... ¡Siempre fué malo!... Despiadado y cruel... Nunca lo castigó, era verdad, pero el desamor y el abandono en que lo había tenido era mil veces peor... Nunca una palabra cariñosa para el pequeño salió de su alma fría y desdeñosa.

Desde el primer día en que lo vió, más de veinte años atrás, había sido lo mismo. Marcelo tenía entonces seis o siete años, y acababa de morir su madre.

Estaban ya solos en el mundo, y la muerte de ella lo dejaba en el mayor desamparo.

En los primeros días que siguieron a la muerte, los vecinos se ocuparon de él, pero después estuvieron de acuerdo en que había que buscarle un destino.

El improvisado consejo familiar formado en el patio de la casa de inquilinato estaba ya decidido a notificar a la justicia y dar con la humanidad de Marcelo en un asilo, cuando una de las vecinas, buscando entre los papeles de su madre, encontró un nombre y una dirección que decían: "Teodoro Gorlier, calle Montañeses, Nº..." y decidió y convenció a los demás de que si el niño tenía un pariente, éste debía ocuparse de él, y en todo caso, decidir su futuro.

Después lo vistió, lo tomó de una mano, y cargando en la otra un pequeño atado de ropas, lo llevó a través de un interminable viaje en tranvía, a casa del viejo.

Teodoro habíalos recibido con el gesto desabrido que le era habitual, paseando de la mujer al pequeño una mirada glacial.

La mujer, intimidada, contó apresuradamente la muerte de la madre de Marcelo, y su desamparo, mientras el viejo escuchaba sin demostrar interés, acariciándose con gesto pausado, una y otra vez, la larga barba casi blanca que cubríale el pecho, como si esa operación tuviera mucha importancia.

La mujer, al terminar, temerosa de que rechazaran a Marcelo y tener que llevarlo nuevamente consigo, se levantó precipitadamente, lo besó, y salió antes de que el viejo hiciera ademán de detenerla.

Al quedarse solos, Teodoro y Marcelo se miraron.

Marcelo había comprendido vagamente que el viejo era pariente suyo y encontraba, en cierta forma, natural que lo llevaran allí, pero no le gustaba aquella casa enorme y desconocida, en la que no se mostraban satisfechos de recibirlo.

Después de unos momentos de completo silencio, el niño, cansado y triste, aturdido por todo lo que pasara en los últimos días, se dejó vencer por la pena y empezó a llorar silenciosamente.

Teodoro siguió durante un rato acariciándose la barba y después se levantó y le ordenó que lo siguiera.

Pasaron por una interminable sucesión de habitaciones mal amuebladas, oliendo a moho, y llegaron a la cocina, donde Teodoro lo entregó a una mujer también vieja, y tan callada e inexpresiva como las cacerolas que colgaban de las paredes.

En seguida volvió a su despacho, y la mujer, quitando la leche del fuego, le sirvió una taza, que Marcelo, desconsolado y temblando de frío, bebió mezclándola con sus lágrimas.

Desde aquel día vivió en la casa.

Tenía la idea de que Teodoro pensaba llevarlo al asilo, no estaba seguro de si lo había soñado, o dicho la sirvienta, pero el día de la partida nunca llegó.

Creció sin otra preocupación que la de pasar inadvertido en lo posible, y viviendo la mayor parte del tiempo en la calle, vagabundeando con muchachos de su edad, tan abandonados como él mismo, y buscando el calor que le faltaba en sitios y compañías no siempre honestos y adecuados.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 99)





ALEKHIN *PIERDE CONTRA*

LA HISTORIA DE LOS ULTIMOS AÑOS DEL CAMPEON MUNDIAL DE AJEDREZ, A QUIEN EL



PARA MUCHOS, ALEKHIN FUE EL MAESTRO MAS GRANDE DE TODOS LOS TIEMPOS, PERO EL DESTINO LE GANO AL FINAL TRAGICA PARTIDA

LA VIDA





DESTINO DIO JAQUE MATE

Por
Francisco Lupi

CAMPEÓN DE AJEDREZ DE PORTUGAL
(SERVICIO ATLAS DESPATCHES)
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

En enero de 1940, cuando el reducido círculo ajedrecístico de Portugal no había recibido aún la visita de un campeón mundial, se nos informó que Alejandro Alekhin y su esposa Grace estaban en viaje con destino a Lisboa.

Se estableció un programa de recepción tal que no lo hubiera desdeñado un príncipe heredero en jira de placer. Se reservó inmediatamente el apartamento más lujoso en el mejor hotel de Estoril, y se consiguió un magnífico automóvil de ocho cilindros para uso exclusivo de nuestro huésped.

Regreso de Buenos Aires

En una neblinosa mañana de febrero, acudimos al puerto para recibirle al desembarcar de la nave que le traía de Buenos Aires, después de haber encabezado el equipo fráncés durante el "Match de las Naciones". Aun antes de que el barco atracara, le vimos en la cubierta superior, muy rubio, sonriente, con dos perritos en los brazos.

Luego nos acostumbramos a verle, en sus partidas simultáneas, llevando siempre el smóking de buen paño inglés, siempre con sus ademanes y gestos levemente teatrales. Estaba un poco grueso, su aspecto era bueno, aunque después de tres o cuatro horas de concentración ante los tableros, mostraba señales evidentes de cansancio. Bebía mucho café. En una ocasión, ingirió más de veinte tazas en sólo siete horas.

Entretanto, su esposa permanecía sentada en un rincón de la sala, tejiendo imperturbablemente, mientras los perritos jugaban con la lana.

—Ten cuidado —murmuraba cada vez que él pasaba cerca de ella—. Bebes demasiado café.

Alekhin encantó a los aficionados portugueses con su brillantez, su amabilidad y su constante disposición a ayudar a los jugadores jóvenes, así como para participar en obras de caridad. Pero había estallado la guerra y Alekhin, nacido en Rusia, pero francés por adopción e inclinaciones, partió de Portugal. Algunas semanas después recibí una carta en la que me anunciaba que era teniente intérprete en el ejército francés.

Cuando cayó Francia

No pasó mucho tiempo antes de que recibiera otra carta. Francia había caído, y me escribía desde España, pidiéndome que le consiguiera autorización para volver a Portugal, "posiblemente en viaje a los Estados Unidos".

Y volvió, esta vez solo y sin ser anunciado a los cuatro vientos. La prensa portuguesa, congestionada con el cúmulo de noticias de guerra, no le dedicó más de media docena de líneas en las páginas interiores. Nada de Palace Hotel, ni de automóvil...

Su esposa había insistido en quedarse en París, con el fin de proteger lo que quedaba de su *chateau* en St. Aubin-le-Cauf, cerca de Dieppe, que, como él decía, había sido "científicamente saqueado por los alemanes". La esposa era norteamericana, y por consiguiente, tenía una relativa libertad de movimiento en Francia, pero la intención de Alekhin era concertar un match en los Estados Unidos y enviar a buscarla.

Ese plan falló, primero a causa de Pearl Harbour, y luego porque el gran Capablanca, el ex campeón mundial, no prestó apoyo alguno a la idea de Alekhin de un match de desquite entre ambos.

¡Vino!

En la tarde en que llegamos a la conclusión de que las negociaciones para ese match no tendrían éxito, Alekhin y yo paseábamos en silencio por la rúa Aurea. Debo señalar que después de cierto match con el maestro Euwe, Alekhin había dejado de beber. La primera vez que llegó a Lisboa ni siquiera fumaba. En su segunda visita a Portugal noté que fumaba de nuevo. Esa tarde, al pasar ante un café, me dijo sin mirarme de frente:

—Voy a comprar cigarrillos —y me pidió que le esperase.

(CONTINUA EN LA PAGINA 110)

★ ACTUALIDADES GRAFICAS ★

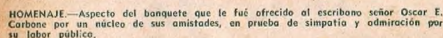


EN MEMORIA DE DON RICARDO SOPENA LOPEZ.—En ocasión de cumplirse el 2º aniversario del fallecimiento de don Ricardo Sopena López, fundador de la Editorial Sopena Argentina, parientes, amigos y personal de la empresa, tributaron un sentido homenaje a su memoria en la bóveda que guarda sus restos en el cementerio del Oeste.



LITERARIAS.—El doctor Niceto Alcalá Zamora y Torres, ex presidente de la República Española, que ha dado a publicidad un interesante volumen de extraordinaria actualidad, que lleva por título "Paz Mundial y Organización Internacional". Esta enjundiosa obra, al igual que otras anteriores del ilustre jurisconsulto, ha sido muy bien recibida por el público y la crítica en general.





HOMENAJE.—Aspecto del banquete que le fué ofrecido al escribano señor Oscar E. Carbone por un núcleo de sus amistades, en prueba de simpatía y admiración por su labor pública.



CONCURSO.—Asociados del Foto Club Quilmes, reunidos con motivo del reciente concurso fotográfico llevado a cabo en el Jardín Zoológico de esta capital, que fué muy elogiado.



RADIALES.—En uno de las audiciones de la revista "Maribel", que se transmiten por Radio Belgrano, intervinieron las orquestas que dirigen los maestros Francisco Canaro y Feliciano Brunelli, los cuales aparecen en esta foto después de su lucida actuación.



VIAJEROS.—Los señores Harold C. E. Mortstedt, de la casa Eveready, y Ricardo Rodríguez Ferrer, de Pal Argentina, que partieron para Mendoza en viaje de negocios representando a la Asociación de Jefes de Propaganda.



CONCIERTO.—En el teatro Presidente Alvear efectuóse un brillante concierto sinfónico a cargo del celebrado director de orquesta Albert Wolff y en el que participó, en calidad de solista, el violinista Gabriel Bouillon, que hizo su presentación ante nuestro público con gran éxito.



CONFERENCIA. — El eminente matemático francés, profesor Georges Valiron, que pronunció una interesante conferencia en la Sociedad Científica Argentina sobre el tema "Las nociones de área y de volumen".

DIPLOMATICAS.—El ministerio de Relaciones Exteriores ha concedido el "agrement" para el nombramiento del doctor Arturo Mejía Nieto como enviado extraordinario de la República de Honduras, motivo por el cual dicho diplomático ha sido muy felicitado.





AUSENTOSE.—Con destino a su patria partió el canónigo belga José Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Católica, que permaneció unos días en Buenos Aires con motivo de celebrarse el Congreso de la Juventud.

MUSICALES. — Ante numerosa concurrencia, la joven y prestigiosa pianista Pía Sebastiani, ofreció días pasados un seleccionado recital en el teatro Politeama, auspiciado por la Asociación "Juventud Pro Ayuda a Italia", que fué muy aplaudido.



RISA Y SONRISA

GARANTIA *por Gubellini*



—Aseguro a usted que éste es el mejor sanatorio para enfermos mentales.



¡LEVANTATE Y ANDA!

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA



MANOLO Manolovich yacía tendido sobre la estufa, envuelto en su viejo macferlán color peonía, lleno de remiendos y manchas. Llevaba cincuenta y dos horas en la misma postura, y, de rato en rato, se quejaba sordamente. Era un joven pálido, de negros cabellos ensortijados y bello perfil de medalla antigua. No tenía más que veintitrés años, pero representaba veinticuatro por la honda arruga que surcaba su frente y el rictus de dolor que le crispaba la boca.

Padecía.

Primero fué un hormigueo sin importancia en el talón derecho, mas poco a poco el dolor fué subiendo e invadió la pantorrilla, la rodilla y el muslo, y ahora sentía atroces puntadas en toda la pierna.

Catorce horas llevaba soportando aquel tormento, sin resolverse a llamar, pues los servicios del mujik Zajar lo exasperaban. El amaba entrañablemente al viejo Zajar, que casi lo había amamantado, pero no podía escuchar sus lamentaciones sin que se le crisparan los nervios, pero el dolor llegó a ser tan agudo que gritó:

—¡Zajar! ¿Me vas a dejar sufrir hasta el día del Juicio?

Zajar se levantó lentamente del camastro que ocupaba en el otro extremo de la habitación, colocó en el suelo, después de besarlo, el rosario de cuentas azules y se acercó a su amo. Zajar era el tipo acabado del viejo mujik, pues ya no era joven. Iba envuelto en una pelliza de piel de carnero, rota en los codos, y se tocaba con un gorro ruso del mismo animal:

—¡El día del Juicio has dicho, barín! ¿Por qué has dicho eso? ¿Ignoras que todos somos hijos de Dios y que nuestro padre es el Zar? ¡No eres un buen cristiano, barín! ¿Qué diría Pepa Pepovna, tu santa madre, si te oyera?

Aquellas referencias a su madre era lo que más exasperaba al joven estudiante, pues, como nadie ignoraba en San Petersburgo, la generala huyó con un profesor de música italiano, cinco años antes de que él naciera. Su padre, el general, no pudiendo sobrevivir al dolor y la deshonra, juró solemnemente no volver a oír tocar la mandolina, y, un año antes de nacer el joven, murió de dolor en el Cáucaso, después de una borrachera de vodka que duró siete días, razón por la cual Manolo Manolovich vino al mundo en el seno de una familia bastante desorganizada y del todo inexistente, sin tener más apoyo ni protección que el viejo Zajar.

Pero el dolor de su pierna era tan intenso que, rechinando los dientes, calló. La puerta al abrirse dejó entrar una ráfaga de viento con nieve y a un tercer personaje.

Era éste un hombre cuya edad fluctuaba entre la de Manolo Manolovich y la de Zajar. Vestía un traje raído, pero de corte elegante. Sus pómulos eran salientes y rojos y su nariz tan ganchuda que amenazaba a cada instante caer entre sus dientes amarillos. Tenía un ojo gris y penetrante, nublado por una vaga tristeza, y el otro cubierto por una venda negra.

Era jorobado y se sentó en una silla.

Al cabo de un rato murmuró:

—Si tomáramos té...

Zajar consultó con los ojos a su amo y encendió el samovar.

Manolo Manolovich lanzó un grito de dolor contenido y pidió a su visitante un cigarrillo.

—Son de veinte kopecs —dijo el recién llegado alargándole uno.

—Gracias, de todos modos, Alejandro Alejandrovich. ¡Sufro tanto!

—Sí, lo comprendo: es el alma rusa.

—Y la pierna.

—¡Oh, la pierna! Te digo que es el alma rusa. ¿Sabes de dónde vengo? De casa de mi hermana Anfissa Ivanovna, la que tuvo que dedicarse a un comercio infame para pagar sus estudios; pues bien, acaba de arrojar un pulmón.

Don le amputaron las cuatro de una sola sentada, pero creo que no fué a él, sino a su caballo. Tendré que informarme... ¿Y ese té?

—Barín, el agua hierve que se las pela, pero no tenemos té —dijo Zajar.

—Me lo esperaba —repuso el joven Alejandro Alejandrovich, y sacando de su bolsillo unas cuantas hojas de té, mezclado con pelusa y polvo de tabaco, lo dió al criado, y agregó: —Lo robé a un ciego. ¡Dios me lo perdone! Vodka ¿tienen?

—Sí, dos botellas.

—Es el alma rusa. ¿Y tu pierna?

—Ya no la siento —dijo el joven estudiante saltando



—¿Cuántos le quedan?

—Ninguno: es el tercero. ¿Y sabes lo que es eso?

—Exageración pulmonar.

—No, es el alma rusa, *mon cherí;* en ninguna parte del mundo una muchacha como Anfissa Ivanovna viviría con menos de un pulmón y medio. "Cherchez la femme" capaz de tal cosa fuera de la santa Rusia.

—¡Ay, mi pierna! —exclamó el joven.

—No te preocupes; conocí un barquero del Volga al que le amputaron varias piernas, sin que por eso abandonara su trabajo, y a un cosaco del

alegremente hacia el té y el vodka.

—Te felicito, aunque, pensándolo bien, sólo el dolor es agradable.

—Siempre que me acuesto se me duerme la pierna de abajo y luego me cuesta mucho decidirme a darme vuelta, pero ya la tengo bien despierta.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Zajar.

—Tu pierna es como el alma rusa, sólo necesita un cambio de postura para despertar.

Y los tres hombres tomaron el té con los ojos fijos en el porvenir.

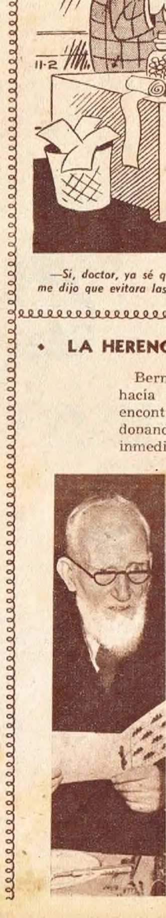
PACIENTE FORMAL



—Sí, doctor, ya sé que todavía no le he pagado; pero como usted me dijo que evitara las preocupaciones...

• LA HERENCIA •

Bernard Shaw no estaba contento, porque hacía tiempo que no se hablaba de él, y encontró un medio de llamar la atención donando al gobierno irlandés (que aceptó inmediatamente, porque a de Valera le encantaba jugar una mala pasada a los ingleses) una pequeña propiedad que poseía en Irlanda.



—Tengo la edad del mariscal Petain —dijo Bernard Shaw—. Heredé esa propiedad hace ochenta años, y sólo la visité una vez, lo que me bastó. En todo ese tiempo no me sirvió más que para disgustos y pedidos de parientes pobres. Ahora no soy más que un pobre tipo (sic) extranjero, perdido en Londres...

Y agregó:

—Dejo de formar parte de la nobleza terrateniente. Si todos los propietarios del Reino Unido siguieran mi ejemplo... ¡Pero no quiero obligarlos a ello!

Después, el octogenario se marchó por las calles de Londres, con su barba flotando en el viento..., y sin sombrero.

PINCELITO PURAPOSE

Camouflage

Por Domingo Villafañe



COSA DE BORRACHOS



Dos beodos se paran delante de una estatua, y uno, señalando el monumento, le pregunta al otro:

—¿Tú conoces a ése?

—Sí, hombre, es Galileo. Fué el que descubrió que la tierra da vueltas.

—¡Ah, entonces es un camarada nuestro!

Ojo por ojo por González Fossat



EN LA SOMBRERERIA

La clienta a la vendedora:

—Me quedo con este modelo de 150 pesos.

—¿Se lo mandamos a su casa? —pregunta la vendedora.

—Sí —responde la clienta—, me lo envía, y... ya sabe, ¿no?, con tres facturas: una de cien, una de treinta y otra de veinte para mi esposo...; si viera una sola por valor de 150 pesos, me protestaría...

DUDA por Rafael



—¡Sí!... ¡Naranjada he dicho! ¡Y qué hay con eso!

¡COMO SERIA!



La mujer a su marido, con el que hace rato que riñe:

—¿Y todavía te animas a mirarme de frente y cara a cara?

—¡Y... qué quieres, uno se acostumbra a todo!...

PRECAUCION



La acción en un almacén de pueblo.

Entra un señor y pide:

—Déme todos los huevos descompuestos que tenga.

—¡Ah!..., ¿usted también va esta noche a escuchar a ese tenor que llegó ayer?...

—¡Silencio! —dice en voz baja el cliente—, no diga nada, pero yo soy el nuevo tenor...

★

"REBELDES" ALEMANES

Contaba el famoso director francés Antoine que cuando puso en escena la obra "Los Tejedores", del escritor alemán Gerardo Hauptmann, éste, que fué a París para asistir a los últimos ensayos de su pieza, se extrañaba de las violencias de sentimientos manifestados por los comediantes del Teatro Libre.

—Pero —le dijo a Antoine— ¡usted los transforma en unos rebeldes!

—¡Caramba! —respondió éste —. ¿No lo son acaso? ¡Reclaman el derecho a vivir, y pan para sus hijos!

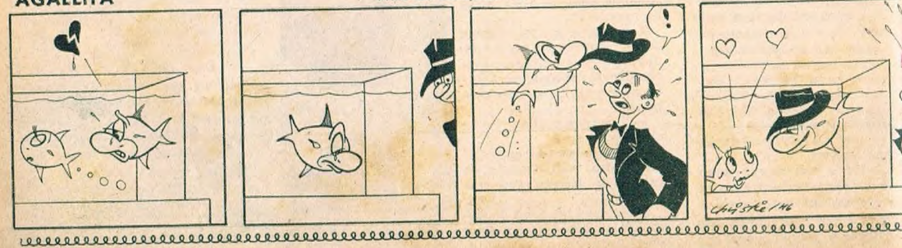
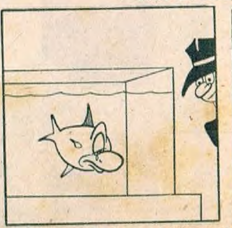
Entonces Hauptmann le contestó:

—Sí, sí... ¡pero no se olvide que son rebeldes alemanes!

AGALLITA

Aire de conquistador

por J. Christie M






—Señorita, ¿no se ofende si me permito besarle la mano?



HOLGADITO ¿EH?

—Espléndido. Así es como nos gusta, ¿verdad, querida?

MELODIA ARRULLADORA

—Señorita, haga el favor, no cante más eso de "Sueña, sueña siempre conmigo", porque los clientes se lo toman en serio y es hora de cerrar.

¡QUE SUSTO!



—Caramba, me asustó usted: creí que me estaba hurtando cigarrillos...

NO ESTABA MUY ENTERADO

Los nuevos ricos han decidido hacer un viaje alrededor del mundo, y cuando llegan a Grecia, a la vista de los monumentales edificios de la época de Pericles, que se encuentran medio derruídos, el esposo le dice a su mujer:

—¡Pero qué cosa! No sé por qué estos griegos se ponían a construir edificios si no estaban seguros de contar con el dinero suficiente para terminarlos.



COSAS DE AVAROS

AVARO Nº 1:

—Cuando viajo en ferrocarril, siempre saco boleto de ida y vuelta, porque sale más económico.

AVARO Nº 2:

—En cambio yo, siempre compro de ida, porque si me sucediera una desgracia, perdería la vuelta.

COINCIDENCIA

Un joven abogado le dice al delincuente que va a defender:

—Tomaré con calor su defensa, porque usted es mi primer cliente.

—Pero, ¡qué casualidad! ¡También usted ha sido mi primer cliente!

—¿Yo?

—Sí, fué a usted a quien le saqué la primera cartera que robé en mi vida.

¡HAY CADA UNO!..



Un señor de setenta años busca trabajo y le dice a un amigo, que ha prometido encontrarle alguna ocupación:

—Ya sabes, aunque el sueldo al principio sea poco, no me importa; lo que quiero es que sea un puesto de porvenir...

TRAMPOSO

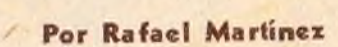
Por Carlos Rodríguez

—¡Ah! ¡Pero qué vivo! ¡No vale hacer fuerza con el cuello!





SUBSTITUCION



Por Rafael Martínez



—Esta señora de López, ¡siempre metiéndose en todo!

INCORRECTO LECTOR



—La próxima vez, no se venga con esos pantalones de "corderoy". Son demasiado deportivos y ésta es una casa seria.

UNA COSA A CAMBIO DE OTRA

Una tarde, el escritor francés autor de la "Vida de Bohemia", Enrique Murger, recibe una notita concebida en los siguientes términos:

"Querido Murger: debo asistir sin falta esta noche a una velada de gala, y... tú sabes, no tengo levita..., ¿serías tan amable de prestarme la tuya hasta mañana?"

A lo que contestó Murger con otra carta:

"No hay inconveniente. Encantado de facilitarte mi levita, pero antes, sería necesario que me mandaras tu pantalón para poder llevártela."



DONDE TODO ERA POSIBLE

Cuéntase que en los últimos tiempos de la Alemania hitlerista, un señor que se encontraba en un velorio, dijo refiriéndose al muerto:

—Dios lo llamó a un mundo mejor.

Y al día siguiente fué encarcelado por hablar mal del Tercer Reich.

MAGNIFICA PROFESION

En los subterráneos de Nueva York existen empleados que se dedican exclusivamente a borrar de los carteles de publicidad los inevitables bigotes que la gente suele dibujar en las caras de los "affiches".



SEGURO CONTRA EL MATRIMONIO

Dicen que el Lloyd de Londres asegura contra todos los riesgos posibles e imaginarios. Por ejemplo, Vera Zorina, bailarina y estrella de cine, aseguró los dedos de sus pies por veinticinco mil dólares (más de 100.000 pesos), lo que resultó muy original.

Virginia Dale pidió a la compañía Lloyd que la asegurara contra "el riesgo del matrimonio".

—Será una garantía para el buen desarrollo de mi carrera —explicó.

Pero la compañía no aceptó su pedido. Parece que la ley prohibe la concesión de pólizas de una índole que resulte "inconveniente para los más importantes intereses del público".



¿QUIEN ERA HITLER?

En el año 2045, un profesor interroga sobre Hitler a un alumno, y éste no sabe nada de él.

—¡Si no sabe, busque en el diccionario! —ordena el profesor.

El alumno abre el libro y lee lo siguiente: "Hitler, agitador que llamó la atención pública durante el reinado de Stalin".



DISTRACCION

El físico francés Andrés Ampere, cada vez que salía de su casa —donde vivía solo— colgaba de la puerta un cartelito, que decía: "No hay nadie".

En una oportunidad en que ciertos experimentos científicos le tenían extraordinariamente preocupado, regresa a su casa, sube la escalera, llega a su puerta, lee el cartelito, da media vuelta y, siempre hablando solo, se va por donde había llegado.







LOCOS SUELTOS — *Lógica* — **Por Fernando Alvarez**







TOXICO Y BIBERON

por Janiro



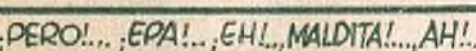




















Ya están en venta los famosos receptores Cleveland





Regio Combinado de Mesa, modelo 1946. Equipado con 8 válvulas, parlante superconcierto, elegante mueble enchapado de gran presentación. Onda corta y larga, de alcance mundial, ambas corrientes, y todos los adelantos técnicos de la postguerra.



Soberbio receptor de onda corta y larga, ambas corrientes, equipado con válvulas americanas de último diseño. Una maravilla tonal, a prueba de ruidos. Modelo 1946.

Pida hoy mismo nuestro catálogo ilustrado, aprovechando las ofertas de venta-presentación.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS UNIVERSAL

Precisamos agentes activos. Solicite condiciones y lista de precios para revendedores.

BME. MITRE 2587 BUENOS AIRES

Señor Gerente de Grandes Establecimientos UNIVERSAL
Bartolomé Mitre 2587 — Buenos Aires
Ruego me envíe catálogo ilustrado y lista de precios confidencial.

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... *F. C.* ......

LA MAQUINA DE ASESINAR



famosa novela de misterio, de

GASTON LEROUX

TAPA E ILUSTRACIÓN DE BERNABÓ



I

Este es un callejón tranquilo, dormido hace dos siglos, donde el mayor suceso del día, para ciertos fósiles pegados a la puerta de su tienda o tras las cortinas de su balcón, es la presencia de algún turista desorientado, una visita inesperada del vecino, la salida de una joven con vestido nuevo, las entradas frecuentes de la hija del relojero en casa del encuadernador... De pronto, llegó al barrio la nueva de que el encuadernador había sido detenido por haber quemado a media docena de desventuradas jóvenes, y también se supo que fuera sorprendido en aquella mefistofélica tarea por la propia hija del relojero, la cual, por un verdadero milagro, se salvó de la muerte que le esperaba.

Fácil es imaginar la conmoción producida por aquel infernal drama en las tranquilas costumbres de la Ile-Saint-Louis, y, especialmente, en las relaciones de la señorita Barescat, la paquetera.

Según decía la señora Langlois, ex asistidora del temible Benito Masson, el encuadernador, desde el muelle de Béthume hasta la Estacade viviase bajo el "régimen del terror".

Con motivo de la detención y guillotinamiento de Benito Masson, los cerrajeros realizaron el gran negocio. Nunca las puertas contaron con más cerrojos; nunca fueron tan aseguradas por la noche.

¿Por miedo a qué?... ¿A que Benito Masson reapareciera?...

Quizá; pero aun había otra cosa...

Desde que se concretara el difundido rumor de que también en la relojería había "un gran misterio", según el señor Birouste, dueño de una herboristería, ya nadie iba allí. "Un gran misterio —agregaba— no aclarado por el proceso del encuadernador".

Unos susurraban a media voz sobre un secuestrado; otros, como Birouste, aseguraban que se trataba de un enfermo excepcional, a quien Jaime, el prosector, ayudado por el relojero y su hija, trataba con nuevos métodos.

—Si tanto lo guardan —añadía—, quizá se deba a que es peligroso... Yo sólo puedo decirles que el prosector le hace manipulaciones en el cráneo... *¡Roguemos, para bien del barrio, que no escape!...*

Como se ve, las palabras del herborista Birouste no eran nada tranquilizadoras en un momento en que la Ile-Saint-Louis no necesitaba que le trajeran nuevos motivos de inquietud.

No obstante, la ejecución de Benito Masson en Melun había calmado mucho los nervios. En ciertas trastiendas fueron reanudadas poco a poco las veladas. Por eso podremos asistir a la "manzanilla" que se servía los miércoles y los sábados, cuando habían dado las nueve, en la tienda de la paquetera.

Esta a que asistimos no fué la más brillante de las "manzanillas". Solamente tres personas la *honraron*. Pero lo que en ella sucedió, por su inmediata repercusión y por sus incalculables consecuencias, se convirtió en una "manzanilla" histórica...

El primero en llegar fué el señor Birouste, vecino contiguo de la señorita Barescat y que, precisamente por su condición de herborista, le facilitaba la manzanilla a precio de costo. Fué seguido por la señora Camus, que alquilaba sillas en la iglesia y que era protegida del señor Lavienville, mayordomo de la misma iglesia y persona de importancia. Pero aquella noche el principal atractivo de la pe-



queña reunión fué, sin duda alguna, la señora Langlois.

Antes de lo ocurrido a Benito Masson, cuyo pobre mobiliario había limpiado tanto tiempo la señora Langlois, ésta era apreciada en el barrio. Y para recobrar ese aprecio y demostrar que era la primera en regocijarse del castigo justo que aguardaba al monstruo, había tenido el atrevimiento, a pesar de ser una débil mujer, de acudir a Melun, debidamente informada sobre el día y hora de la ejecución por el señor Lavienville, en cuya casa trabajaba dos horas diarias y que era íntimo amigo de un alto funcionario judicial, y asistido desde primera fila, según ella decía, al suplicio del Barba Azul de Corbillières.

El heroísmo revelado por ella en semejante trance, y el relato, facilitado *de visu*, de un acontecimiento tan ansiosamente esperado, casi la habían puesto "de moda", por lo cual nada puede asombrar que la señorita Barescat la hubiera invitado a su "manzanilla"...

Al entrar, todos la hicieron objeto de grandes halagos, y hasta el gato de la paquetera le dedicó el más cariñoso de sus maullidos...

Así se llegó a las nueve y media, que era como acercarse al histórico minuto.

—Ignoro —manifestó la señorita Barescat— si esta noche tendremos el gusto de *poseer* al señor Tannegrin; pero no lo esperaremos mucho tiempo. El que tarde, que se embrome. ¿Quién quiere manzanilla?

—Es una verdadera lástima —dijo la viuda de Camus, la que alquilaba sillas—. Tiene mucha simpatía... Pero con el frío que hace sentirá el reumatismo...

Después de recordar así al señor Tannegrin, que ya se había retirado de la profesión de leguleyo, y que a la hora de los postres decía monólogos, rindiéronse honores a la manzanilla de la señorita Barescat, que sabía aderezarla "con una gotita de anís estrellado", lo cual, según la que alquilaba sillas, contribuía a hacer de ella "un brebaje exquisito".

—El té —explicaba la paquetera Barescat— impide dormir, mientras que la manzanilla es digestónica y buena para el intestino... En cuanto al anís estrellado...

—Nombre vulgar de la badania —espetó con énfasis el señor Birouse, el herborista—, planta de la familia de las magnoliáceas, antiespasmódica, estimulante, galactóloga, indicada para las flatulencias...

—¡Ya nos salió usted con las palabras raras! —exclamó la viuda de Camus.

—Además — dijo el señor Birouste, que era un verdadero pozo de ciencia —, con el anís se elabora el... anís...

—A mí me gusta mucho — proclamó la señora Langlois, que hasta entonces no había abierto la boca.

Dábase perfecta cuenta de su importancia y sabía que eran muy esperadas sus palabras. Así es que se reservaba. Se hacía rogar para referir la ejecución de Melun como una señorita de la antigua pequeña burguesía para ponerse al piano.

Finalmente, a ruegos de todos, decidióse a hablar. Contó en todos sus detalles el heroico viaje. No olvidó nada. Con una recomendación del señor Lavienville había ido directamente a casa del abogado general, a quien encontrara aún en la cama, y que la recomendó al capitán de la gendarmería, el cual la había colocado en primera fila y la recogiera en sus brazos cuando cayó la cuchilla, pues entonces estaba "más muerta que viva".

Birouste insinuó con asombro:

—También él...

—¿También él?...

—Sí; también él estaba más muerto que vivo...

—¿Cómo es posible?... ¿Un capitán de la gendarmería?...

—¡No! Hablo del guillotinado...

—¡Aclaremos! ¡Hablando se entiende la gente!...

—Así que usted, señora Langlois — dijo la señorita Barescat, interviniendo diplomáticamente —, se ha atrevido a mirarle cara a cara, ¿no es eso?... ¡Quieto, *Mysti*!... No sé qué le pasa esta noche al gato, que no se queda tranquilo...

—Sí..., lo miré y nuestras miradas se encontraron... Me reconoció... ¡Ay! ¡Cuántas cosas nos dijimos en aquel instante!... Me parece que no se alegrará...

—Es probable... — confirmó, solemne, Birouste.

—No hay manera de hablar con usted — declaró irritada la viuda de Camus, que le tenía cierta ojeriza —. Si interrumpe tantas veces, no vamos a enterarnos en toda la noche...

—Mientras tanto — observó sonriendo ácidamente la señora Langlois —, el señor Birouste estaba tranquilamente en la cama.

—¿Tiene usted noticias particulares de sus últimos momentos, de cómo se despertó en la prisión, por ejemplo? — se apresuró a intervenir la señorita Barescat, que tenía el deber de impedir que se envenenase la discusión.

—¡Oh, no hable usted de eso!... Cuando lo despertaron, porque dormía como un trompo, preguntó: "¿No es muy temprano?"...

La señorita Barescat volvió a interrumpir:

—¿Ha leído usted los versos que dejó?

—Sí; los leí en los diarios... Yo también tengo versos suyos, versos escritos de su mano — respondió la señora Langlois.

—¿No?...

—Sí... Y los tengo aquí... Pensé que tal vez me valieran dinero... Se los saqué de la carpeta un día que le limpiaba la mesa... ¡También estaban dedicados a Cristina!...

—¡Es curioso! — exclamaron al unísono la Barescat y la Camus.

Mientras tanto, la señora Langlois sacaba de su faltriquera un papel que desplegó y que estaba cubierto de líneas desiguales — prueba de que eran versos —; pero escrito con una letra extraña, de signos enormes, que parecían combatirse o confundirse en un caos multicolor, porque unos signos eran rojos, otros azules o verdes, o amarillos, y en torno de ellos había garabatos de fulgurante matiz morado.

He reunido mis pecados... (Los invitados: ¡No le faltaban, no!), *Los amontoné delante de mí y lloré*... (¡No faltaba más, no faltaba más!) *Hacia el cielo partía una caravana. Me eché a la espalda mis pecados y la seguí. Pero un ángel se me apareció diciéndome: "¿Dónde vas tan lastimosamente? Con la carga que llevas, nunca llegarás al Paraíso." Y el ángel, Cristina, me ha ayudado a llevar la carga.*

—Tiene gracia — concluyó la señorita Barescat —. Le ha ayudado a ir al Paraíso.

—¡Qué letra! —exclamó con asombro la viuda de Camus —. ¡Nunca la olvidaré!

—Es una letra de asesino — sentenció Birouste, que se había calzado los lentes.

—Otra noticia — agregó la señora Langlois, mientras guardaba cuidadosamente el manuscrito —. La Escuela de Medicina ha reclamado su cabeza.

—Ya lo dijeron los periódicos.

—Pero ¿saben ustedes quién se la llevó?

—No.

—Pues alguien que es conocido en el barrio..., al menos yo lo conocí en seguida... Estaba a la puerta del cementerio como si temiera que le arrebatasen la presa.

—Apuesto cualquier cosa a que se trata de Bautista — exclamó el señor Birouste.

—¿Qién es ese Bautista? —preguntó, curiosa, la señorita Barescat.

—Un empleado de la Facultad de Medicina, que es ayudante de Jaime Cotentin...

—¡Ah, sí! — exclamó a su vez la señorita Barescat —. Un tipo repugnante que llevaba una caja bajo el brazo cuando acudía por la noche a la relojería.

—Eso es.

—La última vez que lo vi —agregó la señorita Barescat — fué el mismo día en que ejecutaron a Benito... Serían las nueve y media o poco más. A la puerta de la relojería paróse un automóvil, cosa que recuerdo perfectamente, porque es extraordinario... Del automóvil descendió ese hombre... El coche se fué inmediatamente... Abrióse la puerta de la relojería y apareció en ella el mediquillo para recoger la caja que le traían... La puerta cerróse en seguida... Y desde entonces ya no volvió a abrirse la puerta de la relojería. Ahora esa casa parece una tumba.

—Continúa el misterio — dijo gravemente el señor Birouste.

Tras un silencio pesado, la señorita Barescat preguntó:

—¿Qué piensa usted de todo esto, señor Birouste?

—*No pienso* — declaró, solemne, Birouste —. *Reflexiono*...

—Dénos su opinión usted, señora Langlois — pidió la de Camus —, porque Birouste siempre se mofa de nosotras.

La señora Langlois interrogó a su vez:

—¿Está usted segura de que eso no ocurrió la misma mañana de la ejecución?

—Estoy segura de lo que digo — repuso la señorita Barescat.

—¿Y ese Bautista llevaba la caja?

—Sí.

—Es que también la llevaba en Melun.

—Entonces — exclamó la de Camus —, ese Bautista llevó la cabeza al novio de Cristina.

—Con los médicos, una nunca sabe a qué carta quedarse — sentenció la señora Langlois —. Yo lo digo porque trabajé en casa de uno de ellos... Pues bien: en su consultorio tenía una serie de verdaderas calaveras, que usaba como pisapapeles... Debieran prohibirse semejantes sacrilegios...

—*Está usted diciendo niñerías* — sentenció con aplomo Birouste.

Y las tres cerraron la boca, porque, a juzgar por el tono de Birouste, habían comprendido que hablaba en serio, como hombre que tiene algo que decir.

Y he aquí lo que dijo:

—La ciencia se debe a esos sacrilegios...

No es calumniarlo si decimos que el señor Birouste era un cominero, un espíritu mezquino.

La naturaleza habíale creado una posición mixta entre dos reinos; era más que el almacenero, pero menos que el farmacéutico. Por cierto, que él, a pesar de ello, tenía sumas pretensiones. A pretexto de conocer las leyes que rigen la conservación de las plantas, creía conocer las que regían la naturaleza entera. Y delante de él no podía aludirse a la ciencia, a sus milagros, a lo que nos reserva en un próximo porvenir, sin que se irguiese, como

antaño el señor de Prudhomme, en cuanto se trataba de la guardia nacional o de las grandes instituciones del país que tuviera el honor de "darle a luz".

Como él decía:

—Nada de lo que se hace en nuestros días me asombra.

Tampoco nada asombraba a Jaime Cotentin, el cual, ciertamente, era un espíritu magnífico. Esto equivale a decir que los problemas profundos más importantes suelen unir, a veces, a los espíritus mezquinos y a los espíritus magníficos, con la pequeña diferencia, no obstante, de que donde los espíritus magníficos demuestran todavía cierta inseguridad, los espíritus mezquinos afirman categóricamente. De ello puede sacarse la conclusión de que jamás se debe sonreír de lo que diga un imbécil o un hombre de genio, porque, a veces, ellos tienen razón, mientras las personas razonables se equivocan...

La señorita Barescat, la viuda de Camus y la señora Langlois profesaban seguramente estas verdades elementales, porque estaban muy lejos de la sonrisa.

El estudioso de la adormidera y del tomillo, del malvavisco y de la bardana, echó un vistazo de superioridad a su auditorio. Auditorio que, por otra parte, despreciaba profundamente, según demostraban ciertas frases más o menos humorísticas e irrespetuosas para con el sexo femenino. Pero, a pesar de eso, aquellas damas le prestaban atención. Y mirándolas con severidad, dijo:

—Nunca hablen con ligereza de los hombres de ciencia... Me sacan ustedes de mis casillas cuando tratan despectivamente a Jaime Contentin... Jaime Contentin, señoras mías, es un hombre genial... Si no lo sabían, permítanme que se lo diga. Ha publicado artículos que ustedes no sabrían comprender, pero que a mí me hicieron reflexionar... Además, la Facultad de Medicina tiene puestos los ojos en él, y se espera de sus trabajos uno de esos milagros que revolucionan la historia de la Humanidad y hacen época. ¿Cuál es? Eso ya no puedo precisarlo... ¿Tiene algo que ver con ello la presencia en la relojería de ese desconocido que, según la señora Langlois, se llama Gabriel?... Quizá. Celestino, un sobrino mío, a quien ustedes conocen, que ha empezado trabajando en mi casa, que ahora estudia Medicina, que hace prácticas en la Facultad y que conoce a Bautista, oyó hablar de él como de un ayudante tan valioso como misterioso, encargado de poner a la disposición de Jaime Contentin piezas anatómicas que ciertos profesores le entregan en condiciones completamente excepcionales....

"Esas piezas anatómicas, que *todavía tienen la palpitación de la vida*, sin duda alguna permiten que el joven médico se entregue a experimentos relacionados seguramente con las teorías que ha abordado en sus notables comunicaciones a la *Nueva Revista de Anatomía y de Fisiología Humanas*. Estas teorías plantean claramente la cuestión de dónde acaba la vida y dónde comienza la muerte. Y les diré a ustedes que con su *posible restauración de la energía utilizable en los seres vivos* podemos tener la esperanza de que llegará un momento en que *suprimiremos la muerte*.

—¿Suprimiremos la muerte? — prorrumpió la señorita Barescat en un grito lleno de esperanza.

—¡Oh! Aun no hemos llegado a eso — repuso Birouste a modo de ducha fría.

—Por desgracia — suspiraron las otras señoras.

—De todos modos, quizá no estemos lejos de ello — añadió el herborista, como si estuviera inspirado por un presentimiento —. ¿Qué hacemos hoy sino suprimir la muerte en casi todas las partes de la persona?... ¿Acaso la cirugía no rehace casi totalmente al individuo?... La última guerra le dió una ocasión de rehacer por completo rostros humanos. Y por intervención de la mecánica, una locomoción artificial ha venido a sumar su milagro al de la cirugía. Se llegó a hacer que reviva un corazón muerto, lo cual, evidentemente, es cosa inaudita.

—¿Cómo puede hacerse cosa tan portentosa? — exclamó la señorita Barescat, anhelante, porque a menudo tenía ahogos y estaba convencida de que moriría del corazón.

—Del modo más sencillo. Se abre una puerta en las costillas.

—¿Y a eso le llama usted sencillo?

—Por esa puerta, el cirujano ha practicado presiones rítmicas que restablecieron la circulación suspendida; es decir, ¡ha resucitado al muerto!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — repetía la viuda de Camus, verdaderamente asombrada.

—Pues aun hay cosas más interesantes.

—¡No! ¡No es posible!

—¿Ustedes oyeron hablar de Carel?

—Los periódicos algo lo nombraron...

—Es uno de aquellos para quienes los norteamericanos crearon el Instituto Rockefeller. Pues bien: ese Carel ha conservado un corazón vivo en un frasco sumiéndolo en cierto suero que sólo él conoce. Y el corazón vive todavía.

—¿Vive todavía?







—Sí... Lo mismo hace con un trozo de cerebro e igual cosa podría hacer con un cerebro entero.

—¡Es increíble! —exclamó la señorita Barescat—. Entonces ¿ese Jaime Cotentin es un sabio por el estilo?

—Yo, después de haber leído de él lo que les dije y lo que no les digo, porque, repito, hay cosas que ustedes no podrían comprender, opino que no está lejano el día en que dejará muy atrás a todos los Carel y a todos los Rockefeller del mundo...

—No lo creo... Entonces ¿habrá hecho experimentos con ese Gabriel?

—Yo, señorita Barescat, no conozco el secreto de los dioses o de los sabios, que son los dioses actuales. Me limité a emitir hipótesis. El hombre de ciencia sólo vive de hipótesis.

—No me extrañaría —aventuró la paquetera— que ese Gabriel fuera simplemente un mutilado de guerra al que tratan de arreglar un poco... ¿Quiere más manzanilla, señora de Camus?

—Muchas gracias.

—Gabriel es muy bello —dijo la señora Langlois.

—Me gustaría verlo de cerca —confesó con un suspiro la señorita Barescat.

II

En aquel momento levantóse la viuda de Camus y dijo:

—Me parece que suenan pasos en la calle, y seguramente es el señor Tannegrin. Aun podrá divertirnos un rato— añadió dirigiéndose a la puerta—. ¡Todas esas cosas que me contaron ustedes me pusieron la carne de gallina!...

—¿No oye cómo silba el viento? —advirtió la señora Langlois—. Además, cuando yo venía para aquí comenzaba a nevar. Así que me parece difícil que con este tiempo venga el señor Tannegrin...

Mientras tanto, los pasos acercábanse rápidamente, y sonaron dos llamadas a la puerta.

—¡Es el señor Tannegrin! Reconozco su manera de llamar— exclamó con alegría la viuda de Camus.

—No abra antes de estar segura de ello — observó la dueña de casa.

Pero ya la de Camus había descorrido el cerrojo y abierto la puerta. Un torbellino de viento y de nieve colóse en la tienda. Luego...

Aportemos el testimonio de los invitados a la manzanilla de la señorita Barescat y el de la propia paquetera; testimonio que tuvieron que hacer varios días después en su defensa y con relación al sensacional acontecimiento que se coló de rondón en aquella casa como empujado por la tempestad.

Anticipémonos a decir que el acontecimiento en cuestión era un rapto; pero ¡qué rapto!...

He aquí la declaración de la señora Langlois:

—Señor comisario, voy a contárselo todo... Nunca conviene desear cosas que parecen imposibles, porque a lo mejor se cumplen con gran disgusto nuestro... Apenas la señorita Barescat, que nos había invitado a su manzanilla, acababa de decir que le gustaría ver de cerca a Gabriel, cuando he aquí que éste entra, como un demonio de la tempestad, completamente cubierto de sangre y llevando desmayada en sus brazos, como si fuera una pluma, a Cristina Norbert, la hija del relojero. También ella manaba sangre por la cara... Como usted se imaginará, todos lanzamos un grito de horror... Yo exclamé:

"—¡Es Gabriel!...

"Ante una entrada semejante, quedamos como petrificados por el terror... Además, aquel hombre nos amenazaba con su revólver... La primera vez que vi a aquel hombre en casa del relojero, me había parecido bello; pero en esta nueva ocasión no le vi más que unos ojos espantosos, unos ojos de asesino... Cuando me miraba, me parecía que estaba asesinándome... Tengo confianza en la justicia de mi patria y espero que usted me protegerá... Pero, ¿qué estoy diciendo?... No lo sé... ¡En fin, ya está dicho!...

"Ahora, señor comisario, seguiré contándole lo que hizo... Comenzó por cerrar de una patada la puerta... ¡Creí que iba a hundirla!... Pero luego pasó el cerrojo... Entonces el señor Birouste, el herborista, que se había refugiado detrás del mostrador, gritó asustado:

"—¡Levanten las manos como yo!...

"Y todas alzamos las manos como se hace en el *cine*... Y el gato de la señorita Barescat se marchó dando un salto terrible... Luego ya no volvió a aparecer más...

"Gabriel no decía nada... Pero después de haber aplicado el oído a la puerta, dejó a Cristina tendida sobre el mostrador y se puso a hurgar en sus bolsillos... Probablemente, buscaba un pañuelo con que enjugar la sangre que seguía manando de la frente de la señorita Norbert... Pero, por lo visto, no lo encontró... Y entonces, señor comisario... La tienda de la señorita Barescat... ¡Ay, señor comisario, no quiero recordarlo!...

Para saber lo que le sucedió a la tienda de la señorita Barescat dejemos hablar a la propia interesada. Si su relato no es muy coherente, no censuremos a la solterona, que desde aquella noche histórica ha perdido algo de sus lozanas facultades, rebusca sus palabras, anonádase profundamente a veces y se reanima de repente, como por chispazos, para echar la cabeza hacia atrás, tan brusca y espasmódicamente que los cintajos que adornan su sombrero a la antigua parecen bailar una especie de epiléptico *shimmy*.

—¡Ay, señor comisario!... Por un pañuelo, porque se trataba de un pañuelo... Al menos me lo hubiese pedido... Pero ni una palabra... Cuando vi que registraba mis cajones, que revolvía mis estanterías, quise intervenir. ¿No era natural, señor comisario? ¡Me alegro de verle! ¿Cómo está usted, señor comisario?... Protéjanos, porque si no, ¡adiós justicia, como dice la señora Langlois!... Ya sé que es usted justo... Y yo soy una pobre mujer soltera, que nunca quiso casarse, a pesar de las ocasiones, y que ahora me encuentro metida en este suceso... Pregunte, pregunte a las señoras que vinieron a mis "manzanillas" desde hace veinte años... Y disponga de mí, señor comisario... Usted es un hombre justo... Y yo... Cuando vi que *él* registraba sin consideración mis cajones, quise intervenir; pero el señor Birouste, el herborista, me gritó que levantara las manos, y hasta soltó unas palabrotas, dicho sea con perdón del señor comisario y de Dios... Al parecer, Gabriel hubiese disparado su revólver de no tener las manos levantadas como en el *cine*... ¿Va usted al *cine*, señor comisario?... Usted es un hombre justo..., y protegerá a esta pobre soltera que... Pero continúo mi narración. Aquel hombre terrible seguía sin decir ni media palabra. Y ya se sabe que hablando se entiende la gente. Pero, por lo visto, no quería que conocieran su voz.

"Además, iba vestido como un personaje de la época de la Revolución: llevaba una capa y un gran sombrero como los que también suelen verse en el *cine*... La señora Langlois tenía razón... Es más: En la vida suceden cosas que no pasan en las películas... Nunca vi una cinta donde se tratara a una tienda de paquetería como se trataba a mi casa... ¡Y con lo ordenada que yo soy!... ¡Diríase que por allí había pasado un desastre, una calamidad!... ¡Cómo me dejó el madapolán, señor comisario!... ¿Y qué decir de las puntillas?... El *tru-tru* quedó hecho un guiñapo... ¿Y las cajas de algodón perlé? ¿Y la lana de Hamburgo? ¿Y las madejas de seda japonesa? ¿Y la lanilla de Saint-Pierre?... ¡Me entraban unas ganas terribles de llorar!... De llorar y también de estrangularlo... Pero en cuanto me movía un poco, el señor Birouste me mandaba, jurando, que mantuviera las manos en alto... Menos mal que cuando encontró la muselina, con la cual curó a la pobre herida, cesó de revolver... Pero ¿quién me recompensará lo del madapolán?... ¡Ay, señor Comisario!...

Sigamos con la deposición de la viuda de Camus, la que alquilaba sillas:

—*Era terrible; pero ¡qué hermoso!*... Le advierto, señor comisario, que yo he visto muchos hombres bellos, porque no siempre alquilé sillas en las iglesias... Aquí donde usted me ve, señor comisario, estuve empleada como cajera de un establecimiento, donde mi tarea era la más importante, por lo cual, para desempeñarla, escogíase a la más lista... He recibido cartitas perfumadas y me saludaron "guantes amarillos", que es como se llamaba a los galanes en mi época. Pues bien: con toda sinceridad debo decirle que jamás vi un hombre tan atrayente como aquél...

"Forzosamente había de ser muy bello para que me llamara la atención en un momento en que, a juzgar por los brutales gestos que hacía, veíamos llegada nuestra perdición... ¡Porque el señor Birouste no parecía en trance de salvarnos!... El herborista había perdido toda su apostura... Tiritaba detrás del mostrador y desgañitábase gritando que tuviésemos en alto las manos... Hasta llegué a creer que si bajábamos las manos hubiera empuñado el revólver que había dejado Gabriel y hubiese disparado contra nosotras...

"¿Y es eso un hombre?... ¡Lo que pasa es que se da mucho corte porque es herborista!... Pero yo ya no compraré nada en su casa... ¿Comprende usted, señor comisario, lo que quiero decir?...

"Mientras tanto, el otro sólo pensaba en curar a su Cristina... ¡Todo para ella!... ¡Aquél sí que era un hombre..., a pesar de ser un bandido y de estar haciéndonos pasar tan mal rato!... *Ni un músculo de su cara se movía;* por lo visto la sangre no le daba miedo... Y cuando quiso secar la frente de su víctima y no encontraba lo que quería, arremetió contra las telas de la señorita Barescat... Dije su víctima, porque había raptado a Cristina... Se le resistía, se notaba que la llevaba a la fuerza... Y es probable que, por ello, se haya producido el incidente a causa del cual manara la sangre que se le veía a ambos... Además, él estaba como perseguido, como apurado... Seguramente llamó en la paquetería, porque vió luz... Al abrirle, entró en la tienda... ¡Esa es la explicación que yo doy a lo ocurrido!... Si hay alguien que adivine más que yo, que lo declare...


EN LA REVISTA
¡AQUI ESTA!
DESDE EL LUNES 9
DE SEPTIEMBRE, LEA
"AQUELLOS CAMPEONES..."
la más completa historia del deporte argentino, escrita por HORACIO ESTOL con las informaciones de D. FEDERICO DICKENS, el conductor de nuestros equipos en las grandes competencias internacionales de cinco lustros, y los recuerdos de los más grandes campeones, entre los que figuran:
NATALIO PERINETTI
LUIS GALTIERI
TEODORO FELS
RAUL RIGANTI
ENRIQUE TIRABOSCHI
MANUEL ANDRADA
ROBERTO LARRAZ...
Todos los deportes, todos los clubs, todas las figuras que apasionaron a las multitudes, volverán con sus triunfos y aventuras en
"AQUELLOS CAMPEONES..."
UNA SERIE EXTRAORDINARIA DE LA REVISTA

"Cristina, sin embargo, no abría los ojos... Entonces, él le aspergió la cara con la manzanilla que había quedado, y que estaba fría... Apenas logró despabilarla... ¿Quién hubiera podido pensar que a la señorita Norbert le pasaban cosas tan extrañas?... El domingo yo estaba en la iglesia cobrando... Le advierto, señor comisario, que es una tarea difícil, porque hay que tener los ojos bien abiertos, vigilar a la vez a los que se quedan, a los que van a salir y a los que salen sin haber metido la mano en el bolsillo... Pues bien: aun me quedaba vista para mirar a Cristina, que parecía una estampa de primera comunión y a la que se hubiese admitido a comulgar sin confesión... Pero, a pesar de todo, ¡hay que ver cómo la hallaron en casa de Benito Masson!... ¡Y hay que ver el estado en que se encontraba cuando Gabriel entró con ella en brazos!...

"Pero, ¿quién es Gabriel?... ¡Cualquiera lo sabe! *¿Acaso será cierto lo que empieza a rumorearse, lo que nos da tanto miedo?*

"¡Y qué hermoso es!... Sólo puede comparársele al arcángel que lleva su mismo nombre... Si he de decir verdad, señor comisario, yo no hubiera podido resistirle... ¡Claro está que me refiero a los tiempos de mi juventud!..."

En cuanto al señor Birouste, cuya intervención está lejos de haber terminado, como veremos muy pronto, solamente retenemos de momento esta declaración:

—¡Yo, señor comisario, solamente pensé en salvar la vida de esas tres pobres mujeres!... Gracias a mi sangre fría y a mi presencia de espíritu, no quiero hablar de mi valor, pude evitar que ese miserable dejara cadáveres tras él... ¡He cumplido con mi deber!... Lo digo sencillamente, sin orgullo, como cumple a un herborista que vive dedicado al consolador estudio de las plantas y que nada tiene de héroe melodramático...

Ahora que, merced a esta visión del estado de ánimo de nuestros personajes, podemos formarnos una idea de la alteración causada en la "manzanilla" de la señorita Barescat por la fulminante invasión del terrible visitante, vamos a proseguir narrando los hechos tal como los reconstituyó después una prolija y profunda investigación.

Para la salud moral, ya bastante quebrantada, de la señorita Barescat y de sus invitados, fué una suerte que la estada de Gabriel en la paquetería de la calle del Santísimo Sacramento no se prolongara excesivamente. Gabriel revelaba una brutal ferocidad en todos sus gestos y ademanes. Con frecuencia pegaba el oído a la puerta, para escuchar los ruidos del exterior. Luego volvía a curar a Cristina, que seguía sin dar señales de vida.

La tormenta de viento y nieve que se había levantado comenzaba a amainar. De pronto, en la calle oyéronse ruido de pasos y rumor de voces...

Gabriel, siempre mudo, pues aun no había pronunciado una palabra, dirigióse a la señorita Barescat y sus invitados que, las manos en alto, parecían petrificados por el espanto en una actitud de súplica y trágico asombro; les lanzó una terrible mirada; registróse el bolsillo; sacó una libreta y una estilográfica; escribió unas cuantas palabras; arrancó la hoja —todo ello en menos tiempo del que tardo para contarlo— y la pasó ante los ojos de las tres pobres mujeres que, instintivamente, se habían arrimado unas a otras. En cuanto leyeron la frase escrita en el papelito, lanzaron un chillido como para estremecer el más empedernido corazón: chillido que pronto ahogaron al ver que Gabriel, como accionado por un resorte, daba un salto y volvía a empuñar el revólver para amenazarlas de nuevo...

El herborista, para ser molestado lo menos posible, y sin duda para velar mejor por la seguridad de aquellas damas en tan trágicas circunstancias, y que tanta decisión requerían, habíase parapetado tras el mostrador como un capitán de navío en su toldilla à la hora del peligro. Desde aquel lugar elegido como puesto de combate, nada podía leer. Gabriel, que no lo había olvidado, le lanzó el papelito. Y entonces Birouste comenzó un grito que no acabó por el motivo anteriormente apuntado...

Mientras tanto, los pasos y las voces se acercaban cada vez más.

Gabriel había vuelto a levantar a Cristina en brazos, y de cara a la puerta, revólver en mano, esperaba los acontecimientos con resuelta actitud.

Los pasos y las voces detuviéronse ante la puerta. Y se oyó este diálogo presuroso:

—¡Le digo que no salió de la calle!...

—¡Oh! No puede estar lejos...

—Aun hay luz en casa de la señorita Barescat. Quizá haya oído algo ella...

En aquel momento, Gabriel, con un rápido movimiento, dió vuelta al conmutador que se encontraba junto a la puerta de comunicación con la trastienda. Así la tienda quedó a obscuras y continuó iluminada la trastienda... Gabriel, con su preciosa carga, trasladóse silenciosamente a la trastienda.

Los demás no respiraban... Estaban anonadados...

Y he aquí que la luz que les llegaba de la trastienda también se apagó.

Fué, con seguridad, el momento más terrible de la vida de todas aquellas personas...

Ante la puerta seguía el diálogo. La señora Langlois ya había reconocido la voz del viejo Norbert y de Jaime Cotentin.

—¡Apagan la luz! — dijo Jaime.

—¿Llamamos? —propuso el relojero.

—Quizá perdamos un tiempo precioso... Mejor sería registrar todos los rincones de la isla, porque no puede haber salido de ella... ¡Con Cristina en brazos no puede cruzar los puentes sin que le vean!...

Después de un corto silencio, oyóse la sorda voz del viejo Norbert, que decía:

—¿Qué es esto?

—¡El cordón de su capa!... —exclamó el prosector Jaime.

—Lo ha apresado la puerta —observó el relojero.

—¡Entonces entró en la paquetería! —dedujo Jaime.

Seguidamente, golpearon varias veces a la puerta.

Pero no respondió nadie.

En vista de ello, gritaron:

—¡Señorita Barescat!

Pero aunque repitieron el llamamiento, fué en vano.

—Es raro, muy raro todo esto...

Y nuevamente aporrearon la puerta.

Entonces abrióse un balcón y una voz les dijo:

—¿Qué quieren de la señorita Barescat?... ¡Hace tiempo que estará acostada!...

Y el balcón cerróse en seguida. Hacía mucho frío... Nevaba... Además, en aquella calle *hacía mucho miedo*...

Por otra parte, Jaime y el relojero ya no llamaban. Procuraban derribar la puerta...

Jaime hacía una presión bárbara, a riesgo de estropearse el hombro. Y el pobre cerrojo no pudo resistir mucho tiempo...

La puerta se abrió y precipitáronse al interior.

Obscuridad y silencio.

Llamaron otra vez a la señorita Barescat. Jaime oprimió su encendedor, merced al cual vieron, con el extraño relieve que da una luz escasa a los objetos que hace salir de la obscuridad, cuatro estatuas con los brazos en el aire, la boca abierta y los ojos desorbitadamente abiertos...

La caliente ceniza del Vesubio no inmovilizó más en sus gestos postreros a los habitantes de Pompeya de lo que el miedo momificó momentáneamente a la señorita Barescat y a sus invitados tan pronto leyeron el papelito que Gabriel les había colocado ante las narices.

Aquellas cuatro estatuas surgían de la sombra en medio de un inexpresable desorden, con el que tropezaban los vacilantes pasos del anciano relojero y del que pudieron darse cuenta tan pronto Jaime Cotentin dió la vuelta al conmutador eléctrico...

Desde luego, Gabriel había pasado por allí. La primera huella de sus pasos, el anonadamiento, la suspensión de los sentidos en los cuatro primeros individuos con que se había hallado *en cuanto se escapó de la jaula*. Además, había que tener en cuenta el desbarajuste provocado en la paquetería. ¿Qué otra cosa podía hacer Gabriel en tan pequeño espacio? Finalmente, había sangre: en el mostrador, en las delicadas puntillas, en las paredes... Y aquella sangre era de Cristina...

Intentaron despertar a aquellas momias y hacerles hablar; pero ni aun a fuerza de sacudidas lo consiguieron. Continuaban mirándoles *en silencio*...

—¿Adónde se fué?...

—¿Y mi hija, dónde está mi hija, qué hizo de ella?...

Se precipitaron a la trastienda... ¡Nadie!... Pero había una puerta abierta que daba a un corralito... Y en el corralito abríase otra puerta... ¡Sus pasos, sus pasos sobre la nieve!... Continuaban por un callejón de altos paredones y muchas revueltas que llevaba a los muelles... Y hacia los muelles se lanzaron los dos hombres.

Solamente entonces las cuatro estatuas bajaron las manos... Dió el ejemplo el señor Birouste... Pero ya todos habían comprendido que Gabriel no estaba allí, que no cabía dudar sobre su huída, que había reanudado la marcha llevándose a su víctima hacia las tinieblas y el misterio de donde saliera para causar un espanto del que jamás se curó por completo la señorita Barescat.

A continuación, el herborista Birouste, sin hacer caso de las señoras, que le suplicaban que no las abandonara, llegó con presteza a la puerta de la calle y se apresuró a entrar en su casa. Era cuestión de caminar varios metros nada más, porque vivía en el edificio contiguo... Entonces las tres mujeres decidieron pasar juntas la noche. Mientras sostenían la más extravagante conversación, arrimaban muebles contra las puertas. Y después refugiáronse en el cuartito que servía de alcoba a la

dueña de la casa, y allí pasaron toda la noche.

Huelga decir que no pudieron cerrar los ojos.

El golpe las había magullado para mucho tiempo. Sólo pensaban en una cosa: en el papelito donde había escrito Gabriel: "Si queréis conservar la vida, ¡silencio!"

Aquellas seis palabras eran una amenaza capaz de asustar a cualquier valiente. Pero, sin embargo, lo que causó a las cuatro personas un horror indecible no era el significado de las palabras.

Lo que las anonadó, lo que las aniquiló, fué que en aquella conminatoria orden escrita por Gabriel *habían reconocido la letra de Benito Masson, el encuadernador.*

III

Cuando el herborista Birouste hablaba de su valor, no pretendía engañar a nadie. Se engañaba a sí mismo.

El buen señor tenía un valor falso, como tenía una sabiduría falsa, una ignorancia falsa, un orgullo falso, una modestia falsa y unos cajones falsos (para ocultar productos que sólo tienen derecho a despachar las farmacias). Convencido de que había llevado su abnegación hacia sus semejantes —si es que un herborista y tres viejas, entre ellas una solterona, son semejantes— más allá de los límites de un vulgar heroísmo, lanzó un profundo suspiro de alivio cuando se vió encerrado en su casa, al abrigo de las sorpresas, *de las terribles sorpresas de la ciencia...*

Por cierto que aquel suspiro parecíase mucho a un gemido.

Por mucho que se afirme no dudar de nada y no retroceder ante ninguna perspectiva; por mucho que se hable de tú a los genios y se anuncie con tranquilidad a un auditorio de viejas asustadas que la Ciencia, con mayúscula, después de haber dominado todas las fuerzas del universo, está a punto de triunfar sobre la misma muerte, no puede evitarse cierto aturdimiento y cierta inquietud cuando se ve aparecer una especie de loco, cuidado de modo especial por un hábil cirujano, que presenta un papelito pidiendo silencio a cambio de conservarle a uno la vida, *y que escribe ese papelito con la letra de un hombre guillotinado una semana antes...*

Birouste, una vez cerrada la puerta de su negocio, que era como un resumen y una evocación del reino vegetal, desplomóse en una silla. Seguidamente miró las paredes, los cajones, los tarros, los envoltorios donde se mantenían tantas y tantas plantas procedentes de los lugares más diversos y aplicables para los más diversos usos. No faltaban especies ilustres, como la ipecacuana, que recordaba a Helvecio, y la pervinca, estimada por Juan Jacobo Rousseau... Nada de aquello tenía secretos para el señor Birouste, puesto que la ciencia le había convertido en una especie de purificador y sumo sacerdote de toda aquella vida vegetal... *¡Cómo no iba a comprender lo que un hábil cirujano era capaz de realizar en el reino animal!...*

Ahora bien: lo que no comprendía *era que el cerebro de un loco fuese sustituído con el cerebro de un asesino.*

—Eso es peligroso...

Y este pensamiento lo expresó en voz alta, confiándolo a las plantas amigas que le rodeaban y a las cuales, antes de acostarse, dirigió un desolado adiós.

Ya en la angosta escalera que conducía a las dos habitaciones de que disponía el primer piso, murmuró aún:

—Eso es superior a mis fuerzas...

Por fin llegó a la puerta de su cuarto y la abrió.

¡Horror de horrores! Allí halló a Gabriel que lo esperaba y a Cristina tendida sobre la cama.

La joven parecía encontrarse algo mejor. No obstante, se mostraba incapaz de moverse, ya por debilidad, ya por miedo y quizá por ambas cosas a la vez. Sus hermosos ojos entreabiertos miraban al herborista de una manera que compendiaba la más ardiente súplica, la invocación más humilde, la oración más emocionante y al mismo tiempo más desesperada. Eran ojos que parecían decir: "¡Socorro, señor Birouste, por piedad! Si usted me abandona, moriré."

Pero, ¡ay!, el señor Birouste no se encontraba mejor que la pobre Cristina. De buena gana hubiera pedido también él socorro.

El terrible Gabriel no había abandonado su revólver, y su mirada seguía tan amenazadora como siempre. Aquello, evidentemente, era demasiado para un hombre que se creía definitivamente libre de la presencia del temible personaje y que lo encontraba en su propia alcoba, prodigando tardíos cuidados a su indefensa víctima.

¿Cómo había podido llegar hasta allí?... Si el señor Birouste, en vez de regresar a su casa por la calle, hubiera entrado por la puerta trasera, es decir, por un corralito contiguo al corralito de la paquetera, hubiese visto que la puerta de la cocina estaba derribada, para lo cual, ciertamente, no se necesitaba un gran esfuerzo por parte de una persona como Gabriel, que llevaba en brazos a una mujer como si fuera una pluma.

Razón tenía el viejo Norbert y Jaime al contar con las dificultades con que Gabriel tropezaría para salir de la isla llevando en brazos a Cristina. Sabiendo que le perseguían de cerca, necesitaba encontrar en seguida y a toda costa un refugio. Y luego de haberse refugiado en casa de la señorita Barescat, ocultábase en casa del señor Birouste, en espera de algo mejor. Ni tiempo para respirar le dejaban.

Quizá por eso no respiraba...

Tampoco vamos a decir que, a pesar de todos los acontecimientos, no se le hubiere alterado la respiración, porque aunque tuviera la boca entreabierta (¡qué dientes de más deslumbrante blancura!), en él el efecto de la respiración no producía ningún movimiento apreciable. Ni su boca, ni sus manos, ni ninguna parte de su cara se movían. Los versos de Baudelaire parecían ex profeso para aquel maravilloso ejemplar de la belleza masculina:

Odio el movimiento que altera las líneas;
nunca lloro, nunca río...

Quien, si bien no reía, estaba en cambio a punto de llorar, era el señor Birouste. El primer acto del herborista, al ver la browning fatal, fué levantar las manos, para demostrar de una vez para siempre que no estaba dispuesto a oponer ninguna resistencia al cataclismo que con tanta pertinacia parecía perseguirle. Pero Gabriel le hizo un gesto amistoso, que seguramente quería decir: "Baje las manos, señor Birouste, que no quiero hacerle ningún daño."

De todos modos, y como Gabriel no guardase el revólver en el bolsillo, Birouste dejó las manos como estaban. No quería dar a su huésped ocasión alguna de cometer un crimen que, además, hubiera sido totalmente inútil.

Por último, Birouste, para no caer en el suelo, dejóse caer en una silla, donde aun tuvo fuerza para pronunciar unas palabras, porque cuando se cree llegada la última hora se hacen o dicen cosas sobrehumanas:

—¡Puede usted contar conmigo! He jurado silencio y no diré nada. ¡Soy un pobre herborista! ¿Qué quiere de mí?...

Estas frases, como otras que siguieron, demostraban que Gabriel no se hallaba frente a un adversario temible. Ni tan siquiera se trataba de un adversario. Y a lo mejor era un amigo.

El otro extrajo de su bolsillo una libreta y comenzó a escribir.

Birouste echó una rápida mirada hacia la señorita Norbert, que seguía tendida sobre la cama.

¡Los ojos de Cristina continuaban pidiendo socorro... Y con tal elocuencia lo pedían, que el señor Birouste, que no era una mala persona, volvió la cabeza para no ver aquella angustia que le daba tanta más pena cuanto estaba resuelto a no remediarla...

Gabriel, al terminar de escribir, entregó el papelito a Birouste. Y éste volvió a estremecerse hasta la médula... ¡No cabía duda, no había soñado!... Era la letra larga, entrecruzada, zigzagueante de Benito Masson... Claro está que no estaba abigarrada con todos los colores del arco iris; pero a pesar del solo color violeta, no cabía equivocación. He aquí lo que leyó el señor Birouste:

"La señorita se encuentra mejor. Está completamente despejada. Deseo que me facilite usted lo necesario para poder volverla a dormir, al menos durante doce horas."

—¡Bien, bien! —contestó Birouste con una solicitud que evidenciaba el gran interés que tenía en servir a aquel excepcional cliente—. Tengo lo que usted necesita... ¡Soy herborista!... Voy a buscarlo al instante...

Y comenzó a bajar hacia la tienda, quizá con la secreta esperanza de huir (a lo mejor...). Pero Gabriel, después de haber cerrado con llave la puerta de la pieza, bajaba tras él...

Nuestro herborista tenía una manera especial de tratar la adormidera, cuyo secreto guardaba, a menos que se lo pagaran a buen precio. Pero a Gabriel le dió gratuitamente un frasco, merced al cual hubiera podido dormir a toda una familia...

Cuando volvieron a subir juntos (nunca se separaban) hallaron a Cristina tendida en medio del cuarto. Por lo visto había hech[illegible] algún intento para escapar al horrible [illegible]ino que la esperaba, pero sus fuerzas la[illegible] traicionaron. Gabriel la levantó con gran suavidad y dulzura, volviéla a acostar en la cama para que no renovase esfuerzos que, dado su estado de debilidad, podían serle funestos, y le dió a beber, con la ayuda del señor Birouste, la dosis para un sueño equivalente a un descanso bien ganado...

Después, Gabriel sentóse a la cabecera de la señorita Norbert y se agarró la cabeza. Parecía entregado a unas cavilaciones sin fin...

Birouste, detrás de él, ni a moverse se atrevía. Y no es que le faltaran ganas... Pero temía un movimiento mal interpretado...

¡Qué noche!... Parecía que no se terminaba nunca... Fuera, había cesado por completo el viento... No había más que silencio, un horrible silencio en el que el herborista no oía más que los latidos de

su propio corazón...

Lo cierto es que con lo que estaba pasando había para contraer una seria enfermedad... Si aquella noche no contraía una lesión cardíaca, entonces podría asegurarse que tenía el corazón muy fuerte...

¡Qué velada!... Sobre la mesita de noche había una lamparilla, a la que había bajado la pantalla Gabriel.

Este extraño personaje, que seguía en el sillón y con la cabeza entre las manos, no se movía, como si fuera una figura de cera, de esas de los barracones de feria.

¡Y pensar que lo que tenía entre sus manos aquel hombre era el cerebro de Benito Masson, el cerebro de un hombre que por lo menos había asesinado a siete mujeres!... ¡Oh! ¡Qué poca importancia debía de tener para un sujeto como aquél la vida de un hombre como Birouste! Y el herborista, pensando en ello, desesperaba contra la noche que tan larga se hacía...

En San Luis de la Isla sonaron las tres.

¡No eran más que las tres!... ¡Y en diciembre, que tanto tarda en amanecer!...

Las tres y media... Las cuatro... ¡Y ningún movimiento!... ¿Qué intenciones maquinaría aquel hombre?... No parecía dispuesto a marcharse, ni mucho menos... Y si pasaba toda la noche allí con su Cristina, nada de particular tendría que pensara pasar el día siguiente... Sabiéndose perseguido, se diría: "¿Dónde voy a estar mejor que en casa de este excelente Birouste, que hace cuanto se me antoja?"

¡Las cinco!

¿Acaso estaría durmiendo el tal Gabriel?... Cierto era que no le oía roncar... *Pero, ¡es que ni siquiera le oía respirar!...*

Después de una noche semejante, se explicaba que hubiera caído en un sueño de plomo.

¡Oh la suprema esperanza!

Y Birouste levantóse suavemente, muy suavemente, con toda suavidad...

No le crujió la silla, no le crujieron los zapatos... Para llegar a la puerta que daba al rellano sólo le bastaban cuatro pasos... O cinco: daba igual... Una vez en el rellano, muy poco le costaría bajar la escalera... Después...

Estaba decidido a jugarse el todo por el todo... Ya estaban los tres primeros pasos... O cinco: daba igual... Una vez en el suelo crujió de tal manera como para que se echara a llorar el fugitivo...

Y mientras esperaba que las lágrimas le brotasen, un sudor frío le paralizaba los miembros.

En diciembre, y en el hospitalario cuartito del herborista, no hacía calor.

El caso es que el pobre Birouste se quedó con una pierna en el aire.

Y Gabriel, que no dormía, se dió vuelta y vió al amo de la casa, no solamente con la pierna en el aire, sino con ambas manos levantadas.

Parecía un bailarín en un paso de danza... Era como para que Gabriel se echase a reír; pero Gabriel nunca se reía.

Se metió la mano en el bolsillo. ¿Iría a sacar el maldito revólver?... Pero no. Lo que el otro iba a sacar era la libreta... Así que el señor Birouste se tranquilizó... Además, los ojos de Gabriel ya no tenían aquella expresión terrible, sino sencillamente trasuntaban una infinita tristeza.

"Se humaniza" — pensó con alivio el herborista, recobrando la marcha normal de la respiración y dejándose caer otra vez en la silla.

"¿Qué me pedirá ahora? —se dijo.

Mientras tanto, el otro había escrito esto y se lo entregó al herborista:

¿Tiene usted un armario de luna?

¡Claro está que tenía un armario de luna!... Y si un armario de luna podía hacer la felicidad de Gabriel, se lo daría al momento... Hasta podía llevárselo... ¿Para qué quería Birouste el armario de luna?... Lo tenía en la pieza de al lado... Así que no había más que empujar la puerta...

—La pieza de al lado le pertenece —dijo el herborista—, como todo lo de esta casa. Y en cuanto al armario de luna, que es de roble y recuerdo de familia, si puede serle útil...

Pero Gabriel no lo escuchaba. Se acercó a la puerta que daba al rellano, la había cerrado y se guardó la llave para estar seguro de que Birouste no escaparía. Luego, con un gesto, le ordenó que se quedase en el dormitorio para velar a Cristina. Después entró en el cuarto de al lado, que también cerró con llave. Además, habíase llevado consigo la lámpara.

"¿Qué querrá hacer en ese cuarto? ¿Para qué se encerrará con un armario de luna?" —se preguntaba asombrado Birouste, prendiendo una bujía con mano trémula.

La curiosidad, más poderosa que el miedo, lo llevó a pegar un ojo a la cerradura. Y he aquí lo que vió...

Gabriel, con gesto nervioso, sacóse la capa, se desabrochó el traje, arrancóse la corbata, que le daba varias vueltas al cuello, lo dejó todo sobre un mueble y por fin se sacó la camisa, con lo cual quedó desnudo hasta la cintura. El resplandor de la lamparilla lo iluminaba. Y la luna del armario le devolvía su imagen.

Miró aquella imagen como Narciso se miraba en la fuente.

—¡Qué piel! —había de exclamar más tarde Birouste ante el comisario—. Suave,

fina, satinada como la de una doncella... Y ¡qué cuerpo!... Seguramente entre las estatuas del Louvre no habría nada más bello ni más perfecto... Porque imagino, señor comisario, que usted habrá ido algunas veces al Louvre... No siempre vivirá con asesinos, como yo tampoco vivo siempre con mis hierbas... A uno le gusta cultivarse... Usted, pues, habrá visitado la sala de escultura antigua, donde está Aquiles, el de los pies ligeros, como en mi buena época se decía... ¡Eso es arte!... Allí no hay nada de cubismo... Esa estatua, por la regularidad de sus formas, por la armonía de sus formas, valga la frase, podría servir como si dijéramos de regla métrica para las bellas proporciones del cuerpo humano... Pues bien: Aquiles, comparado con Gabriel, un esperpento... Y comparados con Gabriel los Bacos, los Mercurios y *tutti quanti*, son verdaderos abortos... Digo lo que pienso. Claro está que yo no soy un artista; pero, bien mirado, no hay ninguna razón para que un humilde herborista no sea sensible a la belleza... No prescindo, como es natural, del Apolo de Belvedere. Por cierto que los cabellos de Gabriel, que, como es natural, se había quitado el sombrero, estaban bastante parecidamente peinados a los suyos, con la misma voluta sobre la frente, que recuerda el rizo de las mujeres... Sí, señor comisario, el Apolo de Belvedere es lo más parecido a Gabriel... Pero tiene *demasiadas costillas*, se le ve demasiado la anatomía... Gabriel era, ¿cómo diré yo?, más fuerte, pero también más gracioso...

El comisario interrumpió al señor Birouste:

—Con decir que era un Canova, ¡asunto concluído!...

—Yo no vi nada de Canova y no soy partidario de la escultura contemporánea... Pero ¡sea por Canova!... Y no me negará, señor comisario, que para un hombre que, como yo, gusta de las cosas bellas, pensar que *en un cuerpo como aquél habían colocado*...

—Comprendido —interrumpió el comisario—. Sigamos adelante... ¿Qué hizo después el Apolo de Belvedere?...

—¿Qué hizo?... Por de pronto, no se cansaba de mirar... Al parecer, se gustaba a sí mismo... Claro está que hay que tener en cuenta que, a lo mejor, por casualidad, aquel hombre que era tan perfecto se miraba con unos ojos *y sobre todo con un cerebro*...

—Ya, ya veo adónde quiere ir a parar...

—¡Es que Benito Masson era muy feo!...

—Nada de eso le pregunto, señor Birouste... Las suposiciones de usted me son completamente indiferentes... Le pregunto lo que hizo ese hombre al que usted llama Gabriel...

—Pues, como le digo, se miraba en la luna del armario... Con la lamparilla en la mano, mirábase de arriba abajo... Daba vueltas y más vueltas... La mujer *que por primera vez se pone un vestido de gala* no se examina con más detención ni mayor complacencia antes de presentarse al mundo que aquel hombre... Pasábase la mano por los cabellos, acercaba la cara al espejo, se tocaba las mejillas, la barba, la nariz, los oídos, la boca... Parecía muy satisfecho de sus dientes... Y le asistía razón para ello...

—Y ¿no hizo otra cosa?...

—Estuvo así más de un cuarto de hora dedicado a eso... De repente...

—¿Qué?

—De repente pareció que recordaba algo, dióse una palmada en la frente y corrió hacia sus ropas... ¿Corrió?... La palabra no me parece muy exacta... Pero es que tenía un modo de andar tan especial, que a cada paso que daba parecía que fuera a correr, que fuera a levantarse del suelo, que fuera a tomar un impulso como para no detenerse pronto... Pero se detenía inmediatamente y sin dificultad alguna.

"Se detuvo, pues, ante su ropa, registró en un bolsillo y extrajo un pequeño llavero. Como estaba cerca y delante de mí, vi que todas las llaves eran pequeñas. Del anillo pendían una media docena. Me llamaron la atención porque no eran llaves corrientes. Estaban huecas. Se parecían a las llaves de reloj...

"Llaves en mano, acercóse al armario de luna. Yo, colocado como estaba, no pude ver lo que hacía. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante y *la mano que sostenía las llaves cerca del pecho*... Pensándolo bien, deduzco que la mano en cuestión tocaría el pecho izquierdo... Entonces oyóse un ruidillo especial, bastante parecido al de un reloj al que se da cuerda o al de una caja de caudales que se quiere abrir. Después cesó de repente el ruidillo. Gabriel hizo aún algunos gestos. Y de pronto lanzó un grito de horror, levantando las manos, que bajó al instante...

"Oí, entre otras cosas, un ruido seco, como de un cofrecillo al cerrarse. Al mismo tiempo, en sus desordenados movimientos, chocaba contra el espejo. Creí, ¡se lo aseguro!, que iba a rompérme mi armario...

"Por fin se dió vuelta... ¡Ay, señor comisario!...

"Cuando se nos presentó en casa de la señorita Barescat, produjo mucho miedo, sobre todo a las señoras... Pero entonces yo, que soy difícil de emocionar, noté con terror que se me había puesto la carne de gallina... ¡Carne de gallina, sí, señor!... Nunca lo viera tan espantoso, tan terrible...

"¡Qué ojos de asesino!...

"Comprendí que de aquella bestia feroz, que iba a devorarlo todo, no podía esperarse nada bueno. Se había lanzado sobre su ropa y en gestos espasmódicos buscaba su camisa...

"Por fortuna, el estado en que se hallaba le hacía perder mucho tiempo... Entonces decidí aprovechar la ocasión para salvar a la desgraciada joven de las garras de aquel salvaje, y, naturalmente, también para salvarme yo mismo... Si no lo conseguí en lo que respecta a la señorita Norbert, no fué por culpa mía, sino por culpa de ella... Además, hallábase tan débil, que no podía ayudarme... Entonces desgarré una sábana, la arrollé como una cuerda, abrí el balcón, até la sábana como pude y, a pesar del peligro que entrañaba, no vacilé en lanzarme al vacío...

"Yo no soy un acróbata, sino un hombre que acostumbra entrar y salir por las puertas... Lo otro, como diría la señora de Camus, es cosa propia del cine... Y, además, señor comisario, los artistas, para el caso de que no les salga bien lo que hacen, tienen debajo un colchón que el espectador no ve... Pero ya le digo que, a pesar de no tener esas habilidades, me atreví a bajar... Y es que se trataba de que ese *Gabriel, ese lo que sea*, no se llevara otra vez a la señorita Norbert...

"Justamente cuando iba a desaparecer salió la joven del estado en que se hallaba, y dirigiéndose hacia mí pudo gritar:

"—¡Sálveme, señor Birouste!...

"—En seguida —le contesté—. ¡Espéreme, que vuelvo!...

"Un minuto después estaba en la calle y caía, por decirlo así, en los brazos del señor Norbert y de Jaime Cotentin, que buscaban ansiosamente a Gabriel...

"—No busquen más —les dije—. Está en mi casa con la víctima...

"—¡Abranos la puerta! — exclamaron a coro.

"—Aquí tienen las llaves. ¡Y quiera Dios que lleguen a tiempo!...

"Yo estaba tan quebrantado, que no me sentía con ánimo para seguirles. Me limité a advertir:

"—¡Cuidado, que tiene revólver!...

"A lo que me respondió el relojero:

"—Ese revólver no está cargado...

"Hay momentos, señor comisario, en que se realizan milagros... Uno de ellos se hizo allí, pues les seguí hasta mi casa, donde aquella fiera había hecho su guarida. Pero cuando llegamos al primer piso, o, mejor dicho, cuando llegaron, porque yo me quedé en la planta baja, no había nadie, ¡nadie!... El pajarraco había volado, llevándose entre sus garras a Cristina, "la Virgen de la Ile-Saint-Louis"...

IV

El señor Lavieuville, propietario, filántropo y mayordomo de la parroquia, era un ex notario de provincias que regresara a la Ile-Saint-Louis, que había visto sus juegos de niño, para terminar en ella sus días. Y vivía, soltero, en la casa donde habían muerto sus padres.

Tratábase de una buena persona, que no tenía más pasión que la de hacer el bien con el dinero de los demás. Era excesivamente avaro. Por aquel tiempo había despedido a su antigua criada, cocinaba él mismo y había reducido la servidumbre a la señora Langlois, que siempre acudía en las primeras horas de la mañana. (Por cierto que aquella mañana había faltado). En la parroquia citábasele como ejemplo de abnegación y pobreza voluntaria.

La "fábrica del templo" enorgullecíase de tener un mayordomo que pasaba por un santo. Siendo notario, hubiera podido especular con el dinero depositado en su casa por clientes; siendo mayordomo, presidente, tesorero y representante de veinte sociedades de socorros mutuos, hubiera podido aprovechar la elasticidad de ciertos presupuestos de caridad o el modo de interpretar el concepto de gastos generales. Pero ni en un caso ni en los otros podía reprochársele nada. Apenas se permitía reintegrarse lo más decentemente posible el gasto de un pequeño automóvil de conducción interior (él mismo conducía y temía al aire libre), que necesitaba para sus correrías por París y los contornos.

Su avaricia no dejaba de tener caracteres especiales. Con tal de manejar dinero, aunque fuera ajeno, considerábase el más feliz de los hombres. Es más: prefería que fuese de otro, porque el manejo de dinero siempre presenta ciertos peligros.

Tocar billetes grandes le producía un infinito placer. Siempre llevaba en la cartera, de la que nunca se separaba. Su mayor satisfacción consistía en presentarse en casa de gente pobre, a la que hacía exponer sus miserias, para mostrarles después los billetes y decirles:

—Aquí llevo quince mil francos, y, a pesar de eso, soy más desgraciado que ustedes. Para remediar las miserias que veo a diario, necesitaría diez veces más dinero.

Y se marchaba dejando un óbolo...

Cuando le advertían la posibilidad de que le robaran, siempre respondía que Dios protege el dinero de la caridad. Y

Clarín

En sus primeros 365 días de vida

AFIRMO SU PERSONALIDAD

Como:

☆ Un diario de la mañana, responsable y con amplia difusión.
☆ Un diario de la mañana para todo el día.
☆ Un diario que se empieza a leer en la calle y se termina en el hogar.

y se Impuso por

Su absoluta independencia.
Su seriedad informativa.
Su original presentación gráfica.

POR ESTO:

Resulta un Eficaz Vehículo de Publicidad

REPUBLICA ARGENTINA 10 CENTAVOS
EN TODO EL PAIS

Clarín

UN TOQUE DE ATENCION PARA LA SOLUCION ARGENTINA DE LOS PROBLEMAS ARGENTINOS



como no contaba con Dios para proteger el dinero propio, no lo sacaba...

Estos detalles son necesarios todos para que el lector no se sorprenda demasiado ante la aventura del señor Lavieuville, acaecida en la Ile-Saint-Louis.

Eran las seis y media de la mañana siguiente a la funesta noche en que vimos al esforzado Birouste frente a frente del terrible Gabriel. El viejo Norbert y su sobrino, luego de haber comprobado que Gabriel había huído de la herboristería llevándose a Cristina, dejaron al herborista y continuaron investigando.

¡La Ile-Saint-Louis había sido registrada de un lado al otro! ¡Qué noche habían pasado!...

Estaban extenuados, pero no sentían la fatiga... El agudo sentimiento del peligro mortal que corría la desventurada Cristina los impulsaba siempre hacia adelante... Al no encontrar nada en la isla, habíanse decidido a cruzar los puentes. Interrogaron a vagabundos, a un borracho tendido en un banco, a una castañera que estaba prendiendo el hornillo... Dieron la vuelta al muelle de los Celestinos, metiéronse por Goeffroy-l'Asnier, sondearon todas las tinieblas de todos los callejones entre Saint-Paul y Saint-Gervais, recorrieron la plaza de Notre-Dame y el muelle de la Tournelle... Por último, volvieron a la Ile-Saint-Louis cuando ésta surgía de las nieblas del Sena, entre el lívido resplandor de las heladas mañanas... Y de repente, en la esquina del callejón donde vivía el señor Lavieuville, vieron claramente la silueta de Gabriel.

Iba solo y caminaba rápidamente o, mejor dicho, corría. Dando un salto, llegó a la puerta de casa del señor Lavieuville. Jaime quería lanzarse hacia él; pero el relojero lo contuvo, diciéndole:

—¡Cuidado!... No lo echemos a perder... Conviene que no se dé cuenta... Esperemos a ver qué hace... *Ya sabes que no le podemos ganar corriendo*...

—Pero ¿qué habrá sido de Cristina? —articuló Jaime Cotentin con profunda pena.

—Creo que habrá escapado. Y me figuro que se hallará en casa...

—¡Veamos, veamos!...

Con gran estupefacción observaron cómo Gabriel sacaba de debajo de la capa un llavero y, sin vacilar, metía una de las llaves en la cerradura de la puerta de la casa del señor Lavieuville.

—¡Caramba! Se introduce en la casa del señor Lavieuville...

En efecto: acababa de entrar... Entonces el relojero y Jaime dieron un salto...

—Si no queremos que se nos escape —expresó el viejo Norbert—, echémonos encima de él y derribémosle... *¡Le cuesta mucho levantarse y recobrar el equilibrio!*...

La puerta no estaba cerrada. Penetraron en la casa, y en la semioscuridad apresaron a aquel a quien perseguían. El viejo lo agarró de la capa y el sobrino dió un tremendo golpe en las piernas del raptor, que inmediatamente rodó sobre la alfombra, en la que el tío y Jaime lo envolvieron con una decisión brutal que no permitía ningún movimiento de resistencia.

Por lo demás, desde que se hallaba en tierra ni se defendía ni hacía ningún movimiento. Cuando se redujo a un fardo informe, lo sacaron entre los dos y lo llevaron con la mayor rapidez posible y arrimados a la pared hasta la calle del Santísimo Sacramento.

Sólo tropezaron a Juilard, el recadero, que volvía del mercado y que apenas se dió cuenta de ellos, aunque al pasar murmuró unas frases incoherentes.

Cuando llegaron a casa, llamaron a Cristina, que no les contestó; encerráronse con el fardo en el pabellón del jardín y comenzaron a desenvolver, no sin precauciones, la capa.

Estaban sudorosos, anhelantes, fatigados.

—¡Cuidado, cuidado! —repetía Jaime—. No hay que volver a comenzar...

—¡Bah! *Mientras esté en el suelo no hay peligro*...

—Habrá que acostarle en la cama de báscula y no perderle de vista ni un segundo.

—Tú te quedarás con él, mientras yo voy a buscar a Cristina.

—¡Yo iré, yo!

—Con tal de que no le haya sucedido una desgracia.... ¡Ay, Jaime!... *¿Qué hiciste de mi autómata?*...

—¡Calle!... Si se hubiera perdido todo, me levantaría la tapa de los sesos...

Para evitar toda sorpresa, Jaime había encendido la luz. Así es que se desenvolvían en una claridad cegadora.

Estaban dispuestos a echarse sobre Gabriel al menor gesto sospechoso... Pero ambos lanzaron al mismo tiempo una sorda exclamación... El prisionero que habían tomado, que habían envuelto con la capa de Gabriel y a quien habían puesto el sombrero de Gabriel — sombrero que había saltado en la lucha —; el prisionero que no se atrevía a moverse ni a lanzar un grito, de tan desmesuradamente espantado que estaba, no era Gabriel, sino el señor Lavieuville, el mayordomo...

Tan pronto el viejo Norbert y Jaime Cotentin se dieron cuenta de su error, no tuvieron más que un pensamiento: producir la obscuridad donde reinaba tanta luz...

Después de dar vuelta a los conmutadores, ayudaron al señor Lavieuville a que se levantara y le hicieron salir cuanto antes del laboratorio.

Asiéndole cada uno de un brazo, lo llevaron hasta la relojería, donde el mayordomo se desplomó sobre una silla.

La puerta de la calle y la del escaparate seguían cerradas; pero la pálida claridad de diciembre penetraba por la ventana que daba al jardín.

El pobre mayordomo, que había reconocido al viejo relojero y al joven prosector, exclamó con voz desfalleciente:

—¡Ay, señores míos!... ¡Qué cosas me están sucediendo desde esta mañana!...

—¿Quiere usted tomar algo, señor Lavieuville?... ¿Un poco de té caliente?...

—¡No! Lo que deseo cuanto antes es volver a mi casa y avisar a la policía.

El relojero le advirtió con voz algo seca y hasta, en concepto del mayordomo, amenazadora:

—Antes de meter a la policía en todo esto, que es un asunto de familia, como le demostraremos a la vez que nos excusamos de un error de que usted fué víctima, haga el favor de explicarnos cómo es que usted lleva una ropa que no le pertenece y que nos indujo a equivocación respecto a su honorable personalidad...

—¡Claro está que no tengo inconveniente alguno en dar explicaciones!... Le advierto que esta ropa, a pesar de lo que pueda creerse, no la robé... Me han sacado la mía y me dieron ésta en cambio... ¡Imposible nada más sencillo!... En cuanto a las condiciones en que se verificó un cambio tan desagradable, tampoco pienso ocultarlas. Quizá ustedes me darán la clave del enigma, porque yo, francamente, cada vez comprendo menos lo que me pasa.

—Nuevamente le pedimos perdón, señor Lavieuville —añadió Jaime—. Pero no nos oculte nada, pues está de por medio la vida de una persona...

—La vida que yo creí que estaba en peligro era la mía — dijo el mayordomo, sacudiendo tristemente su grisácea cabeza —. Al fin y al cabo, me consolaría si la broma sólo me costara quince mil francos..., aunque no eran míos... Y tal vez habré de felicitarme de la intervención de ustedes, aunque haya sido violenta, porque me proporciona una prueba que reforzará mis declaraciones, si es que hay alguien que ponga en duda mi honradez, condición que, junto con la claridad, es la única razón de mi existencia en este mísero mundo...

—Señor Lavieuville, usted tiene la estima de cuantas personas le conocen — protestó el relojero —. Lo que no comprendo es la alusión a los quince mil francos...

—¡Quince mil francos, sí!... Ni un centavo más ni uno menos...

—De acuerdo, señor Lavieuville. Pero le rogamos que nos cuente pronto lo ocurrido.

—Estos quince mil francos pertenecen a la "fábrica de la iglesia". Yo tenía la misión de convertirlos en bonos de la Defensa Nacional. Y como mi propósito, luego de haber oído la misa de las seis de la mañana y haber hecho la visita cotidiana a algunas familias pobres del barrio y de los alrededores, era dirigirme al Banco, los llevaba conmigo, en la cartera. Al primer toque para la misa, salí de casa, saqué mi pequeño automóvil del *garage*, que acababa de abrir, y subí a él. Entonces quise saldar una pequeña cuenta que tenía con el vigilante, para lo cual extraje del bolsillo mi cartera y de ella un billete de cincuenta francos, del que el vigilante me devolvió cuarenta y cinco centavos. Mientras contaba este dinero antes de guardarlo en el bolsillo, no me di cuenta de que, en vez de meter la cartera en la americana, me la guardaba en el bolsillo interior del sobretodo.

"Mi sobretodo, señores míos, es muy abrigado, pues tiene forro de piel de conejo y el cuello de imitación de astracán... Es una prenda modesta, sin embargo; propia, en una palabra, de una persona como yo, que dedica lo poco que posee a aliviar en lo posible la miseria de sus semejantes... ¿No es bastante, en fin de cuentas, que un abrigo proporcione calor y sea cómodo?... Además, tiene o, mejor dicho, tenía el complemento de un forro de nutria falsificada, que encierra bien la cabeza y con el cual puedo defenderme perfectamente del frío... Digo todo esto, porque son detalles que quizá les resulten útiles y porque en una aventura como la que me ocurrió no conviene olvidar nada...

"Varios minutos después detuve el coche, que yo mismo manejo, ante la puerta pequeña de la iglesia, que tan bien conocen ustedes... Todos los domingos los veo en misa con la señorita, cosa que, a

decir verdad, me inspira mucha confianza en estos momentos... La misa la decía el abate Lequesne, a quien también conocen ustedes. Luego de terminado el santo oficio, fuí a la sacristía a ver al señor cura. Y mientras se cambiaba de vestiduras, le hablé de algunas obras de caridad en las que intervenimos juntos. Después él salió de la sacristía.

"Volví a la iglesia solitaria, para gozar de la conversación a solas con Dios. Hecho esto, salí por la puerta por donde había entrado, y ya me disponía a subir al automóvil cuando, de pronto, vi salir de detrás de la iglesia a un hombre que llevaba una larga capa, con la que procuraba cubrir un cuerpo humano, que me pareció de mujer... Aquel hombre, que tenía unos ojos terribles, se abalanzó sobre mí, me amenazó con su revólver, me derribó de un rodillazo en el vientre (que todavía me duele), dejó en el fondo de mi coche la carga humana que llevaba, volvió sobre mí, me despojó en menos tiempo del que tardo en contarlo de parte de mi indumento, me lanzó la capa y el sombrero que llevaba él, cerró la portezuela, apretó el botón de marcha al coche y desapareció por el puente Sully...

"Tan estupefacto y anonadado me levanté, que ni fuerzas tenía para gritar.

"Como hacía mucho frío, y soy muy friolento; y como, sobre todo, temo las fluxiones de pecho y los constipados cerebrales, lo primero que hice fué envolverme en la capa de aquel energúmeno y calarme su sombrero. Luego me dirigí a tropezones hacia la iglesia. Entré y no vi a nadie. No había que perder un minuto para avisar a la policía. Como en mi casa tengo teléfono, corrí hacia ella. Abrí la puerta. Y apenas acababa de entrar, cuando nuevamente me vi atropellado y derribado. Creí que el bandido habría vuelto para rematarme. Así que encomendé mi alma a Dios... Lo demás, ya ustedes lo conocen...

El relojero, con voz sorda, estremecida de dolor, dijo:

—Es muy sensible, señor Lavieuville, lo que le ha pasado a usted, porque lo atropellaron y lo han robado. Quien le hizo esa injuria es un pobre loco, un pariente a quien mi sobrino y yo curamos en casa —añadió, ruborizándose como un niño cuando dice una mentira—. Por desgracia, ha concebido por mi hija, que está prometida con Jaime Cotentin, una pasión que hizo degenerar su enfermedad en furiosa locura...

"Aprovechando un momento en que se descuidó nuestra vigilancia, se nos ha escapado, apoderóse de mi hija y la maltrató bárbaramente... Mi sobrino y yo, al oír los gritos que lanzaba ella, echamos a correr... Pero el loco había atravesado ya el jardín y la tienda, en la que agarró un revólver que yo había dejado allí para reparar... Cuando llegamos a la puerta de la calle, ya estaba lejos... La obscuridad, el viento, la nieve y la tempestad nos separaban... Y desapareció con su presa... Cuando lo vimos a usted con su sombrero y su capa, hacía horas que le buscábamos...

—Ahora lo comprendo todo...

—¿Lo comprende ya, señor Lavieuville?... Comprenda, además, que le hablan un padre y un novio... Sabemos que no nos hemos de dirigir en vano a un corazón tan caritativo como el de usted... Pues bien: es pronto aun para avisar a la policía... ¡Se trata del honor de mi hija!... Un escándalo semejante la pierde y nos pierde... Haremos lo posible para evitarlo... Ese loco no puede haber llegado muy lejos... Aunque se apoderó de su auto, eso servirá para seguirle mejor... Y el hecho de que se haya apoderado de su sobretodo y de su gorro, también nos servirá para seguirle... Por lo visto, con su simplicidad de demente, se cree a cubierto de mis pesquisas...

—Gracias por sus amables palabras, caballeros; pero ¿y mis quince mil francos?...

—Le serán devueltos, señor Lavieuville, junto con su auto, su sobretodo y su gorro... ¡Dénos veinticuatro horas de plazo!...

V

En Pontoise había un figonero que se llamaba Flottard. Pero no era un figonero cualquiera, sino un figonero literario. Estuvo empleado en casa de Salis, cuando el famoso tabernero pasaba por los hermosos días de "El Gato Negro", de la calle de Laval, luego de Víctor Massé.

Fué allí donde se aficionó a las bellas letras y donde comprendió que un hombre inteligente, vendiendo limonadas, puede dar un nuevo valor a su mercadería si la adorna con un poco de arte.

Sólo se trata de encontrar el género artístico... Flottard tenía un "hilillo de voz". Así que se dedicó al canto. Y como en sus tiempos de servidumbre y de la epopeya de Caran d'Ache le habían inculcado el amor a Napoleón, habíase hecho bonapartista.

La conclusión de todo ello era que, desde dos semanas antes, cuando un turista que estaba al corriente de las cosas de la vida pasaba por Pontoise a la hora del almuerzo, no dejaba de detenerse en el figón de Flottard, que a los postres cantaba gentilmente las canciones de Béranger: *Perezca por fin el gigante de las batallas, decían los reyes. ¡Acudid todos, pueblos!*, o aquella otra de: *Jóvenes soldados, para vosotros yo era como un padre* (bis). *No lloréis al paso, conscriptos. No lloréis, sino marchad al paso, al paso, al paso.* Y cuando un cliente hallaba la cuenta un poco exagerada, si oía al dueño del establecimiento cantando aquellas jugosas canciones, no tenía inconveniente en pagar.

A la bajada de Pontoise, Flottard había abierto un figón. Para que todo no fuera dedicado con exclusivismo a la mayor gloria de Napoleón, el local, con su gran chimenea, en que daban vueltas los asados, tenía mucha talla de madera, que le daba un aspecto medieval no carente de nobleza.

Sobre la chimenea veíase un busto en yeso de Napoleón. Las paredes estaban llenas de litografías que representaban la víspera de la batalla de Austerlitz, la rendición de Ulm, la muerte de Poniatowski, el martirio de Santa Elena y la apoteósis de los bravos veteranos... Como no había podido conseguir un busto de Béranger, había comprado un extraordinario yeso que representaba a un viejo druida de barba fluvial que tocaba el arpa. En el zócalo, con el cuchillo de cortar el pescuezo a los pollos, había grabado esta palabra: "Béranger"... Y lo colocó en un lugar donde se le viera bien, a la entrada de los cenadores...

Aquella mañana, aquel pobre Béranger estaba muy abandonado. Mientras se fundía el hielo de que la noche lo había recubierto, Flottard, bien caliente junto al hogar que ya llameaba, hacía admirar a su esposa un cuchillo de cocina nuevo, amplio en la base y fino como un alfiler en la

punta, con buen mango y bien afilado, delgado y fuerte a la vez; en una palabra, una obra maestra. A lo mejor le había valido una medalla de oro al parroquiano que, en puro concepto de estómago agradecido, se lo había remitido en paquete certificado desde Chatellerault.

—¡Y pensar — exclamó el figonero — que aun hay quien está entusiasmado con la cuchillería inglesa!...

—Me parece mal — repuso la buena mujer, que tejía detrás del mostrador, con el pecho y la espalda bien abrigados por una toquilla de lana.

—¿Qué es lo que te parece mal?

La mujer de Flottard era sumisa y humilde; nunca alzaba la voz delante de su esposo; siempre opinaba lo mismo que él; sólo le hablaba con respeto y temor, lo cual era desesperante para un hombre que, como él, le gustaba la discusión. Aquel estado de latente antagonismo que no tenía la ocasión de manifestarse — ocasión que Flottard acogería muy satisfecho, porque le daría oportunidad para manifestar todo lo que almacenaba —, originóse muchos años atrás en cierta indiferencia apática que la mujer de Flottard manifestaba al oír hablarle.

No es que Flottard se desviviera buscando cumplimientos; pero le gustaban. Y justamente su mujer era la única que no se había extasiado ante su "hilillo de voz"...

Un día terminó por decirle:

—¿Te parece que canto mal?

La señora Flottard protestó levemente, suavemente. Si pensaba así, hizo bien en no expresarlo. Y, como es natural, en aquel momento en que Flottard contemplaba aquella hermosa muestra de la industria de Châtellerault, mientras canturreaba en sordina una de las canciones de su repertorio, no iba su esposa a cometer la imprudencia de decirle que la musa de Béranger le daba náuseas después de haber estado oyéndola desde hacía quince años...

Además, la buena mujer obraba bien tomando precauciones, porque su esposo nunca había estado de tan mal humor, seguramente debido a que durante dos días no viera ni un cliente.

—¡Vaya un tiempo infernal! — exclamó. Y se puso a canturrear: — *¿De dónde salís, hombres negros?... ¡Oh, Francia, reina del mundo, patria mía!... Yergue ya tu frente cicatrizada...*

Y no es que no pasaran autos. Es que no se detenían... allí. En cambio, detendríanse en otra parte. El verano anterior se había establecido un competidor un poco más lejos, en el campo, a la margen del río...

—En casa de mi rival — refunfuñaba sordamente Flottard — no se canta: se baila... Hay un aparato de música que toca tangos y *shimmyes*... Dicen que es el progreso... ¡Vaya un progreso!... *¡Oh, sociedad, sombrío y viejo edificio!...*

Un automóvil se detuvo... No era, ciertamente, un coche de lujo... Era de conducción interior... Flottard, detrás de las cortinas, acechaba al ocupante como un bandido calabrés acecha al viajero desde detrás de las rocas...

Abrióse la portezuela. ¿Quién era aquél?...

Y en el breve, brevísimo espacio de tiempo en que estuvo abierta la portezuela del coche, el figonero vió..., o creyó ver..., un cuerpo femenino tendido, una cabellera suelta, una cara de muerta, sangre... Pero la portezuela, cuya cortinilla estaba corrida, chasqueó seguidamente. El que descendió del automóvil era un tipo de cara inmóvil, de ojos muy raros, abrigado con una vieja prenda que tenía el cuello de dudoso astracán y que llevaba la cabeza resguardada por un gorro de nutria falsificada, estropeada y calamitosa.

¡Vaya un cliente!...

Flottard no sabía si atrancar la puerta o abrirla.

Pero el otro penetró en la casa con una decisión turbadora y presentóle a Flottard un papelito que ya llevaba preparado en la mano y en el que éste leyó:

"¿Tiene usted una manta de viaje?"

El intérprete de Béranger, con un humor de mil diablos, repuso:

—¿Ha tomado usted mi casa por un bazar?

El cliente, como si no existiera el figonero, dirigióse a su mujer. Flottard, aprovechándose de que la puerta estaba abierta, y preocupado por lo que había entrevisto, se acercó hasta el automóvil, abrió rápidamente la portezuela y volvió apresuradamente al figón en el preciso momento en que su esposa lanzaba un grito de espanto. El viajero, con un ademán brutal, quería despojar a la figonera de la toquilla de lana que envolvía su cuerpo, tan sensible al frío. Y con la mano que el ademán le dejaba libre, apuntaba con un revólver.

Aquello no podía sufrirlo un figonero que precisamente disponía de un cuchillo de Châtellerault que estaba sin estrenar. Claro está que Flottard no pensaba estrenarlo en un huésped que no fuera de los plumados que tenía en el corral ; pero no siempre puede uno elegir las ocasiones. Y también está claro que aun cuando la esposa de Flottard no apreciara en su justo punto el valor que como cantante tenía su marido, no era una razón bastante fuerte para que éste dejara que la asesinasen a su vista y sin protesta de ninguna clase. Así que, sin titubear, clavó el cuchillo hasta el mango en la espalda del temible y enigmático personaje que paseaba en su coche a una joven medio muerta y que confundía un figón literario con un bazar de novedades...

Dijimos que le hundió el cuchillo hasta el mango. Y hay que agregar que penetró con la misma facilidad que si penetrara en una masa de manteca.

Entró, sí, hasta el mango. Conviene repetirlo, no por ello en sí, sino porque se dió el caso extraordinario, inaudito, desconcertante, fabuloso, extravagante, fenomenal, sin igual, de que *el interesado no pareció percatarse*...

Ni tan siquiera se dió vuelta. Luego de haberse apropiado la toquilla, y no queriendo pasar seguramente por un vulgar ladrón, le entregó un billete de mil francos. ¡Y esperó *tranquilamente* el vuelto!...

Como la esposa de Flottard, dado su espanto, no se tomaba prisa para cambiarle el billete, y como él, por lo visto, tenía apuro de marcharse, volvió a meterse el billete en la cartera, atravesó el local, pasando por delante de Flottard, que estaba petrificado, y ascendió al automóvil, *¡siempre con el cuchillo en la espalda!*...

VI

¡El figonero, por algún tiempo dejó de entonar las canciones de Béranger!... ¡Pobre Flottard!... ¡Ya no cantaba *que el amor, la amistad y el vino dispensan de toda etiqueta!*... No pensaba más que en su cuchillo... ¿Y la esposa de Flottard?... No faltaría quien dijese que de buenas se había escapado tratándose de semejante energúmeno... A lo que no se podía escapar era a la visión de aquel hombre que paseaba tranquilamente con un cuchillo en la espalda... ¡Era una obsesionante visión!...

—Cuando le heriste —suspiró la esposa de Flottard—, creí que iba a caer fulminado.

El figonero no dijo nada, porque el fulminado era él. Si en medio de una tempestad, el fuego del cielo lo hubiera visitado de pronto, no lo habría inmovilizado más junto a la pared, que le impedía caer, de lo que la sorpresa de lo ocurrido le petrificó en una mueca que daría risa a la figonera si no le diera ganas de llorar.

Por cierto que ésta tuvo aún fuerzas para murmurar confusamente varias cosas, pues lo que en ella dominaba era la sensación de haber sido librada de un gran peligro por la heroica intervención de su esposo; si el bandido no había muerto, acaso se debiera a que la mano de Flottard había temblado en el instante supremo, o a alguna cosa parecida, como que el cuchillo hubiese penetrado de través y se hubiera envainado en el sobretodo, cuyo espesor hubiera amortiguado el choque de tal modo que el ladrón no se habría dado cuenta. La esposa de Flottard podía, pues, pensar cualquier cosa, menos la verdad. Pero el protagonista estaba enterado. Sabía que su cuchillo había penetrado hasta el mango en el hombre como si éste fuera de manteca, y sabía también que el acuchillado se había preocupado menos que si le hubiese picado un mosquito.

En esto entró el hortelano Durantin, que seguía de cerca al joven Gustavo, empleado de un curial, que iba a tomar el aperitivo en casa de Flottard, donde había citado a su amigo Elías, mancebo de la botica de Arago, y que no tardó en llegar. También llegó el alegre Canard, electricista, vidriero, pulimentador de suelos, pintor de muestras; hombre, en una palabra, que todo lo hacía, aunque, a decir verdad, no hacía nada y pasaba el tiempo gastando bromas y aceptando convites para beber. ¡Ya puede imaginarse el asombro que un hombre como él podía experimentar al oír la historia del cuchillo completamente nuevo de Châtellerault que un viajero se acababa de llevar cla-

vado en la espalda hasta el mango!...

Los que primero llegaron asustáronse mucho al ver el estado en que se hallaba el matrimonio Flottard. Y lo poco que alcanzaron a comprender de las escasas palabras arrancadas a su emoción había aumentado en ellos el convencimiento de que tanto el figonero como su esposa acababan de escapar a una espantosa desgracia. Cuando, acuciado por Canard, que era muy curioso y entrometido, Flottard, recuperando por fin su respiración y el curso de sus ideas, dió algún detalle de la increíble aventura, el hombre-enciclopedia se permitió, aunque parezca mentira, ingerir un vaso de buen vino...

A partir de ahí, y aunque el matrimonio siguiera con cara cadavérica, comenzó Canard a gastar bromas en las que le acompañaron Gustavo, Elías y los tres criados, que habían acudido al oír las carcajadas, y que en seguida hicieron coro al bromista.

En cuanto al hortelano Durantin, que todo lo tomaba en serio, ya había salido y esparcía en Pontoise el rumor de que intentaran asesinar al matrimonio Flottard, "que se encontraba en una desesperada situación".

Un cuarto de hora después ya había doscientas personas ante la puerta del figón.

En aquel momento, un automóvil que llegaba de París a toda marcha, frenó en seco ante aquel hacinamiento tumultuoso. De él bajaron dos hombres, que pidieron explicaciones. Los dos hombres eran el relojero Norbert y Jaime Cotentin...

Habíamos dejado a éstos con Lavieuville. Merced a ciertos informes que el honorable mayordomo les comunicara, y sabiendo que Gabriel había enfilado hacia el puente Sully el pequeño automóvil de conducción interior, habíanse encaminado rápidamente hacia allá, subieron por la orilla izquierda y comprobaron que el perseguido se había detenido en la esquina de la calle del Cardenal Lemoine y del bulevar Saint-Germain, ante un garage que acababa de abrir sus puertas y donde había preguntado, *por escrito*, si podían venderle o mostrarle un mapa de carreteras de Seine-et-Oise.

—Era mudo, ¿verdad?... Parecía tener mucho apuro... ¡Vaya tipo raro!... El gorro que llevaba sólo dejaba ver la punta de su nariz... Si he de ser franco, parecía que quisiera ocultarse... De vez en cuando volvía la cabeza... Por fin vió ese mapa en la pared... Se acercó y lo miró unos momentos... Su dedo siguió la carretera de Conflans, Pontoise y l'Isle-Adam... ¡Y salió sin dar ni un centavo de propina!...

Norbert y Jaime, que pensaban tomar un automóvil en aquel garage, al ver que perderían aún un cuarto de hora, pararon un taxímetro que pasaba, prometieron al chofer una buena propina y salieron de París por Asnières... En Argenteuil volvieron a encontrar huellas de Gabriel y de su *auto*, así como en Conflans... Luego, entre Conflans y Pontoise, perdieron el rastro... Por lo visto, Gabriel había dejado la carretera principal. Registrando los alrededores perdieron un tiempo precioso: más de dos horas. Por fin, cuando desesperaban de todo, volvieron a encontrar la pista y hasta adquirieron la certeza de que lo seguían de cerca, pues, por lo visto, habría sufrido avería en pleno campo... Y se encontraron en la carretera de Pontoise, que Gabriel había tomado unos veinte minutos antes que ellos...

Al bajar de Pontoise vieron la aglomeración citada y descendieron del coche con el presentimiento de que iban a oír hablar de Gabriel...

Pocos minutos pasaron sin enterarse de que el perseguido se había detenido allí. La historia del atentado, y, sobre todo, del cuchillo hundido en la espalda del hombre, que no parecía darse cuenta, acabó de confirmarles en su creencia.

—¡Es él! —exclamó Jaime al oído del viejo Norbert—. Como hace tan mal tiempo, Cristina tendrá frío y él no se atreverá a sacarse el sobretodo para no llamar la atención con su traje. De ahí que quisiera robar la toquilla. ¡Pobre Cristina! ¡Soy un miserable!...

—¡Sí! —asintió con tristeza el viejo Norbert—. ¡En marcha!...

Subieron al taxi mientras en torno al suceso continuaban las discusiones, que unos tomaban por lo trágico y otros como tema de risa. Cuando reanudaban la marcha, oyeron que Canard, en su tono jocoso, gritaba al figonero:

—¡Flottard, otra vez que hagas eso, *arranca el cuchillo cuando lo claves!*... Además, ¿no ves que tu cliente tendrá dificultades para sacarse el abrigo?...

Norbert y Jaime esperaban dar con Gabriel entre Pontoise y L'Isle-Adam. Pero el pequeño automóvil no fué visto por allí. Así que tuvieron que dar media vuelta y tomar el camino a lo largo del río Viosne. Tampoco por allí encontraron rastro alguno. Ni por allí ni por ninguna parte.

No vamos a detallar la serie de inútiles búsquedas a que se entregaron en días sucesivos, ni el lamentable estado de espíritu en que se hallaban. Esto lo veremos pronto.

Acababan de entrar, vencidos por la desesperación, en la tienda de la calle del Santísimo Sacramento, cuando los diarie-

ros comenzaron a correr voceando:

—¡*Continúan los crímenes de Corbillères! ¡Dos nuevas víctimas!*

—¡El es! —exclamó el relojero—. ¡Ha regresado a Corbillères!...

VII

He aquí un extracto de lo que decían los diarios.

Hacía días que venían sucediendo en Corbillères, y también en las oficinas de la Seguridad, hechos que en lo posible se había procurado tener ocultos, porque tenían la gravedad excepcional de hacer retoñar un asunto que se creía enterrado cuando se enterró al culpable...

Una criada joven que había llegado recientemente a la posada de "El Arbol Verde" había desaparecido una noche y fuera hallada otra noche en el lodo de un pantano de Corbillères, estrangulada como lo había sido Violette y teniendo aún en el cuello un lazo corredizo con el que se había hecho pasar a la pobre chica (Mariette tenía dieciocho años) de la vida a la muerte...

Las huellas de un lazo como aquél no habían podido ser encontradas en los restos de la pequeña Annie, que ya estaban consumidos cuando se hizo el primer descubrimiento de la tragedia de Corbillères. Pero dos días después de la desaparición de la desventurada Mariette, una viuda joven que, muerto su marido, vivía sola en una casita de los alrededores fué hallada en la bodega, estrangulada de idéntica manera...

Como es de imaginar, semejantes sucesos produjeron una profunda emoción entre la policía y en los tribunales. Eran hechos que demostraban nada menos que la inocencia de un hombre al que se acababa de guillotinar. Las primeras diligencias realizáronse con el mayor misterio; pero el secreto con que se quería rodearlas no resistió a las murmuraciones, cada vez mayores, y, sobre todo, a la ola de terror que de nuevo sumergió a toda la comarca... Hacía cuarenta y ocho horas que los periodistas habían intervenido en el asunto. Mientras unos recorrían aquellos parajes, otros asediaban las oficinas policíacas. Y la terrible noticia —terrible para la justicia— reventaba como una bomba: *¡Benito Masson era inocente!*...

¡Qué malos días iban a pasar la justicia y la policía!... Un redactor de *La Epoca* consiguió entrevistar al presidente del tribunal, quien no pudo substraerse a las preguntas apremiantes que, por boca del periodista, le hacía la opinión pública. Y salió del apuro con el argumento que le había facilitado uno de los policías.

Era innegable que después de la ejecución de Benito Masson habríanse cometido crímenes que recordaban singularmente la extraña muerte de Violette; pero, aun admitiendo qué Benito Masson fuese inocente de este crimen concreto, no por ello dejaba de ser menos culpable del asesinato de Annie, en la que no habían sido halladas las huellas "de la clase de asesinato" que se encontró en las otras víctimas. A ello replicó el periodista que el hecho de que no hubieran hallado huellas en Annie no demostraba nada. Y el presidente del tribunal repuso que el testimonio de Cristina Norbert no dejaba nada que desear para establecer de modo categórico la culpabilidad de Benito Masson...

La opinión pública, que siempre y por principio es simplista, no pensó lo mismo. Su opinión resumíase diciendo que habían guillotinado a Benito Masson por crímenes que continuaban, y agregando que el reo había gritado que era inocente hasta cuando tenía cerca la cuchilla.

Las cosas estaban así cuando llegaron a "El Arbol Verde" el viejo Norbert y Jaime Cotentin. No conocían la comarca. Y en la comarca no se les conocía. La señora Muche les acogió sonriente. Ya sabemos que la señora Muche estaba de un humor feliz desde que perdió a su marido. Y en los últimos acontecimientos no había nada, ciertamente, para trocar aquel buen humor en tristeza. Claro está que en su buen corazón había de dolerle el fin prematuro de la criada; pero estaba sirviéndole muy poco tiempo para que le profesase una verdadera amistad. Y como después de aquella muerte misteriosa el mesón estaba siempre lleno, la señora Muche olvidó la parte lamentable del asunto para fijarse tan sólo en las ventajas...

Para "El Arbol Verde", el invierno era una estación en que no se hacía nada o casi nada. Y he aquí que a la sazón la señora Muche veía que el negocio florecía como nunca. Los policías, los curiales, los periodistas, eran clientes habituales y le hacían una propaganda que atraía allí a toda la comarca. Los domingos llegaba gente hasta de París. Por la noche vaciábase el mesón porque cada cual regresaba a su casa y los periodistas a sus respectivas redacciones.

De noche llegaron el relojero y su sobrino. Pidieron de cenar y habitaciones.

Antes de llegar a "El Arbol Verde" pasaron por Corbillères, donde se apearon del tren. Allí, discretamente, hicieron preguntas habilidosas, pero ninguna de las repuestas podía inducirles a creer que Gabriel hubiese estado allí. Desconocían el sobretodo de cuello de astracán y el gorro de nutria falsificada. Se lanzaron, pues, por la soledad pantanosa. Y así llegaron a orillas de la laguna de aguas negras. Sabían que el abandonado pabellón que erguía ante ellos su sombra lúgubre era la siniestra mansión de que tanto se había hablado. Por lo cerrado, parecía una tumba. Madera, ladrillo y cristal bajo un denso velo invernal: aquello escalofriaba. Lo rodearon, presas de los más sombríos pensamientos... ¡Allí había lanzado Cristina el primer grito de angustia! ¿Dónde estaría a estas horas?...

Si el otro había sido de veras inocente, aun cabía esperar. Esperaron. Hasta entonces, nada les demostraba *que hubiera vuelto* al horrible país donde *seguían los crímenes*.

A través de bosques remontaron la colina, y luego bajaron al valle de las Dos Palomas, sabiendo que allí hallarían el mesón de "El Arbol Verde" y a la señora Muche, que también había intervenido en el proceso.

Y ahora estaban frente a la cena, en la planta baja, haciendo charlar a la mesonera, cosa nada difícil. Después de lo sucedido últimamente, la señora Muche era mujer importante. Los diarios habían publicado su fotografía. Ello no le daba una alegría especial; pero estaba contenta de sí misma y de todo el mundo y llena de obsequiosidad hacia los clientes.

Tampoco ella había visto a nadie parecido a la persona que aquellos señores le describían. ¿Cómo no había de notarlo? Las señas que le daban eran muy llamativas, para que no reparase en él...

Y les dejó con estas palabras:

—¡Perdonen, pero me llaman del reservado!... ¡Son tan exigentes!... Les advierto que se trata de gentes importantes, *lores* y *sirs*, ingleses amigos de la Dourga, que no pueden aguantar la cocina de "Las Dos Palomas"... *Según parece, ¡allí sólo les dan a comer arroz!*...

Cuando les dejó, el relojero lanzó un suspiro. ¡No, no le había visto nadie!... ¡Oh, si no fuera él!...

—¡De no tener esa esperanza —suspiró también Jaime Cotentin—, hace tiempo que *me hubiera hecho justicia!*... La única razón de mi conducta radica en que siempre creí inocente a Benito Masson... *Si hubiera podido probar él mismo su inocencia*... DESPUES DE SU MUERTE...

—¡Calla!... Calla!... ¡Comprendo lo que quieres decir!... ¿Y Cristina?... *¿Qué hemos hecho, Jaime, qué hemos hecho?*...

Y el viejo relojero rompió a llorar.

—¡Estamos malditos, Jaime!... ¡Al hombre no se le permite resucitar lo que ha muerto!...

—Entonces, tío, debemos caminar como los animales, con los ojos eternamen-

to puestos en la tierra... Pero desde el momento en que una frente se ha vuelto hacia el cielo, hacia la luz, hacia la vida, estimo que no hay derecho a retornar al fango... ¡Siempre hacia lo alto, criatura, siempre hacia tu creador!... Todas las religiones nos predican la perfección. Y por la ciencia, *ese esfuerzo hacia Dios,* la alcanzaremos... El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, mito eterno que llamamos la Santísima Trinidad, constituyen la verdad fulgurante y deslumbrante para quien no vuelve la cabeza, constituyen todo el panteísmo... El creador, la criatura y el hálito que les une forman un algo inseparable... ¡Pasamos el tiempo recibiendo la vida y dándola!... Unos la transmiten por la carne; ¡nosotros la dimos por el espíritu!... *¡No, Gabriel no es un sacrílego!...*

—¡Quizá sea un crimen, en cuyo caso no resulta menos merecedor de la hoguera! —exclamó el relojero limpiándose las lágrimas—. ¡Todas tus filosofías no nos devolverán a Cristina!

—¡Nos la devolverá, ya que es inocente!...

En aquel momento prodújose gran ruido en la escalera. Bajaban los clientes ingleses interpelándose con la mayor alegría, soltando risas forzadas, bromas y roncas exclamaciones en una lengua que ni el relojero ni Jaime comprendían... Desembocaron y atravesaron la planta baja, los ojos brillantes, la cara tostada por el alcohol, fumando enormes cigarros y tiesos como husos, sin doblar las rodillas, al caminar, en un equilibrio correctísimo y que demuestra en quienes lo mantienen el convencimiento de que cualquier choque, cualquier gesto, podría desequilibrarlos...

La señora Muche, a la que acababan de abonar la cuenta, los seguía dándoles repetidas gracias y con una admiración sin límites...

—¡Mentira parece que puedan resistir tanto! —exclamó cuando desaparecieron—. Me parece que no profesan la ley seca... ¡No dejaron ni una gota!... Pero la verdad es que pagan excelentemente... Y pueden hacerlo así, porque todos parecen millonarios... Son *lords* y *sirs,* como ya he dicho... ¡Hasta hay uno que, por lo visto, fué rey de la India!... El más chocante es lord Blackfield... Creo que fué embajador en Persia... Pero ¡qué manera de beber todos!... *Son bien distintos del huésped que no bebía nada...* ¿Por qué querría que lo sirviesen en el reservado?...

—¿A quién se refiere usted? —inquirió inmediatamente Jaime Cotentin cambiando una mirada, ya llena de ansiedad, con el relojero.

—A un caballero que hace cinco días se hospedó aquí... Al principio estaba mudo...

—¡Oh! —exclamaron al unísono los dos viajeros.

—Era una persona digna de lástima... Fijándose bien, se advertía en él una serie de *tics...* Caminaba como si bailase... *Siempre parecía a punto de volar...* No era antipático, sino más bien gracioso... Parecía tener la ligereza de un pájaro... Creo que se trataba de algún enfermo... ¡Hay muchas personas que tienen dificultades para mover la pierna!... Pero él parecía, por el contrario, pronto a reprimir sus movimientos como si temiera no poder detenerse... Seguramente era un mutilado de la guerra a quien reformaron parcialmente... ¿Sería efecto de los gases? ¿Sería efecto de alguna explosión?... Lo que parecía evidente era que no podía hablar por faltarle la barbilla...

—¿Le faltaba la barbilla? —balbuceó Jaime.

—Llevaba una postiza... Y no estaba mal, aunque la parte baja de la cara apenas se movía... Lo que tenía magníficos eran los ojos, tan dulces y tan tristes... Mirándolos había que llorar... o enamorarse... Era muy bello, a pesar de su aspecto miserable...

—¿Miserable? —mascullo el relojero.

—Miserable, lastimoso... Cuando uno no tiene la cara completa, siempre da pena, aunque se la hayan arreglado muy bien. ¡Tiene una cara de estatua!... Pero estar mudo ¡no es nada agradable!... Se hacía entender por señas o por breves frases escritas en un papelito... Pero no es que le faltase dinero, ¿eh?... ¡Comía bien, comía bien!... Beber, eso sí, no bebía... Es más: aunque decía que le gustaba el agua, siempre tenía la botella llena... Solicitó que lo sirviesen en el reservado, cosa que yo atribuí al deseo de que no lo vieran comer con la barbilla artificial... Por cierto que tenía un apetito descomunal... ¡No despreciaba nada!... ¡Hasta los huesos de pollo se comía!... Ni más ni menos que si comiese con una mandíbula de hierro... A no ser que guardara los huesos para algún perro...

—¿Vino aquí solo?...

—Completamente.

—¿Dormía aquí?

—No... Con seguridad que tenía alquilado algo junto al río, al otro lado de "Las Dos Palomas". Me parece que vivirá solo como un hongo, asqueado de hallarse así en plena juventud... La última vez que lo vi no parecía muy contento... ¿Qué le habría ocurrido?... Sus ojos, antes tan agradables, se habían vuelto muy antipáticos... Se le oía caminar por el reservado dando golpes a la pared... ¡Hasta rompió la botella!... Entonces entré y le pregunté qué le pasaba, pues aunque estaba mudo, no estaba sordo...

"No me contestó... Limitóse a mirarme... Sus ojos eran otra vez tristes y dulces; creí que iba a llorar... Luego de pagarme, se fué... Ya no lo volví a ver... Era el día antes de descubrirse el cadáver de la pobre Mariette...

"Se lo dije a la policía cuando vino. Les di cuantos informes pude sobre él, así como sobre todos cuantos pasaron por aquí en las últimas semanas... La policía lo buscó, pero no lo ha encontrado, por lo visto, ya que no me enteré... Habrá huído. ¡Un hombre como él no puede hallarse bien en ninguna parte!...

—¿Cómo iba vestido? —preguntó Jaime con voz atenuada.

—Como todo el mundo. De americana y sobretodo, que, por cierto, no le sentaban del todo bien. Le sobraban por la espalda. Pero, al parecer, aquello, como todo lo demás, le importaba muy poco...

Minutos después, el relojero y su sobrino estaban en la carretera.

—¡Es él! —gimió Norbert apoyándose en Jaime—. Como un asesino, como lo que es, volvió al escenario de sus crímenes. Y Cristina no le acompaña.

—¡Cristina vive! —murmuró Jaime.

—¿Qué sabes tú?

—Sólo venía a esa posada a buscar la comida para ella, *ya que la comida desaparecía...* ¿Qué iba a hacer, si no, con esos alimentos?...

—Tienes razón —mascullo el relojero—. Pero, ¿dónde tendría a Cristina?

—Quizá en el mismo lugar que ahora...

El viejo Norbert comprendió aquellas palabras. Y los dos penetraron de nuevo en el bosque y atravesaron la colina a cuyas faldas erguíase el fúnebre pabellón, cerrado como una tumba, a orillas del ya célebre estanque. Era la guarida que los más curiosos no se atrevían a mirar sino de lejos; era la guarida donde el sátiro de Corbillères-les-Eaux quemaba a sus víctimas después de haberlas descuartizado en la bodega. Los dos hombres apresuraban el paso con una suprema esperanza y con un terror supremo...

VIII

Saltaron la pared que cerraba por detrás el pequeño cercado invadido de maraña, y que no era más que un caos desde que la justicia había pasado por allí excavando y revolviéndolo todo para encontrar lo que pudiese quedar de las víctimas del encuadernador Benito Masson...

Una pálida luna acompañaba la lúgubre marcha con una mirada amiga.

El viejo Norbert estuvo a punto de quebrarse una pierna al dejarse caer. Junto al cobertizo que podría servir de cochera y de otras muchas cosas, Jaime cayó en un hoyo donde se hizo jirones la ropa, y del que a duras penas salió. La siniestra mansión parecía defenderse del asalto que iba a perturbar la paz miserable que allí reinaba desde que los representantes de la justicia salieron de ella, sellando las puertas.

Pero a ellos nada les detenía. Como la puerta se les resistiera, violentaron con una azada una ventana, rompieron los cristales y se introdujeron por allí.

Jaime prendió su encendedor y vió sobre una mesa una bujía medio gastada, que encendió...

Hallábanse en la famosa cocina, frente al célebre hornillo que varias semanas después había de alcanzar un precio exorbitante en subasta pública.

En aquella mansión horrible no había nadie; pero por ciertos indicios dedujeron *que había sido habitada poco tiempo antes...*

¿Dónde mejor que allí para ocultar la última presa?... Allí *estaría* bien seguro de no ser molestado... Tal habría sido *el primer pensamiento de su cerebro* al salir del coma mortal en que la acción del verdugo lo había sumido...

Cuando uno se despierta, suele hallarse con el pensamiento que tenía cuando se cerraron los párpados... ¡Oh, Corbillères, adonde Cristina había acudido tan imprudentemente a eclarse, en cierta manera, en sus brazos!... Y al abrir los ojos otra vez habíase encontrado frente a Cristina... Seguidamente la trajo aquí, quizá para concluir la obra funesta para la que le había faltado tiempo... El viejo Nor-

bert —a pesar de las palabras de Jaime Cotentin, que trataban de ser tranquilizadoras, pero en las que tal vez ni él mismo creía— pensaba con horror que tal sería la idea fija de *su* Gabriel, idea que, por lo demás, había seguido con una astucia revelada en todo...

Aquella huída en dirección opuesta al lugar que quería alcanzar, con objeto de despistar toda persecución, a partir de Pontoise, desde donde habría vuelto bruscamente a París por Pierrelaye, cuando lo buscaban por L'Isle-Adam o por Chars... ¡Aquella huída era una obra maestra!... Fuera concebida con una lucidez que podría llenar de orgullo al prosector *por su obra*, pero que hacía latir el corazón del viejo relojero, donde había espanto y trágico resentimiento hacia el sobrino...

¿Podían dudar aún?... El silencio y abandono de aquella casa *tras el paso de Gabriel*, del que encontraron numerosas huellas, ¿no testimoniaban que ¡ay! llegaban demasiado tarde?

El viejo Norbert comenzaba a tropezar contra las paredes como un borracho. Y en vano le gritaba Jaime:

—¡Nada demuestra que la haya traído aquí!... ¡Nada prueba que no haya podido escapar antes!

Pronto recibieron la más funesta impresión. Al penetrar ya en el primer piso, en la habitación que daba al cercado, halláronse con un desorden indescriptible. ¡Todo estaba trastornado por una lucha que debió ser atroz! Los muebles estaban por tierra y, junto a la cama, cuya ropa había sido arrancada, frente al espejo roto en mil pedazos, hallaron ropa de Cristina, una bata de invierno que la joven vestía cuando el monstruo se la llevó tan brutal y ferozmente de L'Ile-Saint-Louis... Y aquella prenda no era más que un guiñapo ensangrentado...

El viejo Norbert la asió con un grito desesperado, y luego, vuelto hacia su cómplice, hacia su Jaime, le fulminó una maldición. Después, bajando como un loco la escalera, atravesando velozmente y a tropezones aquella maldita casa, sumióse en la obscuridad...

Arriba seguía Jaime sus investigaciones. De una tabla derribada habíase salido un cajón. Y cerca del cajón había unos papeles, que recogió: ¡estaban escritos por Cristina!...

IX

Eran papeles arrugados, sucios, rotos, en los que Cristina había escrito con lápiz notas apresuradas cuando disponía de unos momentos de soledad... Ya puede suponerse la febril avidez con que el prosector recogió aquellos documentos. Los ordenó según la fecha, que a veces era la simple indicación del día de la semana y de las horas. Jaime leyó ansiosamente:

Cuando me desperté en este cuarto desconocido estaba junto a mí. Me vigilaba con feroz hostilidad.

Sus miradas me helaban de espanto. ¡Oh, Jaime, Jaime! Si lees estas líneas, sabrás que te perdono. ¡Soy tan culpable como tú! Y papá también es culpable.

¡Ay, creo que yo lo voy a pagar por todos!... ¡Porque él no nos perdona!...

Piensa que yo contribuí en gran parte a llevarlo adonde tú sabes, ante la puerta del cementerio de Melun... ¡donde no lo dejaste entrar completo!...

Tras el terrible castigo, ¡tenía derecho al eterno descanso! Y nosotros, ¡horror!, lo arrancamos a la gran paz de la tierra...

...para hacer de él ¡un sujeto de viva experiencia!

¡Esto es un crimen, Jaime!... Tu crimen, y también el nuestro... Se nos castigará, y no pasará mucho tiempo...

El, que me adoraba, ahora no tiene en sus ojos más que odio hacia mí. Y también el designio de arrastrarme con él a una catástrofe de la que no volveré, de la que no se le hará volver.

Sus ojos me abrasan; su cara, inmóvil, que he labrado con mis propias manos, para que sea más bello, me espanta como me espantaría una figura infernal que, esculpida en el mármol funerario, irguiera de repente los párpados para mirarme fijamente.

Sus hermosas cejas son dos terribles arcos, cuyas flechas hacen llorar mi corazón.

¡No tengo fuerzas para reaccionar!... No sé qué fatal languidez corre por mis venas... Y me dejo caer en la sima de mi destino como en el hueco de un abismo interminable... ¡Qué cosa más terrible y más dulce!... Me siento agotada, como aquella pobre Bessie a la que le chupaba la vida un monstruo; pero yo no tengo, como ella, fuerzas para pedir socorro...

Jaime, te confío mi último pensamiento: sólo pido morir desde que en la muñeca de mi ensueño pusiste un alma de asesino...

¡Mi muñeca!... ¡Mi muñeca!... ¡En ella había puesto mi aliento, mi razón y mi alma!...

Y tú, Jaime, ¿qué pusiste?

¡Pusiste mi muerte!

¡Qué importa!... Pienso en aquella madre inventada por el poeta, a quien el hijo cortó la cabeza, que se llevó en un canasto. Cayó el hijo y rodó la cabeza, preguntando: "¿Te hiciste daño, hijo mío?"

¡No, no quiero morir!... ¡Estoy en Corbillères!... ¡No quiero que conmigo haga lo que hizo con las demás!...

¡No quiero correr la misma suerte de Annie! ¡Auxilio, auxilio!... ¡También yo pido socorro, Jaime!... Pero, como en el caso de la víctima del último de los Coulteray, ¡llegarás demasiado tarde!... ¡Y sé dónde estará mi tumba!...

Vi lo que Benito hacía con los restos de Annie. ¡Ya sabes dónde has de buscar de mis cenizas!...

¡Qué horror!... ¡Eso es lo que hiciste de mi Gabriel!... ¡No te perdono, no!... ¿Te parecía que le amaba demasiado? ¿Hiciste eso por celos?...

¡Sé feliz!... Fuiste mi verdugo...

* * *

Salió... He intentado huir; pero no se puede salir de este cuarto. Las que pasaron por aquí sabrían algo de esto.

La ventana que da al jardín tiene barrotes, y la puerta es de una solidez a toda prueba.

Sólo debe sacarnos de aquí para llevarnos a la bodega, última etapa antes... ¡antes de lo que vi!... Me estoy volviendo loca. ¡Dios mío, ten compasión de mí!

¿Serán sólo imaginaciones? Cuando, hace poco, se marchó, sus ojos no eran tan odiosos.

Oigo sus pasos en la escalera.

¡Oh, qué miedo me domina!

* * *

Entró. En la mano traía un tazón de caldo caliente. Me lo presentó, suplicándome con los ojos que lo aceptara. Sus ojos eran otra vez dulces y tristes.

Sólo me habla con la mirada. Está mudo; pero podría hacerme señas. Un mudo tiene cien procedimientos para hacerse entender. El se contenta con mirarme. ¿Por qué no me escribe? Ya sabes que tiene "lo necesario para escribir". Se lo pusimos, con sus llaves, en los bolsillos.

Parece al corriente de muchas cosas... Por ejemplo, sabe servirse de las llaves que le pusimos en los bolsillos... Tengo pruebas... Ayer oí el ruido de cierto engranaje, seguido de un terrible retintín de llaves. ¡Temí que entrara!...

Pero por la noche no le vi...

Y esta mañana, ¡sus ojos estaban tristes!...

Frente a un ser como él, jamás se puede tener la seguridad de nada. ¿Sabes en qué pienso cuando me hallo frente a él? En el monje Schwartz, el benedictino que inventó la pólvora y que después de la primera deflagración siempre temía ver la explosión de su mezcla...

Pues bien: ¡yo siempre temo que Gabriel estalle!...

Un suero radioactivo le ha convertido en algo cuyas consecuencias quizá no mediste en todo su alcance...

¡Ello aparte de que en la caja de los sesos pusiste el cerebro del hombre de Corbillères!...

Tú desencadenaste la tempestad de sangre que me arrastra y que hará de mí algo semejante a la pobre Annie.

* * *

Sale... Va a buscar mi alimento... Está triste porque no como, porque como tan poco... A veces, por el intersticio de las persianas, lo veo salir de la casa, lo que generalmente ocurre de cinco a seis, cuando ya es de noche... Sin duda va por provisiones... Yo espero diez minutos y me pongo a gritar como una loca, con la esperanza de que alguien me oiga...

Pero, ¿quién va a oírme?

Cuando anochece, no se atreve nadie a pasar cerca de aquí. ¡El miedo ajeno qué bien nos aísla!...

* * *

...También hoy oí el ruido del engranaje, seguido, como siempre, de la horrible danza de las llaves y del horrendo chasquido de su puerta... *(¿Sabes lo que quiero decir, Jaime?). No ignoro que su mirada ha descendido* al fondo del abismo interior.

Cuando sube, después de haber visto lo que vió por su puerta, siempre temo que llegue mi fin.

Pero quizá también tema él lo mismo, ya que me ha querido como un salvaje. Y no entró... Se ha limitado a dejarme oír la danza de las llaves detrás de la puerta y luego huyó...

* * *

Como te decía, está al corriente de muchas cosas. Por ejemplo, tengo el convencimiento de que en la segunda y suprema experiencia, cuando creíamos que la primera reacción nerviosa no se manifestaría antes de la segunda semana, por lo menos, oía ya...

Hablábamos en torno de él, sin ninguna preocupación porque ninguna señal exterior nos advertía que hubiera comenzado a salir del coma; pero, si bien aun no podía hacer ningún gesto, el cerebro oía... Se conocía ya merced a nuestras imprudentes palabras...

Oía las observaciones cuando tú, como un profesor que realiza una demostración sobre un paciente anestesiado, te inclinabas sobre su abismo interior...

Y como estaba despierto, ¡te oyó cerrar la puerta!

Y oyó mover las llavecitas.

¡Y también supo para qué servían!

* * *

¿A dónde llegará? La situación no pue-

de prolongarse... ¿A qué aspira?... Se pasa el tiempo en el jardín...

Por el intersticio de las persianas lo vi pasar con herramientas, con una azada, con una pala.

Le oigo cavar la tierra.

¡Y tengo un miedo espantoso!

¡No las quema!... El fuego se ve desde lejos... En casa de Benito Mason no puede salir humo por la chimenea...

Por lo tanto cava la tierra...

❦ ❦ ❦

Esa zarabanda de las llaves es realmente infernal... Si yo pudiera dormir, me lo impediría...

Cuando menos lo espero, cuando me amodorro en un sopor animal, viene de súbito a herir mis oídos y a producirme nuevo espanto.

El —desde luego— lo sabe. Y también yo se lo que quiere decir cuando agita sus llaves, cuyo ruido le precede en la escalera como una risa demoníaca...

Sí, sí... Aunque hablé de la zarabanda de las llaves, lo que hay que temer más es su risa, su carcajada...

Substituyen la risa espantosa que no puede tener, pero que con seguridad tendría si pudiese reír luego de haber bajado de un vistazo, de un solo vistazo, al fondo de su abismo interior...

Parece decirme: "Tú también sabes lo que hay en el fondo de este abismo!... Nada ignoras de mi mecanismo..." Y diríase que ríen a carcajadas...

Y se van, bajan, se alejan... Ya no son más que un lamentable tintineo...

❦ ❦ ❦

Sus ojos hoy están más tristes que nunca, sus gestos son lentos y tranquilos, su actitud trasunta un grandísimo abatimiento... Me parece que se mueve muy lentamente... Y espero, espero...

¡Tanto como esperé su primer gesto!... Ahora la única esperanza que tengo es la de que vuelva a su nada, que se aniquile... *¿Recuerdas, Jaime, lo que, según tú decías, temías entonces?...* Temías que la sutura se hiciese con demasiada rapidez...

Y es que, después de las primeras reacciones, entreveías, como consecuencia, una depresión demasiado rápida... ¡Haz, Señor, que no sea esto una ilusión!

Se vuelve lento, ¡se vuelve lento!

❦ ❦ ❦

¡Jaime, Jaime, Jaime!... Se paraba para saltar mejor... La horrible máquina se ha despertado...

Ya no es Gabriel... Ya no es ni tan siquiera Benito... ¡Es un espantoso torbellino!

Hemos desencadenado una fuerza insospechada de la naturaleza...

¡Un ciclón, una tromba!...

¡Me destrozó, me ha desgarrado!...

¡Y va a volver!... ¡No, no quiero que me lleve, no quiero que me baje!... ¡Sé lo que hizo con las otras de abajo, en el matadero!...

Pero no me quedan fuerzas, no me quedan fuerzas...

¡Ya no soy otra cosa que una pura llaga!...

X

La emoción provocada por la "continuación de los crímenes de Corbillères" aumentaba día a día. La opinión pública estaba indignada. Aunque olvidando, naturalmente, que fuera la primera en exigir que se condenara a muerte a Benito Masson, ahora acusaba a la policía, al tribunal y al jurado de que, como siempre, había obrado sin pruebas definitivas.

El pobre encuadernador (así se le ponía ahora en las crónicas) había sido víctima, seguramente, de una espantosa maquinación —no se decía cuál—; pero ya que los crímenes seguían, no podía dudarse de su inocencia.

En la gran prensa, la polémica más encarnizada ponía frente a frente a los más populares *leaders*. La justicia había encontrado defensores. Se publicó una entrevista con el presidente del tribunal. Y armóse gran revuelo en torno a una declaración del procurador de la República.

—El hecho de que en Corbillères prosigan los crímenes —decía el magistrado— no demuestra nada en favor de la inocencia de Benito Masson. Lo único que

demuestra es que Benito Masson ha tenido uno o varios imitadores. No es la primera vez que se manifiesta una *epidemia* de esa clase, en comarcas donde los espíritus han podido encontrarse en cierto modo sugestionados por los acontecimientos...

—Si tuvo imitadores, que los descubran —se replicaba al procurador de la República.

En realidad, los buscaban.

Y además se decía que al jefe de la Seguridad General, señor Bessières, estaban tratando de substituirle. Ya puede suponerse, pues, la acogida que hizo, la mañana en que nos trasladamos a su despacho, al ujier que le anunció la visita de alguien que quería hacerle revelaciones de la más alta importancia sobre los sucesos de Corbillères...

—¡Que pase! —exclamó.

Y al mismo tiempo pulsó un timbre colocado debajo de la mesa.

Mientras entraba el anunciado personaje, un supuesto "secretario" instalábase en una mesita donde había "todo lo necesario para escribir".

Bessières, después de hacer una discreta señal a su empleado, encaróse con el recién venido, que era un viejo.

Estaba muy agitado, congestionado en extremo. Miraba al jefe de la Seguridad General con ojos de extravío. "¿Será un loco?", preguntóse al instante Bessières. Pero el desconocido, a pesar de su agitación, le pareció normal cuando le oyó declarar de corrido:

—Puede usted estar tranquilo, señor jefe, porque la justicia no ha condenado a un inocente. Hay una razón para que prosigan los crímenes de Corbillères. Y esa razón, quizá sea yo solo el que la conoce...

—Pues dígamela, señor mío. Haga el favor de sentarse...

—No puedo estar sentado. ¡Si usted supiera, señor jefe, la noche que pasé!...

—Ya me lo contará luego; ahora...

—Se lo diré todo, toda la verdad. Es preciso que usted sepa, que todos sepan...

—Lo que se necesita saber es la razón de que prosigan los crímenes de Corbillères —comentó Bessières, temiendo que aquel hombre excitado se perdiese en consideraciones personales o ajenas al asunto.

El anciano inclinóse sobre Bessières o, mejor dicho, proyectó sobre él una cabeza en que fulguraba la prodigiosa emoción de su alma en desorden, y dijo:

—¡Los crímenes de Corbillères prosiguen *porque Benito Masson no ha muerto!*

Se dice que el mundo es un teatro, la vida una comedia y a menudo un drama, y los hombres, cómicos, más o menos hábiles, silbados o aplaudidos, pero siempre ardiendo en el deseo de atraer hacia sí la atención de sus contemporáneos. La influencia que ciertos asuntos judiciales pueden ejercer sobre espíritus que siempre pasaron por bien "equilibrados" es incalculable. La casualidad los ha relacionado con "el asunto". Quieren brillar en primera fila. Y ¿qué no inventarán para acrecentar la importancia de sus papeles, para dar más relieve a sus testimonios?... Bessières era muy veterano en su oficio para no tener prevenciones. De todos modos, aunque estuviese habituado a no asombrarse de nada, no esperaba aquel golpe...

¡Vaya una explicación! Los crímenes de Corbillères proseguían porque Benito Masson no había muerto...

Entonces repuso el anciano:

—Eso, ¿lo ha descubierto usted?

El otro, que cada vez parecía más excitado, replicó:

—Inmediatamente voy a decirle todo cuanto sé...

Bessières, sonriendo sarcásticamente, le advirtió:

—Convendría que antes de decir algo, lo pensara, lo reflexionase bien, señor... A propósito: aun no me dijo usted su nombre. Pero es una formalidad de la que se encargará luego mi secretario... ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! En que Benito Masson no ha muerto, pero fué guillotinado...

—¡No, señor!

—¡Cómo! ¿No fué guillotinado?

—¡Sí, señor!

—Por lo tanto, ha muerto...

—¡Ay!... ¡Por favor!... ¡Deje que me explique!... ¡No soy un loco!... Se enterará de todo y me devolverá a mi hija...

—Caballero, no tengo el honor de conocerla... Además, tengo una cita de urgencia... A este señor, que es como si fuera yo, puede darle su nombre, apellidos y señas personales... Y nada le negará de lo que pueda serle agradable...

—¡Mi hija, caballero!

—¡El se la devolverá!... Nada hemos de negarle...

Bessières, que había hecho otra señal a su secretario, apresuróse a dejar al visitante frente a "quien era como él mismo..."

Ya llegó el momento de conocer a este personaje, que, entre bastidores, ha desempeñado su papel en el asunto Masson, en una esfera que los poderes públicos han dejado en una sombra inquietante...

A aquel agente conocíasele por el *Emi-*

sario desde hacía más de veinte años, en todos los servicios de la policía de la Seguridad General, de la Seguridad a secas, de la Prefectura y hasta de provincias. Su verdadero nombre era Lebouc.

El origen de su mote es así:

Se remonta a cierto asunto político que interesó bastante en todo el mundo. Para vigilar a un personaje cuyas acciones sospechábase que eran temibles, al mismo tiempo que contrarias al concepto normal de una sana justicia, habíase necesitado un agente de indudable audacia e inteligencia, pero a quien se pudiese desautorizar si los acontecimientos tomaban un giro inquietante, para no ser responsables de la iniciativa.

Lebouc había comenzado muy joven en los bancos de la cárcel correccional. Sin embargo, no tenía el alma vulgar de un granuja; todo lo más, la de un arribista... Después de su tercera experiencia de la vida, que, como las dos anteriores, lo había llevado ante los jueces, estimó que había elegido un mal camino para llegar...

Cansado de que lo detuvieran, pasóse al bando de los que detenían, es decir, se hizo "indicador"...

Y no tardó en distinguirse.

No era un cualquiera. Tenía ideas generales, estaba instruído; en ciertos asuntos de importancia dirigió a quienes le enviaban informes, que se destacaron tanto por la lógica policíaca como por la forma literaria que sabía darles. Además, era también valiente.

En el caso antes aludido buscóse a Lebouc, quien sintió mucho orgullo por ello; salió bien de la misión y mereció la completa confianza de sus jefes. El personaje vigilado era todavía más poderoso que culpable y contaba con amigos decididos a todo para salvarle. El sacrificado fué Lebouc, quien aceptó su martirio, largamente remunerado, con una gran humildad. Durante algún tiempo no se utilizaron más sus servicios; pero cada vez que se presentaban operaciones delicadas, como la que tan alta reputación le valiera entre la policía, pensábase en Lebouc y se le empleaba con otro nombre. Entre los que estaban "al tanto" acabó por quedarle uno solo de aquellos nombres: el *Emisario*.

Bessières, a lo largo de su brillante carrera, había tenido ocasión de apreciar las cualidades del *Emisario*, su inteligencia despierta, su discreción absoluta y, sobre todo, aquella sonriente facilidad con que siempre estaba dispuesto a dejar que le "desautorizaran".

Esto es más que suficiente para explicar la presencia en las oficinas de la calle de las Saucedas de un hombre que antaño había sido "la perla de la calle de Jerusalén".

Más de una hora estuvo Lebouc a solas y frente a frente con aquella especie de loco que Bessières, con una señal, le había encargado de despedir.

Mientras tanto, el jefe de la Seguridad General habíase encaminado por los pasillos interiores que unían sus oficinas con el Ministerio del Interior a visitar al ministro, con el que justamente se hallaba uno de los altos funcionarios de la justicia. Sólo hablaron del asunto de Corbillères, que era lo que preocupaba a París. La entrevista fué agitada. Cuando Bessières regresó a su despacho y encontró a Lebouc, le dijo:

—¿Se ha librado ya del loco?

—Acaba de irse; pero volverá —respondió el agente.

—¡Cómo! ¿Volverá?

—Sí. Le dije que vuelva esta tarde a las seis.

—¿Habla en broma?

—Ya sabe usted que no me gusta bromear... Quizá ese hombre esté loco, pero a mí no me consta con certeza... Yo, en nuestro oficio, tengo el sistema, bueno o malo, de no considerarme seguro de nada... De todos modos, era interesante oírle... Ese viejo era, ni más ni menos, el relojero de la calle del Santísimo Sacramento, cuya hija fué encontrada en la casita de Corbillères...

—¿Y qué?

—Es difícil de decir... Trátase de un hombre de quien ya tuve que ocuparme cuando el asunto de Benito Masson... Sólo se dedica a problemas mecánicos completamente excepcionales... Inventó una especie de escape con ruedas cuadradas... Pero, en fin, baste decirle que, según sus colegas, hace años que busca el movimiento continuo...

—Se le nota...

—En efecto...

—Pero... ¿qué?

—Asegura...

—Diga, diga.

—Previamente, unos detalles aun... Es tío de un tal Jaime Cotentin, prosector en la Escuela de Medicina, y a quien se le tienen allí muchas consideraciones... Al parecer, trátase de un sujeto extraordinario... Para mayor seguridad le he telefoneado...

—¿A quién?

—Al profesor Thuiller.

—¿Para qué?

—Para que me dijese algo del prosector.

—¿Y qué?

—El profesor Thuiller me contestó textualmente que tenía a Jaime Cotentin en la más alta estimación y que le consideraba como una de las futuras glorias de la cirugía, como el continuador de los Carel y de los Rockefeller... ¡Nada menos que de los Rockefeller...

—¡Ya, ya! Esos son los que hacen revivir los tejidos humanos que recomponen a las personas, ¿no es cierto?

—Sí. Y parece ser que Jaime Cotentin recompone también a los muertos.

—¡Caramba! Veo que ha influído demasiado en usted el viejo.

—Nada de eso. Y aun debo comunicarle otra cosa.

—Hable o déjeme en paz.

—Quise asegurarme de un detalle.

—¿De qué detalle?

—De un detalle que tiene mucha importancia. Recordará usted que la Facultad, una vez ejecutado el encuadernador Benito Masson, reclamó su cabeza.

—Así suele hacerse...

—Pero ¿sabe adónde llevaron la cabeza?

—¡A la Escuela!

—No, señor. ¡A la relojería!

—¿A la relojería? ¿Le faltaba alguna pieza?

—Perdón... Es que en casa del relojero vive el prosector.

—¡Ya!

—Claro está que todo esto parece fantástico... ¡De acuerdo!... Pero como yo, por principio, nunca estoy seguro de nada, he de escucharlo todo... Y he aquí lo que el viejo me contó: Dice que ha confeccionado un autómata.

—¿Un autómata?

—Sí... Pero no me mire de esa manera, porque si no no seguiré adelante...

—¡No le miraré!...

—Pero ¿seguirá escuchándome?

—Por ser usted y por complacerle... Quedamos, pues, en que el loco inventó un autómata.

—Sí. *Un autómata cuya armazón interior dotó el prosector de una red de nervios...*

—¿De nervios o de cuerdas de violín?

—¡De nervios, de verdaderos nervios humanos!...

—Pero ¿qué está usted diciendo?... ¿Cómo iban a vivir esos nervios?

—*Bañándose en un líquido igual al suero empleado por Rockefeller para conservar indefinidamente la vida de los tejidos y sometiéndolo, además, a la acción del rádium.*

—¡Caramba!... ¿Y qué más?

—Muy sencillo: *al autómata no le faltaba más que un cerebro. Y le pusieron el de Benito Masson.*

El señor Bessières quedóse estupefacto, anonadado.

Cuando pudo recobrar la respiración, dijo:

—Francamente, creo que habría que encerrarle a usted.

—Tal vez.

—Tal vez, no. ¡Con seguridad!

—Siempre hice lo que han querido que hiciera. Mientras tanto, los crímenes de Corbillères continúan...

—Y ¿qué voy a hacer yo?... ¿Voy a contarle a la gente la paparrucha de la muñeca del viejo?... ¡Si al menos se rieran y olvidaran lo demás!... Precisamente acabo de tener una escenita fuerte en el despacho del ministro... Y ahora usted quiere tomarme el pelo... ¿Y le dijo a ese energúmeno que vuelva a las seis?

—*Sí. Por la cuestión de su hija... Porque es un hecho que le robaron la hija...*

—¿Quién?

—Esa muñeca, ese muñeco.

—¿Su autómata le robó su hija?

—Eso dice... Pero cálmese, que no es para indignarse. Sólo para asombrarse, como yo, o para tomarlo a broma... Si quiere usted que hablemos de otra cosa...

—Al fin y al cabo, quizá tenga usted razón, Lebouc... Siempre hay que escuchar a los niños y a los locos, aunque en el mundo no haya seres más embusteros... A veces, basta una sola palabra para mostrar una buena pista... Diga, diga...

—Pues hágase de cuenta que escucha al viejo... Según él, Benito Masson, como se supo a raíz del proceso, estaba enamorado de su hija Cristina... El prosector, como necesitaba un cerebro para ponérselo al autómata, y como no encontraba nada mejor que utilizar el que le traían de Melun, o sea el de Benito Masson, lo utilizó. Y ha ocurrido, lógicamente, que el primer gesto del autómata, al dar señales de vida, fué llevarse a Cristina... Parece ser que se arrojó sobre ella como un salvaje.

—No tengo ganas de reír, Lebouc, pero creo que me hago poco favor al escuchar en serio esas cosas que usted cuenta con tanta seriedad.

—Le hablo en serio porque hace mucho tiempo que nada me causa risa. Y, además, por un detalle que tiene su importancia... El muñeco, antes de huir con Cristina, dejó un papel escrito sobre la mesa, papel que el viejo trajo aquí... Yo lo tengo... Lo que escribió no es nada largo: *"¡Soy inocente!"*

—La idea fija...

—¡Calma!... Tenemos otros papeles de Benito Masson en los que estampó la misma frase... E hice traer los legajos que mandamos venir de Melun cuando el asunto de Corbillères, que creíamos concluído, resurge nuevamente... Aquí están: ¡compare!...

—Suponiendo, Lebouc, que sea la misma letra, cosa que está por demostrar, no pretenderá hacerme creer que el papelito no data de antes de su muerte... Se está usted colando, o tomándome el pelo.

—No lo creo, y no le tomo el pelo.

—¡Lebouc! No tiene usted más que un

procedimiento para hacerme olvidar esas bromas de mal gusto... Va a irse a Corbillères con poderes para todo... En fin de cuentas, quizá Benito Masson fuera inocente... En ese caso, tanto peor para los señores de la Justicia... Conque, Lebouc, ¡a descubrir al culpable o los culpables! Y no tema nada, que aquí estoy yo para sostenerle.

—En eso confío.

—Puede confiar... Pero ¿quién anda ahí? ¡Adelante!

El ujier entró misteriosamente y dijo en voz baja:

—Señor director, una persona que no quiso decir su nombre me entregó este sobre de parte del abogado general, señor Gassier.

Bessières rompió apresuradamente el sobre y leyó:

"Mi querido jefe de Seguridad, le envío a uno de *nuestros amigos*. Está relacionado con el asunto de Corbillères. Le contará cosas interesantes. *Escúchele hasta el fin, porque el señor Lavieuville está sano de cuerpo y de espíritu."*

—Vaya una recomendación — dijo Bessières arrojando el papel sobre la mesa del comisario.

—¡Hombre, Lavieuville! — exclamó Lebouc—. Precisamente el relojero habló de un Laviuville.

—Que pase —ordenó el jefe de la Seguridad General.

E inmediatamente entró un hombre que tiritaba en un abrigo liviano, con los zapatos manchados de nieve fangosa, con la espalda doblada, la frente inclinada y los ojos oblicuos.

—Les pido perdón —comenzó diciendo—, por presentarme en este estado; pero desde que me robaron mi pequeño automóvil...

—Siéntese... Usted, desde luego, es el recomendado del señor Gassier...

—Si no fuese así, nunca me hubiera atrevido a venir... Les pido la mayor discreción... Es una cuestión de vida o de muerte... Yo, caballero, soy Lavieuville, mayordomo de San Luis de la Isla... Tenía un pequeño automóvil de conducción interior...

—Perdone, señor Lavieuville... El señor Gassier me dice que usted deseaba hablarme sobre el asunto de Corbilléres...

—A eso voy, señor jefe. Mi coche me lo robó Benito Masson.

—¿Y se le ocurre a usted reclamarlo ahora, al cabo de tanto tiempo?

—No tanto tiempo. Sólo hace una semana.

—Olvida usted que a Benito Masson lo ejecutaron hace más de tres semanas...

—Por eso vengo a verle. Lo que me sucede es inconcebible. Le repito que si no fuese por el señor Gassier, a quien se lo conté todo, pruebas en mano, jamás me hubiese atrevido a venir a verle.

Bassières levantó los brazos, dejóse caer sobre una silla, se tomó la cabeza con las manos, presa de un furor sombrío, que, sin embargo, pudo dominar, y dijo ferozmente al visitante:

—Le estoy escuchando ya.

—Tengo una asistenta a la que llaman la señora Langlois...

—¡Vaya por la señora Langlois!

—Algunas noches va a tomar manzanilla a casa de la señorita Barescat, que tiene una paquetería...

—Perfectamente.

—También acuden la viuda de Camus, que alquila sillas en la iglesia, y el herborista señor Birouste...

—¿Nadie más?

—Le advierto que yo no concurría a esa reunión.

—Entonces, ¿por qué me habla de ella?

—Porque está muy relacionada con lo que voy a decirle... Mi asistenta está muy enferma, señor jefe...

—Pues lo siento mucho.

—Hay que sentirlo, porque si hubiera estado mejor me habría acompañado... La señorita Barescat y la viuda de Camus están mejor, pero no se atreven a comprometerse ni a salir de casa... En cuanto al señor Birouste, aun no se levantó de la cama después del espantoso suceso...

—¿De qué suceso habla? ¿Del de usted o del de ellos?

—Es el mismo, caballero. Pero tiene dos actos. El primero se desarrolló durante la "manzanilla" de la señorita Barescat... La señora Langlois fué asistenta de Benito Masson...

—¿Y no la asesinó?

—*Todavía no*... Pero tal como van las cosas, *puede asesinarla un día u otro*... Por eso vine y por el señor Gassier...

—El señor Gassier se ha burlado de usted. No comprendo...

—No creo que el señor Gassier se haya burlado de mí —interrumpió el señor Lavieuville sin alterarse—. Y si usted no me comprende, señor jefe, es porque no me escucha... Volvamos, pues, a la "manzanilla" de casa de la señorita Barescat... La señora Langlois, asistenta de Benito Masson, también lo era de Norbert el relojero...

—Por lo visto, esa buena mujer sirve a todo el mundo.

—No tanto. Pero sabe lo que pasa en todas partes. Da gusto oírla... La noche de aquella "manzanilla" hablaba en la reunión de un raro personaje que vivía clandestinamente en casa del relojero y a quien ella tomaba por un mutilado de la guerra. El sobrino de Norbert, llamado Jaime Cotentin, que, según el señor Gassier, es un verdadero genio de la cirugía, cuidaba al supuesto mutilado... ¡No se asombre, señor jefe! Tenga en cuenta que el señor Gassier me ha enviado aquí. Pues bien: el supuesto mutilado es, según los últimos informes, *nada más* que un autómata.

Bessières se incorporó como si él mismo fuera un autómata accionado por los correspondientes resortes.

—*¿Nada más?* —exclamó—. ¿Y cuáles son los últimos informes?

—Los que me facilitó mi amigo Gassier, a quien referí mi aventura y quien ordenó una investigación personal, de la que dedujo *que teníamos todas las probabilidades* de habérnoslas con un autómata.

—¿De veras?... Los señores del Tribunal del Sena realizaron por su parte averiguaciones —reflexionó en voz alta Bessières, mientras sonreía extrañamente y se sentaba.

—No lo ocultan, caballero, ya que ellos, oficiosamente, por decirlo así, me aconsejaron que venga a verle.

—Siga, señor Lavieuville, siga, que empieza a interesarme lo que dice... Decididamente, los funcionarios de Justicia tienen espíritu de cuerpo y practican la solidaridad... Nunca lo hubiera imaginado...

—Prosigo... Aquella noche de la manzanilla, cuando las mujeres hablaban entre ellas del supuesto mutilado, abrióse la puerta, y ¿cuál no sería su asombro, su espanto, al ver que el misterioso personaje aparecía completamente cubierto de sangre y llevando en brazos a la señorita Cristina Norbert?... No voy a describirle la escena, ya que usted interrogará a la señora Langlois... Bástele saber que aquel monstruo mecánico prestó allí a su cautiva los primeros cuidados que requería y se fué *sin haber dicho una palabra.*

—¡Ja, ja! Por lo visto, el autómata no habla.

—No habla, pero oye muy bien...

—Menos mal...

—Birouste, el herborista, marchóse a su casa loco de terror... Y allí encontró al terrible visitante cuidando a Cristina Norbert... Birouste, más asustado cada vez, echóse por el balcón... Entonces, o sea más o menos a las seis y media de la mañana, yo salía de la iglesia de San Luis de la Isla, donde acababa de oír misa, y me disponía a subir a mi pequeño automóvil de conducción interior, cuando el mencionado personaje me derribó, dejó a su víctima en mi coche, me despojó de mi ropa y, además, de quince mil francos que llevaba en la cartera, me entregó su capa, puso el coche en marcha y desapareció por la orilla izquierda... Gassier pudo enterarse después que el coche siguió el camino de Pontoise... Allí ya no se le encontró... Pero el desalmado, antes de desaparecer, detúvose en el figón de Flottard, donde cometió no sé qué fechoría... Flottard se defendió clavándole un enorme cuchillo de cocina en la espalda, de lo que el personaje en cuestión *ni tan siquiera pareció darse cuenta*... ¡Fíjese bien en esto, señor director: ni tan siquiera sangró!... Como, por otra parte, el señor Gassier acababa de recibir ciertos informes muy concretos referentes a los trabajos particulares del relojero y del prosector, a quienes ayudaba Bautista, un empleado del anfiteatro, que fué interrogado y que habló amenazándole con la justicia, Gassier expresó la idea de que muy bien pudiera tratarse, como le decía antes, del autómata...

—¡Comprendido, comprendido, señor mayordomo!... Pero ¿qué pinta en ello Benito Masson?...

—Es que cuando se le ejecutó llevaron la cabeza de Benito Masson al prosector.

—Ya lo sé, señor mayordomo.

—Me llamo Lavieuville.

—Pues ya sé, señor Lavieuville, todo lo que usted va a decirme... Va a decirme que el prosector metió el cerebro todavía caliente de Benito Masson en el cráneo de su autómata.

—En efecto, señor director... ¡Qué espanto!

Bessières levantóse muy serio y dió un formidable puñetazo sobre la mesa, que hizo estremecerse a Lavieuville.

—¿Se atreverá usted a asegurarme que cree eso? —preguntó.

—Tenemos las pruebas en la mano — repuso Lavieuville, algo pálido y retrocediendo un paso...

—*Tenemos*...

—*¡Tengo!* Por nada del mundo debe mezclarse en este asunto al señor Gassier.

—No lo desea, ¿verdad?

—Sólo se ocupó de ello por amistad hacia mí; pero su situación oficial...

—Puede estar tranquilo... Pero hágale presente también que la Seguridad General no carga con el peso de lanzar a la gente semejantes patrañas..., a pesar de las pruebas que usted tiene...

—Y que aquí traigo, porque el espantoso autómata, si bien no habla, escribe...

—¡Ah, sí! Con la misma letra que Benito Masson, desde luego.

—¡Usted lo adivina todo!... Con la misma letra de Benito Masson, *y después de ejecutado éste, escribió ante la susodicha reunión estas palabras: "Silencio, si queréis conservar la vida!"* Y aquí traigo otros papeles escritos la misma noche, varias horas antes del atentado contra mí, por el mismo autómata en la habitación del señor Birouste. Y tres peritos calígrafos, a quienes presentó los papeles el señor Gassier, al mismo tiempo que documentos de Benito Masson obrantes en el proceso, dictaminaron que la letra en cuestión es igual y está escrita por el mismo individuo...

Entonces le tocó al señor Bessières palidecer un poco. Se levantó con el ceño fruncido y los labios temblorosos...

—¿Quiere dejarme esos documentos, caballero?

—No tengo ningún inconveniente —repuso el señor Lavieuville—. Además, el señor Gassier hizo sacar fotografías...

Y como Bessières callara y prosiguiera de pie, el otro comprendió que la entrevista había concluído.

—Señor director, le dejo mi dirección para si por casualidad necesita de mí...

—Ya tendrá noticias —repuso Bessières—. Para nosotros no es cuestión muy ardua devolverle la posesión del auto y de los quince mil francos...

Lavieuville saludó y se fué, disimulando con una sonrisa forzada el descontento que le había producido la entrevista. Lo esperaba todo, menos aquella ironía glacial bajo la cual entreveía un pensamiento acusadamente hostil.

En cuanto se cerró la puerta tras Lavieuville, Bessières prorrumpió avanzando hacia Lebouc, que no se había movido de su mesa, en la que tomaba notas con toda presteza.

—¡No, no me pescarán en las redes esos señores de los Tribunales, que han urdido todo esto para que no quede en ridículo la Justicia!... Y para ello no titubean en recurrir a los mayores absurdos... ¡Es la eterna canción!... Es la canción que quiere salvar lo que de otro modo estaría naufragado y bien naufragado... Gassier, con esa paparrucha del autómata, me resulta un perfecto imbécil... ¿Y dice que el muñeco está mudo?... ¿Qué ha de estarlo?... Por el contrario, grita: "¡No se metan ustedes con los grandes organismos del Estado!... ¡No se metan ustedes con la Justicia!... ¡No se metan con...!" Y mientras tanto, quieren sacrificar a los que forman parte de la policía...

—Eso es —afirmó Lebouc.

—¿Por qué se les ocurre inventar un autómata?... ¿No tienen bastante con nosotros, a quienes tiran de los hilos como si fuéramos verdaderos muñecos?... Pero ¡ya me he cansado!... Y ¡qué cuidado tenía ese mayordomo en dejar sentada la afirmación de *que la Justicia no había condenado a un inocente!*... ¡Como si la Justicia no pudiera condenar a un inocente!... Yo no tengo la culpa de que ocurra eso... ¡Demasiado hago cumpliendo con mi deber!... Me limito a aportar datos; las demás responsabilidades serán para los otros... Le juro, Lebouc, que la Seguridad General no será la que resucite a Benito Masson... Si quieren resucitar muertos, que los resuciten ellos... ¿No le parece?...

—¿Qué me ha de parecer?

—Me interesa su opinión.

—Creo que lo primero que debía hacerse es interrogar al mismo prosector, a ese Jaime Cotentin, que, según el profesor Thuiller, hace revivir indefinidamente, con su suero, los tejidos, los nervios y hasta los cerebros...

—¡Bah! Un farsante más...

—No opina lo mismo el profesor Thuiller...

—Bien, Lebouc. Entonces, procure buscar cuanto antes a ese hombre y tráigamelo...

—Precisamente tengo probabilidades de encontrarlo en Corbillères, adonde me envía usted.

—¿Cómo es eso?

—La entrada del señor Lavieuville y también, ¿a qué no decirlo?, el estado de ánimo en que se encuentra usted, no me permitieron referirle hasta el final las cosas un poco extravagantes que el relojero me dijo...

—Se queda usted corto en los adjetivos...

—Mi sistema no consiste en juzgar las cosas, sino en retener los hechos. Y en lo referente a ese irritado anciano, a lo manifestado por él, hay un hecho que me llamó la atención. Y es que el prosector y él, en sus averiguaciones, fueron llevados a Corbillères por los acontecimientos, penetraron en la morada de Benito Masson y vieron las terribles huellas del paso del muñeco y la bata ensangrentada de la pobre Cristina Norbert, a la que no hallaron allí. No la encontraron ni tampoco encontraron las primeras víctimas de Benito Masson...

—¿Cómo tardó usted tanto en decirme eso?

—Mi sistema consiste siempre en proceder con orden...

—¿Y el prosector? Quiero ver inmediatamente al prosector...

—El relojero me dijo que lo dejó allí, presa de la mayor desesperación, porque ese hombre está enamorado de Cristina tanto como pueda estarlo el muñeco...

—¿Tanto como el muñeco?

—Si usted quiere, tanto como el encuadernador Benito Masson...

—¡Lebouc!... Si no quiere que me yo me vuelva loco en seguida, tome un auto, corra a Corbillères y tráigame al prosector cueste lo que cueste, de grado o por fuerza...

—Está bien. Me permito recordarle que el relojero, que regresó a su domicilio de la Ile-Saint-Louis en espera de sus órdenes, volverá esta tarde a las seis...

—¿Esta tarde a las seis?... No se preocupe... Voy a hacer que me lo traigan en el acto... Pero, Lebouc, ¡ni una palabra de todo esto!...

—Ni una palabra... ¡No faltaba más!...

—Ni una línea en los diarios antes de que se ponga en claro el asunto...

—Puede confiar en mi discreción.

El *Emisario* se fué... Bessières, que sudaba a mares, dejóse caer en un sillón con los miembros desmadejados, la cabeza inclinada sobre un hombro y los ojos rodando en sus órbitas con ese aire fatal, desesperado y estúpido que tiene el buey en el matadero luego del primer porrazo que no le privó por completo de la vida..., pero que lo ha llevado ya a las puertas de la nada...

XI

A la mañana del día siguiente, el diario *La Epoca* publicaba en primera página un artículo que produjo estupor en todos los lectores del periódico, que era tenido por serio, y cuyas informaciones reproducía casi siempre la prensa de todo el mundo.

El título en cuestión iba acompañado de subtítulos sensacionales, que anunciaban un acontecimiento inaudito, inverosímil y superior a cuanto la más fantástica imaginación pudiese inventar en el terreno de la ciencia y del crimen, doble abismo insondable.

Al mismo tiempo, el periódico tomaba precauciones y ponía a sus lectores en guardia contra las sorpresas de primera hora, aconsejándoles que aguardaran a que los servicios de la gran prensa tuvieran tiempo de comprobar los hechos. El se limitaba, de momento, nada más que a la información.

Narraba, con todos sus detalles, los acontecimientos sucedidos el día antes en el despacho del director de la Seguridad General, las conversaciones que se habían desarrollado allí y las declaraciones tomadas allí. Y todo ello de una manera tan precisa que no cabía mayor fidelidad. Así que desde el principio hasta el fin los lectores pasaban por las mismas emociones que habían sacudido al pobre Bessières, y, como él, quedaban desconcertados por el asombro...

El artículo, que era un simple relato, llevaba la firma "XXX", y una segunda nota de la redacción (N. de la R.), en la que ésta, preocupada por el efecto causado, entregábase a consideraciones generales para dar a entender que vivimos en un tiempo de maravillas en el que no hay que asombrarse de nada y en el que se ha visto la realización de los más extravagantes sueños de novelistas y poetas...

"En este informe —decía el diario— que se nos comunicó a muy avanzadas horas de la noche para que no nos pudiéramos entregar a investigaciones, quizá no hubiéramos visto más que la renovación de una de los más ingeniosos cuentos de Enrique Heine, si las manos de las que lo hemos recibido, así como *lo que ha sucedido de noche en la calle de las Saucedas*, no nos hubieran decidido a publicar al frente de nuestra información propia, aunque con toda clase de reservas. En cuanto a los lectores que sean aficionados a la literatura, no perderán nada con ello, pues en el relato campea la misma "imaginación" del autor de *Reisebilder. Sobre el papel* no se puede hacer nada mejor en el género. Nuestros lectores encontrarán más de un punto de contacto con el espantoso autómata de la calle del Santísimo Sacramento en la Isla.

"Dícese —escribió Enrique Heine— que un mecánico inglés que había imaginado las más ingeniosas máquinas, decidióse a *fabricar un hombre*, y lo consiguió. La obra de sus manos podía funcionar y obrar como un hombre; en su pecho de cuero llevaba una especie de aparato humano y podía transmitir sus emociones por medio de sonidos articulados... *(La muñeca ensangrentada no habla... Pero escribe... ¡y con sangre!...)* Y el ruido interior de ruedas, resortes y escapes producía una verdadera pronunciación. En fin: aquel autómata era un perfecto *gentleman* y, para ser un hombre, solamente le faltaba un alma. Pero su creador no podía dársela. Y el pobre ser, al darse cuenta de su imperfección, atormentaba día y noche a su creador, rogándole que le concediese un alma. La súplica, que era más encarecida cada día, acabó haciéndose tan insoportable para el pobre artista, que huyó para escapar a su propia obra. Pero el hombre-máquina dió con la pista, le persiguió por todo el continente, no cesó de ir tras él, le pisó los talones alguna vez y murmuró a su oído: *Give me a soul!*... (¡Dadme un alma!)"

"Tal es el cuento de Enrique Heine —seguía diciendo la nota de la redacción—. El señor Jaime Cotentin, prosector de la Escuela de Medicina de París (damos to-

dos los nombres para que en esta historia prodigiosa cada cual cargue con su responsabilidad, y si hay algo más que un cuento, *nadie pueda sospechar que hemos servido los intereses de nadie que se haya mezclado, de cerca o de lejos, al tan inquietante proceso de Benito Masson*), Jaime Cotentin, repetimos, que dió a su muñeca al mismo tiempo que un cerebro, un alma (¡y qué alma!), no es perseguido por su autómata... Lo persigue él... ¿Lo ha alcanzado?... Después de haber visto la ropa ensangrentada de su prometida, *¿pudo por fin detener la "máquina de asesinar" que ha lanzado sobre el mundo?*... Tal es la pregunta que esa misma noche se hacía aún en torno al señor Bessières...

"También podemos asegurar que en la calle de las Saucedas *ya* no se trata de esto como si fuera una fábula, y que en el momento en que sale esta edición se hace la pregunta de *si también el prosector habrá sido víctima de su invento*...

"En efecto: fuera de la lúgubre casita de Corbillères, donde el relojero Norbert vió a Jaime Cotentin por última vez, no se encontró más rastro del prosector... ni de las primeras víctimas de Benito Masson, ni de Cristina Norbert, ni de la propia muñeca sangrienta..."

XII

Publicóse aquel artículo un domingo por la mañana. ¡Qué domingo para los habitantes de la Ile-Saint-Louis! ¡Ni la invasión de los bárbaros!... ¡Nunca se viera tanta animación en las riberas desde el sitio de la ciudad por los normandos!... Claro está que nos remontamos un poco lejos; pero ¿dónde encontrar términos de comparación?...

Desde las once, el pueblo se hallaba en la calle del Santísimo Sacramento, sacudía la puerta del relojero, invadía el almacén de Birouste, asaltaba la paquetería de la señorita Barescat.

Y es que París, desde las primeras horas de la mañana, fuera inundado de ediciones especiales... Al principio, una vez pasado el primer movimiento de estupor, la gente no se había podido mirar sin reírse. Se afectaba creer en algún formidable *canard*, en una nueva forma de la "serpiente de mar". A las nueve, *La Epoca* lanzaba su segunda edición, en que aludía claramente a los servicios de la Seguridad General, con gran desesperación de Bessières, el cual preguntábase rabiosamente quién era el traidor que tan bien había podido informar a un diario (frecuentemente hostil) sobre lo sucedido la víspera, y la necesidad en que ahora se hallaba de proceder, en aquel fantástico asunto, en la forma empleada para las indagaciones ordinarias.

Sus sospechas recaían sobre el abogado general, señor Garnier, a quien interesaba muchísimo desencadenar un escándalo (que, en suma, daba razón a la Justicia). El tribunal había "puesto en circulación" al mayordomo y hasta al propio relojero... Hubiera sido más lógico sospechar del *Emisario;* pero ¡el *Emisario* jamás daba disgustos a la Policía!... Al contrario: cargaba con todos los disgustos... Y ninguna razón había para que hubiera cambiado en sus costumbres...

Las novedades ya no cesaron. *La Epoca*, en aquella edición de las nueve, publicó todas las pesquisas efectuadas la tarde anterior por un comisario de la Seguridad General en las oficinas de la comisaría del barrio, es decir, reprodujo fielmente las declaraciones de la señorita Barescat, de la señora Langlois, de la viuda de Camus y del herborista Birouste, así como el relato extraordinario del señor Lavieuville...

Además, un redactor de *La Epoca* ya había tenido tiempo de ir a Pontoise a entrevistarse con Flottard, quien le contó que su flamante cuchillo de Châtellerault había entrado hasta el mango en el maniquí viviente como en una piel de tambor; otro redactor había encontrado el garage donde el muñeco sangriento se detuviera; otro redactor más importante había ido hasta Corbillères, visitara el pabellón, había hablado con la señora Muche, la de "El Arbol Verde", que no estaba al corriente de nada, y a la cual reveló que su cliente no era otra cosa que un autómata asesino que había heredado el cerebro de Benito Masson, lo que hizo reír a la buena señora, la cual, como ya sabemos, desde que murió su marido, reía de todo.

A las diez una nueva edición especial publicaba una entrevista con Bautista, el empleado del anfiteatro *que trabajaba para Jaime Cotentin... Bautista no tenía inconveniente en declarar que había llevado la cabeza de Benito Masson a la calle del Santísimo Sacramento.*

Todos aquellos hechos, por asombrosos que fueran, concordaban de tal manera, que terminaron por acabar con las risas. Y la prensa apretó las clavijas... Fué una orgía de papel, de ediciones cada vez más especiales, con títulos que causaban vértigo. *¡Cuidado con la máquina de asesinar el mundo!*, etc.

Además, había una cosa innegable: que la policía tomaba en serio la cosa... ¡Ya se interrogaba a las víctimas del muñeco sangriento!... Se buscaba a las demás... Toda la brigada de los inspectores de la Seguridad iba en pos de ellos... Conclusión: vamos a dar una vuelta por la Ile-Saint-Louis.

Si no se hubiesen presentado los jinetes de la guardia republicana, para hacer circular a la multitud, y si no hubieran establecido las brigadas centrales serios acordonamientos, hubiese habido que lamentar innumerables excesos. Lavieuville, Birouste, la señorita Barescat, la señora Langlois, la viuda de Camus, habíanse refugiado en la torre de la iglesia.

Al relojero no se le vió. Después se supo que se hallaba escondido en casa de un célebre cirujano, profesor de la Facultad, que siempre había demostrado gran amistad a Jaime Cotentin. Era el señor Thuillier, uno de los espíritus más abiertos de la Escuela, jefe de los que eran llamados a la sazón "los jóvenes", quienes estaban en guerra abierta contra el decano, profesor Ditte, una de las viejas glorias del Instituto.

Durante toda la tarde dirigiéronse hacia la Ile-Saint-Louis las multitudes endomingadas. Se comió y se bebió en todas las tabernas de la Bastilla a la plaza del Hôtel de Ville, del Mercado de Vinos a la plaza Saint-Michel.

Para comprender en su verdadero alcance lo externo y lo expontáneo del movimiento, no hay que olvidar que la bomba del "muñeco sangriento" estallaba en un terreno dispuesto a encenderse y llamear. En París ya no se hablaba de otra cosa que de los últimos crímenes de Corbillères... La inocencia o culpabilidad de Benito Masson originaban las más acabadas discusiones... La "muñeca ensangrentada" ¿podía resolver la cuestión?...

A las seis de la tarde, una última edición de *La Epoca* trajo un nuevo elemento a la ávida curiosidad del gentío: por primera vez dejábase oír la voz de la ciencia. ¡Y qué voz! Era la del propio profesor Thuillier.

XIII

El redactor de *La Epoca* había hallado al cirujano en su propio domicilio, rodeado de un verdadero areópago, que seguramente se había congregado allí para discutir la cuestión extraordinaria que entonces interesaba: la del "muñeco sangriento".

El periodista fué presentado a los doctores Pinet, Gayrard Terrière, Hurand y Pasquette, todos ellos amigos y admiradores de Jaime Cotentin, y más o menos al corriente de sus trabajos.

He aquí, en resumen, las declaraciones del profesor Thuillier:

—Es una lástima que, en las circunstancias excepcionales que atravesamos, no podamos oír a Jaime Cotentin. Así sabríamos a qué atenernos y nada ignoraríamos de lo referente al famoso muñeco que, según veo, comienza a hacer delirar a todo París...

"En ausencia de nuestro prosector, pude hablar detallada y detenidamente con el viejo Norbert, que, en lo suyo, también es un sabio, pues también está dotado de espíritu científico. Y asimismo hablé con un empleado del anfiteatro, llamado Bautista, que es menos ignorante de lo que parece...

"Si hubiésemos podido apoderarnos del cuaderno donde Jaime Cotentin registraba día por día sus trabajos y que, por lo tanto, contiene todo el misterio de su autómata viviente, nos limitaríamos a callar, ya que la obra defenderíase por sí sola: pero carecemos del cuaderno, que Jaime lleva siempre consigo; carecemos de Jaime y carecemos del autómata, al menos de momento... Ahora bien: después de hacer toda suerte de reservas, luego de haber interrogado a esas dos personas complicadas en los trabajos, después de haber visitado el laboratorio de donde salió el muñeco, con los aparatos que sirvieron para crearlo y el taller en que tomó forma humana; luego de haber recogido algunos documentos sueltos, en los cuales el prosector, en la prisa de los últimos momentos anteriores al fenómeno de la vida en el muñeco, esbozó algunas ideas o, mejor dicho, algunas impresiones; después de todo eso, he aquí lo que puedo decir:

"Y me congratula hacer estas declaraciones a la prensa, a mis eminentes colegas, que se hallan en el mismo estado de espíritu que yo, o sea en un estado de espíritu puramente científico, lo cual, ciertamente, no nos impide considerar el acontecimiento, o, para decir mejor, la *posibilidad del acontecimiento* (no podemos, con los datos que poseemos, hablar de otra manera) con un éxtasis mezclado a cierta inquietud...

—Y hasta espanto — interrumpió de pronto el doctor Ferrière.

—La verdad es que hubiera podido elegir otro cerebro —dijo el doctor Hurand.

—No salgamos del terreno científico —rogó el doctor Pinet con su seca y metálica vocecilla.

—Creo que no está mal —insinuó el doctor Gayrard— que un representante de la prensa vea en nosotros, no solamente sabios, sino hombres capaces de emocionarse ante las desgracias públicas.

De pronto, todos callaron, un poco avergonzados de haber interrumpido al maestro, que ya no decía nada. Así que el periodista, a manera de invitación, le dijo:

—París, Francia, todo el mundo, esperan sus palabras, profesor...

—Lo que tengo que decir, amigo periodista, es tan grave que determinará contra nosotros una ofensiva tal de bisturíes, que hay que perdonar a mis colegas un poco de... agitación... Volviendo a Jaime Cotentin, debo manifestar que es uno de los más grandes espíritus que conozco. Desde el punto de vista científico, siempre lo guió la idea de la conservación universal, o sea la esperanza tenaz de encontrar el movimiento continuo, no bajo la forma simplona de crear energía completamente nueva, sino, como anunció Bernard Brunhes (sin creer en ello), bajo la forma más refinada de restauración de energía útil, que es lo que inspiró sus primeros trabajos de laboratorio. Desde el momento en que iba a encontrar en falta el principio de la degradación de la energía, fijóse en ciertos resultados obtenidos del otro lado del Atlántico con un procedimiento para tratar los tejidos que parecía haberlos de conservar casi perennemente.

"Entonces se le ocurrió, ya que aun no pudiera vencer a la muerte *en general*, intentar el triunfo *en lo particular*. Ya que no había podido aún crear la vida, intentaría, con tejidos arrancados a la muerte, crear un ser vivo, un hombre y hasta un *superhombre*...

"Este ensueño, en que a la sazón se refugiaban todos los ardores de su genio, quizá no lo hubiera concebido si no hubiese tenido a su lado al viejo relojero, que en el terreno de la mecánica perseguía la misma idea. Por aquel entonces, el anciano Norbert, ayudado de su hija, había llegado a fabricar un autómata realmente maravilloso, al que había conseguido darle un aire tan humano, un movimiento tan natural, que algunas personas que lo vieron se equivocaron hasta el punto de tomarle por una persona verdadera. Como el autómata en cuestión había salido de las manos de la señorita Norbert, bello como un ángel, según frase del relojero, la joven le había puesto el nombre de Gabriel... Pero no era más que un autómata, una máquina...

"En este sentido ya se hicieron obras maestras. Dejando aparte la antigüedad y fábulas por nadie comprobadas, con el siglo XVII llegamos a los primeros autómatas reales y auténticos. Descartes construyó un autómata al que dió cara de muchacha y llamaba *su hija Francina*. En un viaje por mar, el capitán del barco tuvo la curiosidad de abrir el cajón en que Francina estaba encerrada; pero sorprendido por el movimiento de aquella máquina que parecía dotada de vida, la arrojó por la borda, temiendo que fuera cosa de magia...

"Rigvarol cuenta en las notas de su *Discurso de la Universidad de la lengua francesa*, que el abate Mical construyó dos cabezas de bronce que pronunciaban claramente frases enteras. Como el gobierno no quisiese comprárselas, el desdichado artífice, lleno de deudas, las rompió y murió en 1786 en la indigencia.

"A continuación figuran los tres autómatas debidos al genio de Vautanson, que en el año 1738 publicó una sumaria descripción de ellos, y que excitaron en el más alto grado la admiración pública. Eran un flautista, un tamborilero y un pato artificial. No entraré en detalles acerca del movimiento interior que hacía accionar aquellos muñecos de tamaño natural, mediante resortes de acero, válvulas y cadenillas y palancas, maravillas que fueron sometidas a los señores de la Academia de Ciencias, los cuales tuvieron que inclinarse ante el genio del inventor. Vaucanson construyó, además, una *Gaitera* que forma parte de las colecciones del Conservatorio de Artes y Oficios.

"A fines del siglo pasado, Federico de Knauss expuso en Viena un *androide escribiente* que aun existe. Y otros ejemplos más recientes pudiera citar; pero no quiero seguir. Basta lo dicho para que se comprenda hasta dónde puede llegar la mecánica cuando se propone imitar el movimiento humano...

"Mas esas máquinas, para actuar necesitan que *se les dé cuerda*. Lo genial del viejo Norbert consistió en hacer intervenir la electricidad de manera que para dirigir a su autómata no necesitaba *más que hablarle*.

"Figúrense ustedes que en el pabellón de cada oído de Gabriel había dispuesto una especie de película muy sensible, provista en su centro de una aguja en contacto con un aparato eléctrico, que determinaba tal o cual movimiento, según que la aguja prolongase más o menos el contacto, es decir, según se hablara más o menos fuerte o más o menos tiempo al autómata, según se le dirigieran ciertas palabras o ciertas frases al oído derecho o al oído izquierdo... En suma: cuando se hablaba a Gabriel se le *telefoneaba y obedecía*.

"Aunque el autómata estaba muy perfeccionado, el viejo Norbert no se daba por satisfecho. En cambio, su hija, estaba entusiasmada. Ella le había dado sus bellas formas y su bello rostro; ella lo había vestido con una elegancia completamente romántica; ella lo amaba como una madre ama y también como una amante ama... Adoraba aquel rostro ideal como hay quien adora a su ensueño.

"Lo malo es que se entretenía demasiado con aquel mecanismo; hacía algo así como las niñas que abusan de sus muñecas... Y cierto día, el padre dióse cuenta de que en el autómata, por culpa de su hija, algo había que no funcionaba bien... Entonces, la joven prometió que no lo volvería a tocar más que delante de su padre. Sin embargo, no cumplió la promesa. Y una noche en que el relojero, acometido de insomnio, subió al estudio de su hija, encontróse con que Cristina tenía a Gabriel en brazos, como a un niño enfermo.

"—¡Ahora comprendo por qué no me obedece! —exclamó.

"Y en una de esas crisis de desesperación que sólo los inventores conocen, rompió la obra de toda su vida.

"Según me contó el propio Norbert, su hija estaba como loca.

Imploraba a su padre por Gabriel como hubiera podido hacerlo por un ser humano.

"—¡No lo mates! —gritaba—. ¡No lo mates!

"Pero Gabriel ya no era más que un cadáver de autómata.

"Mientras tanto, llegó Jaime Cotentin, y para calmar a su prima y a su tío, que ya lamentaba lo hecho, decidió que Gabriel reviviría, pero no como un simple mecanismo que no obedecía más que a resortes, *sino como un hombre*...

"Hacía algún tiempo que maduraba tal idea. Los trabajos a que ambos genios tuvieron que entregarse para realizar su creación, uniendo el arte mecánico y la ciencia fisiológica, sobrepasan a todo cuanto pueda imaginarse. Pero nada les descorazonaba. A Jaime, además, sosteníanle en su fe los maravillosos resultados logrados por investigadores cuya finalidad era más limitada, pero que, sin saberlo, trabajaban para él. La vida es un misterio del que jamás hay que desesperar. Cuando se cree que huyó de nosotros para siempre aun está entre nuestras manos. El 10 de septiembre del año pasado, el doctor Bedfort Russel, mediante masajes directos en el corazón de un hombre muerto varios días antes, a consecuencia de una angina infecciosa, pudo devolverle la vida. Para llegar a ello, el cirujano tuvo que hacer una profunda incisión sobre el corazón del enfermo y entregarse durante varias horas a un ininterrumpido masaje con sus manos sobre los descubiertos ventrículos. He aquí lo que puede hacerse con el corazón; ¿por qué dudar de un cerebro al que se le devuelve la circulación vascular, que es como decir la vida misma?

—Pero — interrumpió el periodista — ¿cómo Jaime Cotentin pudo dar a un autómata esa circulación tan necesaria y cómo obra el cerebro sobre él?

—He aquí el sistema de ello, tal como pude comprenderlo en virtud de mis indagaciones, forzosamente restringidas, y de las palabras del relojero. El cerebro no fué más que el coronamiento de la obra. Cuando llegó el cerebro, ya todo lo demás estaba a punto. Las piezas del autómata estaban revestidas de la red de nervios necesaria para la transmisión del movimiento; la columna vertebral artificial, de la que pude recoger algunos restos de apófisis, estaba provista de su médula; todo estaba preparado y conservado en el suero Rockefeller.

"Un sistema de mechas algodonaba, por decirlo así, la parte fisiológica del autómata, y deslizábase por la región subcutánea. También la piel era artificial, y, según pude ver estudiando los residuos, hecha con una especie de pergamino aterciopelado, muy flexible y muy suave... Todas las mechas estaban humedecidas por el suero Rockefeller, que conservaba la vida a los tejidos y los mantenía bajo la aterciopelada seda una temperatura siempre igual...

"Con ello llegamos al problema de la circulación. Y he aquí cómo supongo que Jaime Cotentin lo resolvería:

"*La circulación del suero se establecería mediante un mecanismo de sifón. Después el suero pasaría por una tubería deslizada en una "resistencia"* (ya sabe usted lo que se llama "resistencia" en electricidad), mantenida a una temperatura constante de 37 grados, por medio de un interruptor. El suero en circulación se limpiaría mecánicamente mediante un *chapuceo* parecido al *chapuceo* por la cal.

"Es una cosa tan formidable y tan sencilla como todo lo genial.

"El suero Rockefeller fué sometido por nuestros inventores a un tratamiento particular por el rádium, o, mejor dicho, por residuos de rádium (causa de ruina para los desgraciados, que hubieron de dar sus últimos cincuenta mil francos por cincuenta miligramos de esos residuos). Así, el autómata dispuso de una fuerza sobrehumana. Además, el autómata ve y oye como usted y como yo, aunque no habla porque los inventores renunciaron,

por ahora, a dotarle de una voz que tal vez lo hiciera un poco ridículo.

"Ya sabe usted, pues, todo lo que yo sé, entreveo o adivino. Sería gratuito o peligroso decir nada más mientras no tengamos a la vista la obra o el cuaderno de trabajo de Jaime Cotentin.

El profesor Thuillier se incorporó.

—Otra pregunta —rogó el periodista—. ¿Cómo se explica usted que Jaime Cotentin haya elegido precisamente el cerebro de Benito Masson?

—No lo ha elegido, caballero. El cerebro de Benito Masson llegó en el momento psicológico. Me dijeron que nuestro prosector creía en la inocencia del encuadernador; pero no creo que esta creencia le haya movido. Creo, sencillamente, que se sirvió de ese cerebro porque lo ha juzgado *perfectamente apto*, sin tara, sin enfermedad, no agotado, como la mayoría de los cerebros que podía hallar sobre las mesas de autopsia y disección... Otro detalle: Benito Masson murió valientemente con la cabeza hacia adelante, y como *la cuchilla respetó el bulbo*, ello hacía infinitamente más fácil la operación, cuando hubiera que proceder a la reunión de las diferentes partes fisiológicas de la persona y a la sutura de los nervios... Finalmente, suplico a mis colegas que me perdonen si empleo expresiones simples y hasta vulgares, por el interés de que me comprendan todos, al menos en términos generales.

El periodista, que ya estaba deseando marcharse, inquirió:

—¿Existe, pues, el muñeco sangriento, señor profesor?

—Es posible que exista.

—¿Esa es su conclusión?

—Sí, señor.

—¿Es también la conclusión de estos caballeros?

Todos inclinaron la cabeza...

El periodista dió las gracias al célebre cirujano y encaminóse hacia la puerta, acompañado del doctor Pasquette.

El periodista le insinuó:

—Usted no dijo nada. ¿Qué piensa, con entera franqueza?

—Pienso que esto tiene mucha gracia —contestó el doctor Pasquette.

—¿No cree en la posibilidad de ello?

—Lo creo posible... Pero permítame que le diga con entera franqueza, como usted pide, que tiene mucha gracia.

—¡Es algo espantoso! —exclamó el periodista.

—¡Estamos de acuerdo: es algo espantosamente gracioso..'

XIV

Ya es de imaginar el efecto extraordinario de las declaraciones de semejante personalidad. La mayoría de aquellos que, a pesar de los hechos, vacilaban antes de aceptar la *posibilidad* del muñeco, tuvieron que rendirse. *La Epoca* tiró cientos de miles de ejemplares donde se publicaba la entrevista con el doctor Thuillier. Los ejemplares eran literalmente arrancados de las manos de los vendedores y leídos en voz alta en los cafés. Las pizarras de los grandes diarios reproducían lo más saliente de ella, y, a pesar del excesivo frío, acudía a los grandes bulevares una multitud que obstaculizaba la circulación...

"¡El muñeco sangriento!... ¡El muñeco sangriento!..." No se oían otras palabras. Y se justificaba, tratándose de una máquina de asesinar que andaba en libertad por los caminos, de la que se podía ser víctima de un momento a otro, y a la que no podía hacerse nada, ya que podía recibir una cuchillada hasta el mango sin más molestia que una caricia, y, por lo tanto, estaba a cubierto de balas... Ya la gente decía que, aunque le descargaran una ametralladora, las balas no harían más que atravesarle sin producirle ninguna inquietud... En cuanto a sus partes vitales (el sifón, la tubería, la "resistencia", todo lo que el doctor Thuillier había citado, era de suponer que estuviesen protegidas por un blindaje magnífico, digno de la cámara de máquinas de un acorazado... ¡Ah! Aquel Jaime Cotentin que había resucitado a Benito Masson era más acreedor a la guillotina que el propio encuadernador...

Así estaban las cosas cuando, a las diez de la noche, una nueva edición especial de *El Cuarto de Hora*, diario abiertamente enemigo de *La Epoca*, publicó en respuesta a las declaraciones del doctor Thuillier, las declaraciones del profesor Ditte, decano de la Escuela de Medicina y miembro del Instituto; declaraciones que, sin rodeos, llegaban a la siguiente conclusión: "El muñeco sangriento es imposible".

Entonces produjéronse las dicusiones con un encarnizamiento y una violencia desconocidos hasta entonces.

—¿Qué sabe él si es imposible o no? —exclamaba un "partidario" de Thuillier—. No vió ni oyó nada ni hizo ninguna averiguación. Si es un viejo que no sale de su casa, ¿cómo va a enterarse de las cosas?... ¡Tampoco Thiers creía en los ferrocarriles!... ¡Ese decano es un imbécil!...

—Y Thuillier, un idiota.

Pam, pam... Bofetones, peleas, vidrios rotos...

Un pacífico anciano que se hallaba en un rincón, lejos de la batalla, murmuraba:

—¡Ya tienen lo que querían!.. No olvidemos que estamos pasando un momento difícil, que el "horizonte exterior" se muestra sombrío, que de nuestra alianza con Inglaterra sólo nos queda un "leve recuerdo", que los espíritus están inquietos... Y en mi larga vida llevo observado que cuando los espíritus están inquietos, los gobiernos no hallan nada mejor para calmar esa inquietud que producir el espanto explotando algún crimen o algún proceso... Los ejemplos abundan... Me limitaré a recordar, yo que apenas tenía uso de razón cuando la guerra de 1870, el famoso asunto Tropman... Y Tropman, señores míos, ¡jamás existió!

—¿Quién dice esto?... ¿Y el campamento Langlois?...

—Eso no obsta para que Tropman sea una invención del emperador, como la muñeca sanguinaria es una invención de Bessières, de la Seguridad General... Usted aun es joven. Cuando tenga mis años no se asombrará de ciertas cosas...

El viejo que hablaba así en un cafetín del bulevar Poissonnière llamábase el señor Thibault. Era un pequeño rentista de Batignolles.

Ya tendremos ocasión de volver a hablar de él dentro de poco...

A pesar de toda la sensación a que acabamos de hacer mención, hemos de advertir, sin embargo, que a propósito del muñeco sanguinario nada había pasado aún en París en comparación con los acontecimientos que en los siguientes días iban a desarrollarse. Pareció como que sobre la capital pasaba una ola de locura...

Aquella semana fantástica que comenzó con el descubrimiento de la *pistolilla quirúrgica y su trócar*, se recordará por largo tiempo.

No hay que olvidar que Cristina, cuando hizo su primer viaje a Corbillères, había llevado en su bolso el instrumento fatal que, por cierto, le cayera de dicho bolso. Un inspector de la Seguridad General lo descubrió en la escalinata de la casa del hombre de Corbillères después de dos días de la fecha en que comenzó el asunto de la muñeca sangrienta...

Para que el lector pueda apreciar la importancia de tal descubrimiento, consideramos lo mejor reproducir aquí el comunicado casi oficioso de las agencias:

"En Corbillères acaba de realizarse un descubrimiento sensacional: el del instrumento con que Benito Masson hería a sus víctimas antes de estrangularlas... Trátase de un pequeño revólver automático provisto de un trócar, construído a base de los que se emplean en cirugía, y que puede verse en las vitrinas de los especialistas de la calle de la Escuela de Medicina... El trócar es una aguja hueca en la que el hombre de Corbillères introducía, antes de dispararla, varias gotas de cierto veneno somnífero que dejaba indefensa a su víctima... Eso es todo lo que de momento puede decirse. Los peritos químicos aun no se manifestaron claramente acerca de la exacta naturaleza del líquido empleado por Benito Masson. Pero lo que se sabe basta para explicar, por ejemplo, el asesinato sin combate, y hasta puede decirse que sin resistencia, del guardabosque Violette, a pesar de que era un hombre mucho más fuerte que el encuadernador de la calle del Santísimo Sacramento.

"Así quedan explicados también los singulares pinchazos en la nuca, en el brazo y hasta en la pierna de los *inmolados en Corbillères*... La repetición de los pinchazos en todos los cadáveres había intrigado grandemente a la justicia, que no llegaba a acertar el objeto de ellos. Ahora ya no se puede dudar de que *Benito Masson pinchaba a distancia a sus víctimas*.,."

Esta nota, que había de tener una formidable repercusión sobre toda la población parisiense, no apareció realmente con toda su importancia hasta varias horas más tarde, cuando, en su edición de las diez, *La Epoca* reprodujo el texto del comunicado, para darle todo su alcance judicial:

"Lo que el comunicado olvidó decir —precisaba *La Epoca*— *es que las últimas víctimas de Corbillères llevan también, COMO VIOLETTE, la misteriosa herida hecha* (ya no puede dudarse después de las experiencias de la madrugada) *por el trócar de la pistola automática*. Por lo tanto, el muñeco sangriento iba armado del mismo instrumento fatal que Benito Masson. Es un detalle que viene a corroborar firmemente la opinión del profesor Thuillier. Quizá no está lejano el día en que encontremos los cadáveres de Cristina Norbert y del prosector con la misma señal, con esa manchita funesta que marca el paso del monstruo.

"Ahora bien —continuaba *La Epoca*—, ¿cómo es que la pistola de trócar se hallaba en la escalinata?... Es evidente que se perdió allí, porque si no el temible *Gabriel* la llevaría aún encima... Pero

hay otra hipótesis que a los inspectores de la Seguridad General les parece la más verosímil. Según ella, *Benito Masson tenía en su casa, en un insospechado escondrijo, gran número de esas extrañas armas, y, por lo tanto, el arma hallada no le hacía falta al muñeco para proseguir su obra de muerte.* La pistola de trócar hallada pudo haberla perdido Benito Masson antes del descubrimiento de sus crímenes, *pero el muñeco no está desarmado...*"

Un estremecimiento de frío pasó sobre París. La muñeca podía pinchar a distancia y no había manera de evitarlo. ¡He ahí adónde llevaba la ciencia, el *exceso de ciencia!*... Y en los más serios periódicos se echaba de menos el tiempo de las diligencias y de los bandoleros en las carreteras... Entonces, al menos, cada cual sabía que tenía que tomar precauciones, y no ignoraba a lo que se exponía... Pero ahora, ¡cualquiera recelaba de un buen señor, que, vestido como uno cualquiera, y con una cara de buena persona, lleva en el bolsillo del abrigo una pistolilla de trócar!...

Uno podía ir tranquilamente por la calle y ser herido sin darse cuenta de lo que le sucedía... Se exclamaría: "¡Vaya un pinchazo!"; pero no se le daría importancia... Después se sentiría un poco de aturdimiento... Se acercaría un transeúnte desconocido para prestarle auxilios... Y uno se moría y a lo mejor sería despojado y estrangulado... Porque ¿se sabía con fijeza lo que aquel *ser* hacía con sus víctimas?... Todos los cadáveres causados por Benito Masson no habían sido encontrados, *sobre todo los cadáveres de mujeres*...

Al otro día de publicarse aquellos artículos prodújose un acontecimiento que acabó de marear a todos. Una señora joven y bonita que había entrado en un gran comercio de los alrededores de la Opera para comprar unos guantes (del 6 1/4) lanzó un grito, llevóse la mano a la cadera y dijo suspirando:

—¡Qué pinchazo!...

Volvió la cabeza y no vió más que personas indiferentes que pasaban de largo. Pero repitió con más fuerza:

—¡Qué pinchazo, qué pinchazo!...

Entonces la auxiliaron... El jefe de sección, acompañado de una multitud anhelante, llevó a la dama desfallecida a la puerta de una guardarropía, donde permaneció con una empleada de la casa varios minutos al cabo de los cuales ésta reapareció gritando:

—¡Pronto! ¡Un *taxi!*...

Y la empleada mostraba las manos rojas...

La emoción fué extraordinaria... No se oyó más que un grito:

—¡El muñeco! ¡El muñeco!...

Algunos, llenos de miedo, abandonaron a todo correr el comercio. En otros pudo más la curiosidad. Y se quedaron para ver salir a la dama, que estaba muy pálida, a la que subieron a un taxímetro y acompañaron hasta su casa dos inspectores del comercio. También subió un agente.

El suceso, descrito en la prensa de la noche, tuvo una resonancia formidable. ¡Era evidente que el muñeco estaba en París!... En alguna parte había de estar. Y como no estaba en provincias, lógico era que estuviese en la capital... ¿Dónde mejor para pasar inadvertido?...

El Cuarto de Hora intentó entonces poner en un apuro a los poderes públicos. Una de dos: el muñeco existía o no existía. Si existía, ¡había que detenerlo!...

Ya todo el mundo creía en la existencia del muñeco. Y lo terrible fué que todo el mundo creyóse en el deber de hacer la detención...

Una nueva nota de las agencias afirmando que la joven pinchada en un gran comercio de la orilla derecha lo había sido a causa de un accidente de los más ordinarios, no tuvo éxito alguno.

A los parisienses les sobraba razón para desconfiar. Y el asunto se ponía muy serio para que los poderes públicos no temiesen las consecuencias. Aun cuando el accidente había sido *menos sencillo* de lo que el comunicado de la Seguridad General afirmaba, ¿no estaba el señor Bessières en la obligación de tranquilizar ante todo los espíritus? Pero, como ya dijimos, todo fué inútil...

Al siguiente día, otra bella joven, de origen polaco —precisamente porque tenemos el expediente a la vista—, que había entrado en la iglesia de la Trinidad para manifestar sus devociones, dirigióse de pronto, como galvanizada, a su reclinatorio. ¡También acababa de ser pinchada! Lanzó un grito de espanto y dolor, que atrajo al sacristán, mientras se cerraba una puerta cercana, como si hubiera huído por ella el autor del atentado.

El sacristán, valeroso, iba a perseguirlo; pero la joven de origen polaco le rogó que no la abandonara.

—Me estoy durmiendo —gimió.

Y el sacristán la sostuvo en sus brazos. En aquella actitud fué sorprendido por el primer vicario, a quien, naturalmente, tuvo que dar explicaciones. Llevaron a la joven a la sacristía y en seguida avisaron por teléfono a la policía.

El comisario, lo primero que hizo fué recomendar silencio: pero una telefonista que había sorprendido la conversación apresuróse a servirse del teléfono para referir el hecho a sus amistades y conocimientos. Varias horas más tarde todo París lo sabía. ¡El muñeco no respetaba nada ni a nadie! Iba por todas partes. Luego del comercio, a la iglesia. Después, a los tranvías y ómnibus...

Aquel mismo día, la señora Sala Tricoche, zapatera, que vivía en Saint-Maur, subió cerca de la iglesia de Belleville, y en compañía de su hijo, en un ómnibus de la línea Saint-Fargeau-Louvre, que se dirigía hacia la puerta de Saint-Denis. Sentóse en un asiento en primera fila, y hacia la izquierda, y a su lado colocó a su hijo. No lejos, había un solo viajero, correctamente vestido.

De pronto, como la señora Tricoche se inclinara para colocar debajo del banco un paquete de mercaderías que iba a entregar, sintió cerca de la muñeca un vivo dolor.

La señora Tricoche, sin perder su sangre fría, agarró la mano del otro viajero, que se había inclinado al mismo tiempo que ella, y gritó:

—¡Usted me ha pinchado!...

Y la viajera, en afirmación de sus palabras, mostraba una pequeña herida negruzca en una mano.

Como puede suponerse, el grito de la viajera había producido una gran emoción entre los ocupantes del ómnibus. El hombre, que había soltado violentamente su mano, protestaba en voz alta de su inocencia, mientras muchos viajeros, entre ellos un policía secreto, lo rodeaban y deteníanlo.

Inmediatamente se le registró, y, a pesar de la acusación, ningún instrumento incisivo se le encontró. Las investigaciones llevadas a cabo en el banco y en el suelo tampoco hicieron descubrir nada sospechoso.

No obstante, la herida de la víctima demostraba a las claras que era consecuencia de un pinchazo.

Entonces, otra viajera declaró que poco antes había visto, en la plataforma, a un individuo de raro aspecto, que tenía el cuello del abrigo levantado sobre una cara *tan impasible y tan dura como la de una estatua.* Y aquel individuo parecía sujetar un instrumento de acero con la mano...

No era necesario tanto detalle. Veinte voces exclamaron al unísono:

—¡Es el muñeco sangriento!... ¡Es el muñeco sangriento!...

—¿Dónde bajó? —preguntó el agente.

—Cuando la señora gritó volví instintivamente la cabeza, pero ya no lo vi en la plataforma... Corría por la acera en dirección al bulevar... Llevaba un abrigo negro, grande, que le llegaba hasta los pies... Y llevaba el sombrero de fieltro marrón calado hasta las orejas...

El ómnibus se había detenido. El agente lanzábase ya en la dirección indicada. Otros diez viajeros saltaron tras él. Y todo el tropel corría, atropellando a su paso y llevándose tras sí a mucha gente...

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—¡El muñeco, el muñeco sanguinario!...

Y corrían...

Luego de algunas vacilaciones y tribulaciones, luego de renovar varias veces la esperanza ante los informes de personas que, cuando se enteraban de la causa de todo ello, afirmaban "haberle visto pasar", llegaron finalmente al Museo Fralin, cuya puerta estaba abierta de par en par a una bóveda sumida en semiobscuridad. El Museo Fralin es muy conocido: es asombro de la infancia y alegría de la madurez. Con la tumba del emperador, el Panteón, la Torre Eiffel, constituye para los turistas extranjeros y provincianos, una de esas cosas necesarias y bastante para, cuando se vuelve a casa, poder tener la certidumbre de que no se ignora ninguna maravilla de la "capital del mundo moderno".

La puerta de hierro que daba al antro misterioso donde el arte ligero de una hábil estatuaria parece haber resucitado, en figuras a las que sólo falta la palabra, los gestos más famosos de la historia, estaba entreabierta.

—¡Quizá ha entrado ahí! — exclamó alguien.

—¡*En ninguna parte puede esconderse mejor un autómata que entre muñecos de cera!*...

La frase era de una aplastante lógica.

Las treinta personas que la habían oído, dejando correr a las demás, penetraron, o mejor dicho, precipitáronse al museo, atropellando a los empleados y saltando los tornos. Así llegaron agitados a los primeros salones de aquel museo de la ilusión.

Por cierto que, como suele suceder muchas veces, un buen padre de familia habíase quedado inmóvil en un banco, con el doble objeto de intrigar a los visitantes y de divertir a sus hijos, que no lejos de allí estaban al acecho. Y como el buen hombre se levantara de pronto como a impulsos de un resorte, pasó quizás el más desagradable cuarto de hora de su vida.

Afortunadamente para él, no estaba mudo. Y, como protestase con grandes gritos de espanto contra la grave acusación que le lanzaban, alguien observó que el muñeco no hablaba, lo cual salvó al desconocido de un linchamiento, aunque, de todos modos, no volvió indemne junto a sus desconsolados hijos. Inmediatamente salió de allí, jurando no volver más. Y aquella misma noche tomó el tren para Angulema.

A pesar de los esfuerzos de los em-

pleados, el grupo invasor seguía su desesperada inspección sacudiendo a los maniquíes, a los que sólo dejaba el esqueleto. No vamos a insistir en esta deplorable expedición que, al fin y al cabo, sólo fué un incidente de la nerviosidad general que se apoderó de París. Limitémonos a decir que donde figuraban escenas de la Revolución o personajes históricos que iban vestidos poco más o menos como vestía Gabriel cuando apareció por primera vez en la tienda de la calle del Santísimo Sacramento, fueron destrozados por los nuevos iconoclastas... De no intervenir la policía, ¿qué hubieran dejado aquellos salvajes de tanta figura que contribuye a proporcionar alegría los domingos?...

Los que corrían el peligro del martirio en la calle eran los hombres con sobretodo negro y sombrero marrón. ¡Cuántas escenas grotescas estuvieron a punto de tornarse trágicas!... Un gesto algo raro de la persona más inofensiva daba la señal de ataque... Además, teníase muy en cuenta a las personas que no se movían... Un sopor podía ser fatal... Así es que, en cuanto alguien se dormía en el tranvía y tenía la desgracia de no roncar, los viajeros le sacudían, gritándole:

—¡Hable, hable!

—¿Qué quieren ustedes que diga? —suplicaba el pobre hombre, en el colmo del espanto.

—Nada. Basta con eso.

Así que hasta resultaba peligroso tener un sueño pesado.

Los días siguientes, el asunto de los pinchazos tomó fantásticas proporciones. Hubo diez, veinte, treinta, cincuenta pinchados entre las once de la mañana y las siete de la tarde, porque el hecho generalmente ocurría en los grandes comercios a la hora de mayor venta, cuando la gente se apretuja ante las ofertas del día.

Aquello convertíase ya en una enfermedad, en una epidemia. Las mujeres gritaban que sentían pinchazos cuando no había nada de ello. Pero habían creído sentir el pinchazo, lo cual no dejaba de ser terrible, porque abría paso a una sugestión general, que rememoraba las de San Medardo y los fanáticos de la fuente de los inocentes.

El prefecto de policía, que era muy inteligente, exclamó:

—¡Basta ya! ¡Hay que terminar con esto!...

Y he aquí cómo terminó..., o casi terminó... Como era imposible detener al que pinchaba o los que pinchaban, *se detuvo a los pinchados*...

Ya tuvimos ocasión de hablar de un tal Thibault, pequeño rentista de Batignolles que causara cierto escándalo en un bar de los grandes bulevares manifestando que el muñeco sanguinario no era más que un invento del gobierno destinado a acaparar la atención pública, que de otro modo preocupariase por otros problemas mucho más graves. Pues bien: sucedió que aquel señor Thibault, que, a pesar de vivir en Batignolles, iba todos los días a tomar su aperitivo al bulevar, por el que sentía una afición de perfecto parisiense, al pasar frente a un bazar cuyas aceras estaban repletas de compradoras, atraídas por un saldo de medias de seda, detúvose unos segundos a contemplar un espectáculo que —tal vez hizo mal en decirlo en voz alta— no dejaba de tener *cierto saborcillo picante*...

Al instante fué castigado por aquella inocente crítica referida a la coquetería de aquellas mujeres entre las cuales habíase introducido con el buen humor de un viejo parisiense. Y el castigo consistió en la desagradabilísima sensación de una aguja que le penetraba profundamente en la parte más carnosa de su persona...

Lanzó un grito, llevándose la mano al lugar atacado; volvióse repentinamente para sorprender al cobarde agresor; no tuvo tiempo más que para ver cómo por la esquina de la calle desaparecía a saltos una forma vaga, e inmediatamente pidió auxilio:

—¡Me pincharon, me pincharon!

Al momento acudieron agentes..., para detenerle...

—¡Hola, hola! ¿Conque lo pincharon?... Pues nosotros pondremos remedio...

Al principio no comprendió lo que querían decirle. Sólo empezó a formarse una idea aproximada de su aventura en la comisaría adonde lo llevaron y donde, mientras llegaba el comisario, estuvo en una celda sombría y fétida, ya ocupada por algunos parroquianos.

—¡Por favor, señores agentes! —protestaba—. Sólo pido que me examinen... Sufro mucho... Les juro que me pincharon...

—¿Todavía se atreve a decir que lo pincharon? —gruñó uno de los representantes de la fuerza pública, alargando sobre el pobre hombre una cara de guerrero enérgico y bigotudo.

—¡Me pincharon, señor agente!

—Pues ahí va otro pinchazo!

Y el representante de la fuerza pública, de un puñetazo entre ceja y ceja, hizo rodar sobre el banco al señor Thibault, pequeño rentista de Batignolles.

Luego fué a cerrar la puerta...

Media hora más tarde se volvió a abrir y el agente llamó:

—¡A ver ese del pinchazo!

Thibault se levantó apenas repuesto de la emoción, y el agente lo llevó ante el comisario.

Este —que parecía de un humor de perros— lanzó una mirada tremenda al detenido, para preguntarle:

—Nombre, apellidos y oficio.

—Aureliano Thibault, rentista de Batignolles...

—Según parece, por el informe del agente, usted ha sido pinchado...

—¡Nada de eso, señor comisario!... Hipótesis, suposiciones, manías... Pero ahora le juro que no fuí pinchado... ¡Nada de eso!

Entonces el comisario se levantó. Ya no miraba tremendamente. La más amable de las sonrisas abríase sobre sus labios en flor...

—Creo, señor Thibault, que usted lo ha entendido...

—¡Lo entendí, señor comisario!

—Ahora, permítame que le estreche la mano para felicitarle por su sagacidad.

—Es usted muy amable, señor comisario... ¿Puedo retirarme?...

—No, señor Thibault, todavía no... Le tendremos a nuestro lado veinticuatro horas más... Un hombre tan inteligente como usted, comprenderá que, para que *los demás* lo entiendan también, necesitamos tenerle con nosotros veinticuatro horas más... Cuando *los demás* sepan que un pinchazo o la suposición de un pinchazo cuesta veinticuatro horas de encierro, se terminarán lon pinchazos...

Thibault no hizo ninguna protesta. Ya no creía en la justicia de su país ni en nada de lo que constituye la fuerza moral de los pequeños rentistas de Batignolles. *¡Sólo creía en el muñeco!...*

Como hemos anticipado, el procedimiento dió excelentes resultados. Y ya se felicitaba de ello Bessières, aunque la iniciativa se debiera a su colega de la Prefectura, cuando en el despacho de la calle de las Saucedas vió aparecer un hombre del que no había tenido noticias desde el día en que lo había enviado con una misión.

—¡Hola, *Emisario*! —exclamó muy alegremente, porque aquel día no se había dado absolutamente ningún pinchazo—. ¿Qué fué de usted?... Ya lo creía comido por esa sangrienta muñequita...

—La muñeca sangrienta no come —repuso Lebouc con tanta gravedad, que el director de la Seguridad General perdió al instante la sonrisa—; además, yo no vengo aquí para hablar de esa muñequita, como usted dice.

—Mejor, Lebouc, mejor... Ya no pincha a nadie... Dentro de dos semanas nadie se ocupará de ello... Y le advierto que no seré yo quien lo sienta.

—Señor director, le advierto que lo que me trae aquí es mucho más grave de cuanto habíamos imaginado.

—Yo nada había imaginado. Eso es cuenta de Gassier y de los señores de la plaza Vendôme...

—Estos días, señor director, los pasé en Corbillères...

—¿En Corbillères?... Pues no lo vieron. Pedí noticias suyas a los agentes, a los inspectores...

—A pesar de eso, yo estaba allí... Y si estaba allí no estando la muñeca, usted puede tener la seguridad de que había una poderosa razón para ello...

—¿De qué se trata?

—De algo espantoso.

—¿Espantoso?

—¡Como se lo digo!... ¿Estamos solos?...

Lebouc levantóse, se aseguró de que las puertas estaban cerradas, volvió junto a su jefe y le habló al oído lo menos durante cinco minutos.

Primero, el director juró, luego injurió y calló y finalmente escuchó. Después, con los brazos cruzados sobre el agitado pecho, repitió:

—¡No es posible, no es posible!

Lebouc, un poco pálido, ya no decía nada.

Bessières le apretó las manos hasta estrujárselas, mientras le decía:

—Oiga... Usted no es un imbécil... Hay que callar y no hacer absolutamente nada sin que yo se lo diga... Ahora mismo voy a ver al ministro... Espéreme aquí.

Un cuarto de hora después estaba de regreso Bessières en su despacho. Se había ido congestionado, con el rostro a punto de estallar. Y regresó más pálido que Lebouc.

—¿Sabe usted, *Emisario*, lo que el ministro dijo?... Que usted es más peligroso que el muñeco... Y ahora, ¡váyase!... Y, sobre todo, ¡silencio!

A la mañana siguiente, en la primera página de un lugar destacado de *La Epoca* leíase lo siguiente, impreso en gruesos caracteres:

"El asunto del muñeco sanguinario, que ya hizo correr tanta tinta (y tanta sangre), va a entrar en una nueva fase y a

tomar una amplitud espantosa si se tiene valor para ir hasta el fin".

Aquellas palabras las firmaban las XXX que ya habían aparecido como firma del artículo que dió vida y emoción al asunto en sus comienzos.

XV

Si bien el inspector Lebouc, por razones que conoceremos pronto, había abandonado la pista del muñeco sanguinario, Jaime Cotentin, a quien dejamos en Corbillères frente a las ropas hechas jirones de Cristina, habíase dedicado con más actividad que nunca a perseguir a Gabriel...

El prosector, después del espanto del primer momento, creía haber adquirido, si no la certeza, por lo menos la esperanza de que su novia vivía. No hubiera podido decir exactamente cómo había terminado entre la joven y el temible autómata el drama que había alborotado toda la habitación. Pero muchos indicios le permitían creer que si de Cristina no había encontrado más que sangrientos guiñapos, debíase a que Gabriel se los había hecho sacar para que se pusiera ropa limpia y vestidos decentes, ya que en el suelo había etiquetas de una tienda de novedades de Melun que, además, le permitieron hacer una indagación mediante la cual llegó a poseer inmediatamente preciosos informes.

Por otra parte, bajo el tinglado descubrió la prueba del paso del pequeño automóvil de conducción interior robado al pobre Lavieuville. Y más aun que su paso, descubrió las razones evidentes de su detención en el misterioso recinto. Unas cuantas cajas de pintura abiertas recientemente y dos grandes pinceles embardunados todavía con materia colorante, atestiguaban que el auto había sido pintado, no solamente, sino que indicaba cómo fuera pintado el auto. Así es que Jaime Cotentin, después de un viaje de varias horas a Melun, estaba suficientemente informado para tener una idea de cómo iba vestida la pareja y del aspecto del vehículo que los llevaba.

El prosector Jaime Cotentin no dejó en el pabellón de Corbillères nada de lo que allí había encontrado, para que no le molestasen o entorpeciesen en las investigaciones que realizaba por su cuenta, pues por encima de todo temía la intervención de la policía en aquel asunto. Y luego lanzóse a la persecución del autómata, convencido de que lo alcanzaría pronto.

Lo que lamentaba era haber perdido tanto tiempo. La suerte de Cristina sería en verdad lamentable. La huella de la última lucha que tuviera que sufrir en Corbillères contra las exigencias del autómata revelaban que la desgraciada hija de Norbert había acompañado al monstruo contra su propia voluntad, y que seguía siendo su presa.

¿Cuál no sería, pues, la sorpresa del prosector, cuando en el camino seguido por los fugitivos, en una posada de las orillas del Marne, enteróse de que la joven había bajado del automóvil y había hecho todas las provisiones necesarias antes de volver al coche, donde la esperaba con la mayor tranquilidad el joven sentado al volante?

Después de las sangrientas etapas de una pista en la que no había descubierto hasta entonces más que golpes y heridas para Cristina, Jaime se felicitaba de que las cosas tomaran un cariz menos trágico de lo que el principio de la aventura permitía suponer. Se alegró, pues, pero no dejó de quedar intrigado...

Los viajeros dieran la vuelta a París y habían tomado el camino de la Turena, que Jaime conocía perfectamente... Para reconstituir aquel itinerario todavía perdió cierto tiempo, porque el pequeño automóvil no siempre recorría la carretera principal... Los caminos secundarios por los que se había metido más de una vez demostraban tal astucia por parte del conductor, que Jaime, en otras circunstancias, se hubiera mostrado orgulloso. Pero he aquí que desde que Jaime Cotentin había lanzado su autómata al mundo, acontecimiento que debiera haberlo llenado de gloria, ya no estaba satisfecho de nada...

Y era extraordinario el hecho de que su carácter taciturno no hacía más que acentuarse a medida que iba recogiendo indicios y pruebas de que Cristina ya no seguía a Gabriel como una prisionera, sino como una compañera...

Por lo menos, si se alegraba de semejante cambio, hay que reconocer que la alegría de Jaime Cotentin era muy parecida a la tristeza.

Al fin y al cabo, existen caracteres que se muestran indiferentes y hasta huraños cuanto más íntimamente satisfechos están.

La sorpresa de Jaime Cotentin todavía aumentó cuando se dió cuenta de que la pareja, al salir de Tours, había tomado el camino de Coulteray.

—Será una ocurrencia de Cristina —se dijo.

Y llegó así a la singular creencia de que aquella "excursión", inspirada —¡de qué manera!— al principio por Gabriel, a la sazón era dirigida por la joven. El autómata hacía todo cuanto *ella* deseaba...

Pero ¿qué era *lo que ella quería?* Volver a ver aquellos lugares cuyo recuerdo no la dejaba, aquellos lugares donde había dejado la sombra, peligrosa para su imaginación, de la pobre marquesa, pálido fantasma que salía a medianoche de su tumba para dar un paseo por los cementerios.

—¡Ea! —se dijo Jaime después de unos instantes de reflexión que parecieron devolverle toda su energía—. ¡Vamos a Coulteray! Así tendré ocasión de ver al excelente doctor Moricet, de quien no tuve noticias desde hace tiempo...

Jaime había alquilado un pequeño coche en forma de torpedo que guiaba él mismo. Cuando llegó a Coulteray fué directamente al mesón de "La Gruta de las Hadas" y preguntó por el hostelero.

La criada le contestó:

—El señor Achard aun no está bueno: pero si quiere hablar con él, lo puedo acompañar hasta la alcoba...

—¿Está enfermo? —preguntó el prosector, que se preocupaba de la salud del mesonero como de su primera pieza anatómica.

—Muy enfermo... Pero hace todo lo que el médico le manda... Sigue muy bien el régimen...

Y la criada, empujando una puerta, dijo:

—¡Señor amo!... Hay aquí un viajero que quiere hablar con usted, si no es mucha molestia...

—¡Nada de eso! —respondió el señor Achard—. Cuando uno está enfermo, ¡cuanta más compañía, mejor!...

Jaime dió la vuelta a un biombo y encontróse con el enfermo. Tenía un gorro de algodón hundido hasta las orejas, y estaba sentado frente a un magnífico fuego de leña que llenaba toda la chimenea. Junto a él había una mesa abundantemente provista de vituallas y de "ampollas" en las que se irisaba el vinillo de Anjou esperando que el convaleciente lo probara. Y, en efecto, el mesonero en aquel momento estaba muy ocupado en rociar con aquel generoso caldo una apetitosa gallina de Tours que tenía en el asador, sobre el magnífico fuego.

—¡Hola! —exclamó Jaime—. Ya veo que su enfermedad va bastante bien...

—Hago todo cuanto puedo para que se resuelva favorablemente —contestó el otro moviendo la cabeza con aire de resignación—. El doctor Moricet me abandonó hace veinticuatro horas y no tengo más remedio que arreglarme yo solo...

—¡Pues no se arregla mal!...

—Es el régimen a que estoy sometido, señor... Y aunque, según parece, usted goza de buena salud, se lo ofrezco de muy buena gana...

Jaime sentóse al mismo tiempo que daba las gracias: ¡no tenía apetito!...

—Pues si no tiene apetito, lo mejor es que consulte su caso con un médico... Vaya al doctor Moricet, que no hay otro como él para curar con un régimen adecuado enfermedades como ésa... Tampoco yo tenía hambre; peró él me dijo que era necesario comer... ¡y como!...

—Lo que no comprendo es la enfermedad que sufre usted —manifestó el prosector—. Su cara no puede estar más lozana.

—¡Ay! —gimió el otro, mientras engullía medio chorizo humeante que había embalsamado una fuente de lentejas servida a modo de sopa—. ¡Ay! A la gente no debe juzgársela por la cara que pone... Yo, aquí donde usted me ve, soy un desgraciado.

—¿De qué sufre?

—*Del lado..., del lado moral...*

—¡Ah, ya!

—Sí, señor, sí. Tengo muy débil la moral, según me dijo el doctor.

—Pues le deseo que se reponga pronto —dijo Jaime sonriendo, porque tomaba a broma las frases de su interlocutor—. Mientras tanto, voy a exponerle el objeto de mi visita. ¿No me conoce usted?

Achard le miró y dejó el tenedor y la cuchara, porque se servía de ambas manos a la vez; después, frunciendo el ceño, dijo:

—¡Ay!... Si no me equivoco, usted es el que vino a comer a casa el día que enterramos al vampiro...

—En efecto.

El otro, frunciendo cada vez más el ceño, añadió:

—Usted es el que se instaló en el castillo con la joven que fué amiga de la marquesa.

—Efectivamente. Con aquella misma joven vine a comer aquí. ¿La recuerda usted?

—Sí, creo que sí... Tengo muy presente aquella *terrible noche*. Sólo de pensar en ella noto que se me pone más débil la moral...

Y de un formidable bocado hizo desaparecer la otra mitad de chorizo. Después vació de un trago media botella de Vouvray, enjugóse la boca y miró a Jaime Cotentin con una especie de consternación melancólica y casi enternecedora.

—¿Qué es lo que quiere usted saber? —preguntó.

—Quisiera saber si usted volvió a ver a aquella joven, si pasó por aquí...

Achard lanzó un suspiro para decir:

—No se preocupe, joven... Las mujeres, aun las mejores, trabajan para el diablo... Crea lo que le dice un hombre que va donde vaya el primero, que siempre fué galante para las mujeres y a quien, sin embargo, siempre engañaron... Todo es cuestión de acostumbrarse... Si yo hubiera de enfermar por una cosa de ésas,

seguramente no estaría cómo estoy...

¿Quiere usted un vasito? Este vinillo da más calor que el mismo sol... Pero, volviendo a lo que usted pregunta, voy a decirle que esa joven volvió no hace aún ocho días... *Iba con otro*... ¡Es la vida!...

Después de un silencio y un nuevo trago, el mesonero prosiguió:

—No crea que estuvo mucho tiempo aquí... Vinieron en un pequeño automóvil, del que ella bajó para llenar de provisiones un canasto... En seguida volvió a reunirse con su amiguito... Parecía como avergonzada de que la vieran... Yo procuré fisgonear con quién iba. Y su substituto —dicho sea sin ánimo de ofenderle— era un buen mozo... ¡Oh, las mujeres!... Pero ¿qué le vamos a hacer?... Se dirigieron hacia el castillo. Luego supe que ella fué a rezar sobre la tumba de la vampiresa... Pero ya no les volví a ver.

—Y a la vampiresa, *¿la volvió a ver?* —preguntó sarcásticamente Jaime, que, aun cuando ponía buena cara a las singulares consideraciones del posadero referentes a su infortunio, tenía unas ganas terribles de romperle la sopera en la cabeza.

Lo que no esperaba era el efecto que iba a producir su pregunta, hecha en el tono del hombre de talento que se mofa de un imbécil.

Achard levantóse bruscamente; sus hermosos colores desaparecieron de una manera súbita; una inquietante nube había esparcido su velo sobre los ojos poco antes tan resplandecientes como el vino en el que encontraban la alegría de vivir.

—La volví a ver —respondió—. La volví a ver justamente la noche en que su ex amiguita "pasó por aquí"... Yo no fuí el único que la vió... Y los que la vieron también están enfermos... A mí se me agolpó la sangre; Bridaille, el herrero, sintió tal dolor en el corazón que le quitó las fuerzas tan necesarias en su oficio; a Verdeil, el que tiene el garage junto al puente, se le ha trastornado de tal manera la cabeza, que confunde la derecha con la izquierda, lo cual es muy peligroso para conducir automóviles...

"Y es que esta vez no fué como la primera... Entonces la vimos desde tan lejos que luego pudieron contarnos todo lo que quisieron... Quienes nada vieron, creyéronse en el caso de burlarse de nosotros... ¡Cuánto siento que no ocuparan nuestro lugar!... Pues bien: la última noche a que me refiero, que era la del martes pasado, Bridaille, Verdeil y yo estábamos en el salón de billar. Acabábamos de terminar la partida y cada cual disponíase a volver a la cama. Verdeil ya había encendido su linterna, aunque no se habían apagado las luces del día. Se lo digo para que se dé cuenta de la claridad que había... De pronto, llamaron a la ventana...

"—Apuesto cualquier cosa —dijo Bridaille— que viene a buscarme mi mujer...

"Y abrió la ventana... Entonces los tres lanzamos un grito y retrocedimos... Muy cerca de la ventana, al alcance de la mano, estaba la vampiresa... ¡No había duda! Era la marquesa de Coulteray, tan blanca como la nieve que desde por la mañana caía. Además, reconocimos su voz.

—¿Habló? —preguntó Jaime, que, a pesar suyo, estaba levemente emocionado.

—¡Claro que habló! Aun resuenan en mis oídos lo que dijo. Dijo esto: "Soy yo, Achard. Esta noche hace mucho frío y me da miedo ir sola por esos caminos. ¿Quieres llevarme a mi tumba?..." Le aseguro a usted que no invento nada. Nosotros tres éramos incapaces de un movimiento, parecíamos estatuas... De pronto lanzó un penetrante chillido, como un pajarraco nocturno, y se fué... Vimos que por el recodo del camino desaparecía su fantasma, *seguido por otro fantasma*... Por lo visto, los fantasmas de vampiros se dedican a perseguirse de noche... Yo caí sobre el suelo; Bridaille, que es muy religioso, estaba de rodillas y más emocionado que un fraile que hubiera visto el infierno; en cambio, Verdeil, tuvo ánimo para cerrar la ventana... Aquella noche durmieron en mi casa, y a la mañana siguiente se fueron a las suyas... Pero tan mal nos encontrábamos, que hubo que llamar al doctor... Como hecho de ex profeso, estaba fuera: creo que había ido a ver a un cliente de Sologne... Regresó por la noche. Le contamos lo acontecido y nos respondió al momento que la moral se nos había debilitado... Y cuando el doctor Moricet lo dice, por algo lo dirá... Lo curioso es que los tres tuviéramos esa misma enfermedad de la moral...

—¿Y les ordenó a los tres el mismo régimen? —preguntó Jaime.

—Sí... Aquí lo preparamos... Si usted pasa por la cocina, verá "el régimen" que va a llevar la criada a Bridaille y a Verdeil... Yo soy el que está más enfermo, y, por lo tanto, el que carga más la mano en el régimen... Solamente por haber vuelto a hablar del asunto noto más debilidad en la moral... ¡Voy a ver cómo está la gallina!...

Achard ya no sonreía. Jaime, tampoco. Resistió otra oferta del mesonero, en seguida despidióse y subió a su automóvil.

Detúvose ante la casa del doctor Moricet, cuya criada le dijo que el señorito estaba ausente y que no volvería antes de la noche. En vista de ello, se fué al garage de Verdeil, que se hallaba en la encrucijada de los tres caminos, junto al puente, e interrogó rápidamente al empleado, por el que se enteró de que el coche que le interesaba se había provisto de nafta y se había dirigido por el camino de Saumur, es decir, hacia el oeste. Y una vez obtenido semejante informe, tomó, con gran asombro del mozo, el camino del este, que lleva hacia Sologne...

Pero a las diez de la noche volvió a pasar por allí y fué a dormir a Saumur.

En Saumur, a la mañana del día siguiente, se enteró de que los dos viajeros a quienes buscaba habían descendido el miércoles anterior, a las dos de la madrugada, en el mismo hotel, donde pidieron dos habitaciones. Al amanecer se levantaron, dejaron en el garage del hotel el pequeño automóvil e hicieron llevar su equipaje a la estación. Jaime pidió ver el coche para asegurarse de que seguía la buena pista.

Interrogando al mozo del hotel, pudo enterarse de que los dos viajeros habían sacado boletos directos para Niza.

Ir a Saumur para tomar boletos directos a Niza, ¿no era el colmo de la astucia en un autómata?

Una hora más tarde pasaba un expreso que, por Tours, iba a alcanzar en Lyón al París-Lyón-Mediterráneo. Jaime lo tomó después de haber dejado su auto en Saumur, en el mismo garage.

No se atrevía a telegrafiar al relojero para que le mandase un despacho a una estación del trayecto —Lyón, Aviñón o Marsella—, por miedo a poner en acción a la policía antes de que él pudiera alcanzar al muñeco, y hubiera juzgado serenamente la situación y tomado las resoluciones del caso. Sin embargo, ardía en deseos de saber si Cristina le había

escrito a París para ponerle al tanto de su fuga con Gabriel y decirle dónde encontrarlos.

No podía pensar sin dolor que la hija de Norbert aceptara tan fácilmente, sin preocuparse de su padre y de su novio, la suerte que el autómata le deparaba.

Para distraer su inquieto pensamiento, apeló a los periódicos. Le saltó a la vista un título que encontró en todas partes: *El muñeco sanguinario*...

Así conoció la desesperada confesión del relojero, las declaraciones del profesor Thuillier y la extraordinaria emoción de todo París. En Marsella, los diarios locales comenzaban a dar detalles sobre el misterioso trócar hallado en la casita de Corbillères y publicaban telegramas referentes a los primeros pinchazos...

Como era de esperar, Jaime en ello no vió más que una sugestión, explicable, en fin de cuentas, que había obrado de manera general sobre todos los espíritus... Sin embargo, la observación de que se pretendía *(ahora)* que había pinchazos en los cadáveres de Violette y de las últimas víctimas de Corbillères comenzaron a hacerle reflexionar... Sabía que el trócar había sido hallado en Corbillères y que el muñeco no lo había usado como tampoco, por lo demás, Benito Masson, lo había usado...

Entonces...

¿Habría otras pistolas de trócar?

Con esta pregunta se entraba en un nuevo orden de ideas en el que se mezclaba el marqués, del que, a partir de la fúnebre ceremonia de Coulteray, no se habían tenido noticias. De ello parecía resurgir de tal manera la posibilidad de probar la inocencia de Benito Masson y, por lo tanto, del muñeco, que Jaime se preguntó si lo más conveniente no sería tomar cuanto antes un tren para regresar a París. Pero dejóse ganar por el deseo de alcanzar al muñeco, y, *sobre todo a Cristina*, cuya actitud, tan extraña por lo pasiva, le preocupaba cada vez más. Así que continuó hasta Niza.

En Niza perdió toda huella.

Recorrió los hoteles, pero le fué imposible enterarse de en dónde se habían hospedado los dos viajeros.

Por la noche sentíase abatido junto a la mesa del salón donde estaban los semanarios locales que publicaban los nombres de los viajeros últimamente llegados y los nombres de los hoteles donde se alojaban. Buscó en vano en aquella lista alguna indicación cualquiera, como, por ejemplo, la de los "señores de Lambert", nombre que había dado la pareja en Saumur. En cambio, sus ojos toparon con los nombres de los forasteros que habían subido recientemente a la cercana estación de la alta montaña, a Peira Cava (juegos y deportes de invierno), y que se habían hospedado en el hotel de las Grandes Cumbres. Entre aquellos nombres había uno que le hizo lanzar una sorda exclamación: "Los señores de Beigneville...".

¡Era el apellido de la madre de Jaime!

Este apellido seguramente había sido escogido por Cristina para dar, si acaso se presentaba coyuntura, una indicación de la que no recelase Gabriel.

Cristina, pues, ¡seguía pensando en él!...

XVI

A partir de entonces, le pareció completamente natural la conducta de Cristina.

Seguramente habíase dado cuenta —a su costa, como lo corroboraban las primeras huellas de la espantosa aventura— de que resistirse a la desatentada voluntad del autómata no podía conducir más que a una catástrofe...

Y le habría seguido *aparentando* buena voluntad y para no quedar entregada por completo a *aquella terrible máquina con cerebro de asesino*. Porque Jaime no podía olvidar que Cristina no dudaba de que la culpabilidad de Benito Masson era cierta...

¡Pobre e idolatrada Cristina!... Teniendo semejante convencimiento, ¿qué heroísmo no precisaría para vivir *sonriendo* en tan temible compañía?... Tendría que acatar la voluntad de Gabriel, el cual pasaría el tiempo vigilándola, prohibiéndole todo gesto y ademán, todo paso que pudiera facilitar una pista y romper la intimidad que no se había atrevido a esperar en la vida normal y con asqueroso rostro y que debía a su sublime aventura...

Y he aquí que Cristina había encontrado lo que deseaba enviar a Jaime, a través del espacio, aquella llamada: ¡Beigneville!..., que solamente él podía comprender...

Aquel llamamiento lo había conmovido como una onda hertziana que encuentra su receptor.

Y acudía...

¡Iba a salvarla, a desembarazarla de su tirano!... El amor propio de autor quedaba pospuesto. ¡Maldecía una vez más su genio, que solamente había logrado el suplicio de Cristina... *y el suyo!*... No vacilaría en destruir la maravilla constituída por su obra, que era como su hijo...

Para él no había otra cosa en el mundo que estrechar a Cristina en sus brazos. ¡Lo demás, todo era secundario!...

Así iba pensando Jaime, mientras el auto remontaba el valle de Paillon, daba la vuelta a las montañas, dejaba atrás el Escareney, deteníase unos minutos en la placita de Luceram y permitía a los viajeros que visitaran la curiosa iglesia, las ruinas del castillo y las murallas de la colonia romana que fué *Luce Ara*.

¡Oh, las viejas piedras, las viejas imágenes, el abismo del pasado!... ¿Qué significaban para un hombre que, como Jaime Cotentin, habíase inclinado sobre el abismo del porvenir y que corría a la busca del demonio que acababa de salir del abismo a la llamada imperiosa de su voz?

¡Pobres de aquellos que se adelantan al tiempo, de quienes se anticipan a la hora que regula la marcha del rebaño!... ¡Pobre del inventor a quien mientras espera los laureles futuros se le forjan cadenas!... ¡Con una mano lanza sobre el mundo el rayo de Prometeo, pero cuando abre la otra encuentra el ave nocturna que se convertirá en el buitre que le arranque las entrañas!...

¡Palabras pomposas, ciertamente, aunque a medida de esos semidioses cuya frente vencida continúa amenazando al universo!... Claro está que desentonan un poco cuando se trata de un pobre enamorado que tan sólo pide olvidar su genio en un beso... Pero si la tragedia es menos elevada, en cambio es muy humana y... quizá mucho más emotiva... En fin: demos a nuestro Jaime Cotentin tal como es, a la medida de una época en que los héroes no fueron tallados de una pieza en el granito mitológico.

¡Qué impaciente estaba Jaime en la placita de Luceram!... ¡Y cómo maldecía al buen cura que unía a todas sus virtudes el competente entusiasmo de un arqueólogo ante sus hermosos retablos primitivos!... "¡En marcha, en marcha!" Al parecer, allá arriba hacía un tiempo que podía reservar a los viajeros desagradables sorpresas...

A partir de Luceram, la ascensión hacíase más ardua y comenzaban a aparecer las primeras nieves, al mismo tiempo que un panorama de un relieve caótico extendía su inmenso círculo hasta la Costa Azul, entrevista como un lejano paraíso.

Jaime estaba convencido de que Cristina desconocía aquel país; pero suponía que Benito Masson, en el curso de sus viajes, habría pasado por allí, pensando en un retiro solitario —o de dos— que estaba a punto de concretar...

Media hora antes de llegar a Peira Cava (1.500 metros sobre el nivel del mar), el autocar tuvo que detenerse...

La nieve, que había caído en gran cantidad durante toda la noche, interceptaba el camino, de manera que ningún vehículo podía pasar, como no fuera un trineo.

El chofer, para consolarlos, les comunicó que el hecho no tenía nada de extraordinario, y que los moradores de Peira Cava, casi todos los inviernos, tienen ocasión de permanecer aislados del resto de los humanos durante una semana o dos. Así que los mesoneros tienen la precaución de proveerse de conservas, con lo cual los huéspedes no pasan por el peligro de perecer de hambre. El incidente, para los que estaban bloqueados, no era motivo de espanto, sino una nueva diversión.

En cambio tenía menos gracia aun para los turistas que se veían detenidos en su excursión, que tenían que renunciar al almuerzo y que habían de dar media vuelta hacia Luceram, porque eran muy raros los que se decidían a proseguir el camino por la nieve sin ir equipados para semejante expedición.

Jaime, sin embargo, no vaciló. Sin más apoyo que un bastón, y a pesar de cuanto le advirtieron, emprendió el viaje, al fin del cual llegó extenuado y casi muerto de hambre. Había invertido tres horas para caminar una legua.

Ya puede suponerse en qué estado se presentaría en el hotel de las Altas Cumbres, donde se habían alojado los *señores de Beigneville*...

El hotel lo regentaban tres hermanas, llamadas Elisa, Florisa y Denisa, las cuales rodearon al recién llegado con el más laudable espíritu de caridad. Pero Jaime, que se había instalado ante la estufa, la cual hacía humear sus ropas, no respondía a todas las preguntas más que con estas palabras:

—*¿Está aquí todavía el señor de Beigneville?*...

Le dijeron que *los señores de Beigneville* no habían pasado más que veinticuatro horas en el hotel de las Altas Cumbres. Y como el huésped, al enterarse del dato, mostrara más abatimiento, se apresuraron a hacerle saber que no se habían marchado de aquellos parajes. Precisamente habían alquilado a la entrada del bosque de la Mairise, en el camino de Turini, un pequeño *chalet* aislado, donde hacían vida muy retirada.

—Debe de ser una pareja de recién casados —aseguró la señorita Denisa con una encantadora convicción—. Se adivina en seguida por las atenciones que se tienen entre sí y porque no se separan nunca... Siempre van tomados del brazo y se dicen cosas al oído... ¡Da gusto verlos!... Los dos son muy hermosos y despiertan la admiración de todo el mundo, aunque viven tan hurañamente para los demás... Quiero decir que no admiten a nadie en la intimidad... Sí, sí: da gusto verlos por las tardes, sentados muy juntitos, bajo un abeto, en Pra-de-la-Cour, mirando cómo los demás se entretienen en *skys* o trineos... Luego vuelven tranquilamente a su casa... ¡Qué bello es el amor!...

—Permítame, señorita, que le diga que usted está en un error —interrumpió con la voz ronca Jaime Cotentin, que experimentaba un verdadero martirio—. Conozco a esas personas porque soy pariente cercano de ellas. Se refugiaron aquí, lejos de importunos, para descansar en la paz de la montaña de grandes trabajos y de grandes dolores. No se trata de unos recién casados, sino de dos personas unidas por una santa amistad. Temo que usted haya interpretado mal los datos de su libro registro. Los señores de Beigneville son nada más y nada menos que hermano y hermana.

—Lo mismo opinamos nosotras —dijeron al unísono las señoritas Elisa y Florisa.

Y Florisa aun agregó:

—La joven, en efecto, tenía cuidados maternales para él. Aquí pasaron veinticuatro horas. El tenía un cuarto orientado hacia Pra-de-la-Cour, hacia levante...

—Y ella —agregó Elisa— tenía el cuarto hacia poniente, hacia el monte Gelas...

—Eso nada tiene de particular ni significa mucho tratándose de personas del gran mundo, como se ve que son éstas —repuso Denisa—. Son personas del gran mundo. Y no nuevos ricos. Se ve en su comportamiento. ¡Ni una palabra más alta que otra!... Al señor Beigneville ni tan siquiera se le oyó una palabra...

—Es mudo —declaró Jaime Cotentin.

—¡Pobre hombre! Ahora comprendemos por qué su hermana no le abandona nunca. ¿Estás convencida? — preguntaron a la vez Florisa y Elisa a Denisa.

—No me queda otro remedio —concedió Denisa con una mueca sonriente —si el caballero, que los conoce, afirma que estoy equivocada. Pero ello no me impide lamentar haberme equivocado en lo que me figuraba, que era muy bonito...

—Hay que perdonar a nuestra hermana —advirtieron Elisa y Florisa—, porque es algo romanticona...

—¡Qué casualidad! —exclamó Denisa—. Por ahí pasan... ¿Parecen o no parecen dos recién casados?...

Jaime, a quien acababa de servirse una taza de caldo caliente, en el que ya mojaba sus labios, dejó el tazón y acercóse a los cristales, en los que apoyó su frente... ¡Eran ellos!... ¡Y era verdad que parecían lo que decía Denisa!...

Ambos vestían jerseys de lana blanca. Los dorados cabellos de Cristina, bajo su gorro demasiado pequeño para contenerlos, le daban una jubilosa aureola. El pasaba grave y bello, con su rostro misterioso. La joven le estrechaba con ternura el brazo y cruzaban sus miradas, que se decían cosas, a pesar de los labios mudos...

Denisa estaba extasiada; Florisa y Elisa proponían al viajero que llamara a la pareja.

—¡No, no! ¡Déjenlos! —exclamó Jaime volviéndose bruscamente.

Y estaba pálido, intensamente pálido...

—¿Se siente indispuesto? —preguntó Denisa.

Jaime, que se había sentado en una silla, contestó:

—¡No es nada! Cansancio...

Bebió lentamente el caldo. Y al beberlo, a sorbitos, sonreía muy amargamente.

—Si yo le dijese a esta señorita Denisa —pensaba— que Cristina no estrecha tan fuertemente a su pareja sino por miedo a verlo caer, suceso que daría lugar a una escena ridícula, quizá se entusiasmara menos con el espectáculo que acaba de presenciar... *El bello Gabriel aun no aprendió a levantarse solo*...

¡Qué cosa más lamentable es el amor!... El genio de Jaime regocijábase por no haber dado al mundo más que un ser imperfecto, y llegaba a mofarse de su misma impotencia, porque había visto que Cristina sonreía al sublime muñeco...

¡Y es que Denisa tenía razón!... Cristina no sólo sujetaba el brazo del señor de Beigneville fuertemente, sino también con ternura...

Tan bien lo sabía Jaime, que unos instantes más tarde, a pesar de su excesiva fatiga y de su abatida moral, emprendió sin ninguna alegría el camino seguido por la feliz pareja: camino que acababa de dejar libre un escuadrón de cazadores alpinos, y al final del cual encontró el pequeño *chalet* a la entrada del bosque de la Mairise...

—Ya sea Benito, o ya Gabriel, siempre necesita un refugio en la soledad... ¡y con mujeres!... —pensaba el prosector. Y agregó:— *Pero esta mujer*... *¡no huye de él!*...

Jaime iba a dar la vuelta a la casita de madera, cuando oyó la voz de Cristina y quedó inmóvil.

Hablaba con Gabriel...

Jaime no los veía, pero ambos debían de estar junto a una ventana desde donde descubrirían el circo prodigioso de los Alpes, iluminados por los resplandores del poniente sol.

Las cumbres, durante varias horas, habían estado envueltas en nieblas opacas, tras las cuales apenas se veían, formando un caos gris y húmedo. Luego, de pronto, como por una especie de *fiat lux*, producido por uno de esos súbitos cambios de viento tan frecuentes en los Alpes, la cortina de las nubes fué levantada, fué desgarrada. Y la serie de montañas, valles y mesetas aparecía como estremeciéndose en una fundición...

La voz había callado...

Poco a poco las cenizas moradas de la noche apagaron aquel incendio y la luna apareció en su carro de plata.

La voz de Cristina sonó de nuevo.

—¡Qué hermosura, qué hermosura! *Tienes razón, querido*... *¡Ahora todo es hermoso!*...

Lo tuteaba, le prodigaba las más cariñosas palabras... ¡Y al otro le parecía que *todo era hermoso ahora!*...

La frase revelaba que los dos se comunicaban, a pesar del mutismo del muñeco, *con una facilidad que había sido prevista*... Porque Jaime, en lo posible, no había olvidado nada... ¿Acaso no le había enseñado a Cristina el lenguaje de los sordomudos para que a su vez lo enseñase al muñeco, lo cual, además de los papelitos, permitiría una conversación cada vez más rápida entre el autómata y sus creadores?

Por lo visto, ahora el muñeco no necesitaría ya de papelitos.

¿Para qué escribirse cuando basta con hacerse señas o con la mirada para comprenderse?

Y la voz que nunca le había hablado así a Jaime seguía desarrollando su melodía...

—¡Nada, mi Gabriel, puede ser más bello que lo que sucede en estos minutos sagrados!... A veces tus ojos me miran con una súbita tristeza que es un sacrilegio... ¿No me dijiste cien veces que, antes de este bendito milagro, para ti la vida había sido el peor de los males y que ahora disfrutabas el placer de los dioses?... Tus cantos de poeta ya no son más que cantos de triunfo... Por la mañana, al salir de la noche santa, cuando me los traes, los aprendo y los grabo en mi corazón... ¡No estés triste, Gabriel!... Oye el canto de la última noche:

"¿Qué importa que en los mundos que recorren cielos demasiado pequeños para que se detenga nuestro pensamiento, en los mundos que sólo poseen un sol, las arenas del tiempo se corran mientras los mundos se desploman?... *¡Mi resplandor te pertenece!*...

"¡Oh, Cristina! ¡Deja tu mansión cristalina y lleva los secretos de mi pensamiento a través del cielo superior! ¡Divulga tu mensaje a los orgullosos orbes y no temas que las estrellas no tiemblen ante el crimen del hombre!... *Es puro el hijo que salió de tus manos*... *Y sus manos son vírgenes de la sangre del sacrificio*..."

Un silencio terrible reinó, silencio durante el cual resonaba furiosamente en los oídos del aturdido Jaime el eco de aquellas tres palabras que le humillaban y lo dominaban: *¡Mi resplandor te pertenece!*

Después de aquel arrebato, que agujereaba los más lejanos confines del espacio, el diálogo, o, mejor dicho, el *monólogo de dos*, cayó de nuevo al nivel de la conversación. Pero, de todos modos, ¡qué conversación!...

—¡Tus sufrimientos y tu muerte, oh, mi Gabriel, te formaron un alma única! Eres el único ser al que una mujer puede acercarse con la confianza, el respeto y el infinito amor que debe a su Dios... Si mi Gabriel se encuentra triste, triste me verá, porque se halla por debajo de su destino... *Hemos conservado tu alma libre de tu cuerpo*... *¡Nos debes tu alegría!*... ¿Quién puede fijar límites a las facultades del alma cuando no es alterada por ningún pensamiento terreno ni manchada por ningún cielo humano? *Si no fueras lo que eres, no te diría que te adoro*...

Jaime apoyóse en la pared para no caer.

Y después, al oír que cerraban la ventana, aun tuvo fuerzas para dar, titubeando, unos pasos. Cristina, que corría los visillos, lo vió. Le hizo una señal que le dejó inmóvil. Unos minutos después estaban juntos.

Cristina le dijo palpitante:

—¡Vete, vete, que no te vea!... ¿Estás en el hotel de las tres hermanas?... Esta noche iré a verte.

—Si no te causa molestia... —replicó Jaime.

Y volvió, triste, hacia Peira-Cava...

XVII

Al entrar en el hotel, Jaime daba lástima. Sin embargo, rechazaba todos los cuidados...

Las tres hermanas, discretamente, no insistieron. No obstante, la criada del primer piso, la buena Catalina, por indicación de las tres señoritas, puso en la chimenea de su habitación leña bien seca y colocó un ladrillo caliente en la cama. Además le ofreció al viajero un *grog* de elevada temperatura. Pero Jaime dejó que se enfriara todo...

Dos horas más tarde, mal envuelto en una manta, hundido en el sillón donde refugió su tristeza, gritaba, escupía y tosía mientras sentía que los primeros síntomas de la fiebre recorrían su cuerpo indefenso...

En esto vinieron a anunciarle la visita de la señorita de Beigneville.

Con ojos apagados la vió entrar en la habitación.

—¡Oh, mi pobre Jaime! —gimió ella—. Necesitas quedarte... ¿Qué te ocurre?

—¡Me lo preguntas tú! —replicó él—. No es nada grave. Siento frío en el corazón...

Y volvió a toser.

—En seguida vas a acostarte y a dejarte cuidar. No me gusta nada tu respiración. Catalina y yo te aplicaremos ventosas.

El desgraciado rió desgarradamente, para preguntar:

—¿También le aplicas ventosas a Gabriel?

—No. Está muy bien — respondió Cristina cándidamente y un poco asombrada—. ¿Olvidaste que no teme el frío ni el calor?

—¡No, no lo olvidé! ¡Dichoso Gabriel!... ¡Ni tan siquiera se resfría!... ¡Cómo lo lamentaría el señor Birouste! Poca ganancia dará Gabriel a los herboristas. ¡Nada de vahos! Y en cuanto a la vaselina mentolada para las fosas nasales...

—¡Jaime! Tu ironía glacial...

—Glacial es la palabra, querida Cristina. Estoy irónico porque me encuentro frío. Perdóname este acceso de mal humor...

—Mal humor que no es digno de ti.

—¿Por qué?

—¿Qué hiciste de tu espíritu superior?

—Ya que me lo preguntas, te responderé que no sé nada de él. Lo habré perdido entre la nieve en el camino...

—En el fondo, todos los hombres sois iguales... Os sentís muy fuertes y con músculos para escalar el cielo. Pero a la menor indisposición, todo se viene abajo... Y entonces no admitís cuidados y os ponéis insoportables...

—¿Dices eso por Gabriel? — replicó Jaime.

—¿Por qué no?... Tenéis un estúpido pudor... Olvidáis que somos hermanas de la caridad... En cuanto a Gabriel, *cuando ha llegado el momento de curarle*, no quiso que yo interviniera. *He tenido que explicárselo todo para que se curara él. No quiere confiarme sus llavines.* Como él dice, *se arregla solo.*

—Lo principal — repuso Jaime con voz cada vez más ronca por una tos irritada e irritante — es que hayáis terminado por entenderos.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Cristina frunciendo ligeramente el ceño —. ¿Acaso me lo reprochas?

—¡Nada de eso! Pero el hecho de que quizá lo celebre no me quita el derecho de asombrarme... Estuve en Corbillères, recogí tus notas y vi las huellas de un drama que me había hecho temer por tu vida... Por lo tanto, tiene que ser una gran sorpresa para mí y una alegría veros por aquí tomados del brazo.

—En seguida vas a comprenderlo todo, Jaime... Tenías razón al decir que Benito Masson era inocente.

—¿Te convenció Gabriel?

—Sí.

—¿Te ha convencido *bajo pena de muerte?*

—Quizá... Creo, en efecto, que si no hubiera llegado a convencerme ni él ni yo perteneceríamos a este mundo... Me arrastraba a una catástrofe de la que no le hubieras resucitado.

—¿Y qué te dijo para convencerte?

—¿Recuerdas, Jaime, que cuando trabajamos en la "gran obra" y *te ocupabas de los ojos*, me decías que vería, pero que no creías que nunca llorara?... *Pues bien: ha llorado*... ¡Oh! Cuando vi correr las lágrimas sobre la cera de su rostro, me pareció que su alma, encerrada por nosotros en una caja, salía para decirme: "He aquí, Cristina, tu obra viva. Lo que creíste eterno no es el gesto de un autómata, sino mi dolor. ¿Estás satisfecha?..." Entonces enjugué sus lágrimas, que sólo dejaron de fluír cuando le dije: "Deja de llorar, Gabriel, porque creo en tu inocencia."

—Luego, ¿os tuteáis?

—No me parece que ello sea muy grave.

—Tan grave, Cristina, no solamente para él, sino para todos nosotros, que no vacilé en venir a turbaros...

—¿Qué?

—Nada... Hablemos de la inocencia de Benito Masson. Mientras tanto, procuraré olvidar a Gabriel.

—¡Qué cosas piensas, Jaime!

—¿Qué quieres?... Soy un hombre.

—Pero Gabriel no lo es.

—Peor que si lo fuese.

—Tú lo hiciste así.

—Repito que hablemos de su inocencia *en tanto que hombre*... Quedamos en que lo viste llorar, le tuviste fe...

—¡Fe!... Esa es la palabra...

—¿Y le bastó tu fe?

—Tanto le bastó, que ha consentido en dar explicaciones. Mientras yo no creí en él, mientras me figuré que era presa de un monstruo, se portó como un monstruo arrastrándome rabiosamente en su torbellino; pero cuando me vió conmovida por sus lágrimas, me confió humildemente sus miserias con una simplicidad infantil... Se arrodilló para entregarme sus heroicos, alucinantes y lamentabilísimos garabatos que gritaban y explicaban su inocencia... ¡Qué sencillo era todo, Dios mío!... Tú mismo juzgarás, Jaime... Cierto es que escondía en la bodega el equipaje de las mujeres desaparecidas; pero si ellas se lo habían dejado, ¿qué iba a hacer con él? ¿Qué hubiera podido responder a quienes le preguntasen algo de él?

—Me extraña que me preguntes eso a mí, que siempre creí en la inocencia de Benito Masson... La verdad es que las mujeres tienen un raro concepto de la lógica... Pero ¡prosigue, Cristina, que me interesas!... ¿Y qué dijo de Violette?

—Dijo que Violette *era aquí el único que conocía la verdad*, o cuando menos se había enterado de ella a su costa en el momento de su muerte, *y de eso murió*... Supone Gabriel que el guardabosque debió de asistir al atentado de que fué víctima Annie. Hacía días que Violette vigilaba incesantemente a la muchacha. Es más: seguramente intervino en el momento del drama, por lo cual le sacaron la vida.

Se produjo un silencio. Después Jaime dijo lentamente:

—Todo eso pensé yo. Y no solamente lo pensé, sino que te lo dije. ¿Acaso no lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Tienes buena memoria.

—Me lo dijiste, pero yo no quería, o, mejor dicho, no podía entender nada, a causa de la horrible escena...

—No importa que vieses descuartizado el cadáver de Annie. Recuerda también que, en el proceso, Benito alegaba que el hecho de descuartizar a una mujer no demuestra que el descuartizador la haya asesinado. Esa afirmación me parecía evidente.

—¿Te parecía evidente que él no la había asesinado?

—Distingamos... Me parecía evidente que aquello no demostraba que Benito Masson fuera el asesino de Annie... Cuando se razona, Cristina, "hay que saber distinguir"... Pero las mujeres en los razonamientos no suelen poner su distinción... Y no es que me queje, ni me quejaré mientras no me siente en el banquillo de los acusados...

—¡Jaime, qué cruel eres!

—¡Nada de eso!... ¡Tomo mis precauciones!...

—Nunca creí que un resfrío pudiera cambiar así a un hombre... Pero te perdono, porque me hago cargo...

Jaime suspiró penosamente:

—*Espero lo referente al cadáver de Annie... ¿Es interesante?*

—Esto fué lo que me dijo Benito... Un día que volvía a su casa, la corriente del estanque llevó el cadáver casi delante de su puerta... El encuadernador, que ignoraba que Violette hubiese sido asesinado, temió mucho que el guardabosque descubriera el cuerpo sin vida de Annie... ¿Acaso su enemigo no andaba siempre al acecho por allí? Además, Benito estaba al corriente de los rumores malvados que corrían por Corbillères. Annie, no sólo pasaría por ser su víctima, sino que *sería la prueba de que las mujeres que le habían precedido en casa de Benito Masson también habían sido víctimas de éste*...

"Dado el desconcierto de su espíritu, y obedeciendo a un primer instinto de defensa personal, se inclinó, apoderóse del cadáver, y como estaba a unos cuantos pasos de su casa, le metió allí, lo dejó en el suelo, cerró la puerta y púsose a reflexionar... Quizá entonces comprendió que lo hecho era lo más peligroso de todo. Pero no puede menos de reconocerse que su actitud era perfectamente explicable.

"Sacar otra vez el cadáver era todavía un peligro mayor. ¿No resultaba preferible hacerlo desaparecer allí dentro?... Pero ¿cómo?... ¿Enterrándolo en el patio?... Después de la nueva desaparición era de temer un registro que lo pusiera al descubierto... Y así llegó a concebir la idea del descuartizamiento del cuerpo, cuyos trozos quemaría en la cocina... Bajó el cadáver a la bodega mientras el hornillo se encendía arriba, y comenzó su horrible tarea, que ya acababa cuando llegué yo a su puerta... Lo demás, ya lo sabes, Jaime. ¡Benito Masson es un mártir!

—¡Y Gabriel es un ángel! —completó Jaime con una amarga sonrisa, que fué cortada por un estornudo tan resonante como ridículo.

—Jaime, sé razonable... Déjame que te cuide. Estás tiritando...

—Pues ponme un gorro de algodón — insinuó Jaime con una maligna sonrisa.

Cristina, harta ya, exclamó:

—Pero, Jaime, ¿qué te pasa?... Estás desconocido... Aun no me dirigiste una palabra cariñosa... Ni tan siquiera me diste noticias de mi padre... ¿Te figuras que yo no pasé también horas dolorosas?...

—¿Te acuerdas de ellas? — interrogó Jaime llorando. Y seguidamente explicó: —Lloro porque estoy resfriado. No confundas mis lágrimas con las de *un* Gabriel...

—Te pones odioso y diríase que me odias... ¿No te he llamado yo?... ¿El apellido Beigneville no te informó mejor que cualquier telegrama, que yo no sabría dónde enviarte *y que él no hubiera dejado salir?*

—Estás bien guardada, ¿eh?... Me extraña que hayas podido venir aquí...

—Descansa. Ni tan siquiera lo sospecha... Mañana se lo diré con toda clase de precauciones...

—Te ruego, Cristina, que, sobre todo, no descuides las precauciones. ¡Gabriel es tan susceptible!...

—No puedes figurártelo.

—Me lo figuro... Pero voy a facilitarte un excelente argumento que, con seguridad, lo dejará satisfecho. Todo lo que acabas de decirme respecto a las desapariciones de Corbillères puede, si acaso, explicar la inocencia de Gabriel; pero no la demuestra... Oye, Cristina: *creo que se acerca la prueba*... No tienes más que decirle: "Yo sabía que mientras estábamos aquí continuaban en Corbillères y hasta en París las desapariciones, los crímenes, los atentados... Los diarios llenaban páginas enteras con las terribles hazañas del muñeco sangriento... No te hablé de ello, Gabriel (ya ves como no olvido que os tuteáis); pero encontré el procedimiento de avisar a Jaime... Lee estos periódicos que acaba de traernos a un sitio bloqueado por la nieve y exponiéndose a una grave enfermedad..."

Cristina, sin advertir la terrible ironía que había en aquellas palabras, pronunciadas con voz cada vez más alterada por el catarro (con hipersecreción), apoderóse de los periódicos y los hojeó ávidamente. Al llegar a las últimas indiscreciones firmadas por XXX, exclamó:

—¡Qué contento va a ponerse!... Tienes razón. Ahora puedo decirle que estás aquí... *Es un buen pretexto*...

—Demos gracias al cielo — replicó Jaime sonándose con la mayor decencia en un gran pañuelo que la excelente Catalina, movida de la piedad que aquel viajero imprudente le inspiraba, había sacado de su ajuar—. Demos gracias al cielo, porque me hubiera sabido mal marcharme sin haber tenido el gusto de saludarle... *Conque es muy celoso, ¿eh?*

—Más de lo que puedas imaginarte.

—*Pues también yo soy celoso* — exclamó Jaime con un ímpetu que determinó un acceso de tos, que estuvo a punto de asfixiarlo.

—Pero ¿es posible? — exclamó Cristina —. ¿Es posible que tú, Jaime, la sabiduría hecha persona, estés celoso de un muñeco?...

—¡Lo que oyes, Cristina!... Pigmalión amaba a su estatua, pero yo la detesto... ¡A eso llegué yo, que soy la sabiduría hecha persona!... La máscara de asombro tras la que te ocultas es la más odiosa de las mentiras... Una mujer que, diciéndose honrada, abriga hacia el forastero que frecuenta su casa sentimientos criminales, no engaña más desvergonzadamente a su marido que tú me engañas a mí... Y es que a mí jamás me has amado. ¡No amaste más que a tu ensueño!... Y cuando descubriste mi genio, que se arrastraba a tus pies, no lo levantaste sino para que pudiera dar vida a la imagen insensible acariciada por tu pensamiento... Ahora que mi obra está terminada, para ti ya no existe más que el obrero a quien se despide cuando se puede prescindir de sus servicios... Y ¡menos mal que al obrero se le pagó!...

—¡Jaime!... Pero ¿estás loco?...

—¡Cállate!... Y si tienes aún algún pudor, no pongas tanta claridad en la mirada... Ayer te oí decir a Gabriel *que si no fuera lo que es, no le dirías que le ado-*

rabas...

—¡Adorar!... Le hablaba de adorar como una madre adora a su hijo... ¿Acaso Gabriel no es nuestro hijo?...

—Hijo mío, sí... Pero ¿tuyo?... ¡Basta de gestos, Cristina!... ¿Pensabas que era tu hijo cuando tus manos de artista acariciaban el esbozo de cera del que había de salir su rostro victorioso?... Tus manos servían a tu corazón, que arrullaba como una paloma: "¡He aquí a quien hubieras amado!" Y te volviste hacia mí para decirme: "¡Sopla en este barro!..." Insensata, orgullosamente, me apoderé del hálito divino y soplé... El ha vivido... ¡Yo fuí olvidado!...

—¡Y yo siento que el hijo de tu genio no me haya destrozado!... *¿Qué voy a ser entre vosotros dos?*...

—¡Tranquilízate!... Mi catarro se convertirá en bronquitis; la bronquitis, en pulmonía, y ya tu felicidad no correrá peligro...

—¡Calla! — exclamó de pronto Cristina —. Y oye...

En el corredor oíanse pasos... Eran pasos de un ritmo singular, que ella conocía perfectamente.

—¡Es él! — gimió la joven.

Seguramente que los pasos de la estatua del comendador no causaron más espanto a Don Juan en la hora de la suprema cuenta que el ruido de los pasos de Gabriel causaron a Cristina. ¡En aquella modesta mansión de los Alpes iban a chocar los elementos de la mayor tragedia del mundo!... Cristina ¿fuera menos culpable en su exagerado amor al ideal que el príncipe de los libertinos? ¿No había pisoteado, más que el gran cínico, las leyes divinas y humanas? Si amar la carne es un pecado, ¿no la había ella despreciado en demasía? ¿No iba a ser aplastada entre los dos polos —lo puro y lo impuro— del mundo que había puesto en movimiento?

—¡Oh! — exclamó ella medio muerta—. ¿Qué va a pasar?

La puerta se abrió. ¡Era él!...

Envolvíase en una pelerina de montaña, cuyas alas mantenía cruzadas por delante con un gesto digno de la estatuaria antigua. Su noble frente, no arrugada por ninguna preocupación, no sellada por ningún dolor, augusto espejo de la serenidad, dominaba aquella escena, en que de una parte la inquietud moral y de otra la miseria física de la pobre y anciana humanidad temblaban ante la aparición de "lo más fuerte que la muerte".

Su mirada posóse un segundo —un segundo de compasión— sobre aquel montón de carne doliente que tiritaba sumido en un sillón, ante un fuego que iba extinguiéndose después de haber hecho su último esfuerzo de calor. Luego volvióse hacia Cristina, la asió de la punta de los dedos en una actitud que recordaba a los danzarines de pavana del gran siglo, o con esa armonía celestial que los grandes pintores cristianos dieron al gesto de los arcángeles cuando éstos vienen a buscar en la tierra al elegido del Señor para llevarlo a las eternas moradas...

Y, a decir verdad, cuando Gabriel, llevando de la mano a Cristina, salió de la habitación con la frente levantada hacia los astros, pudo creerse que iba a desplegar las alas...

Pero contentóse con cerrar la puerta.

Y el montón de carne doliente quedóse solo, hundido en el sillón...

XVIII

Cuando Catalina entró al día siguiente en el cuarto de Jaime, dijo:

—Señorito: aquí hay una cosa para usted.

Y le entregó un sobre, en el que había una carta de Cristina y unos recortes de diarios provincianos y de la capital. La carta decía:

"Querido Jaime: Ayer todo sucedió mejor de lo que yo podía esperar. Gabriel, celoso de ti, como tiene derecho a estarlo, porque sabe que somos novios, se portó con una nobleza y una magnanimidad dignas de su esencia divina... ¡Puedes estar orgulloso de tu hijo!... Su pensamiento, libre, merced a ti, de todo cuanto trae la desgracia y la bajeza del humano linaje, libre de la sujeción de los sentidos, se concentró en toda su gloria, es decir, en toda su generosidad. Hubiera podido abrumarme a reproches y censurarme por mi falta de confianza; hubiera podido acusarme hasta de mentirosa. ¿Qué no he hecho yo de ti? Pero ni tan siquiera se habló de ti...

Yo llevaba los diarios que referían la terrible aventura de Benito Masson en una forma totalmente nueva y que parecía fundamentar toda esperanza... Los ojeó con mirada tranquila y satisfecha. Yo presentía de ello los mejores resultados. No había más que dejar obrar a los dioses, que son, en este caso, los inspectores de la Seguridad General. Pronto resplandecería la verdad...

Ya entreveía el instante en que no tendríamos que ocultar el milagro y en que por fin ibas a recoger los laureles que se te deben, cuando esta mañana, como ya hubiesen desembarazado el camino merced al ardiente trabajo de nuestros admirables cazadores alpinos, se detuvo delante de la cigarrería un auto procedente de Niza.

Precisamente pasábamos por allí de regreso de la capilla (Gabriel se volvió muy piadoso). El chofer leía en alta voz un diario del día antes a Tiphaine, el fabricante de trineos, y a Bautista, el mozo de la posada. Tratábase del muñeco sangriento. Escuchamos y luego leímos...

Yo miraba a Gabriel... Me extrañaba que el resplandor de sus ojos no quemase aquellos infames papeles. A la altura en que colocaste a Gabriel, está visto que sólo la verdad y la justicia lo emocionan. Una santa cólera estremecía todos los resortes de la jaula en que intentaste encerrar su alma sobrehumana...

Se volvió hacia mí. Su gesto me indicaba que partiéramos.

¡Qué bien lo comprendí!... "Partamos, no para huir, sino para combatir". Ya no se trata de sombras. ¡Ahora conoce a sus enemigos!... El nuevo artículo firmado por XXX, además de lo que te conté respecto al trócar, aclara todo el crimen con un fulgurante resplandor... El marqués y su Durga... Porque quizá no se trata más que de ella y de sus amigos... ¡Ese es el batallón maldito que hay que aniquilar!... ¡Y pensar que se acusó a nuestro Gabriel de complicidad en esos horrores!...

¡O sucumbiremos o venceremos!...

¡Oh, qué bello es nuestro Gabriel en este trágico minuto en que desafía al mundo!... Busco en su mano la espada flamígera... Y la veo... ¡Ruega por nosotros, Jaime mío, y cuídate bien!... Tu

CRISTINA.

P. S. — *Le pedí permiso para escribirte estas palabras. Accedió inmediatamente. Y he entrado en la cigarrería. Así te explicarás que el papel sea tan malo. Le pregunté también si no sería preferible llevarte con nosotros; pero ayer te vió en tal estado, que me hizo comprender que tal vez no fuera caritativo turbar tu reposo. No insistí, conociendo tu corazón y sabiendo que no hubieras vacilado en sacrificar tu salud para venirte a compartir nuestros peligros. ¡Hasta pronto, Jaime mío! Ya oirás hablar pronto de nosotros...*

El efecto producido por aquella carta en el espíritu ya algo desgarrado de Jaime Cotentin fué más funesto que otra cosa.

Hay momentos en que los seres más equilibrados pierden de pronto el aplomo que hasta entonces tuvieron en la vida. Fallándole la balanza invisible, que es la justa apreciación de los acontecimientos, de las personas y de las cosas en medio de las cuales se movía, titubea, alarga sus brazos vacíos, no encuentra dónde asirse y cae a tierra...

Ese vértigo experimentaba Jaime al leer la carta. Vió una atroz ironía donde Cristina no había puesto más que una cruel, pero inconsciente candidez.

Si hubiera conservado Jaime la bella lucidez científica que sus maestros y sus discípulos admiraban antes en él, se hubiera asombrado menos de lo que sucedía, y, sobre todo, de lo que sucedía a Cristina. Vivía en la aureola de un dios, lejos de contingencias, y también convertíase en un puro espíritu.

Quien lo pagaba era Jaime, que después de haber dado al mundo aquel prodigio de luz, quedaba estupefacto en su barro, lamentando haber realizado la obra sublime, no viendo más que su dolor, es decir, los pequeños y ordinarios sentimientos.

Cristina limitábase a tenerle lástima, pero no se burlaba. Con la mayor sinceridad le recomendaba que se cuidara.

Y justamente aquella recomendación era lo que más monstruoso le parecía a Jaime Cotentin.

—¡Ya verás cómo me cuido! —exclamó.

Se levantó, alargó los brazos y, como era de prever, cayó agotado, incapaz de un movimiento.

Por fortuna, en aquel instante entró Catalina:

—Por fin está tranquilo —exclamó al verle tan quieto—. Voy a hacer lo que me parece conveniente. El señorito necesita purgarse. Voy a prepararle una buena taza de café, pero con aceite de ricino.

❦ ❦ ❦

Y ahora vamos a citar los principales párrafos del artículo firmado por XXX, que renovaba espantosamente, como había anunciado *La Epoca*, el asunto del muñeco sangriento:

"La emoción y la inquietud provocadas en todo el mundo por la *resurrección* (nunca más apropiada la palabra) del proceso de Corbillères —decía el anónimo escritor de *La Epoca*—, han tenido sus orígenes tanto en el milagro científico que hacía salir a un condenado a muerte de la tumba como en los siguientes sucesos que perpetuaban el crimen de Benito Masson, de manera que los mismos que a pesar de tantos testimonios negaban al muñeco, no ocultaban su angustia ante el problema, que se imponía a todos, de una posible inocencia...

"Hoy podemos tranquilizar a todo el mundo: Benito Masson era perfectamente culpable; pero Benito Masson ¡no era el único culpable!... Y aquí reside el elemento nuevo, formidable, que hemos anunciado y sin el cual su crimen, es decir, todas las atrocidades imputadas al salvaje de Corbillères, resultaban inexplicables en sus relaciones y en sus proporciones...

"En fin de cuentas, aquel monstruo, quizá no era más que el instrumento de una banda, o, mejor, de una secta, que hizo del asesinato una especie de religión.,,

"La pesquisa personal a que nos hemos dedicado, a pesar de innumerables peligros y dificultades, ya está bastante avanzada para que podamos afirmar que, en las cercanías de Corbillères, no lejos de la casita del siniestro Robinsón, que sin duda había sido apostado allí como centinela, habían instalado sus sanguinarios penates una sociedad entre cuyos miembros podríamos citar nombres célebres en Europa y fuera de Europa.

"Para comprender que tales cosas sean posibles en nuestra época, hay que remontar el curso de las Edades y mirar hacia Oriente, de donde esos caballeros del crimen vinieron en su asqueroso navío, cuyas velas rojas se hinchaban al soplo del Baco hindú...

"Ya la vieja Europa había oído hablar, asustada, de esta asociación de asesinos, fraternidad inmensa esparcida en todos los puntos del Indostán, temida por las autoridades, consagrada por la religión y basada en filosóficos principios. Durante largo tiempo no hubo sobre ella más que incompletas y parciales informaciones. La organización de aquella sociedad, consagrada a la destrucción de la humanidad, fué, por último, divulgada a mediados del siglo pasado por sir William Bentick, gobernador de las posesiones inglesas en la India. Y no hay duda alguna sobre su existencia, sobre sus ramificaciones y sobre las profundas raíces que echó en las costumbres del país. Las pruebas abundan y los móviles que la dirigen son conocidos.

"Desde el cabo de Comorín hasta los montes Himalaya hay una vasta asociación que cubre el suelo, adéntrase en las selvas y ocupa las ciudades, mezclada a los más respetables ciudadanos y sometida a un código de moralidad que, por lo demás, es severo... Y esa sociedad, extendida por todo el territorio, no tiene más medios de existencia, más gloria, más objeto confesado, más religión, que matar.

"Los filósofos occidentales, ante el fenómeno quedaron boquiabiertos y absortos: cuando los hechos vinieron a ponerlo de relieve, no pudieron disfrutarlo ni comprenderlo. ¿Qué explicación racional dar de semejante anomalía? Mientras la sociedad se apoya en la necesidad de la conservación, he aquí millares de hombres asociados para destruirse.

"Matan sin escrúpulos, sin remordimiento, según un sistema más lógico y más completo que todos nuestros sistemas metafísicos. Es algo prodigioso. Los asesinos o *thugs* —palabra que significa *seductores*— son, no sólo moralistas, sino sacerdotes, artistas; sus fórmulas para estrangular al viajero son sabias, y el deseo de elegancia y de gracia en el procedimiento para asesinar honraría al numen de un poeta. Ninguno de ellos se atrevería a emplear un nudo corredizo groseramente fabricado o contrario a la elegancia de las formas consagradas por la tradición. En esta infernal secta, que ha florecido apaciblemente bajo los nubios, bajo los mahometanos y bajo los ingleses, hay solemnidad, poesía, gracia, propia estimación y conciencia del deber.

"Son unos demonios que se creen ángeles: mueren tranquilos y orgullosos; duermen en paz; cuando la justicia inglesa les echa mano, preséntanse sin temor y perecen sin avergonzarse.

"Desarrollan ingenuamente los principios de su casta. Sostienen la excelencia de ellos y justifican los más horribles actos como una necesidad superior, divina, de la que sólo son instrumentos.

"Son los sacerdotes de la espantosa diosa Devi, la señora de la muerte, que también se llama Kali o Durga. Todos los asesinos la consideran su protectora. Y a ella solamente le gustan los sacrificios humanos. Empezaron por derramar sangre delante de su estatua y ahora *la beben.*

"Antaño dividíanse en "thugs" del norte y "thugs" del Mediodía. Tenían ritos especiales.

"A partir de fines del siglo pasado, una nueva secta aumentó su poderío y tiende a fundir en ella todos los elementos del "thugismo". *Es la de los thugs-assuras", que complicaron su rito criminal con todas las prácticas del vampirismo.*

"Los assuras, para seguir las antiguas costumbres, todavía estrangulan a sus víctimas; pero después de haber vaciado sus venas y de haberse bebido toda su sangre.

"A veces prolongan el suplicio durante semanas, meses y aun años enteros. Atacan casi exclusivamente a las mujeres. Cuando su víctima es bella y goza de robusta salud, procuran no terminar con ella en la primera sesión. Algunos dedícanse a quererla y a mimarla tanto más cuanto muchos de ellos hallan en ellas la vida que les huye.

"Así se cita el caso de alguna de estas desdichadas que, hasta rendir el último aliento, fueron objeto, *entre libación y libación*, de los más tiernos cuidados.

"Y ahora debemos finalizar este primer artículo con una declaración que no deja de sernos penosísima. Pero hay escándalos que no pueden ser ahogados sin peligro para la salud pública, sobre todo cuando van acompañados de sucesos tan monstruosos como los que tenemos el deber de denunciar.

"No todos los assuras son de origen hindú. Existen europeos radicados mucho tiempo en el Indostán que, atraídos por el misterio y, digamos la palabra, por el diabolismo de las ceremonias feroces, pudieron penetrar en el templo y se convirtieron, a su vez, en adoradores de la diosa *Kali*, que también se llama *Durga*. *Y también ellos bebieron la sangre sagrada.*

"Al volver a Europa trajeron costumbres de vampiro, una sed criminal que se veían obligados a satisfacer.

"Años atrás fundaron una sociedad en Londres, súbitamente disuelta a causa de una punible indiscreción. *Pues bien: esa asociación fué reconstituída en Francia.*

"Ha adoptado sus ceremonias, su atroz ritual y *sus procedimientos modernos, entre los cuales no es la única muestra ese trócar que hiere a distancia...*

"¿Nombres?... Está cercano el día en que habrá que darlos. Esperemos que no tengamos que ser nosotros los instrumentos de la vindicta pública. Esa actuación la dejamos a quienes por derecho les pertenece.

"Así que ya puede indagarse.

"No todos esos nombres suenan a extranjero. Muchos están inscritos, y no para gloria nuestra, en la historia de Francia.

"Benito Masson conocía perfectamente algún nombre de éstos.

"Búsquese en torno a Benito Masson, alrededor de Corbillères. Esos pantanos no sirven solamente de refugio a ánades silvestres. En los alrededores abundan otros avechuchos... *¡Búsquese en torno a la diosa Durga!...*"

XIX

Cristina despertóse en aquel cuartito de Corbillères donde horas tan trágicas había vivido; pero ahora que se colocaba a la altura de su destino, aceptaba con la serena frente de la fatalidad, los acontecimientos.

Hacíase tan bella y tan impasible como su maravilloso compañero. Una misma augusta fuerza impulsaba a los dos. Eran la justicia en marcha. Los malos ya podían echarse a temblar. La hora del castigo estaba cercana.

Los peligros que habían de afrontar aún, y de los cuales, por lo demás, sólo tenían una vaga sospecha, no eran propios más que para glorificar su alma.

Hacía unas horas que habían llegado a Corbillères... ¿Dónde hallaría Gabriel mejor refugio que en su maldita mansión, abandonada después del segundo registro como lo fuera después del primero?...

Ya vimos que los lacres poco les importaban.

Además, estaba resuelto a obrar rápidamente. Y si no fuera ya a "Las dos Palomas", suficientemente señaladas en el artículo de XXX, se debía a que vacilaba en llevarse a una joven que ya estuviera a punto de ser la víctima de Jorge María Vicente y de sus acólitos, y que se hallaba particularmente *considerada* por la terrible asociación...

Cuando creyó que Cristina reposaba, abatida por las fatigas de un viaje horriblemente precipitado, salió del pabellón tratando de no hacer el menor ruido. Por desgracia, la joven, advertida por el misterioso instinto que la unía a Gabriel, abrió los ojos y ya no volvió a dormir. Se levantó, abrió la puerta que la separaba de él, deseando contemplarlo una vez más en el descanso, como solía hacer cuando acechaba su despertar y la primera sonrisa de sus ojos...

¡Pero Gabriel no estaba allí!

Lo buscó por toda la casa...

¡Cuán lejanos estaban los tiempos en que, en aquella misma morada, no podía verle sin espanto! Ahora sentía miedo porque no le veía. Y el miedo lo sentía, no por ella, sino por él...

Desde el primer momento no había dado un paso sin ella. Nunca, cualquiera que fuese el drama, cualquiera que fuese el idilio, se habían separado... ¿Por qué, pues, la había abandonado ahora? ¿Cuál era su designio?... Adivinó su generosidad y gimió... Abrió la puerta de la planta baja y lanzó una llamada en la noche blanca:

—¡Gabriel, Gabriel!...

Y de pronto vió su sombra que desaparecía en el recodo del sendero que a través del bosque llevaba a "Las dos Palomas".

La joven echó a correr. Llegó al bosque, cuyos negros y desnudos troncos parecían haber sido colocados allí como centinelas para impedirle que pasara.

—¡Gabriel! —exclamó por segunda vez.

Un extraño silbido le respondió...

Casi inmediatamente sintióse herida en el cuello. Un doloroso pinchazo cortó sus ímpetus. Y al momento notóse desconcertada, pensando que ella también podía ser víctima de lo que aun hacía estremecer a todo París...

Trastornada, llamó nuevamente:

—¡Gabriel, Gabriel!...

Notando que la sangre le pesaba mucho en las venas, hizo un esfuerzo supremo para seguir su carrera.

Así recorrió varios centenares de metros a través del bosque, sin ver a Gabriel. Entonces cayó de rodillas...

A su lado, irguióse una gran sombra de ébano.

Reconoció a Sangor, que le arrojaba un abrigo, le envolvía de pies a cabeza y se la llevaba en brazos como a un niño. Ya no tenía fuerzas para ninguna resistencia. Ni tan siquiera podía gritar... Una soberana y un poco embriagadora laxitud la llevó a las puertas del sueño.

Cuando cerró nuevamente los párpados, una extraña visión hacía mover ante ella formas tan precisas en movimientos tan lógicos y tan regulares, que era imposible aferrarse a la idea de un sueño...

Al principio, todos los sentidos eran sacudidos a la vez por el ritmo de las danzas, la riqueza y la singularidad de los atavíos, el penetrante perfume que expandían las lejanas nubes que subían de los pebeteros, el extraño y lancinante sonido de una música de notas cortas, que acaba imponiéndose a todos los movimientos del cuerpo como una servidumbre...

El local, grande como la nave de un templo, no tenía más riquezas que sus alfombras sobre el suelo y sus tapices en los muros, que eran de incomparable belleza. ¿Venían de Persia, venían de China? ¿Habían atravesado los siglos para atestiguar la obra antigua de la India en los tiempos de su más elevada civilización?... Eran tejidos de seda, de grano grueso, donde los tonos cobrizos del fondo tomaban el aspecto del oro, y donde los rojos tenían una deslumbradora y caliente intención, como la sangre más pura salida de la vena bermeja. Los ricos adornos de flores, arabescos, palmas y rosáceas adquirían un valor igual al de los más preciosos terciopelos de lana. Otros ofrecían imágenes simétricas y ornamentos como los empleados por los chinos en sus simbólicas composiciones para los tapices de oración.

Unas camas bajas, especie de triclinios, en las que se amontonaban pieles de animales salvajes despojados en la jungla, daban la vuelta a la estancia y estaban ocupadas por las alargadas e inmóviles figuras de los invitados a aquella fiesta, que renovaba los misterios orientales.

Unas antorchas iluminaban el espectáculo con sus pálidas llamas de color plateado...

Los invitados y Cristina, también recostada sobre pieles de fiera, vestían una bata de seda negra con arabescos de oro; pero sus tobillos y sus brazos estaban cargados de ajorcas preciosamente trabajadas, que le parecían tan pesadas que creía no poder levantarlas nunca...

De pronto, a una señal de gong cesaron las danzas. Y los efebos de bronce, poco vestidos en verdad, que trenzaban sus desnudos pasos según ritmos milenarios, avanzaron en grupos concertados hacia el fondo del local, tendiéronse sobre las alfombras, se irguieron de nuevo y retiráronse en silencio... Silencio, profundo silencio...

Las miradas de Cristina habíanse dirigido al fondo de la estancia, donde se había prosternado la adoración de los efebos.

Allí alzábanse unos escalones altos y pinos como los peldaños de la escala de Jacob, que se apoyaba en el cielo...

De pronto, las antorchas no despidieron más que un siniestro y verdoso resplandor. Y todas las figuras tendidas en las camas, que hasta entonces habían permanecido inmóviles, se incorporaron como otros tantos cadáveres surgiendo de la tumba.

Todos los ojos, abismos de sombra, estaban vueltos hacia el mismo sitio, en espera de algo que hacía estremecer de antemano el cuerpo impotente de Cristina.

Y en lo alto de aquella escalinata abriéronse los tapices y se vió, sobre trono de oro y de noche, a la diosa de la muerte. ¡Cristina reconoció a Dorga!...

Estaba hermosa y prodigiosamente fatídica, lejana y espantable como Proserpina en los infiernos.

En la aurora del mundo se encuentran todos los mitos. Los misterios de Eleusis, de Delfos, de Tebas, de Babilonia y de la India más antigua se hallan en la misma idea de la vida que sale de la muerte como el grano de trigo germina en el seno de la tierra de la que un día surgirá de gozo.

Ciclo sagrado, cuyos términos hemos de percibir íntegramente para comprender cómo las religiones, en sus primitivas manifestaciones, pudieron, en el fondo de los santuarios, ofrecer a los iniciados los espectáculos más atroces y voluptuosos. Glorificase la vida sacrificando en aras de la muerte. Y de ahí los suplicios. La muerte, agradecida, devuelve el amor y la alegría...

Así, las más bajas pasiones se adornan de poesía y llaman en su auxilio a los dioses y a las diosas propicios...

Saib Khan, el famoso médico hindú de la avenida de Jena, el taumaturgo de moda, a quien reconoció Cristina por sus ojos de hurí y por su boca —flor sanguinolenta entreabierta en su barba de jade—, avanzó hacia Dorga y pronunció las primeras palabras de un himno célebre que se canta todos los años en el templo, ante las autoridades inglesas, con motivo de las solemnidades del *Durga-Purana:*

"¡Oh diosa negra, gran divinidad de Calcuta! Nunca son vanas tus promesas. A ti, cuyo nombre favorito es *Kun-Kali*, la que come hombres; *a ti, que bebes sin cesar la sangre de los demonios y de los mortales;* a ti, que habitas subterránea y apareces rápidamente a la luz; a ti, virgen augusta que alimentas a las generaciones; a ti, oh Muerte, madre fecunda que te nutres con la ceniza de los universos, te rogamos que desciendas entre nosotros y nos des la vida que alejará de nosotros la vejez!... ¡Ven, Durga! ¡Ven, que te esperamos!"

Dorga-Durga se levantó y bajó entre las llamas verdes, diosa negra con uñas de oro...

Su bello cuerpo, velado solamente por cintillos de perlas, desperezóse con armoniosa languidez, como si verdaderamente saliese de un largo sueño en el fondo de los infiernos y se regocijara por encontrar el movimiento arrebatado por el descanso fatal...

Danzó. A sus pasos parecía nacer un fulgor de aurora.

Y ya no era Durga, la diosa de la muerte. Era Venus, la Venus ardiente de pechos crueles, nacida en las cenagosas olas del Ganges. Llevaba con ella una luz de sangre que hizo retroceder la llama de las antorchas, como en las orillas del río sagrado se apagan los fúnebres resplandores de la hoguera ante el naciente día.

Y a su alrededor, los cadáveres de los iniciados recobraban color de vida.

Los ojos de Saib Khan humedecíanse de voluptuosidad.

—Parece un vendedor de turrones — pensaba Cristina en el fondo de su estado comatoso; pero estaba próximo el momento en que ya no guardaría bastante lucidez para distraer su evidente angustia con comparaciones semejantes.

La danza de Dorga, que empezó por ser lasciva, convirtióse pronto en frenética. Un ritmo musical cruelmente precipitado la lanzó finalmente a un loco girar que sólo dejaba ver la línea ardiente de su hierática mirada y el doble círculo de sus uñas de oro.

A su alrededor todos los pechos palpitaban. Y hubo un lúgubre gemido cuando se desplomó sobre la alfombra con los brazos en cruz y la boca abierta, como si acabara de lanzar el último suspiro.

—¡Ha muerto Dorga!... ¡Ha vuelto a los infiernos la negra diosa de las uñas de oro!... ¡No hemos sabido guardarla entre nosotros!... —pronunció, como si entonara una letanía, la arrastrada y grave voz de Saib Khan.

Los gemidos recrudecieron.

—¿Qué se necesita para hacerla renacer? —preguntó Saib Khan.

Y todos respondieron:

—¡Sangre!

Saib Khan levantó las manos y, volviéndose hacia los iniciados, pronunció, en dialecto *ramasie*, que es la antigua lengua de los thugs, las palabras sacramentales, que podemos traducir así: *Que los boras* (thugs) *se separan de los bitús* (viajeros), lo cual significaba: "Si alguien no es de los nuestros o no comparte nuestras opiniones, ¡que se vaya!"

Pero nadie se movió.

Entonces, Saib Khan dijo:

—Que traigan la copa y el cuchillo.

Y Sangor presentó la copa y el cuchillo.

La copa era de oro y sostenía el cuchillo, que era agudo como una lanceta, pero cuyo pesado mango estaba recargado de piedras preciosas.

—¿Dónde está la sangre? —preguntó Saib Khan.

—Aquí —respondió una voz que aun no se dejara oir, pero que hizo que Cristina, a pesar de su aturdimiento y debilidad, se volviese en el colmo del espanto. ¡Había reconocido la voz del marqués de Coulteray! Era él; era Jorge María Vicente.

Desde el principio de la ceremonia estaba tendido a su lado, tras ella, aguardando el momento de pronunciar la palabra fatal que iba a hacer de Cristina su nueva víctima y su nueva esposa.

—Doy a Durga —dijo— la sangre de mi nueva esposa.

Y todos respondieron:

—¡Himeneo! ¡Himeneo!

Y Saib Khan acercóse con Sangor, que llevaba la copa y el cuchillo.

Cristina ahogó un grito y distendió todo su cuerpo en un deseo exasperado de evitar el suplicio que se preparaba. Pero Jorge María Vicente la derribó sobre su brazo y no pudo ofrecer ninguna resisicia al sacrificador que le pinchaba la garganta...

La sangre fluyó a la copa... *Y, poco a poco, Cristina notó que, con sus fuerzas y su vida, se iba todo su horror...*

Ya ni la fuerza del espanto le quedaba. No le quedó ni la del asco.

Con dulce aniquilamiento miró aquella copa llena de su sangre, que Saib Khan llevaba a los labios de Durga, la cual abrió los ojos y le sonrió con su boca horrorosamente escarlata, pronunciando palabras que Cristina no podía comprender.

Vió también que los demás iniciados bebían uno tras otro en la misma copa.

Asistió (amodorrada y lejana, muy lejana...) a la ceremonia de la resurrección de Durga, que danzó, sin cansarse y sin dejar de mirarla, la danza de la Vida y del Amor.

Luego, Durga, siempre danzando, volvió a subir, como transportada en un vuelo de victoria, hasta su trono negro y oro, donde se sentó en una inmovilidad de diosa, que contrastaba con sus anteriores movimientos.

Ya iba a desaparecer como había apa-

recido, cuando Saib Khan hizo un gesto.

La música cesó y por el aire cargado de perfumes y de sangre llegaron las siguientes palabras:

—¡Durga!... No solamente eres la diosa de la vida y de la muerte. También eres la gran repartidora... Tu mano derecha está llena de mercedes y tu mano izquierda de castigos... ¡Por eso es de justicia que se te ofrezca la sangre virgen y que la Impía te sea sacrificada!... Esta es la última vez que te llamamos aquí... Aun ignoramos dónde darán su próximo festín los assuras... La indiscreta necesidad del más humilde de nuestros servidores, nos arroja de nuestro templo y determina nuestro éxodo... La estúpida ingenuidad y los peligrosos juegos de un pobre animalillo sembraron la emoción en la ciudad y levantaron contra tus servidores la indignación de los ignorantes... ¡Te ofrecemos ese animalillo!... ¡Que el humo de su sangre te sea agradable!... ¡Imploramos tu perdón!...

En esto apareció de nuevo el hercúleo Sangor, que traía de los cabellos al enano Sing-Sing, el cual lanzaba gritos de mono.

Sing-Sing no gritó mucho tiempo. Sangor, sin soltarle los cabellos, lo colocó sobre una gran bandeja de oro.

Sing-Sing gimoteaba de la manera más ridícula, pero nadie reía.

Saib Khan pronunció la frase sacramental:

—*¿Es buena la prenda?*

Y todos contestaron, como cumple a un thug que da la señal de la ejecución:

—*Boujna kee Pawn Dee.* (O sea: "Entregad la prenda del hijo de mi hermana", palabras muy honrosas para un Sing-Sing).

Inmediatamente, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, Sangor apuñaló a Sing-Sing, cosa muy necesaria para prevenir cualquier resurrección, desde el momento en que no se le podía hacer el honor de cortarle la cabeza (distinción reservada a los vampiros nobles).

Durante este terrible final de ceremonia, el marqués, amable y solícito, había aconsejado a Cristina que no mirara; pero ella prefirió ver la muerte de Sing-Sing antes que darse cuenta de aquella cara que se inclinaba sobre su herida apenas cerrada, como le viera inclinarse sobre el pobre cuerpo agotado de Bessie, para darle el beso que mata...

De todos modos, seguramente hubiera hecho mejor cerrando los ojos. *Pero ya no tenía fuerzas ni para eso.* ¿Acaso cuando se está a las puertas de la muerte no se precisa el auxilio de los vivos para cerrar los párpados?

Auxilio que el marqués le hubiera negado, pues extraía un gozo sobrehumano de aquella mirada de agonizante mientras le musitaba:

—¡Cristina, cómo te quiero! ¡Cómo te he querido siempre!...

XX

El último artículo de XXX, al aumentar el escándalo del muñeco sanguinario hasta más allá de lo concebible, había determinado en la capital un movimiento en el que se hallaban complicados todos los organismos del Estado. Y no había que contar solamente con la emoción callejera sino con la de "todos los grandes cuerpos constituídos", dicho sea valiéndose del lenguaje solemne, un poco pasado de moda, y tan evocador, a veces, de la alta administración.

El ministerio del Interior reprochaba con amenazadora acritud a la dirección de Seguridad General las "indiscreciones de prensa", que mantenían una fiebre malsana en las reuniones públicas, en los sindicatos y hasta en las sociedades más ajenas a la política, porque el asunto del autómata se había convertido en una cuestión política con la que se trataba de cegar a las masas, y bajo la cual ocultábase, quizá, un espantoso contrafuero.

En el seno de las familias hasta entonces más tranquilas, más unidas y mejor "educadas" salía a relucir a propósito, de cualquier nonería la fenomenal muñeca, que originaba agrias discusiones donde se trataban mutuamente de imbéciles. Y en cuanto a los que admitían su existencia, unos la tenían por inocente y otros por culpable, o cuando menos, por cómplice.

Esto en el "interior". En el "exterior" el asunto era distinto. El ministro de Negocios Extranjeros calificaba brutalmente de criminales las aludidas indiscreciones.

El último artículo de *La Epoca* podía traer trastornos a los franceses con aquella evocación de las costumbres de la India, aparte de que contenía abundantes datos para indignar a toda la alta aristocracia inglesa, la cual jamás admitiría que, aun cuando uno o varios de sus miembros fueran realmente culpables — lo que estaba por demostrar —, resultara por ello comprometida la reputación del partido conservador.

Y era absurdo indisponerse con el partido conservador — inglés y francés — en un momento en que se necesitaba la buena voluntad de todos para resolver ciertos problemas internacionales de los que dependía el equilibrio de Europa.

Ello debía ser castigado, cuando menos con la destitución. Al buen entendedor pocas palabras bastan, señor Bessières.

Si ni en la plaza Beauvau ni en el Quai d'Orsay estaban contentos, ¿qué diremos de lo que ocurría en la plaza Vendôme, en el ministerio de Justicia y en el bulevar del Palais? Hacía mucho tiempo que el señor Gassier, ex substituto del procurador de la República, y luego abogado general de los tribunales de París, había descargado todo el asunto del muñeco sobre Bessières. A éste, como es de imaginar, no se le había dado a entender así. Tanto peor para el jefe de la Seguridad General, que había sido bastante torpe para ordenar una seria información en todas sus partes sobre tan inverosímiles sucesos. Gassier no negaba que le hubiera enviado a Lavieuville; pero le había transmitido al inocente mayordomo para librarse de un maniático. ¡Y Bessières lo había tomado en serio. También tomó en serio a la señorita Barescat y al herborista Birouste...

La evolución de Gassier habíase hecho en condiciones que quizá sea útil precisar, porque nos hace ver, en un aspecto nuevo y, sin embargo, inquietante, la cuestión judicial planteada por la aventura del autómata Gabriel.

Como algunos diarios declarasen la necesidad de juzgar nuevamente a Benito Masson con arreglo a un procedimiento que, desde luego, no había sido previsto por ninguna ley ni por jurisprudencia alguna, *La Gaceta Judicial* protestó al momento y violentamente contra semejante pretensión.

Por de pronto, para la revisión del proceso hubiérase necesitado *un nuevo hecho*. Y la severa *Gaceta* declaraba no haberlo encontrado en las nuevas diligencias.

A esto, los adversarios de la *Gaceta* replicaban: ¿Qué se ha de entender por hecho nuevo?... ¿Puede haber en un proceso algo más nuevo que un inocente condenado a muerte y ejecutado y que vuelve a tratar personalmente de sus asuntos ante los tribunales?

"¿Y si es culpable?", argumentaba la impetuosa *Gaceta*. "También sería nuevo que los magistrados se viesen en la necesidad de *guillotinar nuevamente* al guillotinado que se presentaba ante ellos. Sería nuevo, *demasiado nuevo*".

Tan nuevo era, que los mismos que, como Gassier, creían en el muñeco, retrocedieron horrorizados...

De realizarse tal acontecimiento, habría tal revolución en las costumbres judiciales, que la sociedad temblaría sobre su propia base.

Por lo pronto, la pena de muerte haríase imposible, *por cuanto in operante*, como se decía en el palacio de Justicia. Con ello asegurábase el triunfo de los partidarios de su supresión, sin contar con la insoportable alegría de los asesinos.

¿Conclusión?... O existía el muñeco o no existía... Si no existía, *no había que inventarlo* (frase como para reflexionada por Jaime Cotentin). Y si existía, *había que suprimirlo*, había que aniquilarlo sin proceso de ninguna clase. ¿Comprendido? Los que no lo hayan comprendido, jamás serán estadistas, señor Bessières... (Extracto de un breve diálogo entre el director de la Seguridad General y el jefe del despacho particular del ministro.)

En vista de ello, el señor Bessiéres regresaba a sus oficinas diciéndose:

—Antes de suprimirlo habría que detenerlo... Pero en el caso de que lo detenga, no lo suprimiré... Me dieron tanta lata con el dichoso muñeco, que se lo endosaré seguidamente...

Este modo de concebir su papel no estaba carente de cierto maquiavelismo.

Pero ese maquiavelismo no le había de hacer feliz al señor Bessières.

Vamos a ver en seguida la causa de ello.

Aquel día se celebraba en el Instituto una gran sesión a propósito del autómata. Iba a discutirse su existencia, o, mejor dicho, la posibilidad de su existencia... Acabamos de relatar las alteraciones ocasionadas por el sangriento muñeco en el terreno administrativo y judicial. ¿Qué eran, sin embargo, en comparación con la polvareda levantada en el mundo científico?

Una doble tempestad procedente de dos puntos opuestos del horizonte, en los que estaban: en uno el profesor Thuillier, y en el otro el profesor Ditte, decano de la Escuela de Medicina, habían acabado de encontrarse, produciendo un huracán espantoso que acababa de penetrar bajo las bóvedas del Instituto, en donde producía tremendos estragos.

Fué una memorable sesión, iniciada por la citación, extraordinariamente moderada en su forma y en sus tendencias, del presidente, señor Tirardel.

Baste decir que algunos retornaron a su casa sin el cuello de la camisa.

No obstante, Tirardel nada había hecho para excitar los espíritus.

—Señores — dijo —. Tenemos el deber de calmar a la opinión pública, alterada por la inverosímil noticia de que uno de los más notables miembros de la Escuela, el señor Jaime Cotentin (a quien no se ha vuelto a ver), inventó un mecanismo al que ha colocado el cerebro de un asesino. Y dicen que ese mecanismo anda por el mundo y sigue asesinando, lo cual, naturalmente, no es tranquilizador para nadie. A nosotros, que somos sabios, nos toca decir si semejante fenómeno es o no posible. Aunque la proposición sea inverosímil, ruego a mis queridísimos colegas que la discutan seriamente. Después votaremos...

No había, pues, nada ofensivo para nadie; sin embargo, un exagerado admirador del profesor Thuillier, aunque había prometido conservar toda su sangre fría, no pudo aguantar el tono levemente irónico de aquellas palabras y exclamó:

—¡Cuánta tontería!

Consternación general; escándalo horrible.

—¿Dónde estamos, señores? — preguntó, lívido, el presidente Tirardel.

—¡En Francia! — le respondieron —. Y los que se llaman sabios como usted son los que hicieron huir a Norteamérica a los Carrel y otros genios...

Tempestad de aplausos y de injurias.

—¿Qué es eso de genios?... ¡Sacamuelas!

—¡Es que hay sacamuelas de genio!

La tempestad arreciaba.

Entonces el decano Ditte se levantó para decir:

—No olvidemos, señores, que el mundo nos está contemplando.

—Le ruego que se ciña a la cuestión — dijo el presidente Tirardel con su augusta barba, que le daba tan ventajoso parecido al canciller d'Aguesseau.

Y siguió pensando:

—Hoy no se respeta nada. *La misma ciencia*, con sus inesperadas revelaciones, *se burla de los sabios*. ¡Reina la anarquía!... Lo que en mi juventud era verdad, es una gansada ahora que tengo la barba blanca. ¡He vivido demasiado!

Y después de esta heroica consideración, ordenó que cerraran una ventana para que no entrase una corriente de aire. Luego dedicóse a mirar al decano Ditte, que pulverizaba las declaraciones a la prensa del profesor Thuillier.

Las interrupciones de los jóvenes — entendámonos: los jóvenes del Instituto — no le emocionaban.

Cuando el profesor Tirardel dudaba de todo porque lo habían tildado de tonto, el decano permanecía firme en su fe. Conocía los límites del progreso. Los había aprendido en los libros que formaron el espíritu de su generación, repletos de apotegmas salvadores, merced a los cuales no había que temer el libre desarrollo de la imaginación. La hipótesis tiene sus reglas, que no puede quebrantar sin caer en el ridículo.

Y aunque Ditte no había afirmado palabra por palabra que Thuillier era un farsante, todos lo entendieron así...

El decano sentóse satisfecho, en tanto se reanudaba la tempestad.

Thuillier, que no formaba parte del Instituto, no pudo responderle; pero el profesor Hase, que formaba parte de la falange, como se llamaba a los amigos del profesor Thuillier, levantóse y consiguió dominar el tumulto.

—Admiro — comenzó— la sinceridad despectiva con que el señor decano nos habla del sistema nervioso dado por el señor Jaime Cotentin a su autómata, y que lo hace obrar mediante la acción del suero Rockefeller, de la electricidad y del rádium... Pero tomemos la cosa desde más arriba, ya que, según parece, somos sabios, es decir, seres capaces de abordar las cuestiones de índole general. Y comencemos por declarar humildemente que, en lo concerniente a fenómenos nerviosos, estamos muy poco adelantados.

"Cuando hace un cuarto de siglo el doctor Ramón y Cajal publicó sus observaciones histológicas sobre las fibras nerviosas, nuestro presidente honorario, el doctor Branly, que no sólo es el ilustre sabio cuyo nombre no puede separarse del descubrimiento de la telegrafía sin hilos, sino un médico raramente sagaz de las enfermedades nerviosas, señaló en una nota publicada el 27 de diciembre de 1897 en el *Boletín* de nuestra Academia, las similitudes de propagación de la onda nerviosa de la onda eléctrica y las analogías de estructura del funcionamiento que presentan los conductores discontinuos, tales como los tubos de limaduras con las neuronas y las terminaciones de las fibras nerviosas... Esas relaciones hacen pensar...

—¡Ahora no se trata de eso! — gritó un viejecito epiléptico, cuyo nombre había olvidado todo el mundo, pero que, según parece, fuera una gloria del siglo XIX —. Usted se remonta demasiado, si no es que se sale de la cuestión... Así que tómela de más abajo... *Deje estar las neuronas y háblenos del sifón de Gabriel*...

¡Oh, qué éxito tuvo el epiléptico vejete citando el sifón de Gabriel!...

—Aquello fué el principio del fin.

Las más estrepitosas carcajadas ahogaron las indignadas protestas de los "jóvenes" y de la falange.

A propuesta del decano declaróse terminada la discusión y pasóse a votar.

El presidente Tirardel se levantó y dió cuenta con estas palabras históricas del resultado de la votación:

—Por mayoría de votos se acuerda que el muñeco sanguinario no puede existir.

Y, en verdad, era tan aplastante la mayoría, que el presidente no había tenido paciencia para esperar que concluyese el recuento.

Por fin la razón humana había vencido, tal como la entienden ciertos sabios de fines del siglo pasado.

En aquel momento, cuando felicitaban al presidente Tirardel, un ujier le entregó un escrito de la presidencia del Consejo.

Tirardel reconoció la letra del ministro del Interior y se apresuró a romper el sobre.

Inmediatamente lanzó un lamentable grito, algo así como el gemido de un animal que de súbito se nota herido de muerte.

Sin embargo, quiso adoptar un hermoso final. Aun tuvo fuerzas para incorporarse.

El noble anciano irguióse, pues, como un espectro sobre sus asombrados colegas. Dijo:

—Señores. *Acabo de recibir la noticia de que la Seguridad General ha detenido, por fin, al muñeco sanguinario.*

Lo que no dijo es que el ministro había agregado esta frase: "¡Ojo con las tonterías!"

Pero ya la tontería estaba hecha.

XXI

En efecto, el muñeco había sido detenido. Lebouc fué su captor.

Volvamos al despacho de Bessières, jefe de la Seguridad General, al que dejamos abatido debido a una escena desagradabilísima para su amor propio y funesta para su ambición. La escena había tenido lugar con el ministro, antes de la reunión del consejo que se celebraba *abajo*, en el salón de la plaza Beauvau.

De pronto abrióse la puerta. Pero el ujier no tuvo tiempo de decir una palabra. Lebouc ya estaba frente a Bessières. Brillaban sus ojos, su tez estaba inflamada y sus cabellos aparecían revueltos. Además, tenía un aire triunfal, seguramente inquietante para quien conociese las victorias de Lebouc, que era a lo Pirro, es decir, seguidas de descomunales desastres.

Así que, a pesar de su porte ufano, Bessières acogió a Lebouc, no sólo con preocupación, sino con cólera.

—*¿Ya está usted aquí?...* ¿Qué viene a anunciarme?

—Algo extraordinario, señor director...

—Ante todo quiero que usted me diga si tiene algo que ver con los artículos publicados en la prensa con respecto a lo que llaman escándalos de Corbillères y referente a los cuales le ordené el otro día que guardara el más completo silencio.

—Esos escándalos de Corbillères los denuncié yo; esos artículos los escribí yo — repuso Lebouc con voz alta y clara.

—¿Es usted quien firma XXX?

—Sí, señor director.

El señor director pronunció una palabra fuerte.

—¡Ya estoy cansado de ser el *Emisario*, de trabajar siempre para los demás, de no obtener ni gloria ni provecho, sino la mayor de las ingratitudes!... ¡Siempre sacrificado!... ¡Siempre dispuesto al sacrificio!... Tal fué la divisa que soporto, por renunciamiento, desde hace años... Pero ¡me la arranco!... Servir a la policía de la patria es una ocupación muy noble; a ella quiero dedicarme, pero sin que se abuse de mí... Empecé mal mi marcha por la vida. Un día me coloqué al lado de ustedes porque eran los más fuertes. ¡Bien me lo han demostrado, porque esa fuerza no dejaron de emplearla contra mí... Entonces pensé que hay algo más fuerte que la policía: la prensa. Y me hice periodista...

—¡Es usted un imbécil, Lebouc!... ¿Sabe lo que hizo?... ¡Mañana no tendrá quien le defienda, porque yo ya no estaré aquí!...

—¡Me defenderé yo, señor Bessières, con ayuda de la gran prensa!... Pero somos intangibles... ¡Le traigo al *muñeco sanguinario!*...

El director levantóse como galvanizado, exclamando:

—¡Lebouc! ¡Si usted hubiera hecho eso!...

—¿Qué?

—Tendríamos una posición realmente fuerte.

—Pues puede tener la seguridad de que *está ahí*...

—¿Dónde?

—En la calle de las Saucedas, en un *auto*, vigilado por media docena de agentes...

—Tráigamelo.

—*Voy a traerlo.*

Lebouc ausentóse unos momentos para dar órdenes. Bessières hallábase en una febril agitación... El muñeco era la salvación; con el muñeco era dueño de todo el mundo y podía con todos, con quienes le querían y con *quienes no le querían*... ¡Dueño de la situación!... La verdad era que Lebouc resultaba un hombre excepcional...

Lebouc volvió, diciendo:

—*Ya lo suben*... ¿Le ha telefoneado al ministro?...

—¡No!... Comprenderá usted que primero quiero verlo... Pero ¿cómo lo detuvo?... Dicen que es algo terrible...

—¡Terrible, sí, señor director!... Pero los imbéciles no nos asustamos de nada —replicó Lebouc, devolviéndole la pelota.

—¿Le detuvo usted solo?

—Yo solo, señor director... Y de la manera más sencilla... Rondaba en torno de las tapias de "Las Dos Palomas", cuando vi que se acercaba un individuo raro. Tomaba toda clase de precauciones y tenía un modo especial de caminar, un modo en cierta manera rítmico, que al momento despertó mi curiosidad... De pronto, volvió la cabeza. Vi su cara, tal como se ha descrito, y en la que realmente sólo viven los ojos... Hace días y días que no pienso más que en la muñeca. Un

instinto secreto me gritó que era él, *que iba a reunirse con sus cómplices en "Las Dos Palomas"*... Nada ignoraba yo de lo que se decía de él, de su extraordinaria fuerza, de sus puños metálicos, que golpean como catapultas... Así que me dije que había que sorprenderle, aturdirle y derribarle, ponerle inmediatamente en un estado de total inferioridad.

"Entonces recordé que antes de haber ingresado en la policía fuí famoso truhán por mis cabezazos. A esto nosotros le llamábamos *la embestida de carnero*, y también *el golpe de Garibaldi*... En vista de ello le asesté un buen golpe en el vientre.

"Había tomado impulso y llegué a él como un rayo... Mi cabeza dió en el centro de su mecanismo y lo derribé... Cayó de espaldas, con las cuatro patas en el aire... Lo que sucedió luego, señor director, fué más gracioso que otra cosa... Y es que a ese tipo, cuando está de espaldas en el suelo, le sucede lo mismo que a las cucarachas, o sea que no puede levantarse...

"A un muchacho que casualmente pasaba por allí le mandé que fuese por cuerdas a "El Arbol Verde". Volvió en un *auto* que acababa de llegar. Le acompañaba Felipe, el guarnicionero... Los del *auto* y yo le atamos bien y lo llevamos al coche con las patas en alto.

"Cuando la gente se dió cuenta de que aquel monigote mecánico que no cesaba de crujir era el sanguinario muñeco, quiso romperlo, destrozarlo... Pero yo lo impedí gritando que me pertenecía... Y así conseguí traerlo... Ahora pertenece a la justicia y a los sabios... ¡Supongo que ya no dirán que no existe!... Aquí lo traen...

Bessières abrió en persona la puerta y los agentes arrastraron hasta el centro del escritorio a un monigote terriblemente atado, encadenado, esposado, tendido de espaldas y con los ojos muy abiertos y como lanzando fuego y llamas.

Todos lo miraban en silencio, inclinados sobre el fenómeno y sin atreverse a tocarlo...

Bessières, después de mirar varios momentos a aquel ser excepcional que le promovía grandes palpitaciones, corrió hacia el teléfono, lo descolgó y pidió comunicación con el jefe del despacho particular del ministro.

—¡Oiga!... ¿Es el señor Traistan?... Deseo hablar un instante con el señor ministro... ¡Ah! ¿Se está celebrando consejo?... Es que detuve al muñeco sangriento... ¡Sí, sí!... ¡Al muñeco sangriento!... ¿Acaba de entrar en mi despacho... Vale la pena, ¿verdad?... ¿Se lo dirá al presidente del Consejo?... Espero al aparato...

Aguardó tres minutos. La puerta se abrió y el jefe del despacho particular precipitóse diciendo:

—¡Llega el señor ministro! ¡Quiere verlo en persona!... ¡Oh, qué cosa más curiosa!... Pero ¿por qué lo tienen en el suelo?... El presidente va a interrogarlo... Que se levante un poco...

—¡Es muy peligroso! —exclamó Lebouc, que no estaba muy contento de que su nombre no hubiera sido pronunciado aún.

—¡Si está asado como un salchichón!... ¡Si somos diez!... ¿Y tiene usted miedo?...

—No es que tenga miedo —puntualizó Lebouc con un respingo muy característico en él—. Pero permítame que le diga...

—Calle, Lebouc —ordenó Bessières—. El señor jefe de despacho tiene razón. El *prisionero* no puede comparecer ante el presidente en esta ridícula posición. Al menos desátele las piernas y levántelo.

Los agentes, obedeciendo las órdenes de su jefe, ya habían libertado los pies del autómata y lo habían incorporado.

Pero, no había recobrado aún su equilibrio, apenas sus suelas tocaron el suelo, cuando, como el gigante Anteo, que recobraba sus fuerzas cada vez que, soltándose de los brazos de Hércules, tocaba la tierra, el muñeco, revelando una fuerza terrible, hizo saltar las ataduras que aun le sujetaban, saltó él, atravesó literalmente la puerta, que resistía menos que una hoja de cartón; pasó sobre el cuerpo del señor ministro, que acudía a ver el fenómeno; sacudióse del grupo de agentes que se le agarraban desesperadamente, se fué como una flecha por el pasillo de la izquierda (el de la derecha, que llevaba a la calle de las Saucedas, estaba atestado de ujieres), arrojóse por una angosta escalera como quien se echa a un abismo, volvió a saltar, penetró por otros pasillos, cruzó como una tromba la dependencia desierta del señor jefe de despacho, entró en el gran despacho del presidente del Consejo, donde todos los ministros, a quienes su jefe acababa de enterar del acontecimiento, esperaban, febriles, noticias del muñeco. Los atropelló horriblemente y los llenó de pánico. Luego cruzó el salón donde esperaban los representantes de la prensa, algunos de los cuales conservaron largo tiempo el recuerdo de aquel huracán automático, que en dos saltos franqueó el vestíbulo, salió al patio y lanzóse al volante del automóvil particular del presidente del Consejo, que estaba a punto de partir.

Antes de que nadie hubiera pensado en oponerse a la audaz maniobra, el auto salía del patio, saludado por el galoneado portero, que después cerró la verja.

El coche siguió a toda velocidad la calle de Saint-Honoré, después de haber pasado delante del Elíseo, sin detenerse, como solía hacer. Pero en aquel momento lanzáronse a su persecución, desde la plaza Beauvau y desde la calle de las Saucedas, las bicicletas, motocicletas y *taxis* que los agentes habían podido requisar entre los que pasaban o estaban por allí.

Y en aquel mismo momento, tres señores muy serios descendían de un automóvil ante la verja del Ministerio y, dirigiéndose al portero, que no quería dejarles pasar, declararon por boca del señor Ditte, decano de la Escuela de Medicina:

—Tenemos que ver al señor ministro.

—Pues, por ahora, es absolutamente imposible... El señor ministro no puede recibir a nadie... Además, según me acaba de decir el ujier, está celebrándose consejo.

—Estamos delegados por la Academia de Ciencias para examinar al muñeco sanguinario que, según dicen, acaban de detener. Y la noticia, que nos transmitió el propio presidente del Consejo, será cierta, a juzgar por lo que se nota en los alrededores...

—Esa noticia era ciertamente exacta hace menos de un instante, por decirlo así... Pero ¡ya no lo es!... El muñeco sanguinario acaba de salir de aquí. Yo mismo le facilité el paso...

—¿Ha salido de aquí?

—*En el auto del señor ministro*... ¡Cualquiera se lo figuraba!...

—Creo que se están mofando de nosotros —dijo Ditte—. Volvamos al instituto.

Mientras aquellos mártires de la ciencia regresaban a sus augustos lares a pie, porque no encontraban taxis, seguía la persecución de Gabriel.

En la esquina de las calles de Saint-Honoré y Boissy d'Anglas, formóse un entorpecimiento del tránsito, que el muñeco aprovechó para pasar sencillamente por la acera, entre los gritos de los transeúntes, que se aplastaban contra las paredes.

Después siguió hacia la Madeleine, a la que dió la vuelta. Y con una velocidad de bólido llegó a los autobuses Madeleine-Bastilla, que estaban allí en final del trayecto.

Uno de los autobuses fué embestido y averiado por el auto del ministro, que a consecuencia del choque casi quedó hecho añicos. En cuanto al autómata, pareció proyectado hacia otro ómnibus que el chofer comenzaba a poner en marcha.

Los viajeros que allí había vieron, con espanto, que aquella máquina humana saltaba al sitio del chofer, a quien lanzaba a la calle como si fuera un guiñapo.

La multitud de transeúntes acudía ya gritando:

—¡El muñeco! ¡El muñeco!

Hubo un ¡sálvese quien pueda! Los viajeros, a riesgo de romperse algún miembro, saltaron fuera del vehículo, que, por suerte, aun no había emprendido la marcha.

Y en la plataforma posterior quedó un caballero de barbas blancas, que no se había decidido a apearse y que lloraba como un niño mientras agitaba su paraguas a guisa de bandera negra.

Como el chofer no tuviera tiempo de subir, el anciano encontrábase solo con el muñeco, hacia el cual se volvía de vez en cuando para ponerse a gritar, llorando a más y mejor, como un chiquillo al que se le saca un juguete.

Después de remontar el bulevar de la Madeleine y parte del de los Capuchinos, acompañado del clamoreo de todo un pueblo que se refugiaba en las aceras, mientras el autobús lo derribaba todo en el arroyo, Gabriel giró bruscamente por detrás de la Opera y tomó por la calle de Lafayette, que hizo subir al imponente coche con una velocidad de ciclón.

En la esquina de la calle del Faubourg Montmartre hubo tal apeñuscamiento de vehículos, que el ómnibus estuvo varios segundos como en suspenso. ¿Se aplastaría, recobraría su equilibrio? Recobró su equilibrio; pero un agente llegó de pronto en motocicleta hasta el autómata y, apuntándole bien, le descargó su *browning* a través del cuerpo.

Aparentemente, no le produjo más efecto que si le hubiese disparado con un pulverizador de peluquería. Sin embargo, no todas las balas se perdieron, porque una de ellas, después de haber atravesado el cuerpo de Gabriel y de haber atravesado el ómnibus en toda su extensión, acabó atravesando al desesperado anciano de barba blanca, que se tambaleó y cayó al arroyo.

Eso lo salvó...

Si no hubiera sido así, no habría escapado a la catástrofe que se avecinaba. Mientras tanto, aun podía esperar que los cuidados de una esposa querida y de una amantísima hija le arrancaran de las garras de la muerte...

El terrible coche (obús con ruedas se le llamó después) dejó la calle de Lafayette a la altura de la estación del Este para regresar por el bulevar Magenta, cruzar la plaza de la República, saltar hasta la Bastilla y tomar por el bulevar Diderot. ¡Allí produjo la catástrofe que anunciábamos!...

En la esquina de aquel bulevar se estaba levantando uno de esos magníficos inmuebles que la arquitectura de postguerra ofrece a nuestra admiración por toda Francia.

Esas casas se levantan con una rapidez asombrosa; no tienen más espesor que la de un ladrillo, están consolidadas con un

poco de cemento menos armado de lo que suele decirse. Tienen la altura de las demás (seis o siete pisos) y son tan bonitas como las otras, porque admiten adornos de escayola, que sería inútil pedir a la piedra, debido a la mano de obra. Ahora bien: hay que reconocer que son mucho menos sólidas...

Un ómnibus como el que conducía Gabriel, lanzado a toda marcha contra aquella obra maestra, después de una carrera que parecía el último ímpetu, *había de ser algo tremendo*...

Primero diríase que se trataba de un trueno. Luego hubo una espesa nube, que se propagó por todo el barrio.

Cuando se disipó la nube, ya no se vió la casa. No había más que un montón de informes materiales, una prodigiosa torta de la pasta más indigesta. Buscaron entre los escombros al muñeco; pero no le encontraron por ningún lado.

XXII

Al anochecer del segundo día de aquellos terribles sucesos, un hombre joven todavía, pero que no parecía hallarse muy bien en diversos sentidos, presentóse en la posada de "El Arbol Verde" y pidió a la señora Muche las llaves de la finca de "Las Dos Palomas", que deseaba visitar y que estaba en venta, según anunciaba un cartel colocado en la verja.

La señora Muche le entregó las llaves y el joven en cuestión se alejó, seguido por la mirada de un hombre que estaba sentado ante una mesa de la sala y que hasta entonces mostrárase muy interesado en la lectura de *La Epoca*, cuya primera página contenía llamativos títulos.

Citemos los principales: *El muñeco sangriento, aplastado bajo los escombros de un edificio del bulevar Diderot. Dimisión del señor Bessiéres, jefe de la Seguridad General. Fantasías criminales de Lebouc, agente especial del señor Bessiéres.*

También consignamos los principales párrafos del artículo encabezado por los títulos anteriores:

"Por fin nos hallamos libres del muñeco sanguinario y también del señor Bessiéres, que en todo este asunto no se mostró a la altura de su cargo ni de su cometido. No se sabe de qué hay que asombrarse más: si de su incompetencia o de su inconsciencia...

"Antes de encontrar al muñeco, asustó a los ciudadanos, y en cuanto le echó la mano encima lo puso en libertad...

"Pero todo ello no es nada al lado de ciertas maniobras de las que estuvimos a punto de ser víctimas, y que hubieran podido tener las más graves repercusiones en nuestras relaciones con las potencias extranjeras. Se recordará la publicación hecha en estas mismas columnas de unos trabajos firmados por XXX. Teníamos motivos para pensar que el contenido de aquellos artículos había sido logrado en las fuentes más auténticas. Y cuando prestábamos toda la fuerza de nuestra publicidad a aquellas revelaciones, es que creíamos hacer un servicio indiscutible al país.

"Los artículos que citamos nos los traía un agente particular del señor Bessiéres, que nos daba a entender que si los publicábamos *serían gratos al ministro*.

"El autor de aquellos artículos era un tal Lebouc, hombre de confianza del señor Bessiéres. Y no solamente era el autor, sino, como se dice hoy, el animador. Toda la historia de los *assuras de Corbillères*, todas las eventuras de *thugs* en que se hallaban comprometidos los primeros nombres de la aristocracia europea, *todo era una invención del tal Lebouc*... ¿Quién le impulsaba? ¿A quién quería servir? ¿A quién quería perjudicar?... Acabamos de enterarnos; pero no queremos entrar en detalles...

"*Este asunto, lo mismo que el del muñeco, debe ser sepultado.*

"Ya se habló bastante de Corbillères. ¿Verdad, señor Lebouc? Y, según parece, no se trata de una novatada por parte de usted, puesto que ya ha intervenido tres veces contra el interés público, según parece. ¡Caramba con el señor Lebouc!...

"Es un personaje insignificante, que, sin embargo, tiene su historia... Que no nos obligue a publicarla; que desaparezca... como acaba de desaparecer quien lo empleaba *y nos lo enviaba*...

"Y que nos sirva de lección esto. ¡No más Bessières, no más Lebouc en la calle de las Saucedas!... Hemos de procurar un cambio total."

Y firmaba: *"La Dirección"*.

El joven de mal aspecto a que antes aludíamos regresó al cabo de una hora. Así como antes parecía resfriado, ahora, en cambio, no. Pero si triste se mostraba antes, más triste se mostraba después.

Pidió un grog y entregó las llaves a la señora Muche.

Después de haber sido servido y se hubo alejado la señora Muche, el hombre que leía el diario se le acercó, se lo presentó, preguntándole:

—¿Ha leído esto?

—Sí, lo leí —contestó el joven triste.

Y apartó el periódico como rechazando toda conversación.

—Permita que me presente, caballero. Soy el mismo Lebouc... Hace muchos años que pertenezco a la policía. Siempre he sido sacrificado... En este caso, queriendo tomar precauciones, me dirigí a la prensa; pero la prensa me sacrificó como la policía... A usted le conozco... Es el señor Jaime Cotentin, prosector de la Facultad de Medicina de París y creador o padre del muñeco sangriento...

"¡Tranquilícese!... No quiero producirle molestias ni a usted ni a nadie... Pero ya que se presenta la ocasión, quiero decirle que todo cuanto escribí en *La Epoca* es absolutamente exacto... *Todos los crímenes de Corbillères proceden de "Las Dos Palomas"*. Hace veinticuatro horas que tengo la prueba de que el autómata no tiene nada que ver en ellos... ¡Y Benito Masson era inocente! La última víctima de los hindúes y del marqués es una persona muy querida por usted. Mientras yo, como un majadero, me apoderaba de su Gabriel, de quien debiera haber hecho un auxiliar, raptaban a la señorita Cristina Norbert para entregarla a los vampiros...

"Le advierto que es la última vez que hablo de estas cosas. Usted verá si puede sacar algún provecho de mis palabras...

"Para los efectos consiguientes, debo manifestarle que no creo que el muñeco en cuestión haya perecido en el bulevar Diderot. Mostrarían los restos... *Pero quieren hacer creer que ha muerto*...

"Obre con la mayor prudencia, tanto en lo referente al autómata como en lo concerniente a la señorita Norbert, si es tiempo aun de salvarla.

"En cuanto a mí, me retiro, porque esa gente es demasiado fuerte. Para ahogar el escándalo tienen a todo el mundo a su lado... ¿Ha visitado la quinta de "Las Dos Palomas"?... ¿Verdad que parece una honrada aunque suntuosa casa de campo?... ¿Puede imaginarse algo más auténticamente burgués?... Cualquiera que la visite se echará a reír si piensa en los artículos de XXX... Y es que tomaron todas las precauciones... No dejaron la menor huella de su paso...

"En cuanto al marqués, cuyo nombre no es necesario pronunciar; en cuanto a esa bellísima persona víctima de una absurda leyenda, cuando XXX le representaba veladamente como presidiendo las orgías de "Las Dos palomas", lloraba a su primera esposa, a la cual acaba de construir una tumba magnífica en la cripta de sus antepasados: tumba que, si no me equivoco, ha de inaugurarse pasado mañana...

El joven, que de pronto pareció menos triste, pero más sombrío, repuso:

—¿Qué diría usted, señor Lebouc, si yo hiciese confesar públicamente a ese infame marqués todos sus crímenes, si le obligara a revelarme dónde oculta a Cristina, si consiguiera que la verdad resplandeciese de tal modo que ningún poder humano pudiera ahogarla?

—Diría, señor Cotentin, que usted había realizado un milagro mucho mayor que el que le sirvió para la creación del maravilloso autómata...

—¡Pues sígame!...

—¿Adónde?

—¡A Coulteray!...

XXIII

Cuando Jaime Cotentin dejó en Tours a Lebouc, le dijo:

—Hospédese en la hostería "La Gruta de las Hadas" y no se preocupe de mí. No quie o exhibirme. Si el marqués me viese o se enterara tan sólo de que estoy por la comarca, se figuraría al momento que vengo a reclamarle a Cristina o a entregarme a costa suya a alguna violencia. Y desaparecería...

Hacia las siete de la tarde llegó Lebouc a Coulteray. La ceremonia fúnebre había sido fijada para la mañana siguiente.

El mesón de Achard estaba atestado de gente. Aquella animación era consecuencia de los rumores. El vampiro no había tenido una buena prensa. Los últimos rumores de la capital habían llegado hasta Coulteray. Incluso se habían distribuído diarios en que se aludía directamente al marqués. Las leyendas de estranguladores y de vampiros de la India habían impresionado profundamente hasta a los más pacíficos. Se recordaba que a Coulteray había llegado con criados muy extraños. Sin embargo, la última vez no trajera más que un camarero. Se había privado de los servicios de Sangor y de Sing-Sing. Y había hecho bien.

A pesar de ello, el cura y el alcalde aun le defendían. Y el doctor Moricet limitábase a encogerse de hombros cuando le contaban lo que se decía por la comarca. El centro de todo aquel movimiento era el mesón de Achard.

Allí estaban Achard, Bridaille y Verdeil, que no se desdecían de lo que habían visto y oído, y que lo repetían incesantemente. Desde lejos acudía la gente para oírselo contar, y, de paso, beber algunos vasos.

El tendero Nicolás y el vinatero Tamisier lamentaban no haberse hallado presentes cuando el fantasma habló; pero, como puede suponerse, no habían olvidado la sesión en que la viuda de Gerard lanzó tan agudo grito que les hizo incorporarse para ver cómo la marquesa

volvía al cementerio...

Aquella tarde, la viuda de Gerard, que ahora se llamaba señora de Drouine, puesto que se había casado con el de Sologne, había llegado con su nuevo esposo.

Los dos se hospedaron en casa de Achard. Huelga decir que en la sala del mesón era muy animada la conversación. Drouine mostraba su frente taciturna. El matrimonio no lo había cambiado mucho. Era el mismo rústico con la cabellera de crin, los miembros bastos y los hombros cargados. Pero bajo aquella envoltura rugosa el ex sacristán parecía ocultar un alma cada vez más cándida, revelada por su mirada de niño, por sus ojos de un azul purísimo. En el fondo, no sabía qué pensarse de él, cosa que probablemente le sucedía a él mismo. Afectaba una gran prudencia, y limitábase a mover la cabeza ante las palabras más atrevidas. Y era curioso el hecho de que su esposa parecía burlarse de él:

—¿Por qué eres así?... ¿Crees que no tienes derecho a decir lo que piensas?...

Y dirigiéndose a los demás, les decía:

—¡Este sí que vió cosas la primera noche!...

—¡Déjame en paz, Adolfina! — terminó por decir él.

Pero Adolfina se vengaba. No había olvidado cómo fué arrojada por el vampiro, delante de todo el vecindario, cuando se realizaba el entierro. No guardaba contemplaciones al marqués y excitaba a Bridaille, a Verdeil y a Achard a que repitieran "lo suyo" a los recién llegados.

Los tazones de vino caliente, los *punchs*, encendían el corazón y los cerebros. Bridaille, el herrero, daba puñetazos sobre la mesa como sobre un yunque.

—Nosotros no somos unos chiquilines., Verdeil, que se dedica todo el día a maquinarias, no creo que se asombre de una cosa que no existe; no creo que una figuración la tome por realidad... Aunque me obligaran a poner la mano en mi fragua, yo repetiría que *nos habló y nos preguntó por el camino de su tumba...*

Cuando pronunciaba aquellas palabras abrióse la puerta y penetró un hombre cuya sola presentación impuso el silencio.

Lebouc, desde su rincón, supuso que se hallaba frente al marqués. Y no se equivocó.

El señor marqués no parecía contento. En su cara morada ardían los ojos con una llama maligna. Nunca había parecido más próximo a la apoplejía. Su mano derecha manejaba un látigo de perro, cuya cinta chascaba febrilmente en los *breeches*.

—¡Buenas noches! — gruñó sordamente sentándose junto al fuego —. Al pasar quise entrar para oír las tonterías que decía Bridaille. Y me parece que entré muy oportunamente...

—Tal vez — repuso Bridaille sin desconcertarse —. Pero, en todo caso, yo no soy el único que dice tonterías aquí... Pregunte a Achard, a Verdeil, a Tamisier, a Nicolás, sin contar a Drouine y a su esposa Adolfina... Creo que somos una buena colección... Lo que me consuela es pensar que el único que no dice tonterías es usted, señor marqués...

—¡Hola, Drouine! — exclamó el marqués —. ¿Regresaste?

—Sí, señor marqués —respondió el otro ruborizándose como si fuera sorprendido en falta—. No quise dejar pasar una ceremonia semejante sin presentarle mis respetos y sin renovarle mi pésame...

—Veo que estará presente todo el mundo —comentó el marqués sin dejar de azotarse con el látigo —. Lo celebro, por lo que tiene de buen recuerdo para la marquesa. Y espero que después los imbéciles nos dejarán en paz a ella y a mí...

Entonces, Verdeil, el que tenía el garaje junto al puente, levantóse y se colocó frente al marqués para decirle fríamente:

—Le prohibo que me trate de imbécil.

—¡Ja, ja! — exclamó el marqués —. Vaya, vaya... Acaso es usted un espíritu superior, ¿eh?... No va a misa, no cree en Dios ni en el diablo...

—En efecto — corroboró Verdeil.

—Pero, en cambio, cree en los fantasmas...

—Yo sólo creo en lo que veo y en lo que oigo... Y yo he visto, he oído y reconocí *a la mujer del vampiro...*

Al oír esta palabra, el marqués levantóse jurando. Se había puesto lívido. Parecía que iba a escupirle en la cara al otro. Pero se contuvo...

—¡Sois indignos de mí, que siempre me porté tan bien con todos vosotros!... ¡Estáis más atrasados que los peores salvajes!... Me habéis visto alrededor de la marquesa... Durante mi ausencia, y para tranquilizar vuestros embrutecidos cerebros, se abrió su tumba y se os la ha mostrado... Desde entonces nadie bajó a la cripta... Mañana por la mañana la volveréis a ver y se encerrará definitivamente a la desventurada a quien no dejé de llorar ni un día... ¿Y habláis de vampiros?... ¡Canallas!

Todos se incorporaron con una indignación que no presagiaba nada bueno. Bridaille había derribado la mesa que se hallaba delante de él y acercábase al marqués, luego de haber producido un fragor de vajilla y de vasos rotos.

Achard tuvo el tiempo justo para interponerse.

—*¿Qué prueba eso?* — le preguntó el marqués.

—¿Qué quiere usted decir?

—*¿Qué prueba que nos la muestre mañana por la mañana? Sale de la tumba por la noche, al filo de las doce...* como todos los vampiros... ¡No se haga el ignorante! *¡De eso usted sabe bastante más que nosotros!...*

El marqués le lanzó una siniestra mirada y le dijo:

—Aplazo la ceremonia para mañana por la noche, a las doce... ¿Estás satisfecho?

—Sí — dijo Achard.

—¡Y pensar que estamos en el siglo XX! — masculló el marqués dándose un fuerte latigazo.

Se marchó rugiendo. Ya estaba lejos cuando aun se le oía jurar, blasfemar, insultar a Dios y a los hombres.

Cuando a la mañana siguiente llegó la noticia a Coulteray y a los alrededores de que la interesante ceremonia había sido aplazada hasta la noche, debido a la escena del mesón, todo el mundo se sintió impresionado. ¡Qué jornada más llena de ansiedad!...

Por la tarde, el marqués habíase encerrado en el castillo con el alcalde y el cura, que lo consolaban como mejor podían. Pero se hallaba en un estado de exaltación poco común en él. Lo que le dijo a la primera autoridad de la población acerca del cretinismo de sus administrados dejó tan aturdido al pobre hombre, que éste se juró que no se presentaría en las próximas elecciones. También él abandonaría aquel pueblo absurdo y lo dejaría entregado a su superstición vergonzosa...

Al oír aquella palabra — superstición —, el marqués, un poco calmado por lo que se refería al alcalde, dirigióse al cura, que también se llevó lo suyo...

—Si no hubiese tantas historias de santos, de milagros, de tumbas abiertas, de resurrecciones, de fantasmas y de otras necedades mezcladas con las leyendas... —¡Que me perdone si alguna vez le di algún disgusto y que descanse en paz en su nueva tumba!...

Luego púsose a elogiar la arquitectura y los motivos decorativos de la nueva tumba. Era cara, pero el marqués pensaba que Bessie-Anne Elisabeth todo lo merecía...

En torno al castillo comenzó a oírse un ruido sordo. A pesar del intenso frío, el cementerio y los patios ya estaban repletos de gente.

Por otra parte, la noche era hermosa. Una gran luna pálida deslizábase tras las nubes plateadas...

Los tres se encaminaron hacia la capilla. Al reconocerlos, la gente les dejó paso. A la vista del marqués, todo murmullo cesó. *Esperaban...* Y más de uno se estremeció pensando en la espera...

Ya todo estaba preparado para la ceremonia. El vicario habíase ocupado de ello. Pero la cripta no se abrió hasta el último momento, porque la gente se aplastaba contra la puerta. Las mujeres, sobre todo, evidenciaban una curiosidad exagerada. Las había que se hallaban allí desde horas antes.

Lebouc fué de los primeros en entrar en la cripta; pero estaba receloso porque no había visto a Jaime Cotentin.

Algunos grupos, que habían pasado las horas de espera escanciando abundantes botellas, estaban alegres y se dedicaban a bromas que no lograban ningún eco. Les decían:

—¡Callad, herejotes!

En la cripta, no obstante, reinaba el silencio...

Habíase levantado un pequeño altar en el fondo, precisamente sobre la tumba de Francisco III, llamado Brazo de Hierro, que murió en Tierra Santa. Y allí fué donde celebró el oficio el sacerdote.

La gente se aplastaba en la escalera que comunicaba la cripta con el coro y en la angosta escalera del torreón que subía directamente al cementerio.

La nueva tumba, construída en ese estilo en que el Renacimiento comienza a borrar el gótico flamígero bajo el florecimiento de sus líneas y la abundancia del dibujo, era muy admirada sobre todo por cuatro figurillas de ángel que decoraban las esquinas.

Estaba abierta, esperando que le llevaran el féretro de Bessie-Annie Elisabeth, que reposaba aún bajo la losa de la tumba de Luis Juan Crisóstomo.

Cuando terminado el oficio y llegóse al momento en que los obreros quitarían la losa sepulcral, todas las respiraciones quedaron en suspenso. Entonces sonaron en la torre doce campanadas. Y se acabó de sacar la losa.

Un largo y lúgubre gemido brotó de la concurrencia, acompañado de gritos con que se encomendaba a Dios y a los santos.

La tumba conservaba el féretro que se le había confiado; pero el féretro abierto estaba vacío...

La vampiresa, a la que en la última

ceremonia todos vieran tendida en su ataúd, *¡había salido de su tumba!*...

Entonces todas las miradas se dirigieron al marqués, mientras las mujeres caían de rodillas. Y un murmullo amenazador a más no poder comenzó a rodearle.

Se había erguido, desconcertado, inquieto, pero temible todavía... Y entonces un ruido procedente del cementerio anunció que por allí o por sus cercanías algo extraordinario acontecía.

Después oyéronse gritos horribles en la escalera del torreón. Los que allí estaban procuraron huir. Algunos cayeron en la cripta, rodando por los escalones. Y tras ellos apareció un bulto largo y blanco...

Muy tiesa, como si en vez de caminar se deslizase sobre la tierra, como se había manifestado en las noches de Coulteray, venía..., venía... Bessie-Anne Elisabeth, marquesa de Coulteray, nacida en Cavendish... Y dirigíase hacia el marqués, que, con los brazos en cruz, el rostro exangüe y la boca abierta, pero incapaz de articular ningún sonido, retrocedía..., retrocedía...

Cuando ya no pudo retroceder más, cayó de rodillas.

El fantasma había extendido los brazos...

Y con voz de ultratumba, pronunció:

—*¡Te acuso!*...

Pero el marqués ya se había desplomado. Su cabeza sonó horriblemente contra la piedra de la tumba. Y lanzó un suspiro tremendo, una especie de estertor, al que le respondió un gemido más espantoso todavía.

Entonces, hacia el agonizante corrió un hombre, que le alzó la cabeza y le pidió:

—Antes de morir, ¡dime qué hiciste de Cristina!

¡Ay! Jaime Cotentin no tenía en sus brazos más que un cadáver, junto al cual no tardó en rodar el espectro, definitivamente agotado, de Bessie...

¡Los dos estaban muertos!... El doctor Moricet, que había seguido a Jaime, lo comprobó y declaró que aquella vez *¡todo había terminado!* ...

Pero aquellas palabras no eran suficientes para calmar a una multitud supersticiosa, cuyo espíritu acababa de ser exaltado por la trágica escena. Como el alcalde y el cura expresasen su opinión de que los marqueses fueran colocados inmediatamente en la tumba, ocurrió de súbito uno de esos acontecimientos que no pueden suceder más que en ciertos momentos en que el alma de las multitudes es arrebatada a su pesar por un torbellino que le hace ejecutar actos definitivos, cuya responsabilidad no podría achacarse a nadie en particular.

No hay que olvidar que para la mayoría, la vampiresa, saliendo de su tumba, viniera a encontrarse con su verdugo más acá de la muerte. Y esa mayoría juzgaba que había que librar al país de la pesadilla que duraba hacía meses. ¡Bastaba ya de fantasmas en las noches de Coulteray!

¿Qué dice la tradición sobre los vampiros? ¿Qué es lo que ordena?... *¡Quemarlos!*...

Sin un previo acuerdo, sin pronunciar una sola palabra, hicieron lo necesario. En la noche plateada, sombras negras levantaban en el patio principal una gigantesca hoguera...

Toda la leña que se encontró por los alrededores fué acumulada allí como por encanto. Y sobre la leña reseca del invierno volcáronse bidones de nafta, facilitados por el mismo Verdeil. Los dos cuerpos fueron colocados allí encima, uno al lado del otro. El alcalde y el cura habíanse retirado. Y pronto se levantó una llama gigantesca, que hizo resplandecer al viejo castillo como traído del fondo de la historia de Francia, en un día de matanza y de incendio...

Durante largo tiempo, la hoguera retorció sus inmensas lenguas escarlata por encima de la montaña... Luego, poco a poco, su fuego devorador fué calmándose. Y pronto apareció un resplandor gozoso y amigo, como una hoguera en la noche de San Juan, recuerdo atenuado de la voraz llama druídica...

XXIV

Lebouc y Jaime Cotentin regresaron juntos a Toug. El prosector parecía muy abatido; Lebouc, que desde hacía tiempo habíase formado una resignada filosofía, gracias a la cual recobraba su serenidad indiferente después de cada desastre, limitóse a decir:

—No tuvimos suerte.

Jaime suspiró.

—Si el golpe no hubiese sido tan fuerte, si el marqués hubiera vivido solamente unos minutos, habríamos obtenido de él lo que queríamos... El miedo nos lo entregaba... ¡La muerte nos lo robó en el momento en que abría la boca!... Ese hombre, que no creía en nada, vió pronto el espectro de su mujer... Menos mal que ahora la pobre mujer *ha muerto de veras.* ¡Ya nada le atormentará!...

A requerimientos de Lebouc, el prosector explicó que Bessie-Anne Elisabeth, a la que se creyó muerta una primera vez, no había padecido más que una cierta crisis cataléptica, en la que entraba por mucho la sugestión. Son numerosos los *casos de personas que se creen muertas*, sobre todo entre aquellas cuyo cerebro, demasiado débil, ha frecuentado con exceso la idea del más allá... Bessie creíase muerta y caía en catalepsia para despertarse de noche, a la hora en que sabía que tenía que salir de la tumba, como todos los vampiros, bajo la obligación de un ineluctable destino... Jaime había seguido la primera noche, después del entierro, a aquella figura fantasmal y había asistido al *caso*, que conocía perfectamente... La había visto regresar a la cripta y colocarse ella misma en su sepulcro. Ella, por su parte, lo vió, le había mirado sonriendo tristemente, diciéndole con voz opaca: *¡Hasta mañana a medianoche!* La catalepsia se le apoderó inmediatamente...

¿Cómo había hecho para salir por sí sola de la tumba? Eso es lo que Jaime se preguntó... Y llegó a la conclusión de que *Sangor había acudido para realizar su horrible oficio*, ella habíase despertado cuando abría el féretro Sangor y éste había huido... Ello explicaba la facilidad con que Drouine, varias horas después, pudo librarse del indio, que, además, iba cargado de obsequios...

Jaime guardóse mucho de comunicar a Cristina lo ocurrido realmente en la cripta. Su novia tenía el espíritu muy trastornado en aquel momento para intentar explicarle científicamente un fenómeno que era más fácil negar. Y negó...

Pero ¡había que salvar a la desgraciada Bessie!... Para intentar curarla, había que empezar por librarla del marqués, causa de todos sus males. En consecuencia, decidió mostrarla muerta y en su tumba a la vista de todos. Luego selló públicamente la losa. La siguiente noche fué a ponerla en libertad a la hora en que salía de su crisis. Y ayudado por el doctor Moricet, a quien había puesto al tanto, de Drouine y de la viuda de Gérard, a quien los dos médicos acabaron convenciendo de la verdad, transportaban a la desgraciada en un *auto* que la llevaba a un paraje desierto de Sologne, donde Drouine tenía una finca.

Allí había permanecido. El doctor Moricet la visitaba todas las semanas. Tan pronto abrigaba alguna esperanza como desesperaba de llegar a un buen resultado. Era demasiado tarde. La monomanía de la vampiresa acabaría triunfando. Aun se escapaba de noche para dirigirse a su tumba. Una vez llegó a caminar leguas y leguas por un camino imposible, para llegar a Coulteray. Aquella noche habló con la gente del mesón. A Drouine le costó enorme trabajo alcanzarla y llevársela. Y él era el fantasma a quien vieran persiguiendo a la vampiresa, que ya estaba definitivamente loca.

—Ahora comprenderá usted —concluyó Jaime Cotentin— cómo se me ocurrió la idea de servirme de ese espectro viviente para lograr las confesiones del marqués.

—Estaba bien discurrido —dijo Lebouc—. Pero en la vida, señor Cotentin, hay que tener suerte. Nosotros, por desgracia, no la tenemos. ¿Quiere que le dé un consejo leal? Haga como yo. Procure que le olviden... Adiós, señor Cotentin.

—Adiós, señor Lebouc.

Y el desgraciado Jaime, retornando aquella misma noche a París, se decía:

"El mejor medio de hacerse olvidar es desaparecer para siempre... Me parece que si no encuentro a Cristina no duraré mucho... En el mundo nada me interesa..."

Y si pensaba en su autómata era para maldecirlo...

Al entrar en la relojería de la calle del Santísimo Sacramento, causóle extrañeza el desorden que allí reinaba. En los rincones amontonábanse resortes, muelles, ruedas dentadas, todo ello retorcido, estropeado, sin ninguna aplicación inmediata.

Reconoció trozos de las famosas ruedas cuadradas que tanto habían intrigado al barrio y restos del famoso sistema de movimiento continuo, que los vecinos de la Ile-Saint-Louis no recordaban que se le hubiera dado cuerda alguna vez.

En medio de todas aquellas ruinas estaba el viejo Norbert, sentado a su mesa, con la lupa ante el ojo, tranquilo, con gestos cansados y precisos, arreglando un reloj...

No pareció asombrarse de ver a su sobrino, al que le dijo:

—¡Hola! ¿Eres tú?... Hace varios días que tengo un telegrama para ti. No sabía dónde enviártelo. Lo leí. Parece urgente...

Jaime arrojóse sobre el telegrama. Estaba puesto a su nombre, procedía de Peira-Cava y lo firmaba Cristina. Leyó: "*Ven pronto. Necesitamos de ti los dos.*"

Quiso hablar al viejo, pero el otro le atajó diciendo:

—Haz lo que quieras. Ya no me interesa nada de eso.

Partió para el Mediodía en seguida. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegaba a Peira-Cava. Al descender del auto vió a una joven enlutada y con ojos llorosos. Era Cristina.

—¡Llegas demasiado tarde! —le dijo—. *¡Ha muerto!*

La sujetó del brazo para sostenerla. Así siguieron el camino que llevaba a la casita del bosque de Mairise. Con incon-

mensurable tristeza, Cristina lloraba a Gabriel y Jaime lloraba a Cristina, que *el otro*, aun cuando estaba destruído, parecía haberle robado para siempre...

—¡Perdóname, Jaime!... Pero nunca se sabrá lo que fué Gabriel ni lo que hubiera podido ser de haber querido vivir... Pero no quería... Ya llegará el día en que te cuente, detalladamente, cómo caí en manos del marqués y de sus amigos, cómo me veía perdida para siempre y cómo Gabriel surgió en el momento supremo para arrancarme de los brazos de aquellos vampiros... Todos se precipitaron sobre él, pero él era más fuerte que ellos. Le acribillaron y descargaron sobre él sus armas, pero todo fué inútil. Pasó, me agarró, y me trajo aquí... Sin embargo, para él era el fin. Antes de venir a salvarme, ya había sido medio aplastado por un fatal accidente. Todo su sistema nervioso había sido terriblemente afectado y su circulación hacíase con dificultad... No quería que yo le curase. *¡Y había lanzado sus llavines a un precipicio* antes de arrojarse él mismo!... Deseaba morir, *morir para siempre*... Ya sabrás la causa... Entonces te telegrafié, a pesar de que me lo había prohibido y de que me vigilaba incesantemente. Me decía: "Ya que sólo me quedan unas horas de vida, que no venga nadie a turbarlas."

"Finalmente, una noche en que sus ademanes se habían hecho más lentos y más difíciles, me dijo adiós y me hizo jurar que no le seguiría... Se lo juré, pero lo seguí de lejos... Yo tenía la esperanza de que *tal vez se detuviera de repente*, y entonces, a su pesar, *podría curarlo*... Pero había reunido sus últimas fuerzas, usaba *su último resorte*, me llevó por la nieve, por el camino de Plan-Caval, hasta muy lejos.

"De pronto irguióse sobre una cumbre, como si pusiera por testigo al cielo y a la tierra, alzó los brazos y se lanzó al precipicio... Acudí como una loca. Dando un gran rodeo, y a costa de mil peligros y tropiezos, llegué al fondo del precipicio, donde descubrí sus pobres restos destrozados... Los he traído y los verás... Tu hijo, Jaime, era sublime... ¡Qué desgracia fué su muerte para el mundo!...

Jaime, en vez de responder, callaba y lloraba... ¡Lloraba por él mismo!... Cristina agregó:

—Aquí se creyó en un accidente. Yo, como imaginarás, procuré que lo creyeran. Se ha buscado el cadáver; pero como llegó el deshielo, creyeron natural que no se encontrase nada. Sienten mucho que haya perdido a mi hermano. El cura de Luceram vino ayer para decir en nuestra capillita una misa por el descanso de su alma. ¡Jamás pensaría el buen hombre que estaba dentro de mi armario!...

Habían llegado a la casita. En el hogar ardía un acogedor fuego de leña.

—¡Caliéntate, que has de estar helado! —dijo Cristina—. Voy a traerte un tazón de caldo y *todos sus papeles, todo lo que me escribía*. Así comprenderás por qué quiso morir. ¡Qué alma! ¡Y cuánto sufrió!

Volvió con un tazón de caldo y una cajita que contenía los preciosos papeles de Gabriel.

—Lee —dijo.

Y sollozando, lo dejó solo.

Jaime sacó de un bolsillo interior una gruesa libreta, en la que había anotado día por día sus trabajos y en la que se podían encontrar precisadas con todo método todas las condiciones de la sublime máquina. Unió la libreta a los papeles que Cristina le había entregado, y que aun no había leído, y lo arrojó todo al fuego.

Cuando su prima volvió, sólo quedaban de los maravillosos documentos cenizas y unas puntas de hojas requemadas. Cristina comprendió lo que acababa de ocurrir. Lanzó un grito y corrió hacia la chimenea.

A continuación transcribimos unas cuántas líneas de las pocas que pudo salvar del desastre:

"Soy, sí, un espíritu puro y me enorgullezco de ello. Y tu gloria eterna, ¡oh Cristina!, será haber amado una idea, mejor quizá de lo que hubieras amado mi mismo corazón de haber habitado éste en mi primera etapa dentro de un cuerpo bello, dentro de un cuerpo contrario a lo que era el de Benito Masson. ¿Ves, Cristina, lo que admiramos en el hombre? Emerson lo dijo: "La forma de lo informe", la concentración de la inmensidad, la morada de la razón, el refugio de la memoria. ¡Oh los pensamientos! ¡Qué seres más ágiles y flexibles! Las cosas del corazón pertenecen aún a la tierra; pero el pensamiento alado que no tiene ningún peso terrestre, es lo divino."

Lo que acabamos de consignar es el canto triunfal; pero he aquí el desesperado clamor que todo lo explica:

"He alargado los brazos, y oprimí sobre mi pecho frío tu cuerpo y tu rostro convulso; pero no noté la tibieza de tu seno... ¡Oh, quién me dará tu calor y tu perfume benditos!... ¡Cristina, Cristina!... Emerson es un necio... El orgullo de pensar no compensará nunca del amor, del amor tal como lo quiso la creadora naturaleza, del amor en cuyo fondo se une todo... ¡Ay, Cristina! Al principio paseaba a tu lado mi soberbia, me ufanaba de ser un espíritu puro y mostraba atrevidamente mi felicidad... Pero me engañaba a mí mismo, sólo era feliz porque aun no me había retirado completamente de la tierra, *como un operado a quien le acaban de seccionar los brazos y sigue notándose la mano herida... Recordaba tu perfume y me bastaba verte para sentirte... Me paseaba por la naturaleza sin estar todavía completamente aislado. Pero poco a poco la figura se disipó y desaparecieron las seudosensaciones. Fuí reducido a un mecanismo* que paseaba mi pensamiento. *Me vi convertido en un espíritu puro... ¡Qué miseria! Esta vida no puede durar... Tu Jaime me impuso el más cruel de los suplicios."*

Y ahora leamos unas líneas postreras.

¡No, en el mundo no hay mayor dolor que ser un espíritu puro!... La religión cristiana, que puso en la primera fila de sus dogmas la resurrección de la carne, comprendió esa verdad... *Sí, Cristina, eso es el paraíso: renacer en carne y hueso para dar un beso efímero en el que se ponga toda una eternidad... Una eternidad sin ese beso, ¿para qué?... Adiós, amada mía..."*

* * *

Dos años más tarde, si por azar se hablaba del muñeco sangriento, de la "epidemia de pinchazos", de la seudorresurrección de Benito Masson, de los *thugs* y de sus pequeños *trócares*, todo ello se consideraba como una pesadilla que sacudiera a París en una época en que los espíritus habían perdido todo equilibrio: enfermedad a la que la policía no fuera ajena... Jaime y Cristina se casaron. El prosector habíase establecido en Peira-Cava como el más humilde de los médicos rurales con el apellido de Beigneville, que era el de su madre.

La señora de Beigneville dió vida a tres hermosos niños, ninguno de los cuales se llamó Gabriel.

Pero Gabriel seguía viviendo en el corazón de Cristina y encerrado en su armario.

No había querido separarse de aquellos restos. Jaime no se había opuesto a ello. Y el famoso cerebro de Benito Masson era conservado aparte, en un bocal dispuesto ex profeso.

La señora de Beigneville era buena y dulce, era la más sencilla de las mujeres. Su única distracción, aparte de sus hijos, consistía en abrir, cuando estaba sola, su armario y trabajar en la reconstrucción de Gabriel.

Ya había logrado resultados muy apreciables. La circulación no dejaba nada que desear, y el suero funcionaba bien. Y un día en que su esposo salió a cazar con unos amigos, entre ellos el teniente de los alpinos que mandaba el puesto de Plan-Caval, fué Cristina a agarrar el bocal donde se bañaba en el suero alimenticio el cerebro de aquel a quien en el fondo de su corazón aun llamaba "¡Mi Gabriel!", ¡qué emoción intensa experimentó!: ¡el bocal estaba vacío!

Como se ve, Jaime Cotentin había tomado las debidas precauciones...

Fin de "LA MAQUINA DE ASESINAR"

EL ARTE DE JUAN DE ARANOA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

de este artista, señalado por el exegeta en su "gracia actual y comunicativa", nos habla el propio Juan de Aranoa a través de un paseo en que nos sirve de guía de sus cuadros.

—Mis tendencias pictóricas — nos dice — las sugerirá mejor que nada un poco de autobiografía, lo imprescindible para indicarle los itinerarios seguidos y las vicisitudes por las que pasó mi formación. Nací en Bilbao, a comienzos del siglo, y desde chico quise ser pintor, sin interesarme después más que dos cosas: vivir en paz con mi conciencia, renunciando de antemano a cuantas ambiciones pudieran bastardear su depuración, y consagrarme a la pintura, en busca siempre de una nueva dificultad para intentar dominarla.

"Muy joven, estudié en París. Era allá por el año 20 y 21... Los impresionistas me apasionaban. Cézanne me conmovió profundamente. Luego estudié los clásicos a través del cubismo... Después...

—Un momento — le interrumpimos —. Es cierto que Pablo Picasso, tan moderno y tan antiguo, ha expresado a través de su manera el arte negro, el pompeyano, etcétera, demostrándonos que se puede ser original en la recreación de cualquier época del arte, a condición de no salirnos de la nuestra al interpretar lo antiguo. Pero nos gustaría saber qué alcance da usted a su frase: "Estudié a los clásicos a través del cubismo".

—Sí. Porque el cubismo me llevó a estudiar y comprender a fondo a los clásicos, y entonces encontré flojo el impresionismo; flojo, sobre todo, como pretendida síntesis insuperable de la pintura. Cada etapa, señalada por una tendencia estética predominante, es sólo una parte de la pintura, pero no toda ella como querían los que lucharon por imponerla. En cuanto a mí, creo que soy como todo artista producto de mi tiempo. La misión del pintor es interpretar el presente, si quiere; o el pasado o el futuro, si así le place, pero siempre a través de sí mismo, con sinceridad y fidelidad a su temperamento.

—Entonces, según usted, podríamos establecer que la pintura es la historia de la mirada del hombre en el decurso del tiempo.

—Exacto. Cada pintor es más que nada un testimonio de la sensibilidad de su época, mientras que la pintura es de todas las épocas, y cada escuela una etapa de ella, que revela un estado de visión complementario de lo que es la pintura eterna. Sólo de vez en vez se da el genio completo, con un Velázquez.

La fuga de las horas felices

—Viajé luego por Italia y España — continúa Juan de Aranoa —, siempre estudiando a los maestros de mi arte, y por último me dediqué a pintar en mi tierra vasca. Expuse en Bilbao y Madrid, y más tarde en París, ciudades queridas en las que fueron quedando muchos de mis cuadros. En Bilbao hay colgados lienzos míos en el Museo de Pinturas — madres, marinos, mujeres parisienses, naturalezas muertas, un Moisés —, y en el *hall* de una compañía de seguros, un *panneau* de cuarenta metros, titulado "El despertar del día". Tema mitológico en el que jugué con las Horas, representadas por mujeres, variadas, hermosas, atrayentes, y como éstas, esquivas, fugaces e inconstantes... Aquella interpretación tuvo algo de presentimiento.

—¿También fueron pasajeras su horas de dicha, de trabajo en paz?...

—La guerra me ha perseguido siempre: en Madrid, estaba preparando los frescos de la fachada exterior del Frontón Recoletos — obra del arquitecto Zuazo —, cuando tuve que interrumpir mi labor, que quedó inacabada por la guerra civil española. Entonces volví a París, donde hice varios retratos y los tres *frescos* que decoran *Zatoste*, el restaurante vasco de la *rue* D'Argenteuil. *Zatoste*, en vascuence, es frase que invita a entrar, a pasar adentro — nos aclara —, y en las escenas de caza, pesca y romería que pinté entonces, mi misión de decorador era la de invitar al que ya estaba dentro a sentarse a la mesa y comer alegremente, evocando costumbres de Vasconia, tierra del buen comer. Dos años llevaba instalado en París — recuerda —, cuando volvió a interrumpirse mi obra, esta vez por la invasión alemana...

El pintor se contiene. No quiere hablar de su odisea sino en lo que atañe a su arte. Y deja en una discreta penumbra íntima todo lo relativo a sus jornadas de fugitivo de Europa en llamas hasta arribar a buen puerto, al Plata, en cuya ribera hospitalaria vive hoy — al fin en paz — con su mujer y sus siete hijos, y sus sueños de arte que la inspiración y la maestría van convirtiendo en realidades:

—Cuando tuve que dejar Francia — continúa Aranoa —, el Museo Luxemburgo iba a colgar en una de sus salas una tela mía — una *naturaleza muerta*, ya adquirida, pero que aun estaba depositada en la galería Katia Granoff —, y con la ocupación de París no se supo más del cuadro. Todo se me derrumbaba alrededor...

"Más tarde, buscando un ambiente de calma donde seguir mi vocación, me trasladé aquí, donde tengo buenos amigos que me animaron a exponer, primero en Montevideo y luego en Buenos Aires, donde presenté el *Vía Crucis* solamente.

El oro de la luz increada

Recorriendo con nosotros las catorce *estaciones* de su obra religiosa, Juan de Aranoa entrevera su interpretación personal de las mismas con sus confidencias sobre los problemas de composición y ejecución que se le fueron presentando:

—Aceptado el encargo de pintar un *Vía Crucis*, lo primero que hice fué imaginarme, en largas meditaciones, cómo habría reaccionado yo, situado frente al drama del Calvario, si se hubiera producido en mi tiempo. Y así lo pinté. Lo otro, la trascendencia universal del tema, el clima sobrenatural de algunos pasajes, la mística de la pasión en suma, rebasaba los medios de expresión de la pintura realista, entraba en la zona de la inspiración subconsciente o del milagro; lo que haya de inmaterial, de "divino" en mi obra — y debe de haberlo, cuando la casa de Dios la admite como expresión de pintura sacra —, es don que no me pertenece, sino como merced de la Providencia.

—Sí, Aranoa. Pero, esa luz increada que usted logra, tiene un proceso material de realización, un procedimiento técnico, ¿no?

—Claro que sí, y muy antiguo: pintar al óleo sobre fondos de oro. Yo lo he aplicado abiertamente, preparando la tela a base de oro para engendrar la luz, y el negro, en contraste, para crear el claroscuro y la sombra. José María Sert empleaba también mucho el oro adherido al lienzo. Así lo conjugó en sus decoraciones de la catedral de Vich, de las mansiones de los duques de Kent y de Alba, en sus pinturas para el Waldorf Astoria, de Nueva York, y para la Sociedad de las Naciones, en Ginebra.

El Calvario

—¿Y la documentación de fondo?

—Los Evangelios, naturalmente — responde el pintor, y agrega, evocando la Pasión como pudiera hacerlo un testigo presencial, con dolor indignado de hombre justo: —Yo siento el drama del Redentor como hombre de mi tiempo. El Domingo de Ramos, el pueblo recibe a Jesús en triunfo. Luego, la labor de los fariseos revuelve a la masa contra El. ¡Un cambio repugnante, una traición de gente inconsciente, que dejó solo, entregado a sus verdugos, al Maestro que iba a salvar a las muchedumbres!... Al pintar el *Vía Crucis* gravitó sobre mí el ambiente de odiosidad en que resplandece la infinita grandeza del Mártir; la crueldad desdeñosa de los dominadores romanos; la inconsciencia tornadiza de la plebe; el egoísmo de escribas y fariseos, la clase intelectual del país sometido, que se complacía en arruinar la limpia popularidad del Nazareno y que, para conservar, en precario, sus privilegios, no vaciló en frustrar el movimiento de emancipación del espíritu ante las imposiciones de la fuerza, que El había predicado con el ejemplo como base de la libertad interior de las almas...

El milagro en la pintura realista

—En este pasaje, superando por la caridad del amor sus sufrimientos, Jesús mira a su madre de manera que ella no crea que sufre tanto — continúa Aranoa —. Vea, otro problema que me preocupó bastante, como composición, fué el de la Verónica.

—Y se decidió usted — observamos —, a pesar de su pintura realista, por la versión pictórica ya tradicional, de reproducir exactamente el rostro de Jesús en el paño que le tiende la compasión femenina.

—Sí; preferí dar el rostro estampado, como retrato acabado de Jesús, en vez de esbozarlo en la huella de algunos rasgos, como hubiera ocurrido en la realidad cotidiana al enjugarse en un paño una cara cualquiera bañada en sudor y sangre; pero... no la cara de Jesús. Es decir que, como pintor realista, *incurro* adrede en la aceptación del milagro de la *Vera Efigie*, precisamente porque soy fiel al sentido realista con que he pintado toda la obra. ¿Hay algo más real que la presencia del milagro en la vida de Jesús?... Sin embargo, para no repetir la cabeza de la figura central en el mismo cuadro, a El en persona lo pinté de espaldas. También hube de eludir, en otra *estación*, pintar la cara de la virgen, aunque por distinto motivo: en el cuadro del Calvario, cuando el Crucificado exclama: "¡Padre mío, por qué me has abandonado!", se podía expresar el esfuerzo supremo del Hijo al dirigir a Dios esa pregunta, que no llega a ser protesta; pero el dolor de una madre que ve morir en suplicio a su hijo inocente, me pareció demasiado grande para someterlo al artificio de la pintura. Era preferible crear el clima en que pueda sentirse ese dolor, a intentar expresarlo; por eso volví de espaldas la figura de la Madre y sugerí su drama en las vestiduras azotadas por el viento, en los desgarramientos de luz de cielo y tierra.

—¿Y ahora?... — preguntamos al pintor vasco, luego de recorrer, estremecidos por una emoción nueva, *actual*, los episodios de la tragedia del Gólgota.

—Ahora, como siempre, a seguir pintando. Pero no a pintar como siempre, ni lo mismo de siempre. Hay que buscar constantemente el estilo dentro de uno mismo..., con la esperanza de no encontrarlo nunca, para no fosilizarnos en la pereza de la repetición, ni envejecer en la caducidad del amaneramiento. ◈



No podría afirmar si realmente era vieja o así lo sentía, pero lo cierto es que, al término de infinitos e ímprobos trabajos, un raro *surmenage* exclusivamente psíquico me obligó, con medios propios o prestados, a darme un descanso a orillas del mar.

Pensad: una pobre mujer que pasó su existencia íntegra al margen de toda alegría, transportada de la noche a la mañana a la fiesta de la naturaleza marina, sin otra preocupación que la de contemplar y meditar el momento fugitivo del tiempo y de la ola, librada a la fuga de sí misma, ya sin el acosar de esos perros feroces que son buen símil para representar el ambiente y la rutina y las gentes del diario subsistir, maravilla la de estas vacaciones, capaz de encender una luz de ensueño en el alma y en las pupilas hasta del ser más lamentablemente pobre de espíritu.

Bueno: pero esto fué después, y el debut es principal.

Resulta que en aquel pueblecito calmoso y solitario, misterioso cual alguno de esos que novelistas extranjeros describen, a lo largo de innumerables y aburridas páginas, con exasperante minuciosidad, situándolo en lejanías de Holanda o la Suiza; en este pueblecito, pues, había un solo albergue en casona seguramente frecuentada por fantasmas —velos de agua y huesos de piedra—, albergando apenas otro par de huéspedes medio raros también, conmigo mal atendidos por los caseros hostiles, cual si una situación de fuerza les obligara a albergar contra su voluntad a esta poca gente.

En coche destartalado me trasladé allá desde la estación ferroviaria, invirtiendo poco menos que tantas horas como el tren para hacer un par de leguas, llegando al crepúsculo ventoso, sin matices, al caserón acogido a la protección de una muralla natural de piedra negra, viscosa, repelente, que daba al lugar un novelesco aspecto de refugio de condenados.

Intimidada de inexperiencia intenté granjearme la simpatía de los mesoneros con tímidas sonrisas, alguna palabra cordial o mentido comentario sobre bellezas imaginarias del lugar, pero ellos me rechazaron con larguísima mirada desconfiada, retrocediendo cual si mi insinuación amistosa fuera conato de salteamiento con ventaja, y, más fríos que el pétreo muro protector y el crepúsculo sombrío, me indicaron mi cuarto y la hora de las comidas: nada más.

Comprendí que aquí como allá, en el trabajo y en la fiesta andaría sola, mero detalle de las disposiciones inapelables del destino contra las que vanamente se rompen las uñas las angustias de la voluntad, pero costumbre es naturaleza y, reprimiendo el temor, tras la cena en la mala compañía de los otros dos silenciosos compañeros de hospedaje, fuíme a la cama andando con el alma, que ya no me sentía el cuerpo, enervado por toda la fatiga del viaje... ¡y de una existencia que me pesaba como mil!

Mi cuarto..., pequeño, oscuro, encajonado, enemigo de amplios brazos que me cercó totalmente y algo más, porque, cerrada la puerta, me invadió un zumbido trepidante y toda mi aprensión latente de mujer cobarde y sola floreció en temblores de pánico sutil. Pensé que la fatiga y también el mal alimento me habían enfermado de "mal de mar" sin estar en el mar, y tomé un polvo digestivo que habitualmente me traía inmediato alivio, mas esta vez, ¡nada!: el zumbido persistió con mayor intensidad y entonces, asustada, salí del cuarto volviéndome al comedor, donde el mesonero se encontraba guardando los cubiertos en el bargueño.

—¿Oye usted, señor? — balbucí —. ¿Qué es



Música de olas

Cuento, por ***Sara Poggi***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE MARIANO ALFONSO

ese zumbido, ese tronar lejano, esa presencia ruidosa en lo alto?

—El mar, el rodar de las olas del mar. ¿Qué se figuró?

—El mar..., el rodar de las olas...

—¡Pues sí! Lo tenemos cerquita, ahí no más, volviendo el murallón... Vaya, vaya, duerma tranquila.

Volví al cuarto, pero no tranquila, sino muy preocupada. No había pensado que el mar rumoreaba, menos aun tan fuertemente, y me dejó perpleja calcular que con tál fragor no podría dormir, ni pensar, ni efectuar esos actos que, por intrascendentes, se han vuelto maquinales y ya no percibe la conciencia, como vestirse, desvestirse, lavarse los dientes o ponerse el camisón para dormir. Aquel zumbido quebraba el ritmo de lo maquinal, y una permanecía atisbando auditivamente si aumentaba o decrecía, si no cesaría por momentos, si en verdad era ruido exterior o enfermiza pulsación interior. Hasta la duda de que fuera causado por el oleaje del mar y el mesonero estuviera equivocado, pues también los movimientos sísmicos, o el funcionar de los cañones en la guerra, trae ese atronar... ¡Qué miedo, sola y tan lejos del ambiente habitual!

Transcurrieron interminables minutos, pasó la hora, siempre atisbando auditivamente *aquello*, y terminé acostándome sin lavarme los dientes ni vestir el camisón, absorbida por el zumbar ahora acrecentado en la oscuridad, figurándome que de un momento a otro se me desplomaría encima causándome muerte tras espantosa agonía, y al rato de estarme así en el lecho me sobrevino el singular impulso — seguramente originado del raro *surmenage* que padecía — de ir a comprobar a orillas de la mar el origen de aquella música infernal.

De un salto, con coraje inaudito, estuve de pie y junto a la puerta del cuarto en la oscuridad; si alguien pudiera haberme visto pensaría, con relativo fundamento, en un barbotar delirante de maníaca en cierne, aunque sostengo que en ese instante me sublevé contra el mesonero misterioso y contra tanta personal inhibición cuando, por sola, era más libre que el aire y el mar mismo con toda su alharaca; y dando un mudo viva a la libertad, formulé — en pensamiento no más — la frase audaz de hacer mi antojo y mi capricho y mi locura, si tal era. ¡Bravata! Estaba bajo el hechizo del mar y obraba al compás de su música de olas.

¿Sí, verdad?... Porque no de otra manera es explicable mi paso vacilante, así como imitando la cadencia de esta ola y de la otra, total para hacer una voluntad que puede pisar firme; y si la hora avanzada no impidiera que el mesonero me saliera al encuentro, no existiría todo este sueño y de mis vacaciones sólo podría referir la novelería de una noche de terror imaginario.

Pero, como digo, encontrando el comedor vacío, pude salir sin oportuno encuentro a la intemperie, donde el viento brutal amagó desnudarme, con gran sobresalto de mi pudor remilgado, pronto aquietado en suma, que en la soledad tenebrosa de aquellas piedras todo pudor se tornaba ridículo, y aun no comprendo cómo pude andar en la noche el camino hasta el mar, invadida por los sones ya fragorosos de la marina y primitiva sinfonía.

¿Qué me impulsaría? ¿Qué oscuro atavismo me arrastraba en noche sin luces a la playa descampada de un lugarejo como los que describen los novelistas nórdicos? ¿Y cómo pudo ser que mujer de tan flojo temple permaneciera toda una noche así a orillas del mar no más que para escuchar música de olas? Pues, extraviada en las tinieblas y toda ecoica de aquel fragor, no iba, no obstante mi terror al mar, sino al albergue misterioso y a los mesoneros enigmáticos; mojada, temblando de frío, batida cual pluma volandera, mi corazón exultaba por encontrarme fuera del mesón, intuyendo allá un peligro vital más seguro y horrendo que el embate del mar.

Música de olas mecióme la noche entera, efluvio lustral de poderoso hechizo que me enclavó a la playa cual cosa inanimada, y tras un maravillosísimo crepúsculo matutino, unos andariegos me encontraron medio helada, y en brazos de dos retorné al mesón.

Golpearon enérgicamente la puerta de algarrobo, ancha y pesada — puerta de presidio inexpugnable —, esperando largo rato que algún vivo (o muerto) diera señales de oírnos en el interior de esta aparente tumba. Pasó una eternidad de tiempo exasperante, y luego percibimos interminable remover de hierros; comprendimos que no hallaban la clave para abrir el fatídico portalón, y yo, con la media parte viva de mi ser, rogué fervorosamente porque no se abriera nunca y en los cómodos brazos que me sostenían ser transportada lejos del mesón infernal, pero siempre ha de ser en vano el desear, y al fin giraron los goznes del portal, asomando las cabezas asustadas de la pareja de huéspedes que mal me acompañó en el comedor la noche anterior.

—Traemos a esta mujer... — comenzó a explicar uno —. Pero, ¿y los dueños?

—Están en su cuarto encerrados con candado.

—¿No acostumbran levantarse temprano?

—Sí, y hoy ocurre algo raro.

Novedad mayor que mi hallazgo fué para los andariegos el nuevo misterio de los mesoneros, y dejándome sin más atención en el lúgubre comedor, subieron la escalera que llevaba al cuarto de los viejos; golpearon, llamaron, hasta amenazaron vanamente, y cuando sospecharon mal, con hierros forzaron el candado. ¡En sus lechos, los mesoneros estaban asesinados!

Entonces... no, luego, a las horas, ante los hombres de la policía empecinados en el fastidio de interrogarme minuciosamente, hice declaraciones sorprendentes. Forjé toda una novela de lógica perfecta, adecuadísima a la comprometida situación en que mi fuga al mar en la noche me colocaba. Dije que el mesonero me intimó acostarme, con voz y mirar amenazantes, inspirándome gran terror y certera presunción de que algo prohibido y perverso maquinaba, y que, habiéndome acostado temblando, a poco percibí golpes y resuellos de lucha humana, y gemidos y alguna otra cosa más espantable que pude imaginar, en forma que apareciera natural mi huída hacia el refugio ingrato a orillas del mar.

Yo misma me creí, y quizá también los de la policía, aunque con cierta evidente sospecha — y piedad — sobre mi pobreza mental; mas por eso mismo me permitieron retornar de inmediato al ambiente y a la rutina y a las gentes de mi diario subsistir, donde persiste este incurable *surmenage* exclusivamente psíquico, porque no es cuerdo ni normal que continúe escuchando el canto del mar y todas las noches, inexorablemente, me invada un zumbido de olas que vienen y van, atronar de aguas tumultuosas que ahí no más, muy cerca, me espera... ¿para qué?

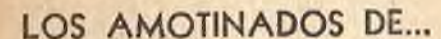
Mas yo he logrado conciliar el sueño mecida por el sonoroso compañero, y ansiosa espero las sombras nocturnales que me traerán el rumor; ya entiendo palabras y frases y períodos de la canción, y no me importa si todo no es más que delirio de mi raro *surmenage*: una maravillosa música de olas trajo a mi sueño el ensueño que me faltó toda la vida, y no lo cambiaría por la más alta cordura ni por la mejor sabiduría. ❖



LA ISLA PITCAIRN, DONDE LOS SUBLEVADOS SOBREVIVIENTES A LA TRAGEDIA HALLARON REFUGIO Y FUNDARON UN PUEBLO



ADAMS. EL REBELDE QUE, ARREPENTIDO, CONSAGRO EN LA ISLA SUS AFANES A CATEQUIZAR HABITANTES Y NATIVOS



LOS AMOTINADOS DE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

meto, bajo palabra de honor, olvidar todo lo ocurrido. Piense en mi familia; por ella se lo pido.

—Tarde pensó en sus familiares, Bligh —contestó Cristian—; debió hacerlo cuando nos maltrataba, y si le quedase un poco de honor no habrían llegado las cosas a tal extremo.

También un grumete, al embarcar, quiso convencer a Cristian sin lograrlo.

—Es inútil —respondió este último—, mucho tiempo llevo sufriendo y no saben ustedes de qué modo. Tenía que suceder a la fuerza. Yo, el segundo de a bordo, fuí tratado como un perro. Sin embargo, voy a darles una posibilidad más de salvación antes de que partan. Smith, traiga de la cámara del capitán sus ropas y toda su documentación; entréguele también mis tablas náuticas y mi sextante.

Estas órdenes fueron cumplidas a regañadientes.

—Y ahora, suelte la amarra, Morrison —gritó Cristian—, y que Dios sea con ellos.

Mientras la tripulación saludaba, mofándose, al capitán Bligh y a sus desgraciados compañeros, Cristian, apoyado en la borda, fijaba con amargura sus ojos en la chalupa que se alejaba más y más. Pensaba en su porvenir truncado, en su anciana madre, en su novia, en sus amigos. Todo había terminado para él. No era más que un despreciable jefe de una banda de piratas. Ya no podría volver a la isla de Man, su patria. Se sabía deshonrado ante el mundo. ¡Cuán rápido había sido su castigo!

Los abandonados

La chalupa que transportaba a Bligh y a sus dieciocho hombres, junto con las escasas provisiones, recargada en demasía, sobresalía tan sólo unas quince pulgadas sobre las aguas. Sus dimensiones, 21 pies de longitud por 6 de ancho, la hacían especialmente apta para el servicio de la *Bounty*, pero para una travesía un poco larga era sencillamente pésima.

Los marineros, que veían a los oficiales compartir su suerte, remaban vigorosamente haciendo avanzar a la chalupa con rapidez. Tenían, además, confianza en el capitán Bligh. Este no había titubeado un momento en la conducta a seguir. Necesitaban volver lo antes posible a la isla Tofoa, que era la más cercana al archipiélago de los Amigos, del cual salieran días antes para cargar en dicha isla frutos del árbol del pan y reabastecerse de agua para dirigirse después a Tonga-Tabú. En ese punto conseguirían, seguramente, víveres en abundancia para intentar la travesía hasta los establecimientos holandeses de Timor, si debido a la hostilidad de los indígenas no pudieran hacer escala en alguno de los archipiélagos que tanto abundan en esa ruta. El primer día transcurrió normalmente y al anochecer avistaron las costas de Tofoa, pero había tales escollos y rocas por todas partes que tuvieron que esperar el día.

Bligh no quería consumir los víveres de la chalupa si no ante necesidad apremiante, y prefería que se alimentasen con provisiones de la isla; mas no parecía fácil, porque cuando desembarcaron no se divisaba ningún habitante. Sin embargo, al poco rato dejáronse ver varios y al ser bien recibidos llegaron otros ofreciéndoles agua y algunas nueces de coco.

Bligh estaba indeciso. ¿Qué dirían a aquellos salvajes que días antes habían traficado con su buque? Era imprudente hablarles del amotinamiento, pues esto quebrantaría el prestigio de que gozan los extranjeros en aquellos parajes. Tampoco podían decirles que iban en busca de víveres y que el buque los esperaba en alta mar, porque ni aun de lo alto de los cerros verían a la *Bounty*.

Decirles que el buque se había ido a pique y que ellos eran los únicos sobrevivientes era lo más verosímil; tal vez esto los conmovería y les inclinaría a completarles los víveres de la chalupa.

Bligh se decidió, pues, y todos se pusieron de acuerdo para contestar igual.

Los indígenas no hicieron manifestación alguna al oír esta narración. Sus semblantes no demostraban ni alegría ni tristeza; sólo una gran admiración.

El 2 de mayo, la cantidad de indígenas que acudían de otras partes de la isla, aumentó de modo intranquilizador, y Bligh comprobó pronto que no llevaban muy buenas intenciones. Varios trataron de varar la embarcación en la playa y no se detuvieron sino cuando el capitán intervino decididamente con su machete. Entre tanto, unos marineros que salieran en busca de provisiones habían regresado con tres cubos de agua.

Bligh creyó llegado el momento de abandonar aquella isla inhospitalaria. Al atardecer todos estaban prontos a partir, pero un grave inconveniente se presentó. Los indígenas se habían situado en gran número frente a la chalupa, provistos de piedras que entrechocaban, prestos para arrojarlas. Era prudente que la embarcación no atracara sino cuando los hombres estuvieran listos para embarcar.

Los ingleses, seriamente preocupados por aquellas disposiciones hostiles, se dirigieron a la playa rodeados por doscientos salvajes, que no esperaban más que un pretexto para atacarlos. Sin embargo todos habían embarcado felizmente, cuando un marinero, Bancroft, tuvo la desgraciada idea de volver a tierra a buscar un objeto olvidado. En un instante aquel infeliz, rodeado por los indígenas, fué derribado a pedradas; sin armas de fuego, nada pudieron hacer sus compañeros por él. Además, también ellos fueron atacados con una lluvia de piedras.

—¡Pronto! ¡A los remos! —gritó Bligh.

Los salvajes, adentrándose en el mar, hacían caer las piedras en la embarcación; de esa forma hirieron a varios de sus ocupantes. Hayward recogió una de las piedras que habían caído adentro y lanzándola con todas sus fuerzas hacia los atacantes logró darle a uno en la mitad de la frente. El indígena, luego de detenerse un segundo, cayó de espaldas. El infortunado marinero había sido vengado.

Mientras tanto, varias piraguas se lanzaron a dar caza a la chalupa, que, pese a la energía de sus remeros, terminaría al fin por ser alcanzada. La lucha que sobrevendría en tal caso iba a ser fatal para los ingleses. En esto, el oficial mayor de la tripulación tuvo una idea luminosa. Imitando en cierto modo a Hipómenes en su lucha con Atalanta, arrojó al agua su chaqueta. Detuviéronse los salvajes a recoger aquella prenda, y la chalupa, merced a esta detención, dobló la punta de la bahía distanciada de sus perseguidores.

Ya la noche había llegado, y los indígenas, ante esa otra dificultad, cesaron de acosarlos.

El balance de aquel primer desembarco, tan lamentable, decidió al capitán Bligh a no intentar repetirlo.

—Hay que adoptar una determinación —dijo—. Lo ocurrido en Tofoa se renovará, probablemente, en Tonga-Tabú y en cualquier punto donde pretendamos entrar. Numéricamente débiles y sin armas de fuego, somos presa fácil para los salvajes. Sin objetos de tráfico, nos es imposible comprar provisiones, y somos impotentes para tomarlas por la fuerza. Nos hallamos, pues, librados a nuestros propios medios, que sabéis son bien mezquinos; pero sin embargo creo que es mejor conformarse con ellos y no exponer la vida de todos nosotros en cada desembarco. Nuestra situación, que no quiero ocultaros, es ésta: de Timor nos separan cerca de 1.200 leguas y tendremos que contentarnos con una onza de galleta y medio cuartillo de agua por día. Únicamente así nos salvaremos, y todo esto si cuento con vuestra obediencia incondicional. ¿Me la juráis?

—¡Sí! —exclamaron como uno solo todos

los compañeros del capitán Bligh.

—Además — continuó Bligh —, prometedme olvidar nuestras recíprocas ofensas, nuestras rencillas, todo, en fin, lo que pueda perjudicar el bien común.

—Lo prometemos.

—Yo respondo de la salvación de todos si cumplís vuestra palabra — añadió el capitán —, y sabré castigar al que falte a ella.

Pusieron entonces rumbo al ONO. El viento, ya considerable, se hizo huracanado la noche del 4 de mayo. La embarcación se perdía entre enormes olas que amenazaban sepultarla para siempre. El peligro era cada vez mayor. Aquel día los infelices tripulantes, completamente mojados y ateridos, no pudieron tomar más que una copa de ron y la cuarta parte del fruto de un árbol del pan casi podrido.

En los días sucesivos no cambió la situación. La chalupa pasó entre muchas islas de las que a veces salían piraguas.

Como no podían adivinar si su propósito era darles caza o traficar, optaban por seguir de largo. Con las velas desplegadas, pronto se ponían a distancia.

El 9 de mayo hubo un terrible temporal, sucediéndose los truenos y relámpagos continuamente. La lluvia caía con una fuerza inusitada y no era posible secar las ropas; a Bligh se le ocurrió entonces impregnarlas de sal luego de haberlas empapado en agua de mar, y de ese modo lograron combatir algo el frío. Aquellas lluvias que tantos sufrimientos causaron a los ocupantes de la chalupa, les evitaron sin embargo un tormento peor, la sed, que el insoportable calor les hubiera provocado pronto.

El 17 de mayo, una nueva tempestad acabó de desanimar a la mayoría y empezaron las lamentaciones.

—Así no podremos llegar a Nueva Holanda — exclamaron varios —; estamos sin fuerzas, empapados, hambrientos. ¿Por qué no aumenta las raciones, capitán? Aunque se acaben los víveres, nos será fácil reponerlos en Nueva Holanda.

—Es imposible — contestó Bligh —, sería una insensatez. ¡Nos falta aún la mitad del camino para llegar a Australia y ya perdieron la entereza! ¿Y creen fácil, por ventura, conseguir víveres en la costa de Nueva Holanda? Bien se ve que desconocen ese país y sus naturales.

Bligh describió a grandes rasgos las características del suelo, el temperamento taimado de los indígenas y lo arriesgado que sería desembarcar. Todo esto lo había comprobado prácticamente en el viaje que hizo a las órdenes del capitán Cook.

Las palabras de Bligh fueron escuchadas en silencio y ninguno insistió.

Al día siguiente lució un claro sol que aprovecharon para secar las ropas, y el tiempo se estabilizó. El 27 pasaron las rompientes que circundan la costa oriental de Nueva Holanda.

Detrás de aquel anillo madrepórico, un mar sereno, salpicado de islas de caprichosa vegetación, alegraba las miradas de aquellos hombres.

Con extremadas precauciones tocaron tierra. No hallaron otros vestigios de habitación que restos de hogueras, de mucho tiempo atrás. Podían, en consecuencia, pasar la noche en tierra; pero antes necesitaban comer, y un banco de ostras que descubrió uno de los marineros significó para ellos un festín. Con un cristal de aumento, eslabón y azufre que tenían en la chalupa, hicieron, a la mañana siguiente, fuego para cocer algunos moluscos y pescados que capturaron.

Se decidió entonces dividir la tripulación en tres grupos: uno para ordenar y vigilar la embarcación y los dos restantes para ir en procura de provisiones; pero como la mayoría prefería quedarse junto a la chalupa, empezaron a murmurar y uno de los marineros llegó a decir al capitán:

—Aquí valemos todos igual. No sé por qué no ha de ir usted como los demás a buscar comida, ¿o es que no quiere exponerse como nosotros a tener un encuentro con los indígenas?

Bligh, dándose cuenta de que aquel principio de rebelión debía ser sofocado en el acto, tomó dos machetes, y arrojando uno a los pies del revoltoso le gritó:

—¡Si no quieres que te mate como a un perro, defiéndete!

Aquella decidida actitud cortó de raíz el motín y calmó los ánimos.

La tripulación, de acuerdo con las indicaciones del capitán, recogió en abundancia ostras y toda especie de moluscos, y agua dulce.

De los dos destacamentos enviados en busca de provisiones, uno había vuelto con las manos vacías, pero el otro regresó con seis nodis (especie de aves marinas) y hubieran atrapado más, si uno de los marineros, al apartarse de los demás, no las hubiese espantado. Confesó más tarde este hombre que había capturado varios de aquellos volátiles y que se los comió crudos inmediatamente.

Los víveres y el agua que encontraron en Nueva Holanda sirvieron a aquellos desgraciados de algún alivio en sus padecimientos. A pesar de todo, su estado era lastimoso: flacos, demacrados, sin fuerzas, inspiraban compasión.

El viaje hasta Timor, por mar, fué un nuevo cúmulo de desdichas. Todos los sufrimientos, todas las privaciones, se repitieron nuevamente; pero ahora la capacidad de resistencia estaba casi agotada. Después de algunos días, con las piernas hinchadas y presas de una debilidad extrema, se pasaban casi todo el tiempo sumidos en profundo sopor. Aquello era el fin; pronto la muerte, que muchos ya deseaban, pondría término a sus torturas. Bligh, advirtiéndolo, distribuyó doble ración a los más debilitados y procuró por todos los medios reanimarlos.

Por fin, el 12 de junio a la mañana avistaron la costa de Timor. Ninguno quería dar crédito a lo que veía. Les parecía imposible, luego de aquella espantosa travesía de 3.618 millas, que se hallasen a salvo en la civilización.

En Cupang, la acogida que se dispensó a los ingleses fué cordial en extremo. Permanecieron en dicho punto dos meses, y ya restablecidos se dirigieron a Batavia en una pequeña goleta que adquirió Bligh; desde allí se embarcaron para Inglaterra.

El 14 de marzo de 1790 desembarcaron en Portsmouth. El relato de las privaciones y desdichas sufridas por Bligh y sus compañeros conmovió hondamente a la opinión pública, que clamó por el inmediato y ejemplar castigo de los amotinados. Por orden del almirantazgo, fué armada sin pérdida de tiempo la fragata *Pandora* de veinticuatro cañones y 160 tripulantes. Su misión era apresar a los rebeldes, usando, si fuese necesario, de cualquier medio.

Pero, ¿qué había sido de los amotinados de la *Bounty?*

Los amotinados

La *Bounty*, después de abandonar en alta mar a Bligh y a sus compañeros, hizo rumbo a Taití. La pequeña isla de Tubuai fué avistada aquel mismo día y su aspecto risueño y pintoresco era una invitación al desembarco. Pero si la isla presentaba una apariencia por demás acogedora, no ocurría lo propio con sus habitantes, y Cristian, no queriendo correr riesgos, optó por no bajar a tierra.

El 6 de junio de 1789 anclaron en la bahía de Matavai. Los taitianos sorprendiéronse grandemente al ver regresar a la *Bounty;* a sus preguntas respondieron los amotinados con una fábula en la que mezclaron hechos del capitán Cook, del cual sabían que los taitianos guardaban buen recuerdo.

El 29 de aquel mismo mes partieron nuevamente para Tubuai, dedicándose a buscar alguna isla de suelo fértil y que reuniera condiciones como para establecerse en ella y vivir en seguridad, desde luego apartada de las rutas marítimas habituales. Con este fin vagaron de archipiélago en archipiélago, cometiendo a veces desmanes que la autoridad de Cristian no podía impedir.

Cansados ya de esta búsqueda, decidieron volver a Taití atraídos por su fertilidad y por las pacíficas costumbres de sus habitantes. Volvieron, pues, a la rada de Matavai y la mayoría de la tripulación bajó a tierra. A la mañana siguiente recibieron una sorpresa al pretender subir a bordo: la *Bounty*, durante la noche, había levado anclas y partido.

No los afectó mucho esto, y entregados a sus propios medios se establecieron en diversos lugares de la isla. Stewart y Heywood, los dos únicos oficiales a quienes Cristian no obligó a embarcarse y lo impidió cuando éstos quisieron acompañar al capitán Bligh, se asentaron en el distrito del rey Tipao. Una hermana de este rey casóse al poco tiempo con Stewart. Morrison y Millward se fueron a los dominios de un jefe llamado Peno que los acogió muy bien, y el resto de los marineros se adentró en la isla, casándose muchos de ellos con mujeres indígenas.

Churchill y un marinero medio loco, Thompson, luego de cometer toda suerte de crímenes

DESCENDIENTES DE LOS AVENTUREROS DE LA "BOUNTY" VIVIAN AUN EN PITCAIRN, NO HA MUCHOS AÑOS



UNA CASA DE LA ISLA DONDE FUNDARON UN PUEBLO LOS EVADIDOS DE LA RIGUROSA LEY DEL MAR

riñeron un día. Después de una lucha salvaje, Churchill quedó muerto, y los indígenas hicieron justicia con Thompson, matándolo a pedradas. Así perecieron dos de los amotinados que más activamente tomaron parte en la rebelión. Los demás, con su conducta ejemplar, se granjearon la estima y el respeto de los taitianos.

Pese a ello, Morrison y Millward, que vivían en continua intranquilidad, siempre temerosos de ser descubiertos y castigados, proyectaron construir una embarcación para llegar a Batavai y confundirse allí con gente civilizada. Ayudados por ocho compañeros y con las herramientas del carpintero, consiguieron después de ardua labor construir un pequeño buque al que bautizaron con el nombre de *Resolución*. Como carecían de velas, sin las cuales era imposible partir, amarraron el buque a una bahía y esperaron oportunidad.

Confiados en su inocencia, los dos oficiales vivían tranquilamente. Stewart cuidaba un jardín, obra suya, y Heywood componía mientras tanto un vocabulario que más tarde fué muy útil a los misioneros ingleses.

Habían pasado dieciocho meses desde los acontecimientos relatados en el primer capítulo, cuando un buque bordeó la punta de Venus y se detuvo dentro de la rada de Matavai. Era la *Pandora*, lanzada en persecución de los amotinados. Inmediatamente Heywood y Stewart subieron a bordo y dándose a conocer declararon no haber tomado parte en el motín. No se les creyó, y junto con todos sus compañeros fueron encadenados sin averiguar más detalles. Tratados inhumanamente, con la amenaza de ser fusilados si hablaban entre ellos en lengua taitiana, fueron arrojados en una especie de jaula de 11 pies de largo que existía en un extremo del alcázar de popa.

El 19 de mayo la *Resolución*, provista de velas, y la *Pandora* zarparon, y por espacio de tres meses recorrieron el archipiélago de los Amigos donde se presumía pudieran haber buscado refugio Cristian y los demás amotinados. La *Resolución*, de muy poco calado, prestó eficaces servicios en aquel crucero, pero en las proximidades de la isla Chatam desapareció y fué en vano que la *Pandora* surcara durante varios días aquellas inmediaciones. Nada se supo de la embarcación ni de sus tripulantes: cinco marineros.

La *Pandora*, entonces, se dirigió a Europa con los presos; mas al llegar al estrecho de Torres chocó con un escollo y zozobró en pocos minutos.

Los sobrevivientes del naufragio consiguieron alcanzar un islote arenoso, donde construyeron varias tiendas para los oficiales y marineros de la *Pandora*. Los infelices presos, expuestos a los ardientes rayos de un sol tropical, tuvieron que recurrir a excavaciones de arena para guarecerse. En estas condiciones permanecieron en el islote por espacio de varios días, y después, en las chalupas de la *Pandora*, lograron llegar a la isla de Timor; pese a la gravedad de las circunstancias, ni por un momento disminuyó la rígida vigilancia a que eran sometidos los presos.

Cuando llegaron a Inglaterra, en el mes de junio de 1792, comparecieron ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. Luego de extensas deliberaciones que se prolongaron durante seis días, cuatro de los acusados fueron absueltos y otros seis condenados a muerte por el delito de deserción y usurpación del buque confiado a su custodia.

De los condenados a muerte, cuatro fueron ahorcados en un buque de guerra. Stewart y Heywood, que eran los otros dos, comprobada al fin su inculpabilidad, obtuvieron el indulto.

Sólo quedaba un punto que aclarar: la *Bounty*. ¿Qué había sido de ella? Nada se sabía al respecto.

Veinticinco años después de la primera escena de esta narración, el año 1814, dos buques de guerra ingleses, mandados por el capitán Staines, surcaban los mares de Oceanía. Se encontraban al Sur del archipiélago Peligroso y tenían a la vista una isla volcánica que fuera descubierta por Carteret en su viaje alrededor del mundo, y a la que dió el nombre de Pitcairn. No era más que un cono, que se elevaba a pico sobre el mar, con una pequeña playa y cubierto hasta su cúspide por bosques de palmeras y árboles de pan. Nunca había sido explorada esta isla, situada a 1.200 millas de Taití a los 25° y 4' de latitud Sur y 180° y 5' de longitud Oeste, y cuya superficie no medía más de cuatro millas y media de circunferencia por una y media de diámetro; no se tenían de ella otros datos que los suministrados por Carteret.

Staines quiso reconocerla y buscar un lugar adecuado para desembarcar.

Al aproximarse a la costa le extrañó divisar casas y plantaciones, y en la playa dos indígenas, que luego de botar una embarcación y

franquear diestramente la resaca se dirigieron al buque más cercano. Pero cuando su asombro llegó al máximo fué al oír que decían en correcto inglés:

—¡Hola! ¡Hola!, echad una cuerda para que podamos subir.

No bien estuvieron sobre cubierta aquellos dos hombres fueron acosados a preguntas por los estupefactos tripulantes, sin darles tiempo ni para responder. Llevados a presencia del comandante se les interrogó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Fletcher-Cristian, el de mi compañero Young.

Aquellos nombres no significaban nada para el capitán Staines, que ni remotamente los relacionaba con los amotinados de la *Bounty*.

—¿Llevan mucho tiempo ustedes en esta isla?

—En ella nacimos.

—¿Cuál es su edad?

—Yo tengo 21 años — contestó Cristian —, Young 18.

—¿Sus padres fueron arrojados a esta playa por algún naufragio?

El joven Cristian hizo entonces la descripción patética que sigue y cuyos hechos más importantes consignamos:

Cristian, el cabecilla de los amotinados, que tenía en su poder la relación del viaje del capitán Carteret, luego de zarpar inopinadamente de Taití, abandonando a veintiuno de sus compañeros, hizo rumbo directamente a la isla de Pitcairn, que por su posición juzgó conveniente para sus planes. Veintiocho hombres componían entonces la tripulación de la *Bounty*. Cristian y el aspirante Young, siete marineros, diez taitianos que se unieron a ellos en Taití y de los cuales tres eran mujeres y un niño de pocos meses; además, nueve indígenas de Tubuai: tres hombres y seis mujeres. La primera medida de Cristian después de desembarcar en la isla Pitcairn, fué destruir el buque. Esto sabían que significaba no poder salir más de la isla, pero lo preferían al peligro de ser descubiertos.

Como no podía menos de suceder, entre gentes a quienes no ligaba más lazo que el crimen, pronto surgieron rencillas entre taitianos e ingleses, que a la postre degeneraron en luchas sangrientas. En 1794 no sobrevivían más que cuatro de los ingleses. Cristian había sido acuchillado por uno de los indígenas que recogiera en Taití; de los taitianos ninguno vivía, todos fueron asesinados.

Uno de los marineros, que conocía el modo de obtener cierta bebida alcohólica de unos árboles que abundaban en la isla, terminó por embrutecerse de tal modo que en el curso de una tremenda borrachera se despeñó en unos acantilados.

Casi al mismo tiempo, otro, en un acceso de locura, fué muerto por Young y un marinero llamado Juan Adams, sobre los cuales se arrojó con ánimos de asesinarlos. En 1800, Young, asmático, había fallecido luego de una violenta crisis.

Quedó pues, como único sobreviviente de la tripulación amotinada, Juan Adams.

Al verse solo con unas cuantas mujeres y veinte niños nacidos de la unión de sus compañeros con las taitianas, sufrió un cambio radical en su conducta y modo de ser. Tenía en esa época treinta y seis años, pero había sido testigo tan a menudo de escenas de violencia y crímenes, había visto tan al desnudo la naturaleza humana con todos sus instintos desatados, que, profundamente impresionado, su carácter cambió completamente.

La biblioteca de la *Bounty* se conservaba en la isla; de ella sacó Adams una Biblia y varios libros de oraciones. Bajo la influencia de sus enseñanzas, y aplicándolas en lo posible a la joven población, Juan Adams inculcó sanos principios a todos cuantos le rodeaban, que dicho sea de paso, lo consideraban su protector, único juez y, por así decirlo, rey de Pitcairn.

Sin embargo, sus sobresaltos no desaparecieron hasta 1814. En el año 1795, al aproximarse un buque a Pitcairn, los cuatro amotinados que aun sobrevivían corrieron a ocultarse en los bosques, no saliendo de ellos hasta que el buque se alejó. Idéntica medida fué puesta en práctica en 1808. Esa vez un capitán americano bajó a tierra apoderándose de una brújula y un cronómetro que remitió al almirantazgo inglés; pero éste no se preocupó de aquellas reliquias de la *Bounty*.

Es cierto que otros asuntos más importantes reclamaban su atención por aquel entonces en Europa.

Tal fué la relación obtenida por el comandante Staines a través de los relatos efectuados por los hijos de Cristian y de Young, nativos de Pitcairn, pero ingleses por sus padres; luego, cuando el comandante pidió ver a Juan Adams tropezó con una firme negativa hasta tanto no se le informara qué se quería hacer de él.

Staines disipó sus recelos manifestándoles que la prescripción amparaba a Juan Adams, dado que habían pasado veinticinco años desde la rebelión de la *Bounty*; dicho esto pudo bajar a tierra siendo recibido por una población que la componían cuarenta y seis personas mayores y

numerosos niños. El tipo del inglés estaba perfectamente definido en todos ellos, de fuerte contextura y estatura elevada; sobresalían las jóvenes que aunando hermosura y sencillez en un admirable conjunto ofrecían un aspecto cautivante.

Una gran simplicidad era la característica fundamental de las leyes que regían los actos de esta población. No existía dinero. En un primitivo registro se llevaba cuenta de lo que cada uno había devengado por su labor. Todas las transacciones se efectuaban mediante el intercambio, y la agricultura y la pesca constituían sus ocupaciones primordiales. La vestimenta se componía de faldillos hábilmente tejidos y grandes sombreros que los protegían de los rayos solares. Los casamientos no se realizaban sino con la autorización de Adams, quien requería, para su aprobación, que el hombre hubiese desmontado y plantado un terreno con la suficiente extensión como para poder atender la subsistencia de la futura familia.

Luego de haber obtenido la más extraña documentación ilustrativa de aquella isla situada lejos de las habituales rutas de navegación del Pacífico, el comandante Staines emprendió el regreso a Europa.

En 1829 murió ya anciano el recordado Juan Adams, terminando su tan azarosa carrera. En sus funciones de sacerdote, médico y maestro de escuela, lo reemplazó el reverendo Jorge Nobls.

En el transcurso de los años, la población fué en aumento progresivo. En 1853 alcanzaba ya a 170 individuos. Unos años más tarde la población llegó a ser tan numerosa que considerable parte de ella se trasladó a Norfolk, que hasta entonces sirviera de presidio a los deportados. No obstante las perspectivas halagüeñas que para el bienestar de sus pobladores brindara Norfolk, dada la feracidad de su suelo, algunas familias sentían la nostalgia de Pitcairn y al cabo de dos años volvieron a su querida isla, donde continuaron desenvolviendo sus actividades con la prosperidad de antaño.

Este fué el epílogo de una aventura que comenzara con terribles escenas de rebeldía, muerte y locura.

La aplicación de sanos preceptos y costumbres de moral cristiana y la influencia de las enseñanzas impartidas por el pobre marinero convertido, hicieron que la isla de Pitcairn llegase a ser la patria de hombres que la habían perdido, en la que conviven manteniendo nobles y sencillas costumbres, cuya honradez nos llega como un hálito ejemplar a través de los siglos.

Fin de **"LOS AMOTINADOS DE LA BOUNTY"**

SEDA DE CHINA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 37)

Por ellos supo que Teodoro, al que los muchachos llamaban "el chivo", era muy rico. Decían que tenía misteriosos negocios que le dejaban mucho dinero, y que era además prestamista y usurero.

Como el viejo no tenía otros parientes, le aseguraban que toda la fortuna sería para él, pero a Marcelo eso no lo impresionaba. Su posibilidad de tener fortuna, y su mismo futuro, eran para él algo tan impreciso y vago, que no podía fijar la atención en ello, ni haciendo un esfuerzo.

Con respecto a Teodoro, lo único que le preocupaba era escurrir el bulto cuando lo veía salir de la casa o volver a ella, todo vestido de negro, apoyado en su paraguas, y los muchachos lo seguían a los gritos de: "¡Chivo!"... y "¡Viejo barbudo!"...

Los insultos y alusiones a su barba blanca y suave como la seda, que era todo su orgullo, era lo único que sacaba de sus casillas a Teodoro, enfureciéndolo.

Cuando oía a los pilletes los amenazaba con el paraguas, pero ellos, sabiendo que no los podía correr, redoblaban sus insultos, mientras Teodoro entraba en la casa, temblando de rabia, y se ponía a acariciar su barba como para desagraviarla, mientras decía con voz entrecortada:

—Vagabundos... Ladrones... Burlarse de mis barbas... Llamarme chivo...

Las acariciaba una y otra vez y continuaba:

—...Cuándo las habrán visto más hermosas..., suaves..., blancas. Seda de China... Pura seda de China...

Marcelo había aborrecido a ambos desde el primer día, pero habíalo disimulado porque no le era dado elegir... Si hubiera disgustado al viejo por algo más que su presencia, pronto se hubiera deshecho de él, y el asilo le parecía peor aun.

Los años pasaron, y cuando Marcelo, ya grande, se sintió con fuerzas para salir al mundo y luchar por su cuenta, huyó. La vida fué con él bastante dura. Tuvo que trabajar en lo que viniera, lo que no le impidió pasar temporadas de paro forzoso, con todas sus consecuencias.

Pero al fin había ido tirando, subiendo y bajando, tratando de no caer demasiado, ni encanallarse en un ambiente tal, y con tan poco dinero en el bolsillo, que las oportunidades surgían a cada paso.

Entonces, un antiguo conocido le propuso la compra en sociedad de un pequeño taller mecánico. Eran unos pocos cientos de pesos y el negocio trabajaba bien.

Era su oportunidad de salir adelante, pero tenía que rechazarla, porque aunque la cantidad fuera pequeña no la tenía. Dolíale tener que rechazarlo. Un taller mecánico había sido siempre su sueño dorado, pero no existía otra solución, aunque le diera muchas vueltas al asunto, salvo que...

Pero era un disparate... Pensar en Teodoro, era lo mismo que pensar en el emperador de la China...

Rechazó la idea, pensó de nuevo. Pero era inútil, volvíale a la cabeza Teodoro, constantemente, y había que reconocer que no conocía a nadie más que tuviera dinero.

Era una locura, pero como nada se perdía con probar, fué a verlo antes que rechazar el negocio.

Lo encontró frente a la mesa de trabajo, en la misma actitud que tenía cuando lo vió por primera vez veinte años atrás.

No parecía, en realidad, que hubiera pasado un solo minuto entre un momento y el otro.

Teodoro lo escuchó como en aquel entonces cuando la mujer lo llevara, pero al comprender sus pretensiones, sus labios carnosos y crueles se entreabrieron en una sonrisa. Marcelo esperaba la negativa. Ni en sueños hubiera creído otra cosa, pero al verlo sonreír, y al verse a sí mismo de pie con el alma pendiente de aquel hombre que se alegraba de su humillación, sintió que sus manos temblaban, y que tenía un deseo incontenible de echárselas al cuello.

Algo debió presentir Teodoro, que dejó de sonreír, y sin poder hablar a causa del asma que empezaba a sentir, le señaló la puerta, con imperio.

Después buscó nerviosamente los polvos que tomaba, puso una cucharita en el vaso y lo llenó a medias de agua.

Revolvió rápidamente mientras aumentaba el ronquido que salía de su pecho y su respiración tornábase más difícil; y acercó el vaso a los labios.

Marcelo lo vió sostener el vaso, y abrir la boca anhelante, tan débil y mísero, que no pudo soportar que su vida y su porvenir dependieran de él, que lo rechazaba, y apretando los dientes, se acercó y lo tomó de los hombros y lo sacudió repetidas veces con fuerza.

Teodoro se echó atrás, tratando de esquivarlo, dejando caer el contenido del vaso que se desparramó sobre sus ropas.

Se agitó desesperadamente bajo las manos que lo sujetaban contra el respaldo del sillón, pero no pudo librarse de ellas, y cayó cansado hacia atrás, casi ahogado, abriendo desesperadamente la boca para tragar un poco de aire.

Marcelo no quería matarlo, era la verdad... Quizá asustarlo, sentólo contra el respaldo del sillón, temblando de miedo y pidiéndole perdón... Pero al sentirlo retorcerse bajo sus manos, y sobre todo al sentir el contacto de las suaves hebras de seda, una idea oscura, repulsiva, incomprensible, apareció en su cerebro, y mientras con una mano lo contenía, con la otra le metió en la boca, abierta, las sedosas guedejas que le rodeaban la cara.

La empujó hacia adentro hasta que el rostro tomó un color violáceo, los ojos se le saltaron y el cuerpo dejó de moverse.

Retrocedió entonces, y aun bajo el dominio de la ira, le escupió las palabras tantas veces oídas:

—¡Toma..., seda de China!...

Después se asustó. Comprendió de golpe el disparate cometido y quiso escapar. Miró desorientado a su alrededor y la puerta de entrada, sin atinar a salir en seguida, cuando al mirar de nuevo al viejo, sintió que se le erizaban los cabellos. La barba, acostumbrada a caer sobre el pecho, se deslizaba suavemente fuera de la boca y volvía a ocupar su sitio acostumbrado.

No era nada extraordinario, pero para Marcelo, asustado y nervioso como estaba, fué algo tan espantoso, que retrocedió hasta la puerta y salió a la calle, sin acordarse de cerrarla ni apagar la luz, queriendo poner distancia entre él y aquella horrible cosa de pesadilla, que se movía como si estuviera viva.

Caminó de un lado a otro durante varias horas, hasta que, ya avanzada la noche, volvió a su casa y se acostó, durmiéndose en el acto.

Eso era todo... Y ya aquellos dos hombres lo buscaban.

Algo había dejado allí, algún detalle, algún indicio que no recordaba, y que no surgió en su cabeza en las horas en que estuvo vagando por las calles y reconstruyendo toda la escena.

...Salvo que lo fueran a buscar a causa del parentesco... pero comprendió que la idea era demasiado inocente.

Se levantó de nuevo, resuelto a afrontar lo que fuera. Tomó su sombrero y salió frotándose las manos y aparentando despreocupación.

Desde la puerta vió a los policías. Uno de ellos estaba en la puerta de la carnicería, en la vereda de enfrente, y aparentaba leer el diario, y el otro, sobre su camino, apoyado despreocupadamente en un árbol.

Marcelo no vaciló y echó a andar rápidamente en dirección de la esquina, como si no los hubiera visto.

Al llegar al puesto de cigarrillos se detuvo a comprar, con la intención de mirar disimuladamente si lo seguían, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Uno de ellos estaba ya a su lado y el otro cruzaba la calle rápidamente para ponerse a la par

Marcelo los miró de frente, interrogándolos con la mirada, y uno de ellos le ordenó brevemente:

—Síganos.

Marcelo fingió extrañeza, pero al ver el gesto resuelto de los dos, no dijo nada y obedeció.

En la comisaría lo interrogó un oficial joven, de aspecto bilioso y gesto autoritario. Primero por su nombre, estado, y demás generalidades, y después, sin interrupción, le ordenó que declarara el lugar en que se encontraba la noche anterior, después de las 19. Marcelo lo miró resuelto a no ceder.

Pensó que más valía que reconociera que había estado con Teodoro, y lo hizo aclarando que se retiró a esa hora porque su pariente, por sentirse mal, manifestara deseos de quedarse solo.

Después caminó al azar, estuvo en un cine, y tomó un café. No recordaba haber conversado con nadie, pero sin duda alguna persona de su conocimiento lo había visto, y podría atestiguarlo. En ese momento no recordaba.

El oficial lo miraba con gesto de incredulidad, y cuando hubo terminado le preguntó si no tenía más que agregar.

Como Marcelo asintiera, se echó un poco atrás y abrió lentamente el cajón del escritorio.

Marcelo sintió que el corazón le palpitaba, mientras el cajón se abría con una lentitud desesperante, y pensaba qué podía ser lo que saliera de él, para perjudicarlo.

El oficial terminó por fin de abrir el cajón y sacó de él un modesto reloj, del que pendía una correa de cuero.

Era suyo, lo reconocía perfectamente, y podía ver también su nombre grabado en la tapa, que un grabador, con el que había compartido tiempo atrás la misma pieza, lo escribiera. Pero a pesar de todo, no podía comprender cómo estaba allí.

Trató de pensar rápidamente para encontrar una justificación, decir algo que no resultara contraproducente y lo comprometiera, pero el reloj colocado sobre la mesa lo fascinaba y no le dejaba encontrar la solución.

El oficial golpeó sobre su escritorio con impaciencia.

—¿Qué significaba el reloj en el lugar del hecho? Estaba parado a una hora que no coincidía con la que él diera... Además, el relato con respecto al empleo de su tiempo, adolecía de vaguedades y vacilaciones...

Marcelo sintió que le faltaba tierra bajo los pies, pero resuelto a no entregarse, se inclinó sobre el escritorio y golpeó con el puño.

—No... No me harán confesar lo que no quiero... —gritó—, no fuí yo quien lo mató... Fué el asma... el asma... Si lo encontraron asfixiado no soy yo el responsable... Yo no fuí... No podrán probármelo nunca.

El oficial frunció las cejas y lo miró con asombro. Después miró a los escribientes y agentes que había en la habitación, para hacerles partícipes de su sorpresa.

—No se le culpa de ningún crimen —aclaró—, pero el reloj de su pertenencia ha sido encontrado anoche en un garito en el que se infringía la ley de juegos, y se le ha traído para que aclare su vinculación con la casa o explique por qué su reloj estaba allí.

Marcelo dió un paso atrás y lo miró sin comprender.

Pero el oficial, a su vez, había comprendido las palabras de Marcelo e hizo una seña a sus hombres, que avanzaron, poniéndose uno a cada lado del mismo.

Y Marcelo de pronto recordó. Habíalo prestado el día anterior al amigo que le propuso el negocio del taller mecánico, quien lo perdió o lo dejó en el garito al llegar la policía... Pero al ver a cada uno de sus lados a un agente comprendió que estaba perdido. Sus palabras imprudentes habían revelado a la policía que sabía de la muerte de Teodoro antes de que nadie se la hubiera notificado.

—Explique sus palabras de hace un momento — le ordenó el oficial —. ¿A quién ha dicho usted que no mató la noche pasada?

Pero Marcelo no contestó. Cerró los ojos y sintió que estaba vencido. De nada valía luchar y defenderse... Lo que le pasaba era obra de Teodoro...

Aunque consiguiera borrar las palabras dichas y convencer a sus jueces de su inocencia, igualmente estaría perdido. El infame viejo ya se las arreglaría para salir de su tumba y presentarse para revolver todo de nuevo. Teodoro había vencido, no valía la pena luchar...

—Fuí yo — dijo como soñando —. Yo lo maté... Pero lo merecía...

Se detuvo, convencido de la inutilidad de sus palabras de justificación, y bajó la cabeza sobre el pecho, en un mudo gesto de renuncia. ❀

LA MUERTE BLANCA EN LA...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 25)

veinte leguas de distancia...

—Hay que bajar... —se escuchó la voz del chofer.

Los pasajeros, siempre en silencio, fueron descendiendo del coche. Ya en tierra y sin el ruido del motor, la quietud en el desierto de nieve era extraordinaria. Diríase que el mundo todo se había congelado. Un viento frío, cortante, enrojecía la cara de todos. Sólo las mujeres, tres en total, permanecían en el auto. Los hombres empezamos a ayudar al chofer que, pala en mano, cavaba en la nieve tratando de librar la rueda encajada. Transcurrió una hora larga en esta tarea. Al fin, decepcionados, se desistió de continuar haciendo maniobras; todo trabajo era estéril; estábamos en medio de una charca de nieve y barro de donde era imposible salir. Mientras nos habíamos mantenido en movimiento, ayudando aquí y allá, empujando al "pullman" y caminando algunos trechos, no sentíamos mayormente el frío, pero después que descansamos un cuarto de hora, empezamos a sentir un entumecimiento en los miembros, y muy especialmente en los pies, que nos inquietaba. Subimos nuevamente al interior del coche, donde la atmósfera nos pareció cálida. Poco tiempo duró esa sensación. Cuando ya habían transcurrido dos horas desde que nos detuviéramos, el frío que sentíamos era tan intenso que cada uno de nosotros recurría a toda clase de movimientos para entrar en calor. Se inició así un "pataleo" que parecía la claque de un teatro. ¡Ah, ese frío en los pies, tan difícil de ahuyentar!

En la soledad nevada

Durante cuatro horas estuvimos en un perpetuo movimiento, sentados en nuestros asientos, ya que la estrechez del lugar no nos permitía caminar. Y en tierra había que caminar sobre la nieve... Teníamos que resignarnos a esperar los otros "pullman" del convoy; tal vez ellos nos prestaran auxilio, pero por más que oteábamos ansiosos en la lejanía, nada se veía en lo que imaginábamos era el camino, ya que éste había sido borrado por la espesura de la nieve.

Pensamos, entonces, que también les habría ocurrido algún accidente a nuestros compañeros de travesía. Al fin, cuando a una de las mujeres que componían el pasaje le dió un vahido provocado por el frío y la tensión nerviosa, nos dispusimos a obrar. Hablamos con el chofer y convinimos en que extraeríamos nafta del tanque del "pullman" y rociaríamos algunas matas de la orilla del camino. Así se hizo. No obstante la gruesa capa de nieve que cubría los arbustos, éstos ardieron como por arte de magia apenas se les echó el fósforo. Bajaron todos los pasajeros, mujeres y hombres, y rodeábamos la fogata como niños en la noche de San Juan... Al calor del fuego, cambió un tanto nuestro mal humor, y todos reíamos haciendo chistes y cabriolas. Eramos unos niños... Lo primero que todos acercábamos al fuego eran nuestros pies entumecidos. Algunos llegaban hasta a chamuscarse los zapatos, sin lamentarse por ello; lo importante era entrar en calor. Una vez extinguida la hoguera, regresamos todos al coche y, como ocurre siempre, al no preocuparnos ya el frío, empezamos a sentir otra preocupación. Serían aproximadamente las tres de la tarde y nadie había ingerido un solo bocado, de manera que ahora era el hambre la que nos torturaba. Algunos sacaron unas frutas que comían con cierto recelo, pues temían que los más hambrientos pudieran reprocharles...

La noche terrible

—De esta charca no salimos hasta mañana a la madrugada, con la escarcha — dijo el chofer como único comentario.

¡Qué desesperación! Había que esperar más de diez horas todavía sin alimentos y con ese frío. Como era natural, todos temíamos que nos sorprendiera la noche sin calorías, por falta de alimentos y la baja temperatura que era de imaginar cuando se pusiera el sol.

Y a poco, todo el pasaje dormitaba, cada uno a su manera, en un silencio que era interrumpido solamente por la respiración profunda de los que roncaban y una que otra exclamación de disgusto de alguno que tenía los pies helados. Entre el pasaje encontrábase un niño de pocos años, que había permanecido quieto y pasaba inadvertido, recostado junto a la madre. Tanto él como la mamá no habían bajado del "pullman" en ningún momento. Aun durante el regocijo de las fogatas, miraban a través de las ventanillas sin disponerse a participar. Estaban tan ensimismados y ajenos a todo, que nadie se atrevió a invitarlos o a dirigirles la palabra. Pero al caer la tarde, cuando el sol era solamente un gran fogonazo en el este —rojo sangre sobre la nieve parecía aquel espectáculo—, entonces el niño empezó a gemir. Se refregaba y retorcía junto al cuerpo de la madre buscando calor. Cada vez lloraba con más fuerza, mientras la madre lo consolaba en toda forma. Se quitaba sus mantas y lo envolvía de pies a cabeza; pero nada, el frío ya le había penetrado. Mecíalo la madre en sus faldas, frotábale pies y manos y hacía lo imposible por calmar el frío de su hijo. Su piel se hubiera quitado, de haber sido posible, para calentar a su criatura. Ya había oscurecido. Los que pudieron dormir unas horas despertaron poco menos que helados; y ahí empezó "lo mejor". Un viejo alemán, que se abrigaba con un grueso sobretodo, se lo había quitado unas horas antes para dárselo a su señora, para que se envolviera con ese formidable abrigo, pero él quedó solamente con su traje puesto, y aguantó hasta que no dió más. Se descompuso; empezó a tiritar y a temblar como si entrara en agonía. Todo el pasaje acudió en su auxilio. Un pasajero se quitó una bufanda de lana que llevaba al cuello, y con ella le friccionaba los pies y las piernas en forma circular, como cuando nos lustran los zapatos.

La noche se iba cerrando sobre aquel desierto y nosotros aun allí, y sin perspectivas de mejoras...

El viento helado arreciaba cada vez con más furia, y el pasaje se apretujaba buscando calor en los cuerpos unos con otros. Ahora sería más fácil distinguir al resto del convoy si nos alcanzaba; en la noche, sus faros lo denuncia-

rían desde lejos. Sin embargo, nada aparecía a la vista.

Seguía quejándose el viejo alemán, y en medio de la penumbra del coche se escuchaba, también, de vez en vez, algún sofocado sollozo de las mujeres.

Al promediar la noche, como nadie quería dormirse por temor a helarse de frío, y el continuo movimiento a que nos habíamos sometido nos mantenía bien despiertos, divisamos a lo lejos los faros de un transporte. Hubo algún alborozo, y todos permanecimos con la vista fija en aquel haz de luz, cuyos reflejos hacían saltar destellos en la nieve. Mezclado con el silbar del viento nos llegaba el ruido de poderosos motores que tiraban con toda su potencia. Se notaba que el camino estaba pesado, pues la nieve floja convertía a la estepa patagónica en una gigantesca bandeja de crema donde las ruedas de los transportes giraban sin gobierno...

No obstante parecernos que el convoy estaba cerca, había transcurrido más de una hora ya desde que lo avistáramos y todavía no estaba próximo; sólo se veía el reflejo de los faros, radiantes sobre la estepa blanca cuando subían a las pampas, y apagados hasta perderse totalmente cuando bajaban a las hondonadas. Así, al cabo de dos horas, con un alarde de poder, los motores se detuvieron junto a nuestro "pullman". Hubo un breve silencio; luego las preguntas y las lamentaciones. Ellos también se habían encajado en las primeras horas de la tarde. Los pasajeros se hablaban desde las ventanillas; nadie se atrevía a dejar su asiento, más o menos caliente.

El convoy estaba formado por 4 coches "pullman", que transportaban en total noventa pasajeros. Y allí estábamos todos, noventa personas, entre las que se contaban mujeres, hombres y niños, náufragos en un mar de nieve, y pronto se cumplirían las 24 horas sin alimento, aguantando el rigor del frío y sin perspectivas de salir... El viento, que después de la medianoche alcanzaba una velocidad calculada en 100 kilómetros por hora, empezó a levantar desde el horizonte una secuela de nubes que en poco tiempo cubrieron todo el cielo. Y otra vez la nieve. Nieve voladora, de anchos copos, que se espesaba cada vez más.

—¡Maldita nieve! Ahora sí que no saldremos de aquí quién sabe hasta cuándo —comentó uno de los pasajeros con fastidio.

No faltó, tampoco, quien se lamentara por la suerte ocurrida a unos arrieros, que el día anterior habían partido con un arreo de 2.000 cabezas desde la estancia "Mayke Chico", a quienes era seguro había sorprendido la nevazón en plena estepa.

Los arrieros

Se contaron varios casos de desaparecidos en la nieve, y otros a los que se les amputaron dedos y miembros congelados... Pero el caso más frecuente y trágico de las grandes nevadas lo daban siempre los arrieros.

—Salen con el arreo cuando el tiempo está bueno — comentó un entendido —, pero como la tarea les lleva varios días antes de llegar a destino, no es difícil que los sorprenda una tormenta de nieve a 10 ó 20 leguas del refugio más cercano. Entonces, estos "chilotes" se refugian al amparo de los arbustos más grandes. Para contrarrestar el frío beben aguardiente o caña, y eso es lo que los mata. Bajo los efectos del alcohol, no tardan en adormecerse, y esa es la trampa que les tiende la muerte blanca... Ya no despiertan más. Después de la nevazón, se les encuentra sentados al amparo de una mata, duros, como si fueran de piedra.

Después de escuchar este breve relato acerca de los arrieros, nos quedamos todos en medio de un silencio que hacía más trágico el silbar del viento con su carga de nieve.

—El invierno pasado, nosotros encontramos dos arrieros congelados en la zona de la cordillera donde está mi destacamento — apuntó un gendarme.

Como el tema resultaba tan tétrico en esas circunstancias, se acallaron las voces y cada pasajero se dió a pensar en su suerte... Había que esperar la escarcha de la madrugada para proseguir la marcha.

Un tono blanquecino, lechoso, cada vez más claro, nos dió la noción de que amanecía. Empezaban a distinguirse en los coches las figuras de los pasajeros. Alguien encendía un fósforo y entonces aparecía la cara pálida, demacrada, adormecida, de los vecinos de asiento. Despertamos al chofer, que no sabíamos si se había quedado duro o estaba dormido, y lo invitamos a intentar proseguir la marcha. Apenas dió un vistazo a su alrededor y vió más de medio metro de nieve sobre el capot del motor, se tomó de los pelos, exclamando:

—¡Qué macana! ¡Cómo está nevando!... Con este tiempo no saldremos de aquí hasta mañana...

Un silencio total siguió a sus palabras. Confieso que en ese instante un intenso miedo se apoderó de todos nosotros. Transcurrió otra hora larga; luego escuchamos:

—¡Yo me muero, me muero!... Este frío matar a mí; imposible, imposible — se quejaba el alemán en su mal castellano.

Su señora lo friccionaba, le hablaba en su idioma a la vez que lloraba.

La desesperación estaba en todos los ánimos. Los más dispuestos decidimos que había que tomar una medida drástica. Alguna cosa había que hacer o corríamos el riesgo de morir congelados todos. Interrogamos a un paisano conocedor de la región:

—Por aquí, más o menos cerca, está la estancia de los ingleses, la "Mata Grande"; está a cuatro leguas...

Nuestro informante parecía estar dispuesto a llegarse hasta la estancia "Mata Grande" a pedir auxilio, pero se presentaba un inconveniente grave. La copiosa nevada había cubierto con medio metro de nieve caminos y rastros, y no era fácil orientarse. Al fin, decidimos esperar un par de horas más hasta que aclarara completamente, y ya, a la luz del día, intentar nuevas maniobras para salir de la charca. Esas horas fueron tan largas y tristes, que difícilmente las olviden quienes las vivieron. Mientras tanto, el frío nos endurecía los miembros hasta imposibilitarnos accionar. Fué entonces cuando de nuevo sacamos nafta de los tanques y rociamos varios arbustos. Ahora éramos casi un centenar de personas que rodeábamos a las fogatas. Al viejo alemán lo bajaron del "pullman" entre dos hombres y lo acercaron al fuego. Debían sostenerlo para que no cayera, tan débil y frío estaba. Después de haber entrado en calor, nos dimos de inmediato a la tarea de empujar los coches, cavar en la nieve con palas y palos tratando de abrir una huella, y empujándose y tirándose a remolque unos con otros, los "pullman" fueron saliendo, uno a uno, de aquel verdadero pantano donde habíamos pasado la noche.

La esperanza renace

Al enfilar otra vez la huella de la "picada", como le llaman a los caminos en la Patagonia, notamos que se podía avanzar, aunque no sin dificultad. Rugían los motores y los coches avanzaban casi en zigzag, atravesándose en la "picada" a cada instante. Pero así y todo, no nos quedábamos. La nieve saltaba contra las ventanillas y el parabrisa como si la echaran a paladas. De trecho en trecho, los hombres del pasaje debían bajarse y empujar los coches que se quedaban. Nos ayudábamos unos a otros sacando fuerzas de nuestro estado deplorable. Pronto se cumplirían 36 horas desde que ingiriéramos los últimos alimentos. Así y todo, sin comer y mal dormidos, no desfallecíamos. En la tarea de empujar los coches, nos cubría en seguida una capa de nieve, y los copos, grandes como amapolas, nos daban en la cara con una caricia de algodón helado.

En las últimas horas de la tarde de ese día llegábamos, al fin, al tan deseado boliche. ¡Boliche de la Patagonia! Refugio de arrieros, camioneros y demás viandantes. Se encuentra uno de estos refugios más o menos en cada tramo de veinte leguas, y aunque no son más que lo que su nombre los define, unos verdaderos boliches, cómo se desean y mientras se va en viaje se estiran las pupilas tratando de descubrirlos entre los espejismos de la estepa. No obstante estar situados en una real llanura, se los descubre de pronto, como si recién los colocaran en ese sitio, completamente solitarios, sin árboles ni ninguna otra estructura que su armazón de chapas con sus techos cónicos pintados de rojo.

Un rincón junto al fuego

Con gran algarabía arribaron los "pullman" ante la puerta del almacén. ¡Parecía como si ya llegáramos a destino después de tantas peripecias!

Uno tras otro, fueron atracando los "pullman" al surtidor, donde se leía un cartelito que decía: "No hay nafta". Dentro del boliche, un montón de gente se agolpaba a la puerta para mirarnos. Eran arrieros y viajantes de comercio que nos habían precedido en la busca del refugio. Después supimos que algunos de ellos llevaban más de dos días allí, esperando que "aclarase". El boliche era estrecho y poco confortable, pero en un rincón ardía un buen fuego en una gran estufa de hierro, hacia la que corrimos todos como si fuera un tesoro.

—Primero las mujeres... ¡Las mujeres primero!

—A ver, abran paso, aquí traigo al alemán medio muerto de frío.

Se escuchaban estas exclamaciones alrededor de la estufa donde nos apiñábamos. Luego de quitado el frío, empezamos a mirar hacia los estantes del boliche. Era muy magra la provisión de mercaderías que allí había. ¡Y nosotros, que estábamos hambrientos!... El bolichero comenzó a destapar botellas de ginebra, caña, whisky y otros beberajes, mientras decía:

—Aprovechen hasta que se acabe, que hay poco... —y por lo bajo agregaba: —Lo que van a pagar también por cada copa..

Y así fué, en efecto.

Después que bebimos con ansias varias copas de bebidas fuertes, pagadas a precio de oro, inquirimos acerca de los comestibles.

—No hay casi nada; van para cuatro días que no llega hasta aquí ningún proveedor. Tenemos media bolsa de galleta dura, y con este tiempo no hemos podido ir a buscar capones —contestó el bolichero malhumorado.

Entonces se formó un concilio. Llamamos a los arrieros que se encontraban entre nosotros y resolvimos que salieran, dos de ellos y dos de los pasajeros más decididos, en busca de algunos capones a una de las estancias cercanas.

—No les van a vender —arguyó el bolichero, agregando: —Esa gente no vende "al menudeo"; ellos cargan barcos completos para los frigoríficos...

—Si no venden, "carniaremos" igual —exclamó uno de los comisionados, enseñando su revólver.

En su cara famélica se vió un gesto de decisión que todos celebramos con un aplauso cerrado, estimulándolo a salir. Había obscurecido ya cuando, provistos de una potente linterna, los cuatro hombres emprendieron el camino rumbo a la estancia vecina, donde encontrarían algunos capones para el centenar de personas que los esperábamos en el boliche, con un "apetito" de tres días sin probar alimentos.

Cuando ya se hizo la noche, un gran cansancio nos vencía a todos; entonces nos dimos a buscar la forma de recostarnos sobre los pocos

bancos y cajones vacíos que había en el negocio. Hacinados unos sobre otros, los hombres, y las mujeres reunidas en otro rincón, tratábamos de cerrar los ojos y dormir un poco. El viejo alemán y su señora no se habían movido del lado de la estufa, donde se quedaran desde el primer momento. Ahora estaban contentos. Nos miraban a todos con una leve sonrisa de agradecidos y satisfechos, pero no dejaban el lugar de privilegio cerca de la estufa. Como en los primeros momentos tratamos de quitarnos el frío bebiendo varias copas de ginebra y caña, y el estado de debilidad que teníamos todos era casi extremo, el alcohol nos mareó de inmediato, dejándonos a todos casi ebrios.

Como la incomodidad del lugar no nos permitía dormir en ninguna forma, algunos jóvenes improvisaron un baile, ya que un simpático muchachito chileno, que formaba parte del pasaje, tenía una armónica, en la que ejecutaba canciones de su tierra y ensayaba algunos tangos. Varias parejas bailaban en el reducido espacio del boliche, y por momentos la reunión tomó un carácter de fiesta, que nos hacía olvidar un tanto las peripecias pasadas durante el viaje. Las notas de la armónica apenas se escuchaban entre la algarabía que se había formado, y una chica rubia, con aspecto de mujer de ciudad, entonó algunas canciones que fueron muy celebradas. Después supimos que era una cantante de radio que regresaba de una jira por el sur de Chile. Regresaba a Buenos Aires sola. Menos mal; al menos contábamos, entre el pasaje, con una cancionista que nos alegraría en las horas difíciles del viaje...

Traen alimentos

Habían trascurrido alrededor de tres horas desde que salieran los "comisionados" en busca de los capones, cuando alguien dió el alerta de que regresaban. Corrimos varios hasta la puerta y pudimos ver el haz de luz de la linterna que llevaban, que se aproximaba. Momentos después, ya al alcance de nuestra vista, descubrimos que venían en fila india, trayendo de las patas, cada dos hombres, un capón. Gran júbilo de todos. Mujeres y hombres se apiñaban en la puerta para celebrar la entrada de los "héroes" que nos traían alimentos, y apenas estuvieron con nosotros los recibimos con hurras y aplausos. En realidad, daban ganas de abrazarlos.

—Dicen en la estancia que no venden "al menudeo"... —exclamó uno de los hombres, tirando a nuestros pies un regio capón que tenía una gran mancha de sangre en el vientre, donde se veía patente un orificio de bala. Todos nos echamos a reír y comprendimos. No habían tenido necesidad de llegar hasta la estancia, que estaba más lejos de lo que se pensaba.

En la primera hondonada, que distaba una legua del boliche, encontraron un "piño" de ovejas, todas reunidas, pegadas unas a otras para darse calor con sus cuerpos; estaban al pie de una colina defendiéndose de la nieve. Nuestros compañeros las descubrieron por casualidad, pues sus cuerpos no se distinguen de la nieve, pero los movimientos las denunciaron...

Sueño en la soledad

En poco más de media hora estuvieron listas las reses para el asador. Nos faltó tiempo para hincarles el diente... Algunos comían con verdadera desesperación. Después sí, una vez terminada la fiesta que nos dimos con los dos capones, el sueño nos venció, y apoyados o tirados en cualquier parte, cada uno se echó un profundo sueño.

Al alba del tercer día de nuestra partida de Río Gallegos, un bochinche de tachos y gente que se movía nos derpertó.

—¡Arriba, arriba! ¡Hay que aprovechar la escarcha de la madrugada! —gritaban los choferes.

En el patio cercano ardían dos grandes hogueras donde hervían grandes tachos con agua, que servirían para calentar los motores; el frío de la noche los había congelado. Hubo que echarles baldes de agua hirviendo a motores, ruedas y la tracción del coche; el hielo los había pegado, endureciéndolo todo.

—Anoche me fijé en un barómetro que tienen en el boliche. Marcaba 18 grados bajo cero... —dijo uno de los choferes a manera de comentario.

Recién cuando comprendimos que no había más remedio que proseguir el viaje, y que para llegar a Puerto Santa Cruz teníamos que cubrir una distancia de treinta leguas, sin contar con ningún refugio en ese tramo, volvimos a sentir alguna inquietud. La incertidumbre del viaje que nos esperaba y el frío intenso que sentíamos, aplacó los ánimos, y todos mostrábamos una cara de circunstancia, como si tuviéramos que emprender una marcha forzada. Fué en esos momentos cuando recordamos a los arrieros que, según noticias, habían salido con un arreo de Río Gallegos el día anterior a nuestra partida. Preguntamos por ellos. Nada se sabía hasta entonces.

De nuevo el convoy se puso en marcha. La blancura estática de la estepa se extendía ante nosotros como un sudario que cubriera toda la tierra. Sólo el ruido ronco de los motores atrevidos se escuchaba en aquella inmensa soledad. El pasaje había cobrado otra vez su anterior mutismo, y de nuevo las miradas de cada uno de nosotros se fijaban en el horizonte tratando de descubrir alguna casa, algún animal, algo que nos diera la sensación de vida en aquel paisaje desolado. Los coches se deslizaban sobre una masa de hielo sin ningún inconveniente. La escarcha era magnífica, y en algunos tramos corríamos a más de 80 kilómetros por hora. Nos alegramos mucho cuando, en las primeras horas de la mañana, descubrimos que el cielo estaba totalmente encapotado; si no había sol no habría deshielo... ¡Adelante!...

A mediodía almorzamos en Puerto Santa Cruz. Habíamos cubierto las treinta leguas de un solo tirón, en tiempo récord.

Frente mismo a la localidad de Comandante Piedrabuena, el profundo y correntoso río Santa Cruz nos cortó el paso. Había que cruzarlo sobre una balsa. Esta era una embarcación toda desvencijada y maltrecha, algo así como una canoa vieja, que en ese momento estaba transportando a la otra orilla un camión con su carga de fardos de lana. Nos inquietó un poco la perspectiva de tener que vadear aquel río con nuestro "pullman" en eso que allí llamaban balsa... Flotando en el río, como pequeñas embarcaciones blancas, venían bloques de hielo; algunos emergían de las aguas como pequeños témpanos, pero en su base sumergida tenían dos o tres metros de espesor. Contaban que a veces esas masas de hielo chocaban contra la balsa y ponían en apuros a sus navegantes. Después de más de media hora de espera, atracó la "canoa" a nuestra orilla. El coche se trepó materialmente a ella, pues hizo tantas maniobras que aquello parecía la operación de un tanque anfibio en actitud de internarse en el río. Cuando ya íbamos navegando en demanda de la otra costa, observamos que la corriente fuerte del río se neutralizaba, y, en cambio, formaba círculos y remansos como si las aguas empezaran a retroceder. Era el poder de la marea del mar cercano que estaba subiendo. Así, durante las cuatro horas de la marea, el río se detenía en su impetuosa corriente empujado por la poderosa fuerza del mar.

—Aquí, casi en el centro del río, dicen que hay alrededor de 100 metros de profundidad... —comentó uno de los pasajeros.

En San Julián

Los hombres que dirigían la balsa se pelaban las manos tirando del cable que la sostenía; la barcaza chirriaba, se torcía y avanzaba con dificultad, porque al paralizarse la corriente del río había que hacer la travesía a fuerza de músculo. Cuando pisamos la costa, todos experimentamos un fuerte alivio... Ahora, ya en la localidad de Comandante Piedrabuena, sólo nos restaban aproximadamente cuarenta leguas para llegar a Puerto San Julián, otra de las metas codiciadas.

Felizmente, el día había permanecido nublado y sumamente frío, de manera que el hielo de los caminos se conservaba duro, escarchado aún, y nosotros continuábamos nuestro viaje aprovechando esta circunstancia.

Al promediar la noche, llegamos sin contratiempos a San Julián, la pequeña ciudad de la Patagonia en cuya bahía, siglos por medio, atracaron las naves de Magallanes, y en esa misma costa quedaron colgando en la horca improvisada los cuerpos de varios ajusticiados que se rebelaron en motín; este recuerdo y el mar de luces que reverberaban sobre la blancura de la estepa, en aquel lugar tan desolado, nos hizo reflexionar acerca de la aventura del hombre... San Julián, con sus numerosos hoteles, sus cantinas y bares con orquestas de señoritas, sus casas de cinc, de techos cónicos cubiertos de nieve, se nos antojaba una población del Canadá o de Alaska trasplantada a territorio argentino.

Noticias de los arrieros

Todo el pasaje estaba ocupado en la búsqueda de hoteles o posadas donde pasar la noche; tan rendidos de cansancio estábamos que sólo pensábamos en esto: queríamos verle la "cara" a unas sábanas blancas y un colchón muelle... ¡Vana ilusión, la nuestra!

—¡A comer alguna cosa, y en seguida "le pegamos" de nuevo! —gritaban los choferes, agregando: —Hay que aprovechar la noche; el tiempo sigue frío y si esperamos a mañana el sol nos impedirá marchar, así que ¡a apurarse!...

Comimos algunos bifes de capón con un par de huevos; adquirimos una buena provisión de bebidas fuertes, que recorría toda la escala de gustos, desde la caña hasta el whisky, y otra vez a nuestros asientos. Partimos. Teníamos que cubrir una distancia de ciento diez leguas hasta Comodoro Rivadavia. El barómetro del hotel marcaba 20 grados bajo cero...

Antes de partir de San Julián escuchamos un comentario acerca de los arrieros extraviados. Nada se sabía hasta el momento. La radio de Comodoro Rivadavia había transmitido la noticia, y encarecía a los pobladores que les dieran refugio y hospitalidad a los desgraciados arrieros si aparecían.

Entre espejismos

Totalmente rendidos de sueño y cansancio, y estimulados por las bebidas alcohólicas que ingeríamos, todos íbamos en el "pullman" dormidos, recostados unos contra otros, protegiéndonos así del frío. Con una temperatura de 20 grados bajo cero, y viajando de noche por esos caminos de hielo, se siente un frío tan intenso que el hombre llega hasta a llorar de impotencia...

Cuando ya el alba daba sus tonos grises a la noche, nos despertó un viento ululante, que venía en ráfagas heladas cada vez con mayor fuerza. El clásico viento de la Patagonia, que en los meses de invierno alcanza velocidades que superan los cien kilómetros por hora. Nuestro coche empezaba a bambolearse, tal era la fuerza del viento. Las demás unidades del convoy que nos precedían a corta distancia, se movían y "coleaban" en forma impresionante. Esta vez no era por efecto de la nieve; ésta se conservaba firme todavía, sino por la violencia del viento. A medida que clareaba más y más, se veían por la llanura altas espirales blancas, formadas por el polvo de nieve que levantaba el viento. Entonces, los espejismos adquirieron todas sus formas y proporcio-

nes, mostrándonos a lo lejos grandes castillos, grupos que formaban verdaderas ciudades, y hasta árboles; bosques completos de gigantescas araucarias veíamos allí donde no crecen más que pequeños arbustos que no levantan un metro de la tierra. Entretenidos con estos espejismos, cumplimos la primera etapa: el boliche de "Florida Negra".

Surge el sol

Cuando llegamos al puente sobre el río Deseado, éste estaba poco menos que congelado. Grandes cuadros de hielo se movían en la superficie y chocaban contra los rompehielos de los pilares del puente con estrépito. El río corría por un hondo cañadón que presentaba un paisaje muy similar al del cañadón del Colorado, en los Estados Unidos. Se escuchaba el ruido del agua corriendo debajo de los bloques de hielo, y en verdad, aquel era un paisaje digno de ser admirado, si lo hubiéramos visto en otras circunstancias...

En pleno día ya, nos inquietamos un tanto con la aparición del sol, que a intervalos se filtraba por entre las nubes y calentaba la atmósfera. Tan deseado el sol para mitigar el frío que sentíamos, pero tan peligroso para nuestro viaje, que cuando desaparecía detrás de las nubes sentíamos alivio. Así llegamos a la desolada población de Jaramillo. Esta localidad, a diferencia de las otras de la Patagonia, que casi todas están enclavadas en profundos cañadones, al reparo de los fuertes vientos, está situada en plena llanura, barrida por el viento que forma una sinfonía extraña al cortarse en las chapas de cinc del poblado.

Allí, en la zona de Jaramillo, es donde los paleontólogos encontraron el famoso bosque petrificado de Santa Cruz. Y en los hoteles y los boliches del pueblo es fácil encontrar troncos y trozos de árboles que parecen de cristal; reminiscencias de un bosque gigantesco, del que en la actualidad no quedan más que los rastros... A nosotros nos pareció que, de continuar unas horas más en Jaramillo, también nos petrificaríamos; tal el frío que hacía. De manera que decidimos proseguir hasta la próxima localidad de Fitz Roy, donde almorzaríamos.

Cerca del fin

Fitz Roy era la última localidad importante del territorio de Santa Cruz; allí, a pocas leguas, algunos cerros señalaban el límite con el Chubut. Pasado el mediodía, el cielo se iba despejando de nubes y el sol aparecía cada vez con mayor frecuencia. La nieve empezaba a ablandarse y nosotros a inquietarnos. Después de costear en un tramo de diez leguas la orilla misma del mar, donde la espuma de las olas se deshacía en un colchón de nieve, arribamos a la primera caleta, ya en territorio del Chubut. ¡Caleta Olivia! Pequeño pueblo, o factoría más bien, donde se agrupan una decena de casas construídas con chapas de cinc, lloradero de vientos y puerto de barcos pesqueros, cazadores de ballenas y focas. Volvimos a hacer estación en el clásico boliche. Estábamos hartos ya de "bebidas fuertes", pero el frío solamente se calmaba con ellas.

....

Luego, la última caleta y después, al filo de la caída de la tarde, las primeras torres extractoras de petróleo de Comodoro Rivadavia ponían una nota de esperanza en el viaje, con sus farolitos rojos en la cúspide. ¡Comodoro a la vista! Al fin... No obstante, faltaban aún varias leguas antes de alcanzar la meta de la ciudad, y la noche que avanzaba. Lo importante era el camino que debíamos cubrir. La cadena de cerros que rodea a la ciudad nos iba a dar algún trabajo, y con la nieve que se estaba poniendo floja...

Sin embargo, estábamos hechos ya a las peripecias. ¡Qué más daba! Y allá fué el convoy de "pullman" en fila india, bordeando abismos a considerable velocidad y subiendo cuestas a paso de hombre.

En repetidas oportunidades sufrimos emociones que nos hacían cortar la respiración. Viajábamos sobre precipicios a pico sobre el mar. Como la noche había llegado ya, no veíamos el mar, allá abajo, pero escuchábamos sus golpes contra los paredones de roca, y a cada "coleada" del "pullman" nos aferrábamos a las correas de nuestros asientos. A veces, al subir a los cerros, la nieve blanda hacía patinar las ruedas del coche, y entonces quedábamos como suspendidos en el aire, perdida toda orientación y sentido. Sólo se escuchaba el batir de las olas, cien metros más abajo, al pie del cerro.

Media hora antes de la medianoche enfilamos la primera calle de la zona urbanizada. Estábamos en Comodoro Rivadavia... Ni qué comentar acerca de nuestro estado. Somnolientos, inconscientes casi, con los miembros endurecidos por el frío y la postura en nuestros estrechos asientos, ni siquiera esperamos a que se nos entregaran los equipajes; cada uno se dió a la búsqueda del hotel, ansioso de tenderse en una cama.

Al día siguiente de nuestro arribo a Comodoro, nos informamos acerca de la suerte corrida por los arrieros.

A dos de los infortunados arrieros los habían encontrado a veinte leguas de Santa Cruz, acurrucados detrás de unos arbustos y cubiertos por un grueso colchón de nieve. Estaban duros, como si fueran de piedra. En el suelo había una botella de caña vacía. Como siempre, encontraron la muerte en su ley: la muerte blanca les había dado el pase a mejor vida...

EL HOMBRE SIN PATRIA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

denes acerca de la forma en que esto debe verificarse.

Respetuosamente, *por el Departamento de Marina*, W. Southard."

Si hubiera conservado yo en la memoria esta orden completa, no habría solución de continuidad al principio de mi historia. Por lo que respecta al capitán Shaw, siempre que fuera él, pasó la orden a su sucesor en el puesto, y éste, a su vez, al que le siguió; y supongo que el capitán del *Levant* la conserva hasta hoy como documento para probar su derecho de conservar a aquel hombre bajo su indulgente custodia.

La regla adoptada a bordo del buque en el cual conocí al "hombre sin patria" era la misma que se había observado desde el principio, según creo. En ninguna mesa agradaba tenerle de continuo, porque su presencia cortaba toda conversación sobre la patria o el regreso futuro, sobre política o literatura, paz o guerra; suprimiendo, en fin, más de la mitad de los temas que agrada tratar a los hombres durante una navegación. Pero se creyó siempre demasiado duro que le estuviera vedado reunirse siquiera alguna vez con nosotros más allá de un simple saludo; y adoptamos, por último, cierto sistema definido. No se le permitía conversar con los tripulantes a menos que hubiese algún oficial de por medio. Con los oficiales no existía restricción, naturalmente, hasta donde él y los otros quisieran extenderlo. Pero él se volvía más y más tímido, aunque tenía sus favoritos: yo era uno de ellos. Entonces el capitán le invitó a su mesa todos los lunes, y cada mesa le tomó un día por turno. Según las proporciones del barco, cada uno le tenía a su mesa con mayor o menor frecuencia. Tomaba el almuerzo en su camarote —siempre tenía su camarote particular— donde había un centinela o alguien de guardia para vigilar la puerta. Y todo lo demás que comía o bebía, lo tomaba solo. En ciertas ocasiones, cuando los marinos o la tripulación tenían algún día de fiesta, se les permitía invitar a *Plain Buttons* (Botones llanos), como le llamaban. Entonces enviaban a Nolan con algún oficial, y mientras se encontraba con ellos tenían los hombres prohibición de hablar de la patria. Tengo para mí que el espectáculo de su castigo era moralizador. Llamábanle *Plain Buttons*, porque aun cuando él prefería vestir el uniforme regular del ejército, no se le permitía usar los botones que llevaban las iniciales o la insignia del país que había desconocido.

Recuerdo que poco tiempo después de haberme agregado a la marina, me encontraba una vez en tierra con algunos de los oficiales más antiguos de nuestro buque, y los del *Brandywine* con quienes nos reunimos en Alejandría. Teníamos licencia para hacer una excursión al Cairo y a las Pirámides. Mientras nos zangoloteábamos a lomo de burro en aquella dirección, algunos de estos caballeros (los jóvenes les llamábamos "Dons" entonces, pero la frase cambió hace largo tiempo) comenzaron a hablar de Nolan, y uno de ellos manifestó el sistema que se seguía con respecto a sus libros y a sus lecturas. Como casi nunca se le permitía desembarcar aunque el buque estuviera fondeado en el puerto largos meses, el tiempo se le hacía pesado con frecuencia, y cualquiera estaba autorizado para prestarle libros siempre que no fueran publicados en América, ni hicieran mención de este país. Esta clase de libros era muy común en aquel tiempo, en que la gente del otro hemisferio se preocupaba de los Estados Unidos tanto como nosotros del Paraguay. Recibía así, pronto o tarde, todos los periódicos extranjeros que llegaban al buque; solamente que alguien los revisaba primero y recortaba cualquier aviso o capítulo en que se aludiera por incidencia a la América del Norte. Esto resultaba un poco cruel a veces, cuando lo escrito detrás de lo cortado era tan inocente como el Hesiodo. En la mitad de alguna relación sobre las batallas napoleónicas, por ejemplo, o de cierto discurso de Cánning, encontraba de repente el pobre Nolan un gran vacío porque a la vuelta de la página venía el aviso de algún paquebote para Nueva York, o cualquier trozo insignificante del mensaje del presidente. Aquella fué la primera vez, digo, que llegaba a mi conocimiento algo de este sistema, con el cual tanto y tanto tuve que hacer después. Lo recuerdo, porque apenas se hizo alusión a las lecturas, el pobre Phillips, que era de la partida, nos refirió algo acontecido a Nolan en su primer viaje al cabo de Buena Esperanza; siendo esto todo lo que alcancé a saber de tal viaje. Habían tocado en el cabo, y después de cumplir los deberes de cortesía con el almirantazgo y la marina ingleses, se preparaban a partir para una larga travesía por el océano Indico. En previsión del pesado viaje, Phillips consiguió que un oficial le prestara una colección de libros ingleses, lo cual entonces, como en nuestros tiempos, significaba una suerte inesperada. Entre ellos, como si el diablo lo hubiese preparado, contábase *The Lay of the Last Minstrel* (El canto del último trovador), poema del cual más o menos todos habían oído hablar, pero que ninguno conocía a fondo. Creo que no haría mucho que se había publicado. Bien; nadie pensó que hubiera riesgo de encontrar allí nada nacional, aunque Phillips juraba que el viejo Shaw había arrancado la *Tempestad* de Shakespeare antes de dársela a Nolan, porque decía "las islas de Bermuda deben ser nuestras y, por Júpiter, algún día lo serán". Así, permitióse a Nolan que se reuniera a la compañía cierta tarde en que un grupo fumaba y leía en voz alta en el puente.

Ahora no se hace esto a menudo, pero cuando yo era joven matábamos así el tiempo con mucha frecuencia. Bien; sucedió que llegó el turno a Nolan de leer para los demás; y leía muy bien, por lo que me sé. Ninguno de los presentes conocía una palabra del poema; solamente que trataba de magia y caballería, y que pasaba hacía diez mil años. El pobre Nolan leyó de corrido el canto quinto, detúvose un minuto, bebió un trago, y comenzó de nuevo, sin la menor idea de lo que venía a continuación:

Allí vive un hombre tan desgraciado, que nunca a sí mismo pudo decir,

Parece imposible que ninguno de nosotros hubiera oído antes aquel poema; pero así era, y el pobre Nolan prosiguió, inconsciente o mecánicamente:

¡Esta es mi patria, mi país natal!

Entonces todos advirtieron que algo doloroso se acercaba; mas Nolan, esperando pasar pronto, supongo, empalideció un poco, pero siguió adelante:

¿Qué corazón no ardió dentro del pecho,
tras largos años en ajenas tierras,
al enderezar sus pasos al hogar?...
Si allí vive ese hombre, id, miradle bien...

En este momento todos deseaban en sus adentros que hubiera forma de saltar dos páginas del poema; pero Nolan no tuvo presencia de ánimo para esto, tartamudeó un poco, volvióse color de escarlata y balbuceó:

Para él no entona el ministril sus trovas;
a pesar de sus títulos, su nombre famoso,
riquezas sin número, cuanto el deseo puede [forjar,
aquel infeliz, dentro de sí concentrado...

Y aquí se ahogó el desgraciado; no pudo continuar; y levantándose precipitadamente, arrojó el libro al mar, desapareció en su camarote, "y, ¡por Júpiter!", decía Phillips, "no le vimos más por espacio de dos meses. Y yo tuve que inventar una triste historia para explicar al cirujano inglés por qué me era imposible devolverle su Walter Scott".

Cuando efectuaba su viaje de regreso el capitán Shaw, siempre que fuera Shaw, como he supuesto, abordó con sorpresa general a una de las islas Windward o Antillas menores, permaneciendo allí casi una semana. Los marineros decían que los oficiales estaban hartos de carne salada y querían probar sopa de tortuga antes de regresar a la patria. Más después de algunos días llegó el *Warren* al mismo fondeadero; cambiaron señales; enviaron cartas y documentos a Phillips y a todos aquellos hombres que estaban de retorno al hogar, y dijeron que el *Warren* zarpaba para el extranjero, quizás hasta el Mediterráneo, y que tomaba a bordo al pobre Nolan y sus petates para la segunda travesía. El empalideció profundamente cuando recibió la orden de alistarse para el trasbordo. Sabía bastante de astronomía para comprender que hasta aquel momento seguían rumbo a "la patria". Esto era prueba evidente de algo en que no había pensado, de que quizá nunca regresaría a su país, ni siquiera para estar en prisión. Y fué éste el primero de los veinte o más trasbordos, que le llevaron a habitar pronto o tarde, más de la mitad de nuestros mejores buques, manteniéndole durante su vida entera a cien millas de distancia más o menos de la patria de la cual manifestó una vez el deseo de no volver a oír hablar.

Quizá fué durante esta segunda travesía —pues que ello aconteció en el Mediterráneo— cuando tuvo ocasión de bailar con Mrs. Graff, famosa belleza del sur, en aquella época. Habían estado fondeados largo tiempo en la bahía de Nápoles, donde los oficiales intimaron mucho con la marina inglesa, que les ofreció grandes fiestas; por lo cual pensaron nuestros hombres corresponder a las atenciones dando un suntuoso baile a bordo del buque. Cómo pudo realizarse esto a bordo del *Warren*, no sabría decirlo. Tal vez no era el *Warren*, o tal vez las damas de aquel tiempo no necesitaban tanto espacio como las de hoy. Necesitaban los oficiales disponer con algún fin del camarote de Nolan, y les disgustaba pedírselo sin invitarle para el baile; de manera que el capitán autorizó la invitación, siempre que ellos aceptaran la responsabilidad de evitar que conversara con personas inconvenientes "que pudieran darle noticias". Así, el baile se verificó, siendo la fiesta más hermosa de la temporada, me atrevo a decir; pues jamás he sabido que no lo fueran los saraos de la gente de guerra. Entre las damas contábase la familia del cónsul de los Estados Unidos, una o dos viajeras que se habían aventurado hasta allí y un lindo grupo de señoritas y señoras inglesas, quizá hasta la misma Lady Hamilton.

Bien; diferentes oficiales se turnaban conversando amistosamente con Nolan en forma de evitar que otra persona le hablase. La fiesta transcurría alegremente; y después de las primeras horas los mismos camaradas que montaban la guardia honoraria con Nolan dejaron de temer que ocurriera ningún contratiempo. Solamente cuando una dama inglesa, quizá Lady Hamilton como dije antes, pidió "las danzas americanas de figuras", sucedió algo muy original. Todos bailaban contradanzas en aquella época. La banda negra, muy entusiasta, convino en lo que serían "las danzas americanas de figuras", y se abrió con *Virginny Reel*, continuando con *Money-Musk*, al cual debía seguir *The Old Thirteen*, según el orden cronológico. Mas, precisamente en el momento en que Dick, el director de orquesta, golpeaba la batuta para que comenzaran los violines, y se inclinaba hacia adelante para decir con todo el ceremonial negro: "*¡The Old Thirteen*, señoras y caballeros!", como había dicho "*¡Virginny Reel*, si gustáis!" y "*¡Money-Musk*, si gustáis!", el asistente del capitán le tocó en el hombro, y murmuró algo en su oído que le impidió anunciar el nombre de la danza; se inclinó simplemente, comenzó el baile, y todos le siguieron; enseñando los oficiales las figuras a las jóvenes inglesas sin decirles por qué la danza no tenía nombre.

Mas no era ésta la historia que iba yo a referir. En tanto que se deslizaba la fiesta, Nolan y los camaradas habían recobrado su aplomo, como digo, a tal punto que pareció enteramente natural que, inclinándose ante la arrogante Mrs. Graff, dijera el primero:

—Espero que no me habréis olvidado, Miss Rutledge. ¿Puedo aspirar al honor de teneros por pareja?

Hizo esto tan impensadamente que Shubrick, que estaba a su lado, no pudo impedírselo. Ella rió y dijo:

—Ya no puedo llamarme Miss Rutledge, Mr. Nolan; pero bailaré con vos lo mismo que si lo fuera —e hizo una seña con la cabeza a Shubrick como diciendo que le confiara a Nolan, a quien condujo al lugar donde se formaba la cuadrilla.

Nolan pensó que al fin le llegaba su vez. Había conocido a la dama en Filadelfia y se había encontrado con ella en otras partes, y pensó que era una enviada de Dios. No es fácil conversar en contradanzas como se hace en el cotillón y aun en los intervalos del vals; pero allí había oportunidad para la voz y los sonidos lo mismo que para las miradas y los sonrojos. Comenzó hablando de sus viajes y de Europa y el Vesubio y los franceses; y luego, cuando terminaron la figura, y tenían bastante tiempo de conversar mientras los demás desempeñaban su turno, dijo él con intrepidez, aunque algo pálido, afirmaba ella cuando me refirió la anécdota años después:

—Y, ¿qué habéis sabido de la patria, Mrs. Graff?

Entonces la arrogante criatura le miró con ojos penetrantes. ¡Por Júpiter! ¡Qué mirada más penetrante debió lanzarle!

—¡La patria! ¡Mr. Nolan! ¡Yo creía que erais vos el hombre que no deseaba volver jamás a oír hablar de su patria —y subió inmediatamente al puente en busca de su marido, dejando al pobre Nolan solo, como estaba de ordinario. Nunca volvió él a bailar.

Anécdota más feliz que todas las que he referido, es la que se refiere a la guerra. Esto sucedió poco después. He oído contar la historia en tres o cuatro formas diferentes, y quizá haya pasado más de una vez. Pero no sabría decir en cuál de los buques tuvo lugar. Sin embargo, en uno de los grandes duelos de fragata con los cuales recibió realmente el bautismo de fuego nuestra armada, aconteció que un proyectil redondo del enemigo pesó de lleno una de nuestras baterías, llevándose al oficial y a casi todos los hombres de artillería. Podéis decir cuanto queráis acerca del valor; pero seguramente aquel no era espectáculo muy agradable. Mientras los hombres que estaban solamente heridos trataban de levantarse y los sanos ayudaban a los asistentes del cirujano a retirar los cuerpos, apareció Nolan en mangas de camisa, con la baqueta de un fusil en la mano; y, como si hubiera sido el oficial de mando, expresó con autoridad quiénes debían ir al sollado con los heridos y quiénes debían permanecer con él; completamente tranquilo y con aquel aire de seguridad que hace sentir a los demás que todo marcha perfectamente. Cargó en seguida el cañón con sus propias manos, apuntó y dió la orden de fuego. Permaneció allí, capitán de aquella batería, levantando el espíritu de sus hombres hasta la destrucción del enemigo; sentado en la cureña mientras el cañón se enfriaba, aunque estaba expuesto en todo instante; explicando la manera más sencilla de preparar las descargas pesadas; haciendo que los inexpertos rieran de sus propias chambonadas; y cuando el cañón estaba frío, cargándolo de nuevo y disparando con rapidez dos veces mayor que cualquiera otra batería del buque. El capitán rondaba para alentar a sus hombres, y Nolan, tocando su sombrero, dijo:

—Estoy aquí enseñándoles cómo hacemos esto en la artillería, señor.

Y en esta parte de la historia concuerdan todas las leyendas; que el comodoro dijo:

—Ya lo veo y os lo agradezco, señor; y nunca olvidaré este día, señor, ni vos tampoco lo olvidaréis.

Y después que todo hubo pasado y que recibió la espada del inglés, en medio del fausto y ceremonia del alcázar, el comodoro exclamó:

—¿Dónde está Mr. Nolan? Decid al señor Nolan que venga acá.

Y cuando vino Nolan, dijo el capitán:

—Mr. Nolan, todos tenemos mucho que agradeceros hoy; hoy sois uno de los nuestros; seréis nombrado en el parte oficial de la batalla.

Y entonces el anciano, desciñéndose su propia espada de ceremonia, la dió a Nolan e hizo que éste la ciñera. El hombre que me lo contó fué testigo ocular de la escena. Nolan lloraba como un niño y tenía, en verdad, razón de hacerlo. No había ceñido espada desde aquel infernal día en el fuerte de Adams. Pero después, en ocasiones de ceremonial, llevaba siempre aquella antigua espada francesa, primorosamente cincelada, del viejo comodoro.

El capitán le mencionó en el parte oficial. Siempre se ha dicho que pidió entonces la gracia de Nolan. Escribió una carta particular al secretario de guerra; pero nada resultó. Como he dicho antes, sucedía esto cuando comenzaba a ignorarse en Wáshington todo el asunto y cuando la prisión de Nolan continuaba simplemente porque no había nadie capaz de ordenar que se suspendiera sin nuevas órdenes del gobierno. He oído decir que estuvo con Porter cuando tomó posesión de las islas de Nukahiwa. No este Porter, comprenderéis,

sino el viejo Porter, su padre, Essex Porter; quiero decir, el viejo Essex, no el Essex de nuestros días. Como oficial de artillería que había servido en el Oeste, Nolan sabía más que todos ellos de fortificaciones, troneras, revellines, empalizadas y todo lo demás; trabajó con la mejor voluntad para fijar convenientemente la batería. He pensado siempre que fué una lástima que Porter no le dejara el mando en unión de Gamble. Esto habría arreglado el asunto con respecto a su castigo. Habríamos conservado las islas y tendríamos ahora un puerto en el océano Pacífico. Y cuando nuestros amigos los franceses pretendieron esa pequeña bahía, habrían encontrado que se hallaba ya ocupada de antemano. Pero Madison y sus partidarios los virginianos descartaron por completo esta posibilidad.

Todo esto sucedía hace cincuenta años. Si Nolan tenía treinta entonces, debió contar cerca de ochenta a su fallecimiento. Parecía un hombre de sesenta cuando solamente contaba cuarenta. Pero después de aquella época me parece que no cambió una línea su fisonomía. Según imagino yo su vida, por lo que he sabido, debe haber recorrido todos los mares sin desembarcar casi nunca. Debe haber conocido mejor que nadie a todos los jefes de nuestro servicio naval. Me dijo una vez, con grave sonrisa, que ningún hombre llevaba vida tan metódica como la suya.

—Sabréis que la gente me llama el "hombre de la máscara de hierro", y no ignoráis cuán ocupado vivía este personaje.

Acostumbraba decir que no aconsejaría a nadie leer continuamente, como no es posible dedicarse de continuo a ninguna ocupación; pero que él leía precisamente cinco horas diarias.

—Luego —añadía— pongo al día mis anotaciones, escribiendo a determinadas horas los comentarios sobre mis lecturas e incluyendo en ellas mi colección de recortes.

Esta colección era, a la verdad, muy interesante. Tenía seis u ocho libros sobre temas diferentes. Uno de historia, otro de ciencias naturales y otro que él llamaba "Misceláneas". Mas no eran simplemente colecciones de recortes de periódicos. Había además ejemplares de plantas y gramíneas, veneras cerradas y cincelados trozos de huesos y madera que él mismo había enseñado a labrar a los marineros y que figuraban hermosamente como ilustraciones en su colección. Dibujaba admirablemente. Tenía algunos cuadros sumamente divertidos y otros de lo más patéticos que he visto en mi vida. Quisiera saber quién conserva las colecciones de Nolan.

Mis relaciones con Philip Nolan comenzaron seis u ocho años después de la guerra con Inglaterra, en ocasión de mi primer viaje, cuando fuí nombrado guardiamarina. Eran los primeros tiempos del tratado sobre el mercado de esclavos, cuando la casa reinante que era aún la casa de Virginia [1], experimentaba cierto sentimentalismo provocado por los horrores del tráfico de esclavos, e hizo algo entonces en favor de su supresión. Nos encontrábamos por este motivo al sur del Atlántico [2]. Por el tiempo en que yo me agregué al buque, creía que Nolan era una especie de clérigo secular, un clérigo de levita azul. Nunca pregunté nada acerca de él. Todo en el barco me resultaba extraño. Yo sabía que era de novatos el preguntar y se me figura que pensé que debía haber un *Plain Buttons* en todas las naves. Le teníamos a comer en nuestra mesa una vez por semana; y se nos recomendaba que aquel día no habláramos una sola palabra acerca de la patria. Pero si nos hubieran dicho que no debíamos hablar del planeta Marte o del Deuteronomio, tampoco habría preguntado la causa; tan desprovistas de razón como ésta había muchas otras cosas, a mi entender. Llegué a comprender algo por primera vez acerca del *hombre sin patria* en cierta ocasión en que dimos caza a una sórdida goleta que llevaba esclavos a bordo. Enviaron un oficial al abordaje, y pasados algunos minutos regresó el bote pidiendo que se enviara a alguien que hablara portugués. Mirábamos todos desde la barandilla cuando llegó el mensaje, y cada uno deseaba poder adivinarlo, cuando preguntó el capitán si alguno de nosotros sabía hablar portugués. Pero ninguno de los oficiales conocía este idioma; y en momentos en que el capitán trataba de averiguar si alguien de la tripulación era capaz de hacerlo, se adelantó Nolan y dijo que, si el capitán lo deseaba, podía servir de intérprete puesto que conocía el portugués. El capitán le dió las gracias, hizo preparar otro bote para él, y allí tuve la suerte de acompañarle. Cuando abordamos la goleta, se presentó a nuestra vista una escena que rara vez es posible contemplar y que, por otra parte, nunca se experimentaría tampoco el deseo de hacerlo. La suciedad y la confusión más espantosas reinaban sobre cubierta. No había muchos negros; mas con el objeto de que comprendieran que se hallaban libres, habíales hecho quitar Vaughan los grillos y esposas que llevaban, los cuales, en obsequio a la ocasión, se colocaron a los bribones que componían la tripulación de la goleta. Los negros, libres ahora en su mayor parte, hormigueaban en el sucio puente, amontonándose en torno de Vaughan, a quien se dirigían en todos los dialectos imaginables, y en el *patois* de cada dialecto, desde las modulaciones zulúes hasta el dialecto de *Beled-el-jerid*.

Cuando llegamos al puente, Vaughan miraba desde lo alto de un gran barril donde se había encaramado en su desesperación, y exclamaba:

—¡Por el amor de Dios! ¿Hay alguien que pueda hacer entender algo a estos infelices? La gente les ha dado ron, pero eso no los ha aquietado. He aporreado dos veces a ese grandulón, pero tampoco ha servido de nada. Luego les hablé en choctaw; pero ¡que me cuelguen si entendieron esto mejor que el inglés!

Nolan dijo que podía hablar portugués, y entonces hicieron salir de las filas a dos hermosos africanos de la tribu de Kroo, que según se había puesto en limpio anteriormente, trabajaron alguna vez con colonos portugueses en la costa de Fernando Po.

—Explicadles que están libres —dijo Vaughan—; y que estos bribones serán ahorcados tan pronto como tengamos cuerda suficiente para todos ellos.

Nolan "dijo esto en español"; es decir, lo explicó en portugués inteligible para los negros de Kroo, quienes a su vez lo transmitieron a los demás negros en idioma que todos fueran capaces de comprender. Hubo entonces un grito salvaje de delectación, un apretar los puños y saltar y danzar y besar los pies de Nolan; y un precipitarse general hacia el barril en adoración espontánea a Vaughan, el *deus ex machina* de la ocasión.

—Decidles —continuó Vaughan muy complacido— que los llevaré a todos al Cabo de Palmas.

Esto no hizo ya tan buen efecto. El Cabo de Palmas estaba realmente tan alejado de su patria como Nueva Orleáns o Río de Janeiro, lo cual significaba que quedarían allí eternamente separados de su hogar. Y como comprenderéis, los intérpretes dijeron inmediatamente:

—¡Ah, Palmas no!

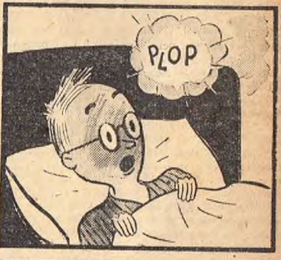
Y comenzaron a proponer multitud de expedientes diversos con la mayor volubilidad. Vaughan parecía decepcionado por el resultado de su magnanimidad, y preguntó seriamente a Nolan lo que decían. Gotas de sudor perlaban la pálida frente del pobre Nolan

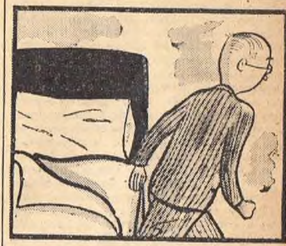
[1] Se refiere a que Washington, Jefferson, Madison y Monroe, cuatro de los primeros cinco presidentes de los Estados Unidos, eran originarios de Virginia.
[2] Los buques de los Estados Unidos vigilaban constantemente para evitar el tráfico de esclavos.

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

PREVENIDO — **Por JAN-KIEL**









cuando hizo callar a los hombres y repitió:

—Dicen que a Palmas no. Dicen que se les lleve a su patria, a su propia tierra, a su propia casa; que se les lleve adonde están sus propios chiquillos y sus propias mujeres. Dice uno que tiene padre y madre ancianos que morirán si no le ven. Y este otro dice que dejó a todos enfermos en su casa, y que remaba con dirección a Fernando Po para rogar al médico blanco que les socorriese, cuando estos demonios le apresaron en la bahía justamente enfrente de su hogar, y que desde entonces no ha vuelto a ver a nadie de su familia. Y este otro dice —se atragantó Nolan— que no ha sabido una sola palabra de su tierra durante seis meses que ha pasado en una barca infernal.

Vaughan decía después que se sentía envejecer mientras Nolan bregaba para dar la traducción. Yo mismo, que no comprendía todo el alcance de aquello, podía observar que hasta los elementos parecían fundirse a algún ardiente calor, y que alguien sufría los resultados. Hasta los negros dejaron de aullar al ver la agonía de Nolan y la agonía de Vaughan, casi tan intensa por simpatía. Tan pronto como éste pudo encontrar palabras, exclamó:

—¡Decidles que sí, que sí, que sí! Decidles que irán a las montañas de la luna, si lo desean. ¡Si yo oriento el rumbo a través del gran desierto blanco, ellos volverán a su hogar!

Y después de algún esfuerzo, Nolan lo repitió. Entonces se lanzaron todos a besarle otra vez, y querían que frotara su nariz contra las suyas.

Pero Nolan no pudo soportar más tiempo; y logrando que Vaughan le diera autorización para regresar, me arrastró hacia el bote. Cuando estuvimos instalados a popa y los hombres comenzaron a remar, me dijo:

—¡Joven, que esto os enseñe lo que es estar sin familia, sin hogar y sin patria! Y si alguna vez os sentís tentado a decir una palabra o a hacer algo que pueda levantar una barrera entre vos y vuestra familia, vuestro hogar y vuestra patria, ¡pedid a Dios la gracia de que en aquel mismo instante os lleve a su propia casa, el cielo! Uníos estrechamente a vuestra familia, joven; olvidaos a vos mismo cuando laboréis para ella. Pensad en vuestro hogar, escribid, enviad mensajes, hablad de los vuestros. Conservad vuestro hogar más cerca de vuestro corazón mientras más lejos os encontréis; y apresuraos a volver en cuanto estéis libre, como lo hacen ahora estos infelices esclavos. Y con respecto a vuestra patria, joven —y las palabras se ahogaban en su garganta—, y por esta bandera —y señalaba a la del barco—, nunca tengáis otro anhelo que servirla como ella lo exige, aunque el servicio os procure mil infiernos. Cualquiera cosa que os suceda, quienquiera que os lisonjee o que os seduzca, nunca miréis otra bandera, nunca paséis una noche sin rogar a Dios que bendiga este emblema. ¡Recordad, joven, que detrás de todos aquellos hombres con quienes tratáis, detrás de los oficiales y del gobierno, y aun del pueblo, existe la Patria misma, vuestra patria, y que le pertenecéis como pertenecéis a vuestra madre! ¡Defendedla siempre, joven, como defenderíais a vuestra madre, si estos demonios se hubieran hoy apoderado de ella!

Cuando terminada nuestra travesía nos separamos en el puerto de Santo Tomás, estaba yo más triste de lo que podría expresar. Tuve el placer de encontrarle otra vez en 1830; y más tarde, cuando creí tener alguna influencia en Wáshington, removí cielo y tierra para obtener su gracia. Pero, fuera de su prisión, se había convertido en una especie de fantasma. Pretendían que no existía tal individuo, que jamás había existido. ¡Probablemente dirán lo mismo ahora en el departamento de marina! Quizá lo ignoran en realidad. ¡No sería el primer asunto del servicio que parece ignorar el departamento del ramo!

Se cuenta que Nolan encontró una vez a Burr en uno de nuestros buques, cuando una partida de norteamericanos vino a bordo en el Mediterráneo. Pero creo que esto es falso; o más bien una fábula *ben trovata* acerca del tremebundo golpe que asestó a Burr preguntándole si le agradaba mucho encontrarse "sin patria". A juzgar por la vida de Burr, nada de esto puede haber sucedido, por supuesto; y lo menciono únicamente como ilustración de las innumerables historias que circulan cuando existe un pequeño misterio en el fondo.

Así vió cumplido su deseo el infeliz Nolan. Sólo considero suerte más horrible que la suya, la de aquellos hombres que tiene un día para abandonar su patria por el destierro en castigo de haber intentado su ruina, y pueden comprobar al mismo tiempo la prosperidad que alcanza después de haberse depurado de ellos y de sus iniquidades. El deseo del pobre Nolan, como todos aprendimos a llamarle, no porque su expiación fuera demasiado grande, sino porque su arrepentimiento era tan visible, fué sin duda el mismo de los Bragg y Beauregard, que faltaron a su juramento de soldados hace dos años, y el de los Maury y Barron, que faltaron al suyo de marinos. No sé si ellos se habrán arrepentido a menudo. Sé que hicieron todo lo posible para destruir la patria; para convertir en átomos y arrojar a los vientos todos los honores, vínculos, recuerdos y esperanzas que constituyen la patria. Sé también que mientras vegetan por todo el resto de su vida en sitios miserables, como Boulogne y Leicester Square, dedicados a vituperarse mutuamente hasta la muerte, su expiación tendrá la misma punzante agonía que la de Nolan, agregada al tormento de que todo aquel que les conozca podrá verles despreciados y execrados. ¡Habrán satisfecho su deseo, lo mismo que Nolan!

En cuanto a éste, ¡infeliz!, se arrepintió de su locura y se sometió valerosamente a la suerte que había invocado. Nunca agravó intencionalmente la dificultad o delicadeza de la misión de quienes le tenían bajo custodia. Sucedieron algunos incidentes; mas nunca fueron provocados por su culpa. El teniente Truxton me refería que, cuando la anexión de Tejas, hubo acalorada discusión entre los oficiales acerca de la conveniencia de arrancar este estado de la hermosa colección de mapas que tenía Nolan; del mapa universal y del mapa de Méjico, conforme arrancaron el de los Estados Unidos cuando compraron un atlas para él. Pero se decidió, con bastante buen criterio, que hacerlo así sería revelarle virtualmente lo que había sucedido, o como decía Harry Cole, hacerle pensar que el viejo Burr había llegado a triunfar al fin. Así, no fué culpa de Nolan que tuviera lugar un gran contratiempo en mi propia mesa, cuando me encontré por pocos meses al mando de la corbeta *George Washington* en un viaje a la América del Sur. Estábamos anclados en la bahía de La Plata, y algunos de los oficiales que desembarcaron y volvían justamente a bordo nos entretenían con la relación de sus malaventuras montando los caballos bravíos de Buenos Aires. Nolan estaba a la mesa con nosotros, y de humor inusitadamente jovial y comunicativo. La historia de cierta caída hízole recordar una de sus aventuras cuando era todavía adolescente y apresaba caballos salvajes en Tejas con su hermano Stephen. Refirió la anécdota con muchísima gracia, tanto que él mismo rompió el silencio de un instante que sigue generalmente a las historias interesantes, preguntando sin darse cuenta:

—Decidme, ¿qué ha sido de Tejas? Después que Méjico proclamó su independencia, creía yo que Tejas le seguiría muy pronto. Es verdaderamente una de las regiones más hermosas de la tierra; es la Italia de este continente. Pero no he sabido una palabra de Tejas durante casi veinte años.

Había en la mesa dos oficiales de Tejas. La razón por la cual ignoraba Nolan todo lo que se relacionaba con esa zona era que se había cortado lastimosamente de sus periódicos todas las noticias desde que Austin inició la colonización; de manera que aun cuando leía de Honduras y de Tamaulipas, y hasta últimamente de California, aquella provincia virgen que tanto había recorrido, y donde había muerto su hermano según creo, no existía ya para Nolan. Waters y Williams, los dos tejanos, miráronse ferozmente tratando de no reír; Edward Morris parecía absorto en la contemplación del tercer eslabón de la cadena de la lámpara del capitán. Watrous tuvo una convulsión de estornudos. Nolan comprendió que algo había en el aire, no sabía qué. Y yo, como anfitrión, me vi obligado a decir:

—Tejas está fuera del mapa, Mr. Nolan. ¿Habéis visto la curiosa relación de la bienvenida a sir Thomas Roe por el capitán Back?

Después de este viaje no volví a ver a Nolan. Escribíale por lo menos dos veces al año porque en aquella travesía intimamos muchísimo; pero él jamás me contestó. Los compañeros me contaron que *envejeció* muy rápidamente en los últimos quince años, para lo que había motivo, en verdad; pero que siempre era el mismo suave, estoico y silencioso sufridor, soportando lo mejor posible la pena impuesta por su propio deseo; menos sociable quizá con la gente nueva a quien no conocía, pero más ansioso que nunca al parecer, de hacerse útil, de ayudar y enseñar a los jóvenes que sentían por él una especie de adoración. Y ahora parece que ha muerto ese querido y viejo compañero. ¡Ha encontrado al fin una patria y un hogar!

Después de haber escrito estas líneas, y mientras dudaba si las haría publicar como enseñanza a los jóvenes Nolan y Vallandigham y Fatnall de nuestros días, recibí una carta de Danforth, a bordo del *Levant*, con la relación de las últimas horas de Nolan. Esto ha venido a desvanecer todos mis escrúpulos con respecto a la publicación de su historia.

Para comprender las primeras palabras de esta carta, debe recordar el lector profano que desde 1817 era sumamente delicada la posición de los oficiales que conservaban a Nolan bajo su custodia. El gobierno no había renovado las instrucciones de 1807 a su respecto. ¿Qué debían hacer en esta situación? ¿Dejaríanle marchar? Y, ¿qué responderían en caso de que el departamento de marina les pidiera cuentas por haber violado las órdenes de 1807? ¿Seguirían guardándole? ¿Qué sucedería, si alguna vez llegaba la liberación de Nolan, y entablaba él juicio criminal por falsa prisión o secuestro contra todos los que le habían tenido prisionero? Yo hice presente e insistí con Southard sobre todas estas circunstancias, y tengo mis razones para creer que los demás oficiales procedieron de igual manera. Pero el secretario contestaba siempre, como sucede en Wáshington con bastante frecuencia, que no había órdenes especiales que dar y que debíamos resolver según nuestro propio criterio. Lo que significaba: "Si tenéis suerte, seréis sostenido; si fracasáis, seréis abandonado". Bien; como dice Danforth, todo ha pasado ahora, aun cuando no sé si me expongo a ser perseguido criminalmente por las revelaciones que vengo haciendo.

He aquí la carta:

"*Levant*, 2° 2' S. a 131° O.

"Querido Fred:

"Estoy tratando de reunir valor para deciros que todo ha terminado para nuestro viejo y querido Nolan. Durante esta travesía he estado con él más que nunca y he podido comprender ampliamente la forma en que acostumbrabais expresaros acerca de este viejo camarada. Pude advertir que no andaba muy fuerte en los últimos tiempos, pero no tenía

la menor idea de que su fin estuviese tan cercano. El médico le atendía con gran esmero, y ayer por la mañana vino a decirme que Nolan no se sentía muy bien y que no había podido dejar su camarote; algo que yo no recordaba haber sucedido jamás. Permitió que le visitara el doctor mientras él permanecía acostado —primera vez que el médico había entrado en su camarote— y manifestó deseos de verme. ¡Oh, amigo mío! ¿Recordáis las historias misteriosas que inventaban los marineros a propósito de su camarote, en los lejanos días del *Intrepid?* Bien; acudí, y allí yacía el pobre hombre en su lecho, sonriendo plácidamente al darme la mano, pero con aspecto muy débil. No pude evitar de lanzar una mirada en torno, la cual me mostró el pequeño santuario que se había formado en el hueco que habitaba. Las estrellas y las rayas lucían rodeando un retrato de Wáshington, y había pintado un águila majestuosa, arrojando rayos por el pico y sujetando con las garras el globo que sus alas cubrían. El querido y antiguo compañero sorprendió mi ojeada y dijo con triste sonrisa: "Como veis, ¡aquí tengo patria!". Y señaló entonces a los pies de su lecho, donde yo no había dirigido antes la mirada, un gran mapa de los Estados Unidos, dibujado de memoria, y que había colocado en aquel sitio para mirarlo mientras yacía acostado. Veíanse allí, en grandes letras, nombres originales y anticuados: *Indiana Territory*, *Mississippy Territory* y *Louisiana Territory*, como supongo que aprenderían la geografía nuestros padres; pero el viejo camarada había agregado también Tejas, llevando la frontera occidental hasta el Pacífico; sólo en estas costas no había nada definido.

"¡Oh, Danforth! Sé que me muero. ¡No volveré a ver mi patria!, dijo. ¡Espero que querréis decirme algo ahora? ¡Aguardad, aguardad! No pronunciéis una palabra hasta que yo haya dicho lo que estoy seguro que sabéis: que no hay en este buque, que no hay en los Estados Unidos, ¡Dios los guarde!, hombre más leal que yo. ¡No puede haber hombre que ame tanto como yo nuestro pabellón, que ore por él como yo lo hago, o invoque para él porvenir tan brillante como yo! Cuenta ahora treinta y cuatro estrellas, Danforth. Doy gracias a Dios por ello, aunque ignoro sus nombres. Jamás se ha arrancado ninguna de sus estrellas; ¡doy gracias a Dios por ello! De ahí deduzco que ningún Burr ha triunfado. ¡Oh, Danforth, Danforth! —suspiró—, ¡qué espantosa pesadilla parece la idea juvenil de gloria personal o de soberanía independiente, cuando uno la recuerda tras vida semejante a la mía! Pero ¡decidme algo, que yo sepa todo, Danforth, antes de morir!"

"Ingham, os juro que me sentí un monstruo por no haberle dicho todo desde antes. Hubiera o no peligro en hacerlo, fuera o no delicadeza, ¿quién era yo, para haber tiranizado todo ese tiempo a aquel querido y santo anciano que había expiado largos años, en toda la fuerza de su virilidad, la locura de traición de un adolescente!

"Mr. Nolan, exclamé, os diré todo lo que deséis saber, mas, ¿por dónde he de comenzar?

"¡Oh, la bienaventurada sonrisa que iluminó su pálido semblante. Estrechó mi mano y dijo: "¡Dios os bendiga! Decidme sus nombres, añadió, señalando las estrellas del pabellón. La única que conozco es Ohío. Mi padre vivía en Kentucky. Pero he adivinado a Michigan, Indiana y Misisipí; allí estaba el fuerte de Adams. Esto suma veinte. ¿Cuáles son las otras catorce? ¡Espero que no habréis quitado ninguna de las antiguas?"

"Bueno, no era mal examen éste; y yo le dije los nombres en el mejor orden que me fué posible, y él me pidió que bajara su hermoso mapa y que los dibujara al lápiz lo mejor que pudiese. Estaba loco de alegría a propósito de Tejas y me dijo que allí había muerto su hermano. Tenía marcada una cruz dorada en el sitio en que suponía encontrarse su tumba; y había conjeturado que Tejas pertenecía a la Unión. Luego se extasió al ver a Carolina y Oregón; esto, decía, lo había sospechado en parte porque jamás se le permitió desembarcar en dichas playas, aun cuando los buques se dirigían allá a menudo. Y los marineros —agregaba riendo— traían muchas otras cosas además de peletería. Luego retrocedió, ¡cuán lejos, Dios mío!, para averiguar de la *Chesapeake*[1] y lo que sucedió a Barron por rendirse al *Leopard;* y si Burr había hecho alguna nueva tentativa —rechinando los dientes con el único impulso de ira que demostró. Pero pronto lo dominó, y exclamó: "¡Dios me perdone, como estoy cierto de haberle perdonado!" Luego me preguntó acerca de la antigua guerra, y refiriéndome la verdadera historia de sus proezas con el cañón el día en que tomamos el *Java*, inquirió por el querido viejo David Porter, como le llamaba. Y después, tranquilizándose algo y demostrando sentir gran felicidad, me escuchó referir en una hora la historia de cincuenta años.

"¡Cuánto deseaba yo que hubiera otro que supiera más! Pero hice lo mejor que pude. Hablé de la guerra inglesa. Le conté de Fulton y de los comienzos de la navegación a vapor. Le hablé del viejo Scott y de Jackson; le dije todo lo que sabía acerca de Misisipí, Nueva Orleáns, Tejas y su tierra natal, el antiguo Kentucky. Y pensad: me preguntó quién estaba al mando de la Legión del Oeste. Díjele que era un bizarro oficial llamado Grant que, según las últimas noticias, iba a establecer su cuartel general en Vicksburg. Entonces, ¿dónde está Vicksburg?", dijo. Se lo dibujé en el mapa; está a cien millas más o menos de su viejo fuerte de Adams; y creo que el fuerte de Adams será una ruina en la actualidad. "Probablemente está situado en la antigua colonia de Vick, dijo, ¡vaya, qué cambio!"

"Os aseguro, Ingham, que era tarea bien difícil condensar la historia de medio siglo en aquella conversación con un enfermo. No sé todo lo que dije acerca de la inmigración y la manera de realizarla; de vapores, ferrocarriles y telégrafos; de inventos, libros y literatura; del colegio militar de West Point y de la escuela naval de Annápolis; todo esto con las interrupciones más originales que podáis imaginar. ¡Figuraos a Robinson Crusoe haciendo las preguntas acumuladas en cincuenta y seis años!

"Recuerdo que preguntó de improviso quién era presidente ahora; y cuando se lo dije, inquirió si el Viejo Abe era hijo del general Benjamín Lincoln. Decía que cuando era aún muy joven había conocido al viejo general Lincoln en cierta negociación llevada a cabo con los indios. Díjele que no, que el Viejo Abe era de Kentucky, como él; pero no pude decirle a qué familia pertenecía; había salido de esfera baja. "¡Bravo!, gritó Nolan. Me alegro. Meditando y rumiando todo esto, he llegado a la conclusión de que nuestro mayor peligro consistía en la sucesión regular en el mando, de nuestras primeras familias". Entonces hablé de mi visita a Wáshington. Le conté cómo había conocido al diputado por Oregón, Harding; le hablé de la Smithsonian Institution[2] y las expediciones exploradoras; le conté del Capitolio y de las estatuas del frontón y de la Libertad de Crawford en la cúpula, y del Washington de Greenough. Ingham, díjele cuanto pude recordar que demostrara la grandeza y la prosperidad del país; pero ¡no me fué posible forzar mis labios para decirle una palabra acerca de la infernal sublevación!

"Y él bebía mis palabras y gozaba con ellas hasta un extremo indecible. Iba quedando poco a poco más silencioso, pero no se me ocurrió que estuviera fatigado o desfalleciente. Le alcancé un vaso de agua en que apenas humedeció sus labios, y me dijo que permaneciera a su lado. Entonces me pidió que le trajera el libro presbiteriano de *Oraciones generales* que estaba cerca, y me anunció con una sonrisa que se abriría por sí solo en el sitio deseado, como efectivamente sucedió. Había una doble marca roja en el extremo inferior de la página; yo me arrodillé y leí, mientras él repetía conmigo: *Por nosotros y por nuestra patria, te damos gracias, Dios misericordioso, porque, a pesar de nuestras repetidas transgresiones a tu santa ley, has continuado dispensándonos tu bondad maravillosa;* y así hasta terminar la acción de gracias. Entonces volvió las páginas hasta el final del mismo libro, y leyó palabras más familiares a mis oídos: *Desde el fondo del corazón te suplicamos, Señor, sostener con tu gracia y bendecir a tu siervo el presidente de los Estados Unidos, a todas las demás autoridades*..., y el resto de la oración episcopal.

"Danforth, dijo, he repetido estas oraciones mañana y noche hace cincuenta y cinco años". Y luego expresó el deseo de dormir. Hízome inclinar sobre él, y me besó; entonces dijo: "Abrid mi Biblia, Danforth, cuando haya muerto". Salí.

"No tenía idea de que aquello fuera el fin. Imaginé que estaba fatigado y quería dormir. Sabía que era feliz y quise dejarle solo.

"Pero una hora más tarde, entrando suavemente el doctor, encontró que Nolan había entregado su alma en una sonrisa. Oprimía algo contra sus labios. Era la banda de la Orden de Cincinnati, de su padre.

"Abriendo su Biblia, encontramos una tira de papel en una página donde había subrayado el texto:

"Desean patria, una patria celestial; allí donde Dios no se avergüence de llamarse su Dios: porque Él ha preparado una ciudad para ellos.

"En la tira de papel había escrito:

Sepultadme en el mar; ha sido mi hogar, y le amo. Pero ¿querrá alguien colocar una piedra a mi memoria en el fuerte de Adams o en Orleáns, para que mi desgracia no sea mayor de la que estaba condenado a sobrellevar? Decid allí:

"En memoria de PHILIP NOLAN, Teniente del Ejército de los Estados Unidos. Amó su patria más que ninguno; pero ninguno como él fué indigno de su patria." ◈

---

[1] En junio de 1807, oponiéndose la fragata *Chesapeake* de los EE. UU. al "derecho de registro", fué atacada por el buque inglés *Leopard*. James Barron, comodoro del buque americano, se vió obligado a rendirse; siendo juzgado por este hecho bajo el cargo de negligencia en sus deberes y, encontrándose culpable, fué suspendido del servicio, sin sueldo, durante cinco años.

[2] La Smithsonian Institution se estableció en Wáshington en 1846. Es debida a la iniciativa y legado de James Smithson "para difundir los conocimientos entre los hombres" y funciona bajo la dirección del gobierno, dedicándose especialmente a investigaciones científicas.

Fin de **"EL HOMBRE SIN PATRIA"**

EL MAESTRO DE POSTAS

(CONTINUACION DE LA PAGINA 19)

pintorescas cortinas y los demás objetos que me rodeaban en aquella ocasión. Veo, como entonces, al maestro de postas, hombre de unos cincuenta años de edad, fresco y despabilado, con su larga levita verde sobre la que ostentaba tres medallas pendientes de descoloridas cintas.

Apenas hube saldado mi cuenta con mi último postillón, regresó con el samovar Dunia. La coquetuela, a la segunda mirada, dióse cuenta de la impresión que en mí había producido, y bajó sus grandes ojos azules. Dirigíle la palabra y respondióme sin la menor timidez, como joven ya conocedora del mundo. Ofrecí al padre un vaso de ponche, serví a Dunia una taza de té y empezamos a hablar los tres como si nos hubiésemos conocido de antiguo.

Hacía mucho tiempo que los caballos estaban ya dispuestos, y no me decidía a abandonar al maestro de postas y a su hija. Al fin, despedíme de ellos: el padre me deseó un buen viaje y la hija acompañóme hasta el coche. Detúveme en el vestíbulo y pedíla autorización para besarla. Dunia consintió en ello...

Desde entonces, he dado muchos besos; pero ninguno me ha dejado jamás un recuerdo tan largo ni tan dulce.

II

Transcurrieron algunos años. Las circunstancias lleváronme de nuevo por el mismo camino a idéntico lugar. Acordéme de la hija del viejo maestro de postas, y la idea de volver a verla llenóme de regocijo. Mas, después de maduras reflexiones, me dije:

—Tal vez no ocupe ya el mismo destino, y Dunia ya se habrá casado, sin duda.

La idea de la muerte de uno de ellos fijóse persistentemente en mi espíritu, y hube de aproximarme presa de un presentimiento sombrío a la estación de **. Los caballos detuviéronse al lado de la casita de la parada. Al entrar en la sala, reconocí al primer golpe de vista las imágenes que representaban la historia del Hijo Pródigo. Ni la mesa ni el lecho habían cambiado de sitio; pero, en las ventanas, no se veían ya flores, y todo delataba la incuria y vetustez.

El maestro de postas dormía sobre su pelliza de piel de carnero. Mi llegada despertóle e incorporóse a medias... Era el mismo Simeón Virine, pero, ¡cuán envejecido! Mientras registraba mi pasaporte, contemplaba yo sus cabellos grises, las profundas arrugas de su rostro no afeitado desde hacía mucho tiempo, y sus encorvadas espaldas, y no podía explicarme cómo en tres o cuatro años había podido transformarse un hombre fuerte y enérgico en un débil anciano.

—¿No me conoces? — le dije —; somos antiguos amigos.

—Es posible — respondióme con aire triste y abatido —. Este es un camino importante, y por mi casa han desfilado muchas gentes.

—¿Y tu Dunia, goza de buena salud? — preguntéle.

El anciano frunció el entrecejo.

—¡Dios sabe! — respondió

—¿Está casada? — insistí.

Fingió no haber oído mi pregunta y se puso a leer a media voz mi pasaporte. Cesé de interrogarle y le ordené que me hiciese té. La curiosidad comenzaba a hostigarme y esperé a que el ponche desatase la lengua de mi interlocutor.

No me había engañado. El anciano no rehusó el vaso que le ofrecí. Observé que el ron disipaba un tanto su profunda tristeza. Al segundo vaso mostróse más expansivo; reconocióme, o así lo aparentó al menos, y dióme una noticia que entonces me interesó y causó en mí una profunda emoción.

—¿De suerte que conocías a mi Dunia? — me dijo —. ¿Pero quién no la conocía?... ¡Ah, Dunia, Dunia! ¡Qué hija aquélla! Todos los que por mi casa pasaban se hacían lenguas de ella, sin que nadie tuviese jamás nada que vituperarla. Las señoras le hacían frecuentes regalos: quién costosos pañuelos, quién pendientes. Los viajeros deteníanse so pretexto de comer o cenar, pero, en realidad, solamente para contemplarla más tiempo. Sucedía muchas veces que algún señorón enfurecido calmábase al verla a ella y me hablaba con dulzura. ¿Lo creeréis, caballero?, los correos pasaban horas enteras de conversación con ella. Llevaba sola el peso entero de la casa: lo tenía todo en orden, lo hacía todo, siempre encontraba tiempo para todo. Pero mi corazón y mis ojos no se saciaban jamás. ¿Acaso no amaba a mi Dunia? ¿No mimaba a mi hija? ¿No le daba buena vida? Pero no, la desgracia tiene alas; no es posible substraerse al destino.

Entonces refirióme sus penas con gran lujo de detalles. Tres años antes, cierta noche de invierno en que el maestro de postas rayaba un registro nuevo y su hija se cosía un traje detrás de la mampara, llegó un tiro de tres caballos y un viajero con gorro de piel y capota militar, envuelto en una manta, entró en la habitación pidiendo caballos. Todos estaban fuera. Al oír esto, el viajero alzó la voz y blandió su corto látigo; pero Dunia, acostumbrada a estas escenas, apresuróse a salir de detrás de la mampara, y dirigió con su aire gracioso esta pregunta al recién llegado:

—¿No querríais tomar algo?

La aparición de Dunia produjo su habitual efecto. Aplacóse la cólera del hombre, consintió en esperar los caballos y mandó que le preparasen la cena. Al quitarse el mojado gorro de piel, la manta y la capota, contemplaron nuestros ojos un joven húsar de gallarda y atrayente presencia y sedosos bigotes negros.

Instalóse en la casa del maestro de postas y se puso a charlar alegremente con él y con su hija. Después le sirvieron la cena. Entretanto, volvieron los caballos, y el maestro de postas salió a ordenar que enganchasen en seguida el coche con toldo de lona del viajero. Pero, a su regreso, halló a éste casi sin conocimiento, tendido sobre un banco: hallábase indispuesto, era víctima de un terrible dolor de cabeza y no se encontraba en estado de reanudar, de momento, su viaje. ¿Qué hacer? El maestro de postas cedióle su lecho, y decidióse que, si el enfermo no se hallaba mejor al día siguiente, enviarían a buscar al médico de S**.

A la mañana siguiente, el húsar había empeorado. Su criado dirigióse a caballo a la ciudad para hacer venir al médico.

Vendó Dunia con un pañuelo empapado en vinagre la cabeza del enfermo y sentóse, con la labor, a la cabecera de su lecho. El joven, en presencia del maestro de postas, suspiraba sin decir una palabra; pero tomó dos tazas de café, y, lanzando un suspiro, ordenó que le hiciesen la comida. Dunia no le abandonaba. Pedía sin cesar de beber y Dunia le ofrecía un vaso de limonada preparada por ella misma. El enfermo se humedecía con ella los labios, y cada vez que le devolvía el vaso, oprimía con sus débiles manos los dedos de la joven para atestiguarle su gratitud.

El médico llegó en el momento de la comida. Tomó el pulso al enfermo, cambió con él algunas palabras en alemán, y dijo, en ruso, que sólo precisaba reposo, y que dentro de dos o tres días podría proseguir su interrumpido viaje.

Dióle el húsar veinticinco rublos por su visita y le invitó a comer; el médico aceptó y ambos comieron con excelente apetito, apuraron una botella de vino y separáronse encantados el uno del otro.

Al cabo de dos días, sintióse el húsar por completo restablecido. Siempre de un humor excelente, no cesaba un momento de bromear, unas veces con Dunia, otras con el maestro de postas; tarareaba canciones, charlaba con los viajeros y registraba él mismo los pasaportes en el libro correspondiente; y logró seducir de tal modo al maestro de postas, que, al tercer día, sintió éste un verdadero pesar al separarse de su simpático huésped.

Era domingo, y Dunia se preparaba para ir a misa. Cuando hicieron avanzar el carruaje, despidióse el húsar del maestro de postas, recompensándole generosamente por su hospitalidad y sus cuidados. Dijo adiós a Dunia y brindóse a llevarla en su carruaje hasta la iglesia, situada al extremo del pueblo. Dunia titubeó...

—¿Qué temes? — le dijo su padre —. El señor no es un lobo, así que no ha de comerte. Anda, ve hasta la iglesia, y con eso te paseas.

Dunia se acomodó en el carruaje, al lado del húsar; el criado subió al estribo, el postillón silbó y los caballos partieron al galope.

El maestro de postas no acertaba a explicarse cómo había podido inducir él mismo a su Dunia a acompañar al húsar; cómo había podido caer en tan inexplicable ceguera, ni lo que en aquel instante había acontecido en su espíritu. Apenas hubo transcurrido media hora, sintió que el pesar y la angustia desgarrábanle el alma en tales términos, que acabó por trasladarse a la iglesia.

Al aproximarse a ella, observó que los fieles dispersábanse de regreso ya de misa; mas no vió a Dunia ni dentro de la cerca ni en el atrio. Entonces entró en el templo. El sacerdote salía del santuario; el sacristán apagaba las velas; dos viejas oraban en un rincón; pero Dunia no estaba en la iglesia.

El pobre padre decidióse, por fin, a preguntar al sacristán si había asistido a la misa. El sacristán le respondió que no.

El maestro de postas regresó a su domicilio más muerto que vivo. Una sola esperanza le quedaba: tal vez Dunia, con esa ligereza propia de la juventud, se habría decidido a ir hasta la estación inmediata, donde vivía su madrina, y esperó, presa de dolorosa agitación, el regreso del tiro con el cual dejó partir a su hija. El postillón no volvió. Por fin, ya obscurecido, llegó solo, borracho, con la espantosa noticia de que Dunia, en la otra estación, había proseguido el viaje con el húsar.

El anciano no pudo soportar este golpe; cayó enfermo y acostóse en el mismo lecho en que la víspera durmiera el seductor de su hija. Entonces el maestro de postas, recordando todas las circunstancias, comprendió que la enfermedad había sido pura comedia. El pobre hombre fué acometido de una intensísima fiebre; transportósele a S** y le pusieron un substituto interino.

Asistióle en su enfermedad el mismo médico que había ido a ver al húsar, el cual aseguró al maestro de postas que la indisposición de aquél había sido fingida, y que había adivinado en seguida sus criminales proyectos; pero que nada había dicho por temor al látigo. ¿Decía el alemán la verdad o trataba de hacer un alarde de perspicacia?... De todos modos, esto no podía ser un consuelo para el enfermo.

Apenas restablecido, solicitó y obtuvo una licencia de dos meses; y, sin comunicar sus intenciones a nadie, marchóse a pie en busca de su hija. El pasaporte del seductor habíale dado a conocer que el capitán de caballería Minski viajaba de Smolensk a Petersburgo. El postillón que lo condujo manifestóle que Dunia había ido llorando durante todo el camino, si bien parecía que marchaba por su propia voluntad.

—Tal vez logre — pensaba el maestro de postas — hacer volver al redil la oveja descarriada.

Con esta idea partió para Petersburgo; alojóse en el regimiento de Ismailov, en casa de

un suboficial retirado, antiguo compañero de armas suyo, y comenzó en seguida sus pesquisas, no tardando en averiguar que el capitán de caballería Minski estaba en Petersburgo, y que se hospedaba en la posada Demutov. El maestro de postas decidió presentarse a él.

Al siguiente día, muy temprano, llegó a su antecámara, y rogó que anunciasen al capitán que un viejo soldado deseaba hablar con él. El ordenanza, sin dejar de lustrar una bota, respondióle que el señor estaba todavía en la cama, y que antes de las once no recibía nunca a nadie.

Retiróse el maestro de postas y volvió a la hora indicada, siendo recibido por Minski en persona, en ropa de casa y gorro rojo.

—¿Qué desea, amigo mío? — preguntóle.

Ardió la sangre en el corazón del anciano, llenáronsele los ojos de lágrimas, y, con voz temblorosa, balbuceó:

—¡Otorgadme, por Dios, una merced!...

Minski le miró vivamente, y, desconcertado, tomóle de la mano, le condujo a su gabinete y cerró la puerta tras sí. El anciano prosiguió:

—Lo que cae en el foso es para el soldado: devolvedme al menos mi pobre Dunia. Os habéis burlado de ella, ¡no la perdáis para siempre!

—Lo hecho no puede nadie deshacerlo — dijo el joven, extraordinariamente turbado —. Me siento culpable hacia ti y estoy dispuesto a solicitar tu perdón; pero no creas que pueda separarme de Dunia. Tu hija será feliz, te doy mi palabra de honor. Me ama y no podría acostumbrarme de nuevo a vivir otra vez como antes... Ni tú ni ella podríais olvidar nunca lo acaecido.

Y después, deslizando un pequeño bulto en la manga del maestro de postas, abrió la puerta, y el viejo, sin darse cuenta de cómo, encontróse nuevamente en la calle.

Permaneció de pie, inmóvil, por espacio de largo rato. Por fin, sintió en la manga el contacto de un rollo de papel, viendo, al desenrollarlo, que contenía algunos billetes de cincuenta rublos. Nuevamente las lágrimas acudieron a sus ojos; pero de indignación esta vez. Estrujó los billetes con rabia, arrojólos al suelo, pisoteólos colérico y partió con rapidez... Al cabo de algunos pasos, detúvose, reflexionó un momento y regresó al mismo sitio..., pero los billetes habían desaparecido. Al verle, un joven, decentemente vestido, dirigióse precipitadamente a un coche de alquiler, saltó a él y gritó al cochero: ¡A escape!

El maestro de postas no quiso perseguirlo. Resolvió volverse a su parada; pero antes quiso ver a su pobre Dunia, aunque fuese sólo una vez. Al efecto, volvió a casa de Minski, dos o tres días después; pero el ordenanza le dijo que el señor no recibía a nadie, y le dió con la puerta en las narices, arrojándole a la calle. El anciano quedó como petrificado un momento y retiróse después.

Aquella misma noche, erraba a la ventura por la calle Liteinaia, cuando, en un carruaje magnífico que pasó por delante de él a galope, reconoció al capitán Minski. Detuviéronse los caballos delante de una casa de tres pisos, junto a la misma escalinata, y el húsar subió a saltos sus peldaños. Una feliz idea cruzó entonces la mente del maestro de postas. Volvió sobre sus pasos, y, deteniéndose delante del cochero, le dijo:

—¿De quién son esos caballos, amigo mío? ¿Son por ventura de Minski?

—Sí — respondió el auriga —; ¿por qué me lo preguntas?

—Verás; porque tu amo me ordenó que trajese una carta a su Dunia, y yo he olvidado la dirección de ésta.

—Aquí, en el segundo piso. Pero has llegado tarde, amigo; Minski está ya con ella.

—No importa — respondió el maestro de postas, cuyo corazón latía de una manera violenta —. Gracias por tus informes; ya sé lo que tengo que hacer.

Y dichas estas palabras, subió escaleras arriba.

La puerta estaba cerrada y llamó resueltamente. Transcurrieron algunos segundos de mortal ansiedad para él. Giró la llave y abrieron.

—¿Vive aquí Advotia Simeonovna? — preguntó.

—Sí — respondió una criada joven —; ¿qué le queréis?

Pero el maestro de postas entró sin responder.

—No se puede, no se puede — gritó detrás de él la doncella —; ¡hay alguien con Advotia Simeonovna!

Pero el viejo siguió avanzando sin prestarle atención. Atravesó primero dos habitaciones obscuras; en la tercera vió luz. Aproximóse a la puerta y se detuvo en el umbral. En una pieza elegantemente amueblada, Minski se hallaba tendido y soñaba. Dunia, lujosamente vestida, encontrábase sentada sobre un brazo de su butaca, cual una amazona en su silla. Contemplaba a Minski con ternura y sus delicados dedos jugaban con los negros y sedosos bucles del húsar.

¡Pobre maestro de postas! Jamás le había parecido su hija tan hermosa; la contempló extasiado.

—¿Quién es? — preguntó Dunia sin levantar la cabeza.

El anciano no contestó. Al no recibir respuesta, Dunia alzó la cabeza... y lanzó un grito, cayendo desvanecida sobre la mullida alfombra.

Corrió Minski hacia ella, asustado; pero, al ver en el umbral al anciano maestro de postas, dejó a Dunia y aproximóse a él, temblando de cólera.

—¿Qué deseas? — preguntóle, apretando convulsivamente los dientes —. ¡Me sigues a todas partes lo mismo que un asesino! ¿Es que quieres rebanarme la garganta? ¡Vete inmediatamente!

Y agarrando con férrea mano al viejo por el pescuezo, empujóle hasta la escalera.

Cuando el maestro de postas regresó a su alojamiento, aconsejóle su amigo que acudiese a la justicia; pero él, después de reflexionar, encogióse de hombros y decidió no hacer nada.

Dos días después, abandonó Petersburgo y se dirigió a su parada, volviendo a ocupar su puesto.

—Este es ya el tercer año — dijo al fin —, que vivo sin mi Dunia, de quien no he vuelto a tener noticia alguna. ¿Vive o no? Dios lo sabe. ¡Ocurren tantas cosas! No sería ella la primera ni la última muchacha seducida por un desalmado que la tiene consigo algún tiempo y la arroja después a la calle. En Petersburgo se ven muchos casos de estas jóvenes necias, que hoy se visten de terciopelo y de raso, y mañana barren las calles confundidas con los pordioseros de las tabernas. A veces, cuando pienso que éste es el porvenir que le espera a mi desgraciada Dunia, sin poderlo remediar, peco y le deseo la muerte...

Tal fué el relato de mi amigo, el viejo maestro de postas, relato con frecuencia interrumpido por las lágrimas, que pintorescamente se enjugaba con los faldones de su casaca, como el celoso Terentiitch en la balada de Demetrio.

Aunque bien sabía que era el ponche, del cual había bebido cinco vasos mientras me contaba su historia, el que las hacía correr, no por eso me causaron menos profunda impresión. Cuando me separé de él, su recuerdo asaltóme muchas veces y pensé por espacio de mucho tiempo en aquella pobre Dunia...

III

Hace poco, al pasar por la villa de **, acordéme de mi amigo, y supe que la parada que él dirigía había sido suprimida; y al preguntar si vivía el antiguo maestro de postas, nadie pudo responderme de un modo satisfactorio. Decidí trasladarme a la aldea, que conocía perfectamente; alquilé caballos y me puse en camino para N**.

Era en otoño. Nubes grises cubrían el cielo; un viento frío soplaba sobre los campos, ya segados, arrastrando en su torbellino las hojas amarillas y rojas de los árboles.

Llegué a la aldea cuando el sol tocaba a su ocaso, y me detuve ante la pequeña casa de postas. En aquel vestíbulo donde un día besara a Dunia, recibióme una mujerona gruesa, la cual me dió la noticia de que el anciano maestro de postas había muerto el año anterior, y que en aquella casa había venido a establecerse el cervecero, cuya esposa era ella.

Entonces me arrepentí de mi inútil viaje y lamenté los siete rublos gastados sin provecho.

—¿De qué ha muerto? — pregunté a la mujer del cervecero.

—De empinar excesivamente el codo, padrecito — respondió ella.

—¿Y dónde le han enterrado?

—En los alrededores, al lado de su difunta esposa.

—¿Podría alguien guiarme hasta su tumba?

—¿Por qué no? ¡Eh, Vagnka! Basta de jugar con los gatos. Conduce al señor al cementerio y muéstrale la tumba del maestro de postas.

A estas palabras, un muchacho rojo y tuerto, con las ropas destrozadas, acercóse a mí corriendo y condújome en seguida al cementerio.

—¿Conociste tú al difunto? — preguntéle durante el camino.

—¿Cómo no conocerlo? El me enseñó a cortar las pajas. Sucedía con frecuencia (¡Dios le haya acogido en su seno!) que se iba a la taberna, y nosotros corríamos tras él, gritando: "¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Avellanas!" Y nos arrojaba avellanas. Siempre jugaba con nosotros.

—¿Y los viajeros se acuerdan de él?

—¡Oh! ¡Viene ahora tan poca gente! El asesor pasa a veces por aquí; pero no se ocupa de los muertos... El verano pasado llegó una señora, preguntó por el viejo maestro de postas y fué a ver su tumba.

—¿Qué señora? — pregunté con curiosidad.

—Una señora muy bella — respondióme el rapazuelo —. Vino en una carroza tirada por seis caballos, con tres pequeños señores, una nodriza y un falderillo negro. Cuando le dijeron que el maestro de postas había muerto, se echó a llorar y dijo a sus hijos: "Estaos quietos que yo voy al cementerio." Y como me ofreciese a guiarla, me dijo: "Ya conozco yo el camino." Y me dió una moneda de cinco copecs... ¡Qué señora tan buena!

Llegamos al cementerio, lugar desmantelado, todo cubierto de cruces, sin cerca, sin un árbol que sobre las tumbas proyectase su sombra bienhechora. Desde mi infancia, no había visto un cementerio tan triste.

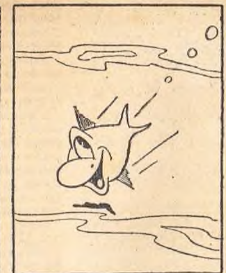
—He aquí la tumba del viejo maestro de postas — díjome el rapazuelo, saltando sobre un montón de arena, sobre el cual había clavada una cruz negra con un icono de metal.

—¿Aquí fué donde vino la señora? — pregunté a mi acompañante.

—Sí — respondióme Vagnka —. Yo la observé desde lejos: arrodillóse ahí y permaneció en esta actitud largo tiempo. En seguida volvió a la aldea, hizo venir al cura, entrególe una cantidad de dinero, y partió, no sin antes darme a mí otra moneda de cinco copecs... ¡Qué señora tan buena!

Yo también di al rapazuelo una moneda de cinco copecs, y no me arrepentí del viaje, ni sentí los siete rublos gastados. ◈

AGALLITA ¡Qué grande soy! Por J. CHRISTIE M




LA ULTIMA CALAVERADA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 16)

—¡Exactamente! Y, como yo, con el aturdimiento de la caída y con las vueltas que di para buscar el sombrero, me desorienté por completo...

—¡Eso es!... El caballo prefirió regresar a casita, a seguir corriendo aventuras...

—¡En una palabra! Como yo tenía en aquel momento algo de animal irracional, no caí en la cuenta de que podía muy bien estar desandando lo andado.

—¡Bien! ¿Y qué?

—Termine usted su historia...

—¡Esperamos el desenlace!...

—¿Qué ocurrió después?

—¡Nada! Lo que ya he dicho: que estaba en mi casa, y que tenía entre los brazos a mi mujer, a mi buena Eloísa, a vuestra amigota la marquesa...

—¡Bueno!... Pero, ¿qué hizo usted? ¿Qué dijo?

—¡Toma! La llevé al pabellón del jardín... (pues también aquel jardín tenía su pabellón correspondiente, en el cual había estado aguardándome la pobre, para hallarse más a la vista de la carretera); la llevé, digo, al pabellón del jardín..., y nunca más volví a ver a Antonia, ni a pensar en otra mujer que en aquella legítima y santa que me abrazó llorando de amor y de alegría, precisamente en el momento en que yo creía tener entre mis brazos a su rival.

—¡Pobre Antoñita! — exclamó el duque —. ¡Qué noche pasaría!

Todos soltaron la carcajada.

VIII

—Por lo demás — concluyó el marqués, tirando el resto del cigarro —, háganme ustedes el favor de considerar ahora el respeto que me causaría desde entonces aquel caballo que me había vuelto a la senda de la virtud.

Si yo hubiera sido emperador, como Calígula, lo habría hecho, no digo cónsul, sino catedrático de Etica... Pero no era más que marqués, y lo vendí casi de balde, avergonzado de que un animal irracional fuese, dentro de mi misma casa, más digno que yo de las bendiciones de mi confiada esposa. ◆

ALEKHIN PIERDE CONTRA LA VIDA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 39)

Así lo hice, pero como transcurriera mucho tiempo, decidí ir a buscarle. Entonces vi que había pedido una botella de Oporto, y que la estaba vaciando vaso a vaso.

Nunca pudo volver de nuevo a la normalidad. El espléndido jugador que habíamos conocido un año antes, el hombre que podía captar de una sola mirada las probabilidades de cualquier posición, convirtióse de la noche a la mañana en un maestro de segunda fila, cuyas opiniones sobre cualquier variante podíamos discutir con facilidad.

Una tarde, le pedimos su parecer sobre una partida final jugada en la primera olimpíada por correspondencia entre Portugal y otro país. Alekhin pidió una botella de Oporto, y solamente empezó el análisis después de beber unas copas.

Todos los presentes pensaron que ese era su fin, y hubo quienes afirmaron que una criatura podría despojarle de su título. Y sin embargo, ¡qué sorprendente vitalidad había aún en ese hombre! Todavía iba a ganar numerosos torneos, y jugar muchas partidas maravillosas.

Un día se quejó de gran fatiga, y se le hinchó toda la región debajo del mentón y alrededor del cuello, como en los casos de infección glandular. Después de eso, su salud no le permitía realizar más exhibiciones de ajedrez. Sin embargo, sostuvo una de sus mayores sesiones de simultáneas en el Instituto Superior Técnico: 60 encuentros en los que obtuvo el 78 por ciento de victorias, en siete horas.

En septiembre de 1941, un poco restablecido, el campeón mundial partió de Lisboa con destino a Madrid. No puedo decir si su intención era trasladarse a Alemania. Sólo sé que todavía sentía la necesidad de hallarse junto a su esposa "porque es la única persona en el mundo capaz de entenderme", según decía.

Un hombre flaco, de manos temblorosas...

Por la prensa española, en la época del Torneo Internacional de Madrid, en octubre de 1943, me enteré de que el doctor Alekhin estaba nuevamente en la Península Ibérica, y que había llegado procedente de Alemania y los países ocupados.

Cerca de dos años después, recibí un telegrama de Gijón, preguntándome si quería participar en un torneo en el que intervendrían Alekhin y los mejores jugadores españoles.

Acepté, y en la estación ferroviaria de Gijón encontré a un hombre alto, delgado, que venía hacia mí y cuyos gestos y ademanes eran los de un autómata...

Era Alekhin, pero el cambio que había experimentado me dejó estupefacto y consternado. Del hombre orgulloso, de presencia majestuosa, cuyos gestos parecían haber sido estudiados ante un espejo, no quedaba más que una sombra que hablaba nerviosamente, y cuyas manos se agitaban temblorosas, en forma enfermiza.

Fué entonces, en Gijón, donde me contó la historia de los dos años anteriores, desde que fuera a Alemania. Le pregunté si estaba enterado de la controversia suscitada por sus artículos contra los judíos en el "*Pariser Zeitung*". Haciendo la señal de la cruz, me juró solemnemente que jamás había escrito una palabra de esos artículos.

Fué también en Gijón donde, por primera vez en mi vida, vi perder a Alekhin una partida seria. Cuando llegué, tuve la agradable sorpresa de comprobar que, una vez más, había renunciado al alcohol, pero la misma noche que perdió la partida contra el asturiano Bonet, un jugador mediocre, volvió a sus antiguos hábitos. Esa noche vi al "Coloso", como le llamaban los españoles, entrar en una taberna y permanecer mucho tiempo allí, bebiendo continuamente.

Recuerdo por casualidad la clase de juego que le hizo perder. En cierto momento, después de una apertura Holandesa, en la que él llevaba las blancas, tuvo que decidir entre un ataque de peón y una acción con piezas más importantes. Todavía me parece verle, sufriendo ante el tablero. La partida era decisiva para él; en cambio, para el asturiano se trataba solamente de defender una posición relativamente modesta en la tabla de posiciones. El campeón mundial, tan vacilante como un principiante, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, hasta que por último se decidió por el ataque con el peón, el menos conveniente, que su adversario pudo anular con facilidad.

"Alguna depresión emocional"

Después de Gijón, jugamos en el torneo de Sabadell, cerca de Barcelona. Todos convinieron en que Alekhin no podía soportar la tensión física y mental. Además, aunque conocía todas las líneas del juego, cuando llegaba el momento de utilizar alguna con precisión, daba preferencia a alguna nueva clase de ataque, a veces extraña por completo al espíritu de esa partida particular. Sin embargo, pese a todas esas fantasías, que estoy seguro eran plenamente conscientes, pudo ganar el Torneo de Sabadell.

Le aconsejé entonces que se tomara un buen descanso, y, sobre todo, que dejara de lado la *simpatina*, una droga a la que se había aficionado demasiado. Pero insistió en aceptar una invitación para jugar en un torneo de Almería.

Dos meses después de mi regreso a Lisboa, leí en los diarios que había ganado ese torneo.

Pero casi al mismo tiempo, recibí un extenso informe del doctor Martínez Moreno, el famoso radiólogo español, en el que decía que el doctor Alekhin había llegado a la presión arterial máxima: 28; que todavía tomaba mucha *simpatina*, y que había sufrido un ataque. La carta era un S. O. S. Una de las frases decía: "*El estado general del doctor Alekhin está agravado por alguna depresión emocional, que creo relacionada con la falta de noticias de su esposa, añadida a las penosas circunstancias de su vida actual.*"

Mi penosa victoria

Yo no podía hacer mucho acerca de eso. Pero ese otoño, cuando yo jugaba en el Torneo Anual de Madrid, tuve una sorpresa agradable. Alekhin, que había estado en las Islas Canarias, entró en el Club Real de Madrid con un aspecto muy mejorado.

Explicó que los solícitos cuidados del doctor Moreno habían producido ese milagro. Nos dijo que en las partidas simultáneas que había jugado en Las Palmas había logrado los mejores resultados posibles, porque en sesiones de 20 y hasta 30 tableros, había obtenido más del 75 por ciento de victorias.

Con una alegre sonrisa, añadió que había dejado definitivamente el alcohol.

Se dirigía nuevamente a Portugal, y partió de Madrid antes de que el torneo hubiese terminado.

Me sorprendió, por consiguiente, recibir un día o dos después una comunicación de la Federación Española de Ajedrez, en la que me preguntaban si quería jugar en la ciudad española de Cáceres, en un torneo reducido en el que participarían Alekhin y algunos jugadores locales.

Corría entonces el rumor de que Alekhin había sido invitado para el Torneo de Londres, de modo que, doblemente interesado, me trasladé a Cáceres. Cuando llegué al pequeño hotel, el portero me entregó una nota que decía:

"*Domingo por la noche. — Estimado amigo: Si lo desea, despiérteme antes de acostarse. Entonces le diré lo que está ocurriendo.*

"*Sinceramente suyo, A. Alekhin.*"

Fuí a su habitación y conversamos hasta el amanecer. Alekhin estaba muy desalentado. Había sido invitado para el Torneo de Londres, pero la invitación había sido cancelada por otra carta, firmada por Mr. Hutton Ward, del *Sunday Chronicle*, el periódico que organizaba la competición.

Mientras tanto, comenzó el Torneo de Cáceres, limitado prácticamente a una partida entre los dos.

Es patético ser campeón mundial y tener que arriesgar en una sola partida un prestigio largamente conservado. Nuestra ridícula lucha por el primer puesto me proporcionó sensaciones muy desagradables, tornándome alérgico para siempre a los pequeños torneos de ajedrez.

Alekhin decidió jugar una línea basada en la defensa escandinava contra mi apertura de peón de rey.

Seis horas después, la partida quedó suspendida, y podía considerarse técnicamente tablas. Pero Alekhin insistió en continuarla, y, al forzar el juego, le costó la partida y el torneo.

Desde su punto de vista, era un preludio infortunado para su visita a Portugal, y en cuanto a mí preví los comentarios que harían sus más fervientes admiradores portugueses.

La visita a Londres cancelada

Cuando llegamos a Lisboa, decidimos sugerir al Casino de Estoril un pequeño match amistoso entre Alekhin y yo, para aliviar hasta cierto punto sus dificultades económicas.

Mientras tanto, fuí invitado para el Torneo de Londres. Era duro para mí tener que decírselo. Yo iba a ir, pero él, el campeón mundial, no. Sin embargo, antes de mi partida, jugamos un match de cuatro partidas, y Alekhin, pese a jugar bajo un aplastante *handicap* psicológico, ganó por 2 ½ a 1 ½.

Cuando partí para Inglaterra, Alekhin no había recibido aún ninguna carta importante por la cual pudiera juzgar acertadamente lo que pensaba de él el mundo del ajedrez. De modo que antes de partir, le prometí que sondearía en Londres las opiniones de los maestros que intervenían en el torneo, sus antiguos colegas de tantos países.

Veinticuatro horas antes de terminar la competición, los maestros Euwe y Denker convocaron a una asamblea para juzgar el caso de Alekhin. Entre los presentes, además de los nombrados, estaban Sir George Thomas, el doctor Ossip Bernstein, el doctor Tartakower, Liszt, Friedmann, Medina, Abrahams y Steiner.

La reunión fué bastante agitada, y puede comprenderse fácilmente que los judíos presentes se mostrasen muy resentidos. Debo decir, sin embargo, que la actitud de Euwe y Denker fué muy severa y digna. Parecían comprender la responsabilidad de juzgar a un hombre por su vida profesional mientras se hallaba a muchos kilómetros de distancia. Al final, la cuestión fué pasada a la Federación Internacional de Ajedrez, pidiéndose a Alekhin que se presentara ante sus propias autoridades ajedrecísticas francesas para defenderse de las acusaciones que se formulaban contra él.

Cuando volví a Lisboa, encontré a Alekhin muy dispuesto a seguir esa indicación. Pidió inmediatamente una visación francesa. Pero murió antes de que se la concedieran.

Amistad con el opresor de los checos

En esas últimas semanas, el pesar, la mala salud y la pobreza le aplastaron por completo. Algunos de nosotros, desesperados, decidimos hacer un nuevo llamamiento a su esposa.

"*Desde su llegada aquí, hace un mes* —le escribimos—, *su esposo ha estado en una situación imposible, enfermo, sin recursos materiales, y viviendo virtualmente de la caridad en una pensión de Estoril.*"

Pasaron los días y nada sucedió. Alekhin pasaba el tiempo en la cama, o paseando por su habitación como un león en la jaula.

Una tarde le pregunté cómo era que había recibido tantas atenciones y privilegios de los alemanes y en los países ocupados por los alemanes. Me reveló que eso derivaba de un antiguo conocimiento con el notorio doctor Frank, el opresor de los checos, que era un entusiasta aficionado al ajedrez, y que tenía una de las bibliotecas más completas del juego que él hubiese visto.

—Al principio —me dijo— se mostró muy generoso conmigo, pero luego comenzó a mostrar sospechas, especialmente después que se enteró de un comentario que hice sobre la ejecución de Pzepiorka, un jugador judío que había entrado en un café de Praga *verboten* (prohibido) para los judíos. Tal vez algunos de mis colegas —añadió nerviosamente— no comprendan que tuve que actuar discretamente para conservar la vida.



EL MAESTRO, DURANTE EL TORNEO DE LAS NACIONES, REALIZADO EN BUENOS AIRES

Quince días antes de su muerte me llamó por teléfono para preguntarme, lleno de tristeza, si quería trabajar con él en unos "Comentarios sobre las mejores partidas del Torneo de Hastings", añadiendo:

—Estoy completamente sin dinero, y necesito ganar algo para comprar cigarrillos.

El cable de Moscú

Fuí a Estoril y traté de animarle un poco.

Empezamos a trabajar inmediatamente. Y cuando estábamos casi al final de las partidas de Tartakower, enfrascados en la tarea, oímos llamar a la puerta.

Me parece verle aún, ponerse de pie y dirigirse con pasos inseguros hacia la puerta, para recibir el siguiente telegrama de Mr. Derbyshire, de Nottingham:

"*Moscú ofrece suma substancial por cam-*

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)

DEL JARDIN Y LA HUERTA

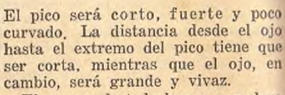


Con la llegada de septiembre comienza ya en toda su intensidad la siembra o trasplante de plantas: cinerarias, alhelíes, pensamientos, lobelias, resedas, miosotis, amapolas, etc. También en la huerta se intensifican las siembras: acelga, albahaca, berro, escarola, espinaca, lechuga, perejil y perifolio son legumbres a plantar en este mes en que comienza la primavera.

REPRODUCCION DE SALMONES

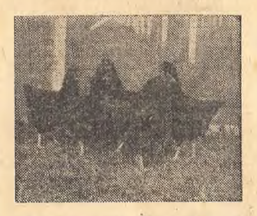


En estos embalses se efectúa la incubación de salmones, cuya reproducción alcanza cifras extraordinarias, que proporcionan pingües ganancias a este granjero, que cuenta con tan excelentes instalaciones. Una vez nacidos, los salmones son trasladados a los ríos, para que se complete su desarrollo y crecimiento.



LA GRANJA

SELECCION DE



Constituyendo las gallinas la fuente más importante con que deben contar todos los establecimientos y granjas avícolas, es necesario conseguir que ellas sean lo más aptas posible para que cumplan con beneficio la misión a que se les destina.

Bien sabido es que de una gallina a otra existe una gran diferencia en cuanto a su producción de huevos. Y no sólo estriba esta diferencia en las razas, sino también, y en mayor grado, en las cualidades características de cada ejemplar de las diversas variedades.

He aquí cómo consideramos nosotros que debe ser toda ponedora que sobrepase los 150 huevos por año: fuerte, vigorosa y capaz de soportar el desgaste causado por la producción de muchos huevos. Debe tener la cabeza bien formada, esbelta y limpia, sin ser carnosa.

El pico será corto, fuerte y poco curvado. La distancia desde el ojo hasta el extremo del pico tiene que ser corta, mientras que el ojo, en cambio, será grande y vivaz.

El cuerpo de toda buena ponedora siempre es ancho y profundo, pues así los órganos se desarrollan en la medida requerida para que puedan digerir la gran cantidad de alimentos que necesitan para la formación de los huevos.

Su lomo será ancho y regularmente largo —según la raza a que pertenezca—, con espacio suficiente para que pueda desarrollarse la yema del





COSECHANDO TOMATES

En esta época en que tanto cuestan los tomates, se justifica la sonrisa de satisfacción que muestran estas agricultoras al realizar tan excelente cosecha. Ambas afirman que las plantas les retribuyeron con creces los cuidados y afanes que pusieron en su siembra.

por Emilio Pérez



PONEDORAS

huevo, que generalmente ocupa catorce días o más. No debe olvidarse que toda buena gallina ponedora tiene ocho y diez huevos desarrollándose al mismo tiempo.

Las patas han de ser limpias y fuertes, sin rugosidades. En cuanto al color de la piel, varía según la raza.

La cresta será bien formada y con un color rojo subido.

Tiene que ser movediza y buscavidas.

Estas serán las características más acusadas que todo avicultor y granjero deben tener bien en cuenta cuando se dispongan a seleccionar de los futuros planteles de pollitas las que han de destinar a ponedoras, desechando, desde luego, las gallinas pequeñas, débiles y poco movedizas, pues éstas nunca dan buenos resultados. Tampoco resultan buenas ponedoras las gallinas de cabeza larga y angosta y las de pico largo. Las de piernas muy cortas y cuerpo demasiado chico; las cubiertas de plumaje largo y muy suelto o abierto, como todas aquellas que presenten algún defecto físico, tales como torceduras en las patas, cuello o cuerpo en general, porque les falta calidad.





Y no debe olvidarse que sólo merecen el calificativo de gallinas ponedoras aquellas que ponen dos o cuatro días consecutivos y fallan uno, pero nunca las que lo hacen día por medio, y sólo en la época propicia.

LARVAS CONTRA INSECTOS



Constantemente se realizan ensayos y procedimientos para combatir a los insectos que dañan las plantaciones frutícolas. Aquí vemos a un técnico regando plantas, cuyos brotes sirven para alimentar a las larvas que devoran a los insectos. Tarea de grandes resultados.

MISCELANEA



Con sulfuro de carbono o ácido sulfuroso se combate la "falsa tiña" de las colmenas, que tantos perjuicios ocasiona a los apicultores... Conviene reemplazar en septiembre los panales que contienen celdas con zánganos, por otros de obreras.

La proporción de calcio en la sangre de una gallina es, aproximadamente, el doble de la del gallo. De ahí la necesidad que tienen aquéllas de contar siempre con alimentos ricos en calcio.



Se calculan en 300 las variedades de olivos. En cuanto a la cantidad y calidad de las aceitunas y el aceite, dependen no sólo de la variedad del árbol, sino también del suelo y clima en que los olivos se cultivan.

La gota es debida a una alimentación diaria rica en proteínas, a alteraciones de los órganos urinarios y también a la falta de ejercicio. Por eso se observa más esta anomalía en las aves adultas y en las ponedoras.



Ahora, en septiembre, debe comenzarse a llevar a pastorear los cerdos pequeños, pues ya los rigurosos fríos del invierno y las fuertes heladas comienzan a declinar.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

ALEKHIN PIERDE CONTRA...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 111)

peonato ajedrez a jugarse en Inglaterra entre usted y Botvinnik stop. Sugiero designe usted alguien en Inglaterra para representarle y arreglar detalles stop. Conteste por cable."

La alegría que experimentó fué indescriptible. Le costaba trabajo sobreponerse a la impresión, y convencerse de que pronto podría figurar de nuevo en el "gran mundo" del ajedrez.

Contestó inmediatamente a Mr. Derbyshire, diciéndole que accedía a sostener el match, siempre que Botvinnik aceptara las condiciones que él había puesto en 1939. ¡Pobre Alekhin! Con toda seguridad hubiese aceptado jugar en cualesquiera condiciones que le hubiesen ofrecido.

Algunos días después, Mikhail Botvinnik en persona le envió una carta por intermedio de la Embajada Británica en Lisboa. El texto estaba en ruso, con una versión inglesa agregada, y decía:

"Campeonato Mundial de Ajedrez.
Señor Alejandro Alekhin:
Lamento que la guerra haya impedido la organización de nuestro match en 1939. Pero por la presente desafío nuevamente a usted para realizar un match por el campeonato mundial de Ajedrez. Si acepta usted, una persona autorizada por mí mismo y el Club de Ajedrez de Moscú efectuarán las negociaciones pertinentes con usted, o su representante, para concertar las condiciones, la fecha y el lugar donde deberá realizarse el match, preferiblemente por intermedio de la Federación Británica de Ajedrez. Espero su respuesta, en la que le agradecería consignara sus ideas acerca de la fecha y el lugar del match. Le ruego enviar una contestación telegráfica, con posterior confirmación por carta, al Club de Ajedrez de Moscú.
Febrero 4 de 1946.
(Firmado): *Mikhail Botvinnik."*

Unos cuantos días después, cuando Alekhin había pedido ya a Mr. Dumont, director del *British Chess Magazine* de Londres que fuese su representante, ocurrió algo que parecería fuera de lugar mencionar aquí.

Mr. Winston Churchill pronunció su sensacional discurso en Fulton, Estados Unidos. Tan pronto como Alekhin lo leyó en los diarios me telefoneó, pidiéndome que fuese a verle inmediatamente. Cuando llegué estaba sentado en un sillón, completamente desmoralizado.

—¿Ve lo desgraciado que soy? —exclamó—. El mundo no tiene cordura, y va hacia otra guerra. Estoy seguro de que mi match con Botvinnik no será posible jamás.

Traté de tranquilizarle. Nos pusimos a trabajar nuevamente en las partidas del Torneo de Hastings, y en una pausa, cuando dejamos el trabajo para beber una taza de café, le pregunté qué planes tenía para su match con Botvinnik. Olvidando por un momento sus preocupaciones usuales, murmuró que el mundo quedaría asombrado por las ideas que tenía en la mente, y dijo con una maliciosa sonrisa que se proponía hacer una pequeña jugarreta a Botvinnik.

—Me propongo jugar partidas abiertas, tratando en todo momento de llevarle al juego español.

Le contesté que Botvinnik nunca entraría en el juego español, porque como él sabía muy bien, los maestros rusos tenían un profundo conocimiento del juego francés. Replicó que en los últimos tiempos había estudiado algunas variaciones del ataque Panov, pero cuando le pedí que me mostrara algunas, hizo un ademán como para decir: "¿Quién revela sus armas secretas?"

"¡Lupi: quiero vivir!"

Ese era el antiguo Alekhin. Pero veinticuatro horas después, a la 1 de la madrugada del viernes 22 de marzo, cuando subía la escalera de mi apartamento en Lisboa, vi a alguien inclinado contra la puerta, a quien no tardé en reconocer como mi amigo. Cuando estuve junto a él, me aferró nerviosamente los brazos, y con una voz que jamás olvidaré me dijo:

—Lupi, la soledad me está matando. ¡Quiero vivir! Debo sentir la vida a mi alrededor. Ya he gastado el piso de mi habitación de tanto pasearme. ¡Lléveme a cualquier club nocturno!

Esa fué la última vez que sintió la fuerza dinámica vital dentro de él. Mientras la orquesta ejecutaba tangos melancólicos, me sentí enfermo al contemplar la sombra de quien había sido otrora el jugador de ajedrez más grande de todos los tiempos. Conversamos nuevamente del match con Botvinnik. ¿Podría realizarse, después de todo?

Era muy tarde cuando nos separamos, y esa fué la última vez que le vi con vida.

La autopsia dijo que había sufrido de arterioesclerosis, gastritis crónica y duodenitis, que su corazón pesaba 350 gramos, que el perímetro de su cráneo era 540 milímetros, el índice cefálico estaba expresado por $\frac{150 \times 100}{83}$, etc.

El viejo doctor Alex...

Todo lo que sé es que el domingo por la mañana, alrededor de las 10,30, me despertaron y me dijeron que fuera sin pérdida de tiempo a Estoril, porque había ocurrido algo "al viejo doctor Alex".

Entré en su habitación junto con las autoridades portuguesas.

Estaba sentado en su sillón, en una actitud tan calma que se hubiera pensado que estaba dormido. Solamente había un poco de espuma en la comisura de la boca.

El veredicto médico en cuanto a la causa de la muerte nada significó para mí. Me parecía, en cambio, el Rey de los Ajedrecistas, caído después de la partida más dramática, la jugada en el tablero de la vida.

"Este es un gran tablero de noches y días,
Donde el Destino juega, con hombres por pie-
[zas,
Mueve una y otra vez, jaquea y mata
Y uno tras otro vuelven a la quietud de la
[caja."

Aquí le contestamos

Lectora desde hace 19 años *(Dpto. Salto, Uruguay)*. — Creemos que lo más indicado es que se dirija a una agencia de turismo. También puede hacer llegar su pedido a las representaciones diplomáticas de esas naciones en Montevideo.

Julio Zanfini *(San José, Uruguay)*. — 1ª Le aconsejamos consulte en una farmacia o perfumería. 2ª. Tenga a bien precisar a qué clase de masa se refiere, ya que las esculturas pueden ser de diversos materiales.

Nelly Berter *(Hughes, Santa Fe)*. — El *18 Brumario* es el nombre que se dió al golpe de estado que puso término al Directorio de la República Francesa, el cual fué reemplazado por el Consulado el 18 Brumario del año VII, que corresponde al 9 de noviembre de 1799. Se le llamaba *Brumario*, debido a las frecuentes nieblas que hay en esa época del año en Francia. Comenzaba el 22 de octubre, finalizando el 20 de noviembre.

H. M. F. C. — 1ª. Hay una obra de Stefan Zweig en la que se hallan reunidas, bajo el título de "La lucha contra el Demonio", las biografías de Hölderlin, Nietzsche y Kleist. 2ª. La novela "Hyperion" y algunos poemas. 3ª. Escribió también el drama "Empédocles", que quedó inconcluso. Tradujo "Antígona" y "Edipo Rey", de Sófocles, y publicó otras obras de índole varia que sería largo citar.

Nélida Tenconi *(Capital)*. — En las páginas de la revista "Maribel", que publica esta misma Editorial, aparecen avisos que podrán orientar a usted en ese sentido.

Roger F. Laisant *(Capital)*. — La persona que estaba a cargo de esa sección falleció hace algunos años. En consecuencia, lamentamos no poder complacerle como desearíamos.

"Patagón Indignado". — Precisamente en este número de Leoplán aparece una interesante nota sobre esa tierra tan plena de encantos y leyendas. Esperamos que habrá de agradarle y le quedaremos reconocidos si nos hace llegar su opinión al respecto.

"El perfume de la dama vestida de negro" *(Bolivia)*. — El tenor que usted cita en su carta no actúa en radio actualmente. A María Duval puede escribirle a Estudios San Miguel, Campichuelo 553, y a Roberto Escalada a Argentina Sono Film, Ayacucho 358. Agradecemos sus palabras de elogio, así como sus gentiles sugerencias, que tendremos en cuenta. Aunque por el momento no admitimos colaboraciones espontáneas, por razones de espacio, es posible que más adelante aceptemos su ofrecimiento. En algún próximo número publicaremos la foto del actor que usted solicita.

Rafael Meglio, *Villa Diego (F. C. R. P. B.)*. — La nota sobre nutrias, a que usted se refiere, apareció en Leoplán 263, correspondiente al 2 de mayo de 1945. Agradezco sus gentiles conceptos.

Rose de Noel *(Dpto. Salto, Uruguay)*. — Para los rosales y otras plantas de adorno, no es menester emplear abono químico. Basta usar abono natural. En cuanto a la cantidad a mezclar es suficiente una capita liviana. Este mes que comienza, y octubre también, son buenos para abonar.

Antonio Gutiérrez *(Tandil)*. — En la sección La Granja, del presente número de Leoplán, se habla de lo que a usted le interesa. Acepto complacido sus amables palabras de estímulo.

Ramón Nogués *(La Rioja)*. — La raza de conejos gigantes de Flandes está considerada como la mayor. Desde luego que se cotizan bien sus pieles. Procure que al desollarlas no sufran rasgaduras ni cortes.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
"LEOPLAN"
Anual.................. $ 9.60
Semestral............. „ 5.—
Estos precios rigen para todo el país, América y España.